LA BATALLA DE ALCOLEA

Ó

MEMORIAS ÍNTIMAS, POLÍTICAS Y MILITARES

DE LA

REVOLUCION ESPAÑOLA DE 1868,

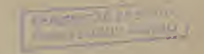
POR

Francisco de Leiva y Muñoz,

VOCAL QUE FUÉ DE LA SUPREMA JUNTA DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA Y DELEGADO DE LA MISMA EN EL CUARTEL GENERAL DE LOS EJÉRCITOS LIBERALES.

SEGUNDA EDICION.

TOMO III.



CÓRDOBA.
Imprenta, librería y litografía del Diario.
San Fernando 34 y Letrados 18.
1879.

LIBRO TERCERO.

Batalla y triunfo de Alcolea.—Union de los dos ejércitos beligerantes.

XXXI.

SUMARIO.

Pavia y Lacy, sus padres, su nacimiento, sus primeros estudios, su ingreso en la carrera militar y sus primeros ascensos.—Novaliches al estallar la guerra civil se pone de parte de Isabel II, y despues de haberse hallado en varias acciones de guerra, pasa á Cataluña en clase de ayudante del Baron de Meer.—Rapidos ascensos de Pavia, su empleo de brigadier, su nombramiento de general de una respetable division, el mal recibimiento que le hace la tropa, su discurso, su accion en Novaliches y breves consideraciones sobre este hecho.—Elevacion pasmosa de Pavia, sus opiniones moderadas, su emigracion á Francia, su participacion en los sucesos de Octubre y su nueva emigracion.—Pavia toma parte en el alzamiento del 43, presta servicios á la causa moderada, recibe grandes recompensas y ocupa elevados puestos hasta que es llamado para el mando del ejército espedicionario de Andalucía.—Serrano Dominguez, sus padres, su nacimiento, sus estudios, su ingreso en la carrera militar y su postergacion.—Vuelve Serrano al ejército, pasa á Carabineros, se halla en la captura de Torrijos, recibe por ello recompensas é injustas acusaciones de sus enemigos.—Serrano pasa al teatro de la guerra, y hasta llegar al empleo de general, se coloca por sus brillantes hechos de armas á la altura de los héroes.—Actos de Serrano despues de la guerra civil, su eleccion á diputado á Córtes, su voto á favor de la regencia-Espartero, su actitud patriótica ante los rebeldes de Octubre de 1841, su llamada al ministerio de la guerra, la amnistia imprudentemente aplicada y el alzamiento del 43.—Serrano en Cataluña, su elevacion á ministro universal, su decreto destituyendo á Espartero de la regencia, su llegada á Madrid, sus primeros actos, su caida y su retraimiento.—Serrano á favor y en contra de la revolucion, sus servicios el 22 de Junio, sus recompensas y otras cosas que le ocurren hasta su llegada á Córdoba.

Ante todo, debo comenzar por dar á conocer al lector, siquiera sea con la brevedad que la índole de este trabajo permite, la historia militar y política de los dos

célebres caudillos del puente de Alcolea; esto es, el de la reina y el de la revolucion, ó lo que es lo mismo, el capitan general D. Manuel Pavía y Lacy, Marqués de Novaliches, y el capitan general D. Francisco Serrano y Dominguez, Duque de la Torre, en quienes la España y la Europa entera tenian fija la mirada, desde que se supo que en sus manos radicaba en aquellos instantes históricos el gran problema, que estaba á punto de resolverse, casi á las puertas mismas de la amada córte de los Abderramams y de los Almanzors.

Voy pues á dar comienzo á esta breve y concisa exposicion.

D. Manuel Pavía y Lacy, hijo del coronel de infantería D. Tomás Pavia y Miralles y de D.ª Manuela Lacy y Borgogñé, nació en la ciudad de Granada el dia 6 de Julio de 1814.

Hizo sus primeros estudios en la casa de educacion de los jesuitas de Valencia.

Allí no aprendería mas que las primeras letras, porque á los doce años de su edad, entró de cadete en el colegio de Segovia. Seis años despues, y por virtud de una real órden, fué ascendido á subteniente de infantería; algunos dias mas tarde tuvo ingreso en la Escuela especial de ingenieros, y despues en la Guardia Real de infantería.

Cuando estalló la guerra civil de los siete años, Pavia y Lacy se puso de parte de la reina Isabel II, que simbolizaba entónces la causa liberal, y una vez en el teatro de aquellas sangrientas luchas, tomó parte activa, como subalterno, en las acciones de Garnica, Vastuvia, Oñate, Alsásua, Olozagastia, Mues, Puerto de la Artasa, Ervisú y Zúñiga. Llamado por el Baron de Meer, que apreciaba sus condiciones, le tomó como ayudante, y con este empleo pasó á Cataluña en 1837, y asistió al levantamiento de Solsona, á la batalla de Grá,

á la toma del castillo de Oris y á la reconquista de Solsona.

Los que servian ó habian servido en la Guardia Real, sabida cosa es que por aquel tiempo constituian una especie de masonismo, encaminado á prestarse una tan mútua y decidida proteccion, que los asociados subian en sus respectivas carreras como la espuma. Así es que á Pavia y Lacy se le vió ascender de tal manera, que en una guerra en que los mas bravos é inteligentes oficiales, despues de haber tomado parte en casi todos los combates, acciones y batallas, apenas habian conseguido el empleo de capitan, él se hallaba ya, en el mes de Febrero de 1840, de brigadier y jefe de la segunda brigada de la segunda division, y tres dias despues, nombrado fué comandante general de las tropas encargadas de cubrir la línea de operaciones de Teruel, Segorbe y Murviedro.

Tan rápida carrera, debida en parte á las intrigas de cuerpo y al favor cortesano, mas que á los propios extraordinarios servicios, motivo fué para que las tropas á su mando confiadas le recibieran, las unas con rábia, las otras con indiferencia y las mas con burlas epigramáticas. Esto era, empero, natural. Los que despues de haberse hallado en cien combates y de tener el cuerpo cubierto de honrosas cicatrices, se encontraban postergados, no podian ver con buenos ojos al jóven que á los 26 años de su edad, se les presentaba de una manera súbita, sin la autoridad del tiempo y de los servicios, brigadier, jefe de brigada y comandante general de una respetable division. No desconoció Pavia y Lacy su mal recibimiento. Debia decírselo además la voz severa de su conciencia. En el deseo de destruir el mal efecto que produjo su nombramiento, forma su columna para continuar la marcha, se dirige á los batallones de cazadores, les dice que mas de una vez ha derramado su san-

gre en los campos de batalla; que no habia fuerzas humanas que le arredrasen cuando se trataba de su deber, y que aunque jóven, abrigaba su pecho mucha mas audácia y energia de la que ellos se figuraban.

«Al dia siguiente, segundo de Páscua de Resurreccion, dice uno de sus biógrafos, estando la columna oyendo misa en el campo de Gérica, recibe el jóven brigadier la noticia de que el enemigo venia á su encuentro con fuerzas superiores, desde Garbiel. Acostumbrado á no contar jamás á sus contrarios, despues de terminado aquel acto religioso, pone en movimiento á sus tropas, y la columna prosigue su marcha, escoltando el convoy una escasa fuerza y dirigiéndose la restante con paso firme y atrevido hácia las masas carlistas, que se perdian en lontananza. Tanta decision impone al enemigo, que se detiene en las inmediaciones del pueblo de Novaliches, irresoluto al parecer sobre el partido que habia de tomar. Pavia, por el contrario, se prepara á emprender el combate, toma posicion en las alturas que dominan el pueblo, verificando con habilidad sus movimientos, y provoca á las fuerzas carlistas con algunos disparos de artillería. Adelántase entónces la caballería enemiga para hostilizar y envolver los flancos de las tropas liberales; pero marcha en desfilada, contra los verdaderos principios del arte, y Pavia, que abarca con su mirada segura y penetrante todos los sucesos de la accion, se apercibe al instante de este error táctico, conoce el valor inapreciable del tiempo, y se arroja sobre el enemigo con cuarenta caballos. El alferez Gonzalez, jefe de esta reducida fuerza, pretende cubrirle con su cuerpo y librarle de las lanzas carlistas. Pavia, dominado por su belicoso ardimiento, se obstina en ocupar el puesto de mayor peligro en un trance en que el valor debia ser el árbitro supremo de la suerte. Los carlistas reciben esta carga con serenidad y

luchan con heroismo; pero esta resistencia, léjos de abatir el ánimo de los soldados de la reina, le exalta y enardece más y más, y redoblando sus esfuerzos, logran desbaratar las filas enemigas, que se desbandan, dejando el campo cubierto de cadáveres.»

Si un general en jefe, al ver perdidas sus tropas, desalentadas y en fuga, hubiera hecho lo que Pavía hizo, al decir de su biógrafo, su accion seria siempre digna de loa; pero empezar el combate exponiendo su persona, con el grave riesgo de comprometer su columna, es un hecho censurable en España, y, en otros paises merecedor de un severo castigo. El alférez Gonzalez estaba dentro de su deber, mas el jefe que abandona su columna y se lanza en medio de los enemigos al frente de cuarenta caballos, será un oficial valeroso, pero jamás un general entendido. La fortuna, tan caprichosa casi siempre, le favoreció esta vez, y el gobierno recompensó su servicio con una Gran cruz de San Fernando, por real órden del 11 de Marzo; con el uso de uniforme del cuerpo de Estado mayor, en que habia servido como teniente coronel; por otra real órden del 11 de Abril, con la promocion á mariscal de campo, por otra del 29 de Julio, con el mando de la capitanía general de Valencia, por otra real órden expedida á últimos de Agosto del mismo año de 1840, y mas tarde fué favorecido con el título de Marqués de Novaliches, nombre del pueblo en que abandonó su empleo de general de division para convertirse en alférez del arma de caballería.

Ved ahí cómo se improvisan en España las mas altas carreras del Estado.

Al estallar el alzamiento de 1840, Pavía, que obraba bajo las inspiraciones del partido moderado, y del misterioso grupo que mantenia vivo el espíritu de compañerismo, se puso de parte de la causa de Maria Cristina, y vencida esta y su gobierno, pasó con licencia,

que le fué concedida, á Francia, donde permaneció hasta el mes de Agosto de 1841.

«Entónces, dice su biógrafo, iniciado en los sucesos de Octubre, llegó á Barcelona, donde estuvo enfermo algun tiempo. Al saberse la noticia del movimiento de O'Donnell, en Pamplona, fué objeto de la desconfianza de las autoridades, que procuraron arrestarle. Tuvo noticia de esta disposicion, y se ocultó hasta que se le presentase una ocasion propicia de buscar mas seguro asilo en territorio estranjero. Verificólo en efecto, venciendo graves riesgos y dificultades, y protegido por el consulado francés, pasó á bordo del brik *Surprise*, que fondeó en la rada de Tolon el 23 de Octubre. Durante esta segunda emigracion, viajó por diferentes Estados de Europa, recorriendo la Bélgica, la Holanda y la Alemania, y recogiendo en este emporio de la moderna civilizacion las luces y conocimientos mas idóneos para perfeccionar el espíritu del militar y del hombre político.»

. . . .

Tenemos, pues, que el novel general, pertenecía á los traidores, que, para derrocar al ilustre Duque de la Victoria, conspiraron, se pusieron en armas y asaltaron el régio alcázar. Sí, porque yo considero traidor, no solo á los que se ponen en armas, sino á los que conspiran contra todo gobierno que tenga, como tenia entónces el del regente, espedita y libre la prensa, la tribuna, los comicios y la seguridad personal.

Los trabajos de la sedicion militar continuaban en España á favor de la tolerancia del gobierno, del prestigio de Cristina y del oro de Luis Felipe, cuando la indiscreta amnistía publicada en el mes de Mayo de 1843, abrió las puertas de la pátria á los rebeldes de Octubre. Entónces, Pavía, como Narvaez, como Pezuela y como muchos otros, llegaron á las playas de Valencia, insur-

reccionada contra la regencia y su gobierno, vertiendo lágrimas de cocodrilo, y haciendo á la Junta popular allí establecida, protestas de respeto y amor á la reina, á las libertades pátrias y á la constitucion de 1837 rígidamente observada, ofreciéndole, para salvar estos objetos, sus servicios, *libres de envidia, agenos de ambicion, obedientes, sumisos, si fuese necesario,* ¡qué hipócritas! *á pelear entre los grupos del pueblo ó entre las filas del soldado.*

Todos los rebeldes fueron por la Junta de Valencia puestos al frente de las tropas sublevadas, y la ciudad del Júcar, considerando á Pavía útil á aquel parricida alzamiento, le confió la organizacion y mando de la division de reserva que debia apoyar al general, que, partiendo de las provincias del Mediodia, atravesaba las del centro á la cabeza de un buen cuerpo de tropas, dirigiéndose con ellas al corazon de las de Castilla la Nueva, mientras que él debia situarse con las suyas en Albacete, punto extratégico que le ofrecia la doble ventaja de verificar un movimiento simultáneo y convergente sobre Madrid, ó el de lanzarse sobre el regente Espartero, que se dirigia á Andalucia. Siguiendo este último movimiento Pavía, llegó tras de Espartero á esta ciudad de Córdoba, donde pretendió ¡qué ocurrencia! apagar un fuego que se prendió en la plaza de la Corredera, nada menos que á cañonazos.

La párricida revolucion triunfante, gracias á la traicion de Torrejon de Ardóz, recompensó á Pavía con una Gran cruz de Isabel la Católica, y con el abono de todos sus sueldos como general empleado, durante el tiempo de su emigracion.

Al estallar el movimiento centralista, llamó el Baron de Meer á Pavía, que se hallaba en Cádiz, y en los primeros dias del mes de Enero de 1844, llega á Barcelona, recibe órden de continuar hasta Figueras, es allí

nombrado segundo jefe del ejército, empieza las operaciones militares, consigue la rendicion del castillo, pasa á encargarse de la capitanía general de Navarra y despues de la jefatura política de Barcelona.

Vuelto á la capitanía general de Navarra, ocurre la sublevacion de Hecho y Ansó, y aunque estos valles estaban fuera de su jurisdiccion militar, Pavía corre á la cabeza de sus tropas para contribuir á sofocarla, lo que inmediatamente fué conseguido.

Trascurre el tiempo, y vencida la tentativa revolucionaria de la Rioja, con mas valor que prudencia iniciada, y fusilado el infeliz Zurbano, sus hijos, sus parientes y sus amigos, Pavía, que tambien asistió á esa escaramuza, que concluyó con el esterminio de los héroes, fué elevado, por decretos de 29 de Diciembre de 1844 y real órden de 4 de Enero de 1845, á la alta categoria de teniente general de los ejércitos nacionales.

Promulgada la constitucion de 1845, Pavía, por decreto de 15 de Agostó, es nombrado Senador del reino, y en 9 de Febrero de 1847, consejero de la corona en el departamento de la guerra, aunque seis dias despues presentó la dimision de su cargo, que en seguida le fué admitida. Vuelve á la capitanía general de Cataluña, pero indispuesto con el gobierno, dos veces fué separado y dos veces repuesto, hasta que dimitiendo se retiró á Madrid. Octubo en poco tiempo, esto es, desde 1852 hasta 1853, tres cargos de grande importancia, el de comandante general del sitio de Aranjuez, el de director general de infantería y el de comandante general del sitio de la Granja, y poco despues, la capitanía general de Filipinas, la superintendencia de Hacienda, la comandancia general del Apostadero y la direccion general de las armas é institutos del ejército.

Terminado su encargo, regresa á la península, se opone á la reforma constitucional, se le concede la di-

reccion general de infantería, el empleo de consejero real y mas tarde la direccion general de artillería, el título de Marqués de Novaliches y la grandeza de España.

Cuando se declaró la guerra de Africa, al Marqués de Novaliches se le confió el mando del tercer ejército y distrito; pero habiendo cesado en este cargo se quedó de cuartel en Madrid, é Isabel II, su infatigable protectora, le encargó en 1864 la formacion de un nuevo ministerio, que no pudo formar tal como deseaba la córte.

Novaliches estuvo el dia 22 de Junio de 1866 al lado del gobierno, y muerto D. Ramon Maria Narvaez, fué elevado por Gonzalez Brabo á la altísima dignidad de Príncipe de la milicia, esto es, á capitan general de los ejércitos nacionales

Los trabajos revolucionarios se seguian con vigor, y el gobierno de Gonzalez Brabo, por decreto de 25 de Abril de 1868, nombró capitan general de Cataluña á Novaliches, quien, apesar de andar en tratos para conciliar á los generales con la córte, aceptó por gratitud la merced que habia recibido.

Ocupábase sin levantar mano en el cumplimiento de su deber, cuando al mismo tiempo que llegó á su noticia la prision y destierro de los generales, verificados en 7 de Julio, supo que el gobernador civil de Barcelona, D. Romualdo Mendez de Sanjulian, en virtud de una órden reservada de Gonzalez Brabo, se ocupaba en vigilar los cuarteles, y sobre todo, la guarnicion del castillo de Monjuich. Irritado el Marqués de que un hombre civil, ex-oficial del ejército lanzado del mismo, no sin la sentencia de muerte y presidio por un delito comun, se sobrepusiese á su elevada autoridad, estando como estaba Cataluña en estado de guerra, le hizo formar un proceso por usurpacion de atribuciones, y salió absuelto. Lejos, empero, de desistir de sus propósitos el ex-gobernador de Córdoba, alentado con la órden del

presidente del Consejo y con la proteccion de su cuña do, Belda, redoblaba por todas partes su vigilancia, comunicaba instrucciones á los alcaldes de los pueblos, para que estuvieran dispuestos á perseguir las partidas, que, segun sus noticias, estaban á punto de lanzarse al campo. Hubo, con estos motivos, ágrias contestaciones, hasta que amostazado Novaliches, se apoderó de la persona de Mendez de Sanjulian, y con la guardia civil lo envió preso á la capital de Valencia.

Belda, como era natural, salió á la defensa de su cuñado, la reina á la de Novaliches, y despues de una larga série de disgustos, se retiró á su casa de Segovia, desde donde fué á Madrid, se encargó del mando y ya le hemos visto entrar con paso receloso por las provincias de Andalucia.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la historia política y militar del caudillo de las tropas reales.

Voy á hacer ahora otro tanto con el de la revolucion.

D. Francisco Serrano y Dominguez, hijo del mariscal de campo D. Francisco Serrano y Cuenca y de doña Isabel Dominguez y Guevara Vasconcelos, nació en la isla de Leon el 17 de Setiembre de 1810.

Obtuvo á los 12 años de su edad, despues de haber estudiado humanidades en el colegio de Vergara, una plaza de cadete en el regimiento de caballeria de Sagunto.

Las ideas liberales del mariscal de campo D. Francisco Serrano y Cuenca, franca y ostensiblemente profesadas, bastó, como no podia menos de bastar en aquellos tiempos, para que el hijo y el padre pasaran á aumentar la estensa lista de los *sospechosos* indefinidos, allá en el terrorífico periodo reaccionário de 1823. Víctima de los enconados furores de la reaccion, el jóven cadete vivió postergado hasta el 1.° de Julio de 1829,

en que fué alta en el regimiento de caballería del Príncipe. Mas no aviniéndose su carácter activo y emprendedor con la quietud reposada y monótona de las guarniciones, solicitó y obtuvo en el mes de Octubre del siguiente año de 1833, un nombramiento de subteniente de carabineros reales de costas y fronteras, y destinado fué á prestar los servicios propios de su instituto á Torremolino, pueblo inmediato á la ciudad de Málaga.

Tuvo por este tiempo ocasion la patriótica tentativa del infortunado Torrijos, vendido, entre otros, por el infame Moreno, y requerido por sus jefes el subteniente Serrano, asistió con las fuerzas de su mando á la persecucion y captura del general comunero y sus compañeros, y corrió luego en posta á noticiar el suceso al gobernador de Málaga, y despues voló con el mismo mensage al gobierno del absoluto rey Fernando VII de Borbon.

Los que tantas veces han echado en rostro estos servicios al general Serrano, han olvidado sin duda, que obró como simple subteniente, bajo las órdenes de sus jefes, con arreglo á las ordenanzas, y que en igualdad de circunstancias, hubiera del mismo modo volado á noticiar el triunfo de la revolucion.

¡No hubo, empero, ni un resto de piedad para ninguno de los vencidos, gracias á la mas negra de las traiciones...!

¡Torrijos y sus treinta y tantos compañeros fueron pasados por las armas en las playas de Málaga, y sus perseguidores todos premiados con las mas señaladas recompensas...!

Serrano Dominguez ascendió á teniente, pasó á un regimiento de caballería, nombrado fué porta-estandarte de coraceros, y formó parte de la escolta que acompañó hasta la frontera portuguesa á D. Cárlos María Isidro de Borbon, hermano de Fernando VII, y re-

presentante en nuestra pátria de ese sombrio fantasma que se llama *derecho divino* de los reyes.

Hallándose Serrano Dominguez de guarnicion en Madrid, marchó en el mes de Enero de 1835 á incorporarse al ejército del Norte, en clase de ayudante del general en jefe D. Francisco Espóz y Mina. Ya en el teatro de la guerra Serrano, el valeroso Serrano, cuya fogosa alma parecia templada al fuego de las mas grandes batallas, despues de haberse encontrado en varios combates, el 12 de Marzo toma parte en la accion ocurrida en la meseta de Larramear, en la que se condujo con tanto arrojo y bizarría, que por su brillante comportamiento fué propuesto para el grado de capitan, y premiado con la cruz de primera clase de San Fernando.

Los servicios que Serrano prestó en esta su primera campaña, persiguiendo á las facciones de Aragon al frente de una columna de 600 hombres, protegiendo el armamento y defensa de los pueblos adictos á la causa liberal, y como jefe de estado mayor de otra columna, tomando parte en varias acciones de guerra, dignos son del mas justo y merecido elogio.

Al llegar el mes de Mayo de 1836, Serrano pasa al ejército de Cataluña, en clase de ayudante de aquel general en jefe, y en este nuevo teatro se encuentra en las acciones de Bastrí, Turbatel, Aidebat, Santuario de Pinos y otras más, y en la de Caserras, ocurrida el 10 de Diciembre, cargó al frente de la escolta del general, que no escedia de 40 caballos, pero con tan brioso é irresistible empuge, que despues de luchar cuerpo á cuerpo con el cabecilla Capdevila de Trigols, á quien dió muerte, puso en desordenada fuga á 600 infantes y 30 ginetes, dejando además en el campo 30 enemigos muertos, trayéndose al nuestro 15 caballos, la brigada y muchos efectos de guerra.

Tan brillante comportamiento solo le valió el grado de comandante de escuadron .

Llega el año de 1837, y Serrano Dominguez, bajo las órdenes de su bizarro padre, el mariscal de campo, se encuentra el 8 de Marzo en la jornada de Calaf, y en el momento mas crítico del combate, se coloca al frente de 70 caballos, se lanza como el rayo sobre el enemigo, llega el primero descargando á diestro y siniestro cuchilladas, mata con su acerada espada cuatro facciosos, y con tan heróico ejemplo dispersa á los carlistas, les causa gran número de muertos, les hace algunos prisioneros, les arrebata muchos efectos de guerra y decide la empeñada accion.

Azpiroz, que habia presenciado su proceder, le propuso para el empleo de comandante, y en tanto que se confirmaba esta justa promocion, pasó como capitan supernumerario al regimiento coraceros de la Reina, quedando incorporado al ejército de operaciones del Centro, donde estaba escrito que debia recoger nuevos y honrosos laureles.

Serrano Dominguez asiste, pues, el 28 de Julio á la accion de Linares; el 22 de Agosto á la de Horcajo; el 4 de Setiembre á la de Orihuela del Tremedal; el 20 del mismo á la Almóndiga, y el 22 á la de Arcos de Contera, en la que, á causa de haber sido el primero que con su escuadron cargó y arrolló las posiciones enemigas, ganó sobre el campo de batalla el grado de teniente coronel y el alto honor de desfilar con su valeroso escuadron por delante de todo el ejército formado en órden de parada.

Inmediatamente tomó parte en las acciones de Cotí y Villar del Campo, donde adquirió una alta reputacion militar, á causa de haber sostenido con el escuadron de su mando la retirada de nuestro ejército, y el 11 de Noviembre cargó en Costelserás tres veces consecutivas contra triplicadas fuerzas, y despues de ponerlas en completa dispersion, arrolló al mismo tiempo dos masas

de infantería causándoles 150 prisioneros, hecho honrosísimo que le valió, prévio un juicio contradictorio, la cruz laureada de San Fernando y la propuesta para el empleo de teniente coronel mayor.

Llegado el año de 1838, Serrano Dominguez pasa al regimiento de Vitoria, 4.º de ligeros, se halla el dia 6 de Julio en las alturas de Allora, protege un convoy conducido por la division del mariscal de campo D. Cayetano Borso dí Carminati, que se dirigia á Lucena, y desde allí se encamina á las cercanías de Morella, alcanza en los altos de la Cabrida á las facciones reunidas de Forcadell, Rufo y Vizcarro, las bate, obtiene sobre ellas una señalada victoria, y es propuesto para el grado de coronel.

Todavia se distinguió nuestro héroe, con ocasion del sitio de Morella, en los dias 2, 3, 8, 11 y 12 de Agosto, en las alturas de Mas del Buy y en la ermita de San Pedro Mártir; el 15 con motivo de conducir un convoy que se dirigia á Alcañiz, y dió además de esto tan relevantes pruebas de valor en la expedicion de Tortosa, cuando el tigre del maestrazgo pretendió pasar el Ebro para apoderarse de Falset, que en vista de estos grandes y acomulados servicios, viéronse precisados á concederle el empleo efectivo de coronel del arma de caballeria.

Nuestro jóven coronel, despues de tomar parte activa en siete nuevas empeñadas acciones, y de ser tres veces consecutivas propuesto para brigadier, obtuvo este empleo en 4 de Julio de 1839, al tener el gobierno noticia de los extraordinarios servicios que prestó, primero en los campos de Segura y mas tarde en la jornada de la Hoz de la Vieja.

Nombrado fué luego comandante general de la segunda brigada de la division expedicionaria del Norte de Cataluña; asistió al reconocimiento del puente y de

los vados de Alentor y al aprovisionamiento de Arteza, Biosca y Solsona, en cuya última jornada le confiaron el mando de la primera brigada de la segunda division, que se formó con toda la caballería del Principado, y con ella tomó parte los dias 24 y 28 de Abril en las batallas de Peracamps y Llovera, donde, herido el general en jefe, D. Antonio Van-Halen, se puso al frente del tercer escuadron de Navarra y medio batallon del provincial de Jaen, y precipitándose con ardor, através de aquellas casi impenetrables malezas, sobre el fuerte de los carlistas, consiguio arrojarlos de sus ventajosas posiciones.

Hecho tan heróico fué recompensado al brigadier Serrano con la cruz de tercera clase de San Fernando.

Los combates, cada vez mas encarnizados, seguian á los combates, y en una de las acciones, librada no lejos de Peracamps, en que fué herido D. Antonio Azpiroz, recayó el mando de la division expedicionaria del Norte en Cataluña, en el brigadier Serrano, que lo desempeñó hasta la llegada del general Castañeda, enviado para reemplazarle, por el Duque de la Victoria.

Continuó Serrano Dominguez, empero, al frente de su brigada, y con ella tomó parte en las operaciones practicadas desde los campos de Urgel á la Conca de Tremp, amenazada de una invasion enemiga, y desde Tárrega á la Penadella, para franquear la marcha que llevaba á Igualada la brigada del campo de Tarragona, y desde Balaguer concurrió tambien á hacer levantar el sitio de la Conca de Tremp, salvando la guarnicion de las tropas constitucionales, y desde allí marchó á Ager por el Mosan para impedir que los carlistas pasasen el Segre, como antes lo habian hecho, y por último, asistió á la toma de los fuertes de Orgañà, San Honorá y la Carolina.

Tocaba ya á feliz remate aquella sangrienta y fra-

tricida lucha, y en sus postrimeros instantes, Serrano, en convinacion con el ejército del Centro, persiguió sin trégua y sin descanso las huestes carlistas, hasta que persuadidas estas de la ineficácia de la resistencia, salieron por el valle de Andorra, dejando por entónces en paz el territorio español.

La actividad incansable del general Serrano, su entereza de carácter, el acierto y oportunidad de sus disposiciones, y su justo renombre de valeroso y esforzado, aparte de sus excelentes cualidades físicas y morales, hacian creer, y con razon, que estaba llamado á influir, desde una elevada esfera, en los futuros destinos la pátria.

Concluida la guerra civil, fué nombrado gobernador interino de la plaza de Gerona y comandante general de su provincia, en cuyo puesto se hallaba cuando estalló el alzamiento político contra la reina gobernadora; en Octubre del mismo año de 1840, confiáronle, en el cuartel general del ejército, el mando de toda la caballería; en seguida el gobierno militar y la comandancia general de Barcelona; en 19 de Diciembre obtuvo el empleo de mariscal de campo; doce dias despues pasó de segundo cabo á la capitanía general de Valencia, y elegido despues por Málaga y Jaen diputado á córtes, llegó al Congreso, se unió á las filas progresistas y votó la regencia única en favor del Duque de la Victoria.

Al revelarse en Octubre de 1841 los generales O'Donnell, Borso di Carminati, Leon, los Conchas, Narvaez, Pavía, Pezuela y tantos otros contra la regencia de Espartero, para robar del régio alcázar á la niña reina Isabel y á su hermana la infanta Maria Luisa Fernanda, con el objeto de ponerlas bajo la custódia de su madre Maria Cristina, encender la guerra civil y dar el golpe de *gracia* al partido progresista, Serrano Dominguez, que se hallaba disfrutando de real licencia

en Málaga, vuela en posta y con la celeridad del rayo á Madrid, preséntase en la córte á las cincuenta y tres horas de su partida, sale á las treinta de su llegada mandando la primera division del ejército del Norte, llega á Vitoria á marchas forzadas, despues y por órden del regente corre á Tudela de Navarra á recibir sus instrucciones, dirígese luego á la plaza de Barcelona, y por último, permanece en aquel ejército haciendo prodigios de actividad, de destreza y de valor hasta que fué aniquilada aquella injusta y nefanda insurreccion militar.

La noble y patriótica conducta del mariscal de campo Serrano Dominguez, le atrajo las simpatías de la gran familia liberal española, del gobierno, de las córtes y del regente Espartero, y le abrió el camino para que formara parte, ocupando el departamento de la Guerra, del funesto ministerio, que organizó en 9 de Mayo de 1843, el funestísimo orador D. Joaquin Maria Lopez.

Conocida es la historia de aquel ministerio, que concitó los ánimos contra la regencia, que abrió las puertas de la pátria, con reprensible irreflexion, á todos los rebeldes de Octubre; que arrojó la tea de la discordia y encendió el rayo de la rebelion, que debiá calcinar todas las instituciones libres y relegar á los hombres de ideas avanzadas al ostracismo, á las cárceles, á los presidios ó á los cadalsos, y sumir á la pátria en los abismos de once mortales años de vergüenza y de ignominia, sin ejemplo en la historia de ninguno de los paises del mundo civilizado.

No era á esto á lo que aspiraba el mariscal de campo Serrano Dominguez, ni tampoco sus compañeros de gabinete, y la prueba es, que nombrado en Barcelona ministro universal, quiso apartar del teatro de los sucesos á los Narvaez, Concha, Pezuela y demás satélites;

pero arrastrado por la fuerza incontrastable de las circunstancias, no solo se vió precisado á transigir con los hechos que se consumaban, sino que destituyó al Duque de la Victoria y de Morella, por medio de un decreto, de la regencia del reino y de todos sus títulos, grados y condecoraciones.

Hé ahí la oscura sombra que empieza á empañar la brillante hoja militar y política del Sr. Serrano Dominguez.

Nuestro ministro universal llega á Madrid, despues de la traicion de Torrejon de Ardoz; constituye en gobierno supremo á sus compañeros de gabinete; le concede este el empleo de teniente general y la gran cruz de San Fernando, y destituye el Senado y prepara la eleccion de las nuevas córtes que debian declarar la mayoría de la reina. Las persecuciones mas atroces se desencadenaban contra los liberales, y Serrano, en vez de desplegar su prodigioso valor, su maravillosa actividad y su carácter decidido y enérgico, deja correr los rápidos é impetuosos torrentes de la reaccion, aleja de sí el papel de un Cronwell, y para no levantarse durante algunos años, desciende de su colosal altura y vive anonadado bajo los encantadores arrullos de la angelical criatura que en la explosion de sus primeros amores, empieza á llamarle *el general bonito.*

Serrano Dominguez, como el funesto Lopez, habia sido instrumento inconsciente de un designio infame, y derrocado el no menos funesto Olózaga, Gonzalez Brabo ofreció al hombre mas notable de aquella revolucion, esto es, al mismo general Serrano, como gran premio á sus servicios, la inspeccion del arma de caballería; pero el ex-ministro universal se negó á aceptar el cargo, y desde entónces vivió en un casi absoluto retraimiento, hasta que el año de 1854 desenvaina su espada contra el ministerio-Sartorius, y dos años despues bombardea las córtes constituyentes.

Nada importante, á partir desde esta fecha, nos ofrece la vida del general Serrano. Unido desde entónces al Conde de Lucena, á quien habia ayudado á organizar la union liberal, fué en el primer periodo de este partido director del arma de artillería, recibió la gran cruz de San Hermenegildo, tuvo ingreso en la órden del Toison de oro, recibió el empleo de capitan general de los ejércitos, y en 1862, el título de Duque de la Torre y la grandeza de España.

La Iberia, este periódico que tanto se ocupa hoy del Sr. Duque de la Torre, no solo para hacer justicia á sus grandes cualidades, mas hasta para adularle con bajeza, le dibujaba antes de los sucesos del 22 de Junio de 1866, en pleno consejo de ministros, con las piernas abiertas, los brazos tirados atrás y la cabeza echada sobre el pecho, significando que era un estúpido babieca; pero llega á aquel memorable suceso, y el babieca del periódico progresista, recuerda que era el héroe de Calak y de cien acciones y batallas, se precipita en medio del mas fragoso peligro, y cuando el Duque de Tetuan le dice *¡hoy es dia de morir por la reina!* él contesta con toda la energía de su alma *¡hoy es dia de morir por la pátria!*

Es indudable que sin el arrojo, energía y buena direccion del Duque de la Torre, el 22 de Junio, es mas que probable que hubiera triunfado aquella poderosa y pujante revolucion.

La ingratitud de la reina para con los vencedores, fué tan grande como pública y ostensible, y cuando lanzada la union liberal por la pendiente revolucionaria, le propusieron sus amigos á O'Donnell como regente de Alfonso XII, repuso con severo acento: *¡antes prefiero verle rey que en la regencia de ninguno de los Borbones!*

Los hechos del Duque de la Torre, desde esa época

hasta su llegada á Córdoba, creo que ya los dejé suficientemente enunciados.

Tal es el compendio, verídico y exacto, de la historia política y militar de los dos caudillos, que al frente de sus respectivos ejércitos estaban á punto de disputarse la victoria sobre las márgenes del Guadalquivir.

Necesito ahora, para la mejor inteligencia del lector, hacer un paralelo entre los dos caudillos, á fin de que resalten sus respectivos caracteres, sus propósitos y sus medios de accion puestos en juego en Alcolea.

XXXII.

SUMARIO.

Cualidades físicas, morales y políticas del Marqués de Novaliches y del Duque de la Torre.—Lo que representaban estos dos caudillos al frente de sus respectivos ejércitos sobre ambas orillas del Guadalquivir. —Breve paralelo entre esos dos personages.—Situacion espinosa del caudillo de la reina, su proceder caballeroso y su alocucion á los pueblos andaluces.—Avance de las tropas reales.—Precauciones militares en Córdoba, informes de D. Rafael Ceballos Alvarez, actitud del Duque de la Torre y su reconocimiento de Alcolea.—Medidas adoptadas desde el Carpio por el general Vega y la ineficácia de sus telégramas y de sus peticiones.—Conferencia entre los generales Vega é Inclán y Ximenez de Sandoval.—Inútiles esfuerzos del jefe del canton militar del Carpio.—Nuevo reconocimiento de las posiciones de Alcolea, su ocupacion por las tropas liberales y medidas eficaces tomadas en Córdoba.—Reiteradas gestiones del general Vega.—Espectáculo religioso y militar que ofrecen los dos ejércitos beligerantes en sus respectivos cantones.—Conversacion telegráfica entre el ministro de la Guerra y el general Ximenez, ignorancia del cuartel general de Montoro y la continuacion de la curiosa plática telegráfica.—Ignorancia del ministro de la Guerra y de los generales isabelinos respecto al número de las tropas cordobesas, la calidad de sus armas, el nombre de sus generales y la ocupacion del puente de Alcolea.

Cuando en el mes de Octubre de 1866 salí de Madrid, solo habia tenido ocasion de ver, alguna que otra vez, ya en el teatro, ya en el paseo de la Castellana ó ya en el Senado, al general D. Manuel Pavía y Lacy; más como no llegué á tratarle, ni entónces ni despues, nada puedo decir acerca de sus cualidades personales, aparte de las reflexiones que me sugieran sus actos.

Pero un escritor español, que en el año mismo de 1868, despues de la batalla de Alcolea, publicó de él un estudio biográfico, le retrata de la siguiente manera:

«Su aspecto físico denota hoy, en 1868, á primera vista, el temperamento nervioso sanguíneo del hombre de guerra: vivo en sus movimientos y en sus palabras, voz alta y vibrante, mirada rápida, sonrisa leve, gesto abierto y franco, paso largo y desenvuelto, salud de hierro; al verle, se comprende al punto que, como general, le ha de gustar mas el campamento que la vida tranquila de las plazas, y como hombre de Estado, se ha de hallar con mas holgura en la abierta lucha legal que en la intriga política.

»Es frugal y activo, y resiste el frio, la fatiga y la vigilia hasta con placer: su fisonomía conserva los rasgos primitivos; cualidad que, como saben todos los fisiólogos, es propia de las naturalezas que no se enervan con la molicie.

»Su conversacion es viváz, truncada, calurosa, pronta en transiciones; argumenta por imágenes y metáforas mas bien que por deduccion precisa; se cuida menos de las palabras que de su significado; si le exalta la contradiccion, se calma por sí mismo, porque tiene, á pesar de su viveza, una cualidad poco frecuente en la alta milicia: escucha, oye y contesta.

»El hombre interno está en perfecta armonía con este aspecto esterior: una vez convencido de un principio, y siguiendo una línea de conducta trazada, es inflexible, casi obstinado. Esto le vale, como militar, tener fama de severo, pero de severo en la forma, ante las tropas ó en su despacho, nunca por la dureza del castigo; prefiere el perdon á las penas, y muchos en Cataluña y en otros mandos difíciles se lo deben.

»En sus opiniones militares se manifiesta amante de las reformas que dictan los adelantamientos del si-

glo; así en todos los mandos que desempeña deja impreso el sello de sus instintos, organizados en sentido reformista. Fuera del trato íntimo, en cuestiones de etiqueta disciplinaria militar, no dispensa nada, quiere revestir todos los actos públicos del servicio con la forma precisada en las leyes.

. . . .

»A pesar de considerársele con razon uno de los mas firmes y resueltos campeones del partido moderado en su mas genuina acepcion constitucional, ó acaso por esta causa y porque interpreta como ellas son las verdaderas doctrinas de la comunion política á que pertenece, no rechaza ni escluye el progreso, como otros doctrinarios. antes bien lo desea y quiere; pero lento, seguro y meditado, comprendiendo en su elevado criterio, que Dios ha dispuesto que el hombre progrese, se mejore y se reforme mientras exista.

»Para dar con su ejemplo una acabada prueba de cariño á la juventud y al talento, guia á los hijos que su enlace le ha destinado, por la senda de la ilustracion y de los estudios útiles, comprendiendo que la mejor y más alta nobleza es la que cada hombre se crea por sí, elevándose por su virtud, por sus merecimientos y su instruccion sobre el comun de los demás que le rodean.

»Su casa está siempre abierta, y su amistad pertenece por entero y con toda franqueza á los hombres de letras y de probada honradez, sin curarse para llenarles de distinciones de otros títulos que su instruccion, su capacidad y su buena conducta.....

»Por último, el Marqués de Novaliches conserva siempre en el Senado, en la córte, en su casa, en todas partes, el tipo militar sério y resuelto, sin que por eso carezca de las mas delicadas formas.

»Los que no están acostumbrados á esta seriedad, á esta forma decidida y pronta, dudan al principio; pe-

ro cuando sondean lo que esa forma cubre, se estima en todo lo que vale al político franco, de sistema fijo, de consecuencias indudables y de lealtad acreditada, y al militar severo, justo, disciplinario, pero protector del oficial y del soldado cuando cumplen con lo que les ordena su deber.»

Al ocuparse un escritor cordobés, el Sr. D. Cárlos Rubio, hoy difunto, del Marqués de Novaliches, dijo, y estoy conforme con sus juicios, que sus hechos de armas no son en su mayor parte notables; que todos nuestros demás generales tienen tantos, por lo ménos, y mas brillantes que él; que fué siempre consecuente con su partido; que sus dotes de gobierno han aparecido escasas; que su rápido encumbramiento lo debió á la fortuna y á los trabajos tenebrosos de la guardia; pero que aparte del general, aparte del hombre político, está el hombre privado, el hombre de honor, de valor y de inteligencia, el hombre á quien no se puede señalar una mancha en su hoja de servicios militares, ni en su hoja de servicios civiles, ni en el libro de su vida privada, y por último, que si Pavía no es un gran general, ni un gran político, es de seguro un cumplido caballero.

Al ocuparse há pocos años del Duque de la Torre cierto escritor, su adversario, el Sr. Bermejo, se expresaba de esta manera:

«Es el general Serrano, físicamente considerado, hombre de buena estatura, derecho y bien distribuido en carnes y de actitud marcial, cuando ciñe el hábito de la guerra y el lujoso atavío de la parada, así como fino y urbano en la cortesía, cuando se adereza con el trage de sociedad. A pesar de estar cargado de años camina derecho sin esfuerzo y cabalga con gracia, sin que le mortifique el trote del animal de escuela, ni el galope ó la carrera del fogoso corcel. Su ancianidad es de aque-

llas que han dejado vestigios de su juvenil donaire, y revelaciones contínuas de haber sido afortunado en sus galanteos. Es redondo de cara, tiene facciones bien proporcionadas y es dulce su mirada, y además cariñoso sin afectacion.

»Fué siempre aficionado al boato y dado á la magnificencia; gustó mucho del regalo, y hoy la necesidad le obliga á mayores cuidados, porque la vejez es exigente con tanta mas razon, cuanto que es preciso conservar, para que no se deteriore con el descuido, lo que ya es imposible restaurar. Tiene muger hermosa que le ha dado hijos, seres á quienes adora, y que constituyen el encanto de su hogar. Yo he vivido en Carabanchel en ocasion en que él tambien veraneaba en el mismo lugar, y me contaba quien lo veia diariamente, lo extremado de su dolor y la perseverancia con que permanecia sin despegarse del lecho de aquella doliente inocencia, siendo él mismo el asíduo enfermero que aplicaba los remedios, pareciéndole ejercicio impropio de manos estrañas.»

Eso, en cuanto al Sr. Bermejo, que en cuanto á mí, yo, que le he tratado con intimidad en los dias de peligro y en los del triunfo, y que he sido su cortesano en los dias de su desgracia, puedo asegurar que en mis visitas casi diarias á su casa, donde por entónces vivia poco menos que absolutamente aislado, le oia hablar con frecuencia y con el mayor enternecimiento de su muger y de sus hijos, ausentes á la sazon de Madrid. El general Serrano, y esto le consta á todo el que le ha tratado, es un buen esposo, un excelente padre, un buen amigo, sensible como pocos á esos nobles y levantados sentimientos del corazon. Su trato ingénuo y sencillo sin bajeza, y su palabra ocurrente y chistosa sin chocarreria, y la rapidez con que hace sus acertadas observaciones, y la solicitud paternal que des-

plega en favor de sus adeptos, le hacen digno de aprecio y estimacion sobre todo encarecimiento. Le he visto sacrificar á veces sus propias convicciones en obsequio á la paz, y si en los combates es el rayo que se desata, calcina y pulveriza, antes y despues del triunfo es generoso con los vencidos, y enemigo siempre de la efusion de sangre. Ama al soldado con todas las veras de su alma generosa, y la unidad del ejército ha sido y es el mas constante afan de sus aspiraciones.

Si dentro de la gran escuela liberal no tiene ideas fijas, y si procede con cierta reserva que muchos le vituperan, es quizás porque en su larga carrera ha tenido motivos sobrados para conocer á fondo á los grandes bandidos que se agitan en el teatro de la política española.

La pasion política, que todo lo emponzoña, le ha echado en rostro que en Setiembre de 1868 desenvainó su espada contra todo lo que existia; pero la historia desnuda de pasion y de ira no podrá menos de hacer justicia á la sinceridad y rectitud de su conducta, movida por los nobilísimos resortes del sentimiento público que gemia bajo el oprobio de todas las vergüenzas, de todas las humillaciones, de todas las infamias.

Pavía y Lacy debia su súbita elevacion al favor y á las intrigas de cuerpo, y Serrano Dominguez la debia á sus brillantísimos hechos de armas.

Y Pavía y Lacy, capitan general de los ejércitos españoles y marqués de Novaliches ¿qué representaba al frente de sus tropas sobre la márgen izquierda del Guadalquivir? representaba lo que proscripto en Europa se agitaba en el vacio con las violentas convulsiones de la muerte; los intereses simonianos de una especie de iglesia farisaica, esto és, de una clericalla intolerante, aduladora, redomada y corrompida; todas las usurpaciones de una nobleza estúpida, inepta y vana; una

aristocrácia burocrática, vampiros del pais, sin corazon y sin entrañas; una turba de parásitos políticos sin fé, sin virtud y sin pudor; y representaba, finalmente, todos los egoismos, todas las liviandades, todas las preocupaciones, todos los errores y todos los crímenes que en el presente siglo han deshonrado y envilecido á España.

Hé ahí por qué el Marqués de Novaliches, al atravesar los pueblos andaluces, lejos de encontrar en ellos amigos, espias y recursos indispensables, le negaban hasta el fuego y el agua, viéndose precisado á avanzar hácia nosotros con paso lento, vacilante y receloso, como el naturalista que sepultado en lóbregos subterráneos marcha lleno de extraordinaria cautela por las orillas de abismos insondables.

Y Serrano Dominguez, capitan general de los ejércitos nacionales y Duque de la Torre ¿qué representaba sobre la márgen derecha del Guadalquivir? representaba el brazo vengador contra todas las injusticias políticas, sociales y religiosas; al nuevo Mesias que con su espada de fuego venia anunciando á los pueblos oprimidos el reinado del derecho, de la libertad, de la razon y de la justicia; al espíritu activo, vigoroso y turbulento que llevaba en sí la destruccion completa, incondicional, absoluta de todo lo existente; representaba, por último, en su expresion mas clara, mas definida y concreta, las ideas inmortales del progreso humano, que sobrevivian á la derrota de los buenos en los campos de Villalar, á la inquisicion con sus hogueras, á los reyes absolutos con sus verdugos y á la monarqúía constitucional con sus farsas, sus miserias, sus vergüenzas é ignominias...

Hé ahí por qué al Duque de la Torre, al atravesar la insurreccionada Andalucía, le saludaban por do quiera los víctores entusiastas de los pueblos y del ejército,

los repiques generales de campanas, los fuegos artificiales, los aires patrióticos de las bandas de música, y las felicitaciones de las autoridades revolucionarias, ofreciéndole en todas y por todas partes cuanto podia necesitar para obtener una pronta y decisiva victoria sobre los ejércitos reales.

Pavía y Lacy, enfermo y en marcha, organiza su ejército recibiendo de distintas procedencias tropas, iniciadas muchas de ellas en nuestros trabajos revolucionarios; Serrano Dominguez, sano y activo, organiza el suyo con tropas que por conviccion, confianza y entusiasmo le prestan una ciega obediencia; Pavía y Lacy obra bajo la égida del ministro de la Guerra, Concha, quien solia decir en el palacio de Buena Vista, «que Novaliches le iba á pedir hasta mugeres para su ejército y que se las iba á mandar;» Serrano Dominguez, rodeado de generales entendidos, obraba bajo la inspiracion de su criterio militar, anticipándose á sus mas leves indicaciones las tropas liberales, la marina, las maestranzas, los arsenales, las Juntas populares y todos los pueblos andaluces; Pavía y Lacy deja tras de sí la revolucion organizándose hasta en las esferas del poder supremo; Serrano Dominguez deja á su espalda pueblos leales y entusiastas acumulando cuantos medios pueden contribuir al triunfo de la misma revolucion; Pavía y Lacy era una especie de remedo de los coros de las *folies dianistique*, que cantan *marchemos marchemos* estando siempre quietos, y Serrano Dominguez era la imágen de la actividad y de la destreza organizadora.

La situacion del capitan general Pavía y Lacy no podia ser, á la hora en que esto estaba aconteciendo, mas triste y desgarradora. Proto-tipo de los antiguos caballeros, este leal servidor del gobierno, de la reina y de su dinastía, esta víctima espiatoria de las iniquida-

des doctrinarias, parecia hallarse bajo el volcan que debia sepultarlo entre su ardiente lava. Los jefes y oficiales de su ejército, no solo leian sin reserva las proclamas revolucionarias, sino que toda vez que oian á los paisanos dar entusiastas vivas á la libertad, sonreíanse con una benevolencia que dejaba expresar sus simpatías por el triunfo de la revolucion. Hubo algunos jefes y oficiales que, al oir á los paisanos victorear á la república, como á veces llegó esto á acontecer, solian contestar con la misma sonrisa diciendo: *¡Tanto no, hombre, tanto no!*

Era tan escaso el respeto que inspiraba el gobierno, las autoridades y las tropas reales, ya bastante numerosas, que en presencia de ellas mismas se ponian en armas hasta los pueblos mas insignificantes. Creo que pocas veces, en la historia de las revoluciones, ha podido encontrarse un general en circunstancias análogas á las en que se hallaba el Marqués de Novaliches. Sin recursos materiales de que poder dispóner; sin partidarios decididos y sinceros; sin apoyo de ningun género en los pueblos andaluces; sin la fuerza moral que constituye el nervio de los ejércitos en campaña; rechazado por el pais en masa, lleno de torcedora incertidumbre, y aquejado por padecimientos físicos, Novaliches, perdido en el abismo de inútiles detalles, se limitaba á concentrar sus tropas con incomprensible lentitud, para dar tiempo á que le llegasen los grandes refuerzos que con insistencia demandaba al ministro de la Guerra.

Si Pavía y Lacy no llegó á comprender el verdadero estado de su situacion, cosa que ciertamente se presta á la duda, no era posible que esto se le ocultara de una manera absoluta, y mucho menos aún, el descrédito de las instituciones, la oposicion ostensible de los pueblos, el espíritu revolucionario de una gran parte de sus tropas, y la sangrienta befa del ministro de la Guerra. Algo de

esto, si nó todo, debia estar en su conciencia; pero lejos de caer en la pendiente de la represion, contemplaba impasible la marcha de los sucesos, perdia un tiempo que le alejaba del triunfo, y sin bejar á los pueblos, y sin hacer derramar ni una sola lágrima, marcha sereno y tranquilo á cumplir con la ley fatal de su destino.

Cuando tuvo noticia del asesinato de Fernandez Vallin, anatematizó este hecho inícuo, se irritó visiblemente contra su autor, dispuso quedase preso en el municipio de Andújar, le sometió al fallo de un consejo de guerra, y en su deseo de tranquilizar á los pueblos, les dirigió la siguiente alocucion:

«Andaluces:

»Vengo entre vosotros como general en jefe al frente de numerosas tropas disciplinadas, en cuyas filas figura S. A. R. el Conde de Girgenti, para aseguraros el órden, interrumpido en algunos puntos, por errores políticos y ambiciones personales.

»Levantando la cabeza la revolucion, difícilmente hay poder en nadie para que se contenga en los límites á que sus jefes la quieren conducir. No os dejeis alucinar unos, ni otros por tímidos permitais que se os atropelle; mirad con tiempo por los fueros á que teneis derecho ante la monarquía de una reina buena y generosa, y ante la constitucion que hemos jurado, y estad seguros que hallareis la paz porque suspiran estos pueblos y la tranquilidad en vuestros hogares.

»Cuartel general de Andújar 25 de Setiembre de 1868.—El Marqués de Novaliches.»

No era posible que esa proclama produjera efecto en medio de los pueblos andaluces que ardian en una sola y viva llama.

Las tropas reales, siguiendo entretanto sus movimientos de concentracion, pernoctaron á las nueve y media y diez de la noche en Pedro-Abad y el Carpio

procedentes de la ciudad de Montoro, y entre ellos los regimientos de caballería de Talavera de la Reina y lanceros de España, el de infantería de Mallorca, un batallon de Gerona y el de cazadores de Madrid, al mismo tiempo que pernoctaban en la misma ciudad el regimiento infantería del Príncipe, y á media noche, por el ferro-carril, y al frente de sus demás fuerzas, el capitan general, Marqués de Novaliches.

Teniamos tomadas en Córdoba, lo mismo por los militares que por los paisanos, cuantas precauciones eran necesarias, no solo para impedir una sorpresa, sino para tener incomunicados á los enemigos. De aquí las hábiles medidas dentro de la ciudad, para el caso de un combate en las calles, las fuerzas avanzadas en las afueras de la misma, y la detencion de toda persona sospechosa de espionage, medida que nos daba los mas satisfactorios resultados. (1)

No seria mas que de dos á tres de la madrugada del 25 al 26, cuando una de nuestras avanzadas, establecida frente al cementerio de San Rafael, detiene á un viagero que se le presenta al trotar de su caballo, y es conducido á la presencia del Sr. Duque de la Torre, quien despues de las pesadas faenas del dia se hallaba durmiendo en su alojamiento. *¿Quién es V. y de dónde viene?* le pregunta el general en jefe.

(1) A las primeras horas de la noche del 26, me presentaron los movilizados dos sugetos con cédulas de vecindad espedidas en Andújar, como viajantes de una casa de comercio. Era sn aspecto esterior militar, y la turbacion que de ellos se apoderó al ser por mi interrogados, me hizo sospechar que eran oficiales del ejército real, y que sin duda venian á inquirir el número de nuestras fuerzas, el nombre de nuestros generales y á estudiar nuestras posiciones. Convencido de esto, los mandé á la cárcel, donde permanecieron hasta el siguiente dia de nuestra entrada triunfal en Córdoba, en que fuí y les puse en libertad. Esto mismo lo hice con otros sospechosos, cuando no les hacia regresar en el mismo acto á su punto de partida.

«Yo soy, le contesía el interrogado, D. Rafael Ceballos y Alvarez, natural y vecino del Carpio é individuo de la Junta revolucionaria del mismo pueblo. Allí secundamos el alzamiento de la capital, y como carecemos de medios de resistencia, y las tropas de la reina avanzaban hácia nosotros, mandé que uno de nuestros espías se situase en Pedro-Abad, para que tan luego como las viera asomar por la Cabeza de Diegues, corriese á darnos un oportuno aviso; y con efecto, á las nueve y media de esta noche, y despues de haberlas observado con detencion, llegó al pueblo á todo el correr de su cabalgadura, nos advirtió de este suceso, y cuando yo mismo las he visto entrar por las calles que desembocan en la carretera, me he salido por una de las opuestas para presentarme en Córdoba y dar noticias de este acontecimiento.»

Varias preguntas y repreguntas mas hizo el general á D. Rafael Ceballos Alvarez, acerca del número de los enemigos, del nombre de sus jefes y de los terrenos que desde el Carpio conducen á Córdoba, y despues de satisfechas las unas y las otras por el interrogado, el Sr. Duque de la Torre dá las órdenes oportunas, monta luego á caballo, y precedido de una escasa fuerza y acompañado de otra, se dirige al puente de Alcolea, hace un detenido y escrupuloso reconocimiento en sus posiciones, las encuentra buenas y ventajosas, resuelve desde ellas cerrar el paso á las tropas de la reina, y sin dejar tropas que las defiendan regresa á su cuartel general de Córdoba.

Al mismo tiempo que el Sr. Duque de la Torre reconocia aquellas posiciones, el general de la vanguardia isabelina, D. Miguel de la Vega é Inclán, hace que varios viageros que pasaban por el Carpio, con procedencia de Córdoba, sean conducidos ante su presencia, y valiéndose de los medios que le sugiere su ingénio, les

interroga acerca de las fuerzas militares que ocupan el puente de Alcolea, y de todos sus informes resulta que aquellas posiciones están completamente abandonadas. No obstante esto, llama al alcalde D. Rodrigo Fernandez de Mesa, le informa del grande interés que tiene en saber si los *rebeldes* estaban ó nó en Alcolea, y por medio del hacedor de campo del rico propietario alcalde, se confirman las anteriores noticias recibidas.

Los primeros impulsos de Vega é Inclán fueron entónces los de reunir sus numerosas tropas de las tres armas, y marchar á apoderarse de las posiciones de Alcolea; pero considerando que no tenia facultades para tanto; se abstiene de poner en ejecucion su pensamiento, mas sin dejar de seguir haciendo las mismas inquisiciones.

Tal era el estado de las cosas, cuando el general Ximenez de Sandoval, llega conducido en una locomotora al Carpio, con órdenes del Marqués de Novaliches, para que hasta el siguiente dia 27, no ocupasen al pueblo de Villafranca las tropas del general Vega. Este que ardia en los deseos de apoderarse de Alcolea, hizo entender á su compañero lo ventajoso de este movimiento, y conviniendo tambien en ello marchó presuroso á noticiarlo á su general en jefe. Creyendo Vega é Inclán que inmediatamente iba á recibir instrucciones telegráficas, para que desde luego pudiera avanzar sobre Alcolea, preparó sus tropas para la marcha, pero no recibió ningun género de instrucciones.

Al lucir los primeros albores del siguiente dia 27, cumpliendo con una órden del Sr. Duque de la Torre, salen de nuestra ciudad al frente de algunas secciones de caballería y del batallon de cazadores de Tarifa, los generales Izquierdo, Rey y Caballero de Rodas y varios jefes y oficiales de estado mayor, y se dirigen á practicar un segundo, detenido y escrupuloso reconocimien-

to en las posiciones que en Alcolea se prolongan sobre la márgen derecha del Guadalquivir. Nuestra fuerza expedicionaria llegó, entre ocho y nueve de la mañana, bajo las agradables impresiones de una tierra cubierta de vistosas flores, de una atmósfera impregnada de suaves perfumes y de un cielo lleno de inimitable esplendor, á la ex-villa de Alcolea. Los generales, en virtud de la órden que llevaban, reconocieron las posiciones, y habiéndolas encontrado tan ventajosas como se les aseguraba, Izquierdo, que era el iniciado en el plan de campaña del Sr. Duque de la Torre, y que por esto se hallaba autorizado para obrar con alguna independencia, y que allá lejos vislumbró avanzadas enemigas, dispuso que para asegurarlas fueran en el acto mismo ocupadas por la caballería y el batallon de Tarifa; que del mismo modo se estableciera allí el telégrafo de campaña; que sin pérdida de tiempo se aspillerasen los edificios de las Ventas, Ventillas, Ribera la Baja y las zahurdas de Pendolillas; que en seguida volviese el general Caballero de Rodas á reforzar las posiciones con toda la brigada ligera; que los vados que se prolongan desde Córdoba al puente de Alcolea, hasta entónces protegidos por nuestros movilizados, se reforzasen por un batallon del regimiento infantería de Cuenca y por los tercios de la Guardia civil, y por último, que otro tanto se hiciera con nuestras avanzadas situadas en los Barreros, en el Campo de la Verdad y en las faldas de Sierra-Morena.

Tomadas, con la expresa aprobacion del Sr. Duque de la Torre, esas medidas preventivas, al mismo tiempo que expediamos órdenes apremiantes á los alcaldes de los pueblos, para que sin pretesto ni escusa de ninguna clase nos enviasen á los soldados, cabos y sargentos, que con licencia semestral se hallasen en sus respectivas demarcaciones, á fin de que pudieran engrosar

las filas de los ejércitos liberales, dirigiamos tambien al público el siguiente oportuno «Boletin revolucionario:»

«JUNTA REVOLUCIONARIA DE CÓRDOBA.

»Estando ya en sus fortificadas posiciones del puente de Alcolea las tropas del ejército liberal, que manda el Excmo. Sr. Duque de la Torre, esta Junta cumple con el deber imperioso de las circunstancias, excitando vivamente al vecindario todo, para que cada cual en su esfera y con arreglo á sus condiciones, auxilie al ejército por medio de su concurrencia á dicho punto, con los abastecimientos y artículos necesarios á la vida; en la inteligencia de que todos serán severamente respetados, y sus objetos puntualmente satisfechos, como sucede en todos los mercados, obteniendo al propio tiempo las ventajas convenientes de una momentánea espendicion.

»La Junta lo suplica así, y espera verse correspondida, aunque no sea mas que por el amor á la Pátria que ha demostrado este vecindario.

»Córdoba 27 de Setiembre de 1868.—Angel de Torres, Presidente.—Francisco de Leiva.—Francisco Sales Morillo.—Francisco Portocarrero.—Rafael Barroso. —Santiago Barba.—Manuel de Luna.—El Vocal-secretario, Rafael Maria Gorrindo.»

Vega é Inclán, en tanto que en Córdoba se desplegaba una maravillosa actividad, anuncia por el telégrafo al Marqués de Novaliches, que el puente de Alcolea no estaba ocupado aún por los rebeldes, y despues de esto hace formar todas sus tropas, y acompañado de la mayoría de los habitantes del Carpio, se dirige con ellas al campo llamado de los Pageres. Allí, describiendo sus tropas un estenso cuadro, en cuyo frente superior y colaterales se alzaba un modesto altar, comenzó la misa al aire libre y bajo un cielo esplendoroso. Las enormes

masas de soldados, que en vistosa formacion se inclinaban en presencia del altar; la diversidad de sus uniformes; el brillo de sus corazas y de sus armas, heridas por los rayos del sol; el redoblar de los tambores; los aires marciales de las músicas, todo aquello formaba un conjunto tan severo, tan imponente, tan lleno de uncion y recogimiento, que inspiraba en el alma sencilla de los moradores emociones para ellos hasta entónces desconocidas.

Lo mismo que en el Carpio pasaba á la misma hora en Pedro-Abad, Montoro, Villa del Rio y Córdoba, como si la tempestad revolucionaria, que ya rugia terrible y amenazadora, pretendiera enmudecer en presencia del aparato religioso y militar que por doquiera se ostentaba.

Novaliches, que ni aun siquiera se dignó contestar al último telégrama de Vega é Inclán, en que le volvia á anunciar el abandono de Alcolea, despues de haber oido la misa, fué con el alcalde de Montoro, D. Antonio Enrique Gomez, á visitar el magnífico hospital de la ciudad, y aunque le halló en disposicion de prestar socorro á centenares de heridos, no se le ocurrió sobre este importante asunto la mas leve indicacion.

Tranquilo en estas nuevas delicias de Capua, el general en jefe de las tropas reales desconocia á la sazon lo que jamás desconocer debe un general en jefe, aunque se halle en medio de un pais estrangero, rodeado de insuperables obstáculos, y á mas larga distancia del enemigo á quien se propone obligar á una decidida batalla. Ni él, ni su estado mayor, ni sus partidarios, ni sus propios espías, nadie de ellos sabia en la mañana del 27, el espíritu que reinaba en Córdoba, ni el número de nuestras tropas, ni el instituto de sus armas, vamos, ni aun siquiera el nombre de nuestros generales.

Hé aquí ahora, en prueba de esa verdad, la con-

versacion telegráfica que en la mañana misma del 27 se sostuvo, desde el Ministerio de la Guerra y la estacion de Montoro, entre el Marqués de la Habana y el jefe de estado mayor del ejército isabelino.

«Pregunta del ministro de la Guerra.—¿Qué noticias tiene de Serrano?—Respuesta del jefe de estado mayor.—Sírvase V. E. darme contraseña en los despachos oficiales.—Pregunta.—¿Sobre el sello la firma de Artache?—R. Ayer se decia por unos que estaba en Córdoba, y por otros que era Bedoya.—P. ¿Qué fuerzas se suponen en Córdoba?—R. Variedad de apreciaciones. Procedentes de Málaga se dice llegaron dos ó tres batallones sobre los que habia de Sevilla.—P. ¿Cree el general que se reconcentren para defender á Córdoba?—R. Asi parece, pero la actitud de la poblacion no muestra secundar el pensamiento.—P. ¿Qué fuerzas se le suponen en total en Córdoba?—R. Varios han dicho que sobre 5000, otros que mucho mas. Aguardo por momentos noticias del general Vega en despacho remitido cifrado.—P. ¿Donde está Vega?—R. En el Carpio. Se han hecho descubiertas hasta una legua mas allá sin novedad. Despues de Villafranca levantaron ayer los rails de la via. Las barcas del rio en sus puestos.»

Ignorancia era esa tanto más crasa, tanto más inconcebible, tanto más piramidal, cuanto que los cantones enemigos estaban muy próximos, y hacia ya seis dias que los repiques de campanas, las aclamaciones del pueblo, las serenatas, los periódicos locales, los «Boletines revolucionarios» y las órdenes de la plaza anunciando estaban á todo el mundo el entusiasmo del vecindario, la llegada de los cuerpos de tropa, la entrada triunfal de los generales, y la organizacion que recibia nuestro ejército de operaciones. Pero la ignorancia del cuartel general de Montoro explica tambien de una manera inequívoca el espíritu de los pueblos andaluces, y

los eminentes servicios que las autoridades revolucionarias estábamos prestando á la causa del alzamiento.

Continuando, empero, la conversacion telegráfica, el ministro de la Guerra se expresaba de la siguiente manera:

«Todo lo más que puedo enviar mañana, son dos batallones, que no alteran las fuerzas generales de ese ejército. Organizo las reservas para enviar seis ú ocho mil hombres mas; pero se necesitan seis ú ocho dias. Miéntras tanto hay que tomar la iniciativa. La detencion de las tropas en esos cantones perjudica á su espíritu acaso y al pais en general. Creo que mañana deben emprénderse muy temprano los movimientos, reconcentrando hoy las tropas en los cantones mas avanzados.

»Hay que ocuparse de asegurar las barcas: hoy debia reconocerse, ya que no ocuparse, el puente de Alcolea. Si los enemigos se defienden dentro de Córdoba, no debe empeñarse el ataque, pero presentado el ejército frente de Córdoba, se les provocará á la batalla, y si no la aceptan, perderán fuerza moral, y con nuestra artillería, superior en alcance, se puede cañonearlos dentro de Córdoba impunemente. Seria preciso emprender el movimiento antes del amanecer, y adelantarse con casi toda la caballería y artillería y algunos batallones de cazadores, para ver si se les hace salir de Córdoba.

»Es necesario pensar en la situacion que debe darse á las tropas al terminar la jornada.»

Ignoraba el ministro de la Guerra y los generales Vega é Incláu y Ximenez de Sandoval, que á esta misma hora ya se hallaba ocupado el puente de Alcolea.

XXXIII.

SUMARIO.

Breves juicios sobre una conversacion telegráfica, nuevas instrucciones del ministro de la Guerra y conferencia entre Novaliches y el general Echevarría.—Trabajos reflexivos del general Pavia y un avance estratégico de una parte de sus tropas.—Nuevas instrucciones telegráficas del ministro de la Guerra al general en jefe del ejército real.—El teniente coronel Esteván marcha con tropas á ocupar el puente de Alcolea y es detenido en el Carpio por el general Vega, avisando de ello al Marqués de Novaliches.—Primera organizacion del ejército de la reina y ligera reseña de sus recursos.—Tercera organizacion del ejército liberal.—Revista de las tropas liberales, discursos de sus jefes y entusiasmo popular.—Noticia del alzamiento de la costa de Cataluña y de la capital de Granada.—Aturdimiento del gobierno y de la córte de San Sebastian, los generales que están por la revolucion y la actitud de los hombres de Estado y del pueblo.—Los trabajos de zapa en el cuartel general de Córdoba, la mision confiada á Lopez de Ayala, su salida de Córdoba, su llegada al Carpio, su entrevista con Novaliches, la carta del Duque de la Torre, la respuesta del Marqués, la despedida de nuestro mensagero, el telégrama del ministro de la Guerra y la actitud belicosa de Novaliches.

Tardías con exceso fueron las instrucciones, que no puedo calificarlas de otro modo, comunicadas al Marqués de Novaliches, aunque el ministro de la Guerra, Concha, terminara su plática telegráfica diciendo, *que á pesar de todo dejaba á su esperiencia y valor acreditado y á su carácter de general en jefe, con la mas completa confianza, la libertad de accion que necesitaba*; añadidura que solo podia servir para atenuar una disfrazada censura y un disimulado mandato. Sea como quiera, es lo cierto que, la órden ó consejo del minis-

tro, no podia ser mas prudente, mas acertada, mas racional, cualesquiera que fuese el punto de vista bajo el cual se la considerase. Porque, en efecto, que el ejército isabelino debia tomar la iniciativa; que la inaccion perjudicaba á su espíritu; que era necesario asegurar las barcas, avanzar con fuerzas, apoderarse de Alcolea, presentarse á las vistas de Córdoba, y lejos de comprometerse en un asalto, que desde luego le habria sido funesto, nos provocara á una batalla en la llanura, bombardearnos en el caso de no aceptarla, y pensar en la colocacion que debia dar á las tropas despues de la jornada, verdades eran que mucho antes debió comprender el ministro de la Guerra, y haber ejecutado con rapidez, energia y decision el Marqués de Novaliches.

Todavia fué mas lejos el ministro de la Guerra, en esto de trasmitir instrucciones al esforzado campeon de la reina, como si sospechara que este no tenia plan de campaña, ó como si abrigara una íntima confianza acerca de su falta de criterio militar.

Con efecto, portador de ellas el general Echevarria, Marqués de Fuentefiel, y ayudante de campo del rey, llega en la noche del 26 al 27 á Montoro, con el encargo terminante y expreso de trasmitírselas con claridad, esactitud y precision. No lo consiguió en la hora de su llegada, ni en las primeras de la siguiente mañana, porque Novaliches se ocupaba en madurar sus proyectos, ó porque tenia en poca estima las órdenes del ministro, ó por cualesquiera otras causas que no he podido inquirir. Reunidos, empero, á las cinco de la tarde, el Marqués de Fuentefiel entregó al de Novaliches, por órden y mandato del ministro de la Guerra, un cróquis topográfico que comprendia, en mas ó menos estension, los terrenos que por ambas orillas del Guadalquivir se prolongan desde el Carpio hasta el puente de Alcolea. La explicacion verbal, que el ministro daba al cróquis,

por conducto de Echevarria, en la prevision de que ocupásemos el puente, era para que en este caso Novaliches, estableciera su artillería, de mas alcance que la nuestra, sobre la dehesilla de Leon, altura que domina las posiciones de Alcolea, previniéndole, que desde allí nos molestase con un largo y sostenido cañoneo, hasta que desmontadas nuestras piezas y diezmadas nuestras filas, cruzase el Guadalquivir por los vados en el cróquis marcados, y que los prácticos indicarian mejor, y que entónces intentara un ataque simultáneo por las dos márgenes del rio, pero un ataque vigoroso, enérgico, decisivo.

¡Cuánto hubiera cambiado la adopcion de estos consejos, si así he de calificarlos, la suerte de los ejércitos reales!

Ignoro cómo los recibiria el Marqués de Novaliches, pero lo cierto es, que despues de haber consultado los mapas geográficos y topográficos de nuestra provincia; despues de haber hecho una lectura reflexiva de la batalla de Alcolea en 1808, escrita, entre otros, por el hoy difunto Mr. Thiers; despues de haber oido á los prácticos en el terreno, y despues de recibir las confidencias de sus espias, que disfrazados con el trage de aceiteros, ni aun siquiera se atrevieron á aproximarse á nuestras posiciones, sale de su inconcebible inaccion, y aunque tiene espeditas las comunicaciones por la carretera general, el ferro-carril y los telégrafos hasta los cerros de las Cumbres, prescinde de estos poderosos agentes de la guerra, y dispone que á las doce de la mañana salga el batallon de cazadores de Madrid del Carpio, atraviese el Guadalquivir por su barca y se apodere de Villafranca, en cuyo pueblo entró tres horas despues al compás de la Marcha Real; que el brigadier D. Mariano Lacy y Hernandez, al frente de una seccion de caballería del Príncipe y del primer batallon del re-

gimiento infantería de Gerona, número 22, parta á las cuatro y media de la tarde de Montoro, y que por el puente del mismo nombre vaya tambien á pernoctar en Villafranca, y que media hora despues, haciendo una larga y peligrosa travesía, inicie desde Villa del Rio igual movimiento de concentracion en la misma villa, el batallon de cazadores de Barcelona.

Verificados estos incomprensibles movimientos tácticos, el ministro, á consecuencia de haberle contestado el gobernador militar de Cartagena, que no podia desprenderse ni de un solo hombre, porque su situacion habia empeorado, con motivo del desembarque de fusiles hecho en Escombreras, bajo el fuego de las fragatas *rebeldes*, para armar con ellos á los miles de *perdidos* de las Herrerias, trasmitió al Marqués de Novaliches la siguiente y notable órden telegráfica:

«La situacion de la costa del Mediterráneo es tal, que se hace absolutamente necesario que mañana mismo obtenga V. E. una victoria.»

Tan grave noticia, á última hora comunicada, movió al Marqués de Novaliches á disponer, aunque sobradamente tarde, que á las nueve y media de aquella misma noche, dos compañías de ingenieros y el segundo batallon del Príncipe, que se hallaban en el cuartel general de Montoro, marchasen desde él, bajo las órdenes del teniente coronel D. Pedro Estevám, para que en el ferro-carril fueran por el Carpio á ocupar en aquel momento el puente de Alcolea.

Vega é Inclán, que sabia que este importantísimo paso del Guadalquivir, se hallaba ya hacia horas por nuestras tropas ocupado, detuvo bajo su responsabilidad á las del Sr. Estevám, y dió aviso de su determinacion á su general en jefe.

Las dudas seguian á las dudas, las vacilaciones á las vacilaciones, los desaciertos á los desaciertos, las

contrariedades á las contrariedades, y en medio del inmenso caos que por todas partes hacia la noche en el cuartel general isabelino, las tropas acantonadas en Montoro, Pedro-Abad, el Carpio y Villafranca, recibieron á última hora la siguiente organizacion, que ni aun siquiera se dió á conocer por órden de la plaza:

Jefe de E. M. G., general D. Crispin Ximenez de Sandoval.

Primera division de infantería.—General, D. José Ignacio de Echevarria, Marqués de Fuentefiel, y ayudante de campo del rey.

Brigada de vanguardia.—Brigadier, D. Mariano Lacy y Hernandez.

4 batallones. . . .	Cazadores de Madrid. Id. de Barcelona. Id. de Barbastro. Primer batallon de Gerona.

Segunda brigada.—Brigadier, D. Miguel Trillo de Figueroa, ayudante de campo del rey.

3 batallones y medio.	Regimiento del Príncipe. Batallon cazadores de Alba de Tormes. Medio id. cazadores de Alcántara.

Segunda division de infantería.—General, D. José Maria de Paredes, capitan general de Granada.

Primera brigada.—Brigadier, D. Antonio Diez de Mogrovejo.

4 batallones. . . .	Batallon del regimiento del Rey. Otro de Astúrias. Otro id. de Iberia. El 2.° de Gerona.

Segunda brigada.—Jefe, el Sr. Coronel del regimiento infantería de Málaga.

3 batallones y 2 compañias. . . .	Regimiento de Mallorca. Primer batallon de Gerona. Otro id. de Málaga. Dos compañias de ingenieros.

Division de caballería.—General, D. Miguel de la

Vega é Inclán, con los brigadieres D. Fernando Arce y D. Tomás Vela.

4 regimientos y 2 escuadrones. . . . Regimiento húsares de Pavía.
Id. coraceros de la Reina.
Id. lanceros de España.
Id. coraceros de Talavera.
Dos escuadrones de Montesa.

Brigada de artillería.—Brigadier, D. Fernando Camús, teniendo por segundo al coronel Alcalá.

Regimiento 2.° montado, con 32 piezas de artillería, 24 de ellas de acero, sistema Krupp, y las 8 restantes de 8 centímetros rayadas.

Tenia además, sin colocacion, los destacamentos de Guardia civil y rural que fué recogiendo, y que componian dos batallones.

Organizó el personal necesario de los cuerpos de estado mayor, artillería, ingenieros, administracion y sanidad.

Contaba con cartuchos para siete mil hombres, con doscientas camillas, con botiquines de cirugía, cajas de repuesto, hornos completos de campaña y trescientos quintales métricos de harina.

Todas las tropas del ejército real, escepto el batallon de cazadores de Barcelona, que extraviado por el guia, andaba errante, se hallaban, como ya he dicho, acantonados en Montoro, Pedro-Abad, Carpio y Villafranca.

Novaliches tenia, pues, como hemos visto, separados en distintos cantones, los cuerpos que componian sus divisiones y brigadas, y esta circunstancia debia entorpecer en el instante de obrar sus naturales movimientos.

Los refuerzos que sucesivamente habian ido llegando á Córdoba, dió motivo á que el Sr. Duque de la Torre diese á su ejército esta nueva organizacion:

Jefe de E. M. G., general D. Rafael Izquierdo.

Primera division de infantería.—General, D. Antonio Fernandez Caballero de Rodas.

Brigada ligera.—Brigadier, D. José María de Salazar.

3 batallones. . . . { Cazadores de Tarifa.
Id. de Simancas.
Id. de Segorbe. }

Segunda brigada.—Brigadier, D. Juan Alaminos y de Vivar.

3 batallones. . . . { Regimiento de Cantábria.
Id. de Borbon. }

Tercera brigada.—Coronel, D. Joaquin Enrile y Hernan.

3 batallones. . . . { Regimiento de Bailén.
Primer batallon de Cuenca. }

Segunda division de infantería.—General, D. Antonio del Rey y Caballero.

Primera brigada.—Jefe, coronel Sr. Alemany.

3 batallones. . . . { Regimiento de Valencia.
Un batallon de carabineros. }

Segunda brigada.—Jefe, coronel Sr. Taboada.

4 batallones. . . . { Regimiento de Aragon.
Dos batallones de guardia rural. }

Tercera brigada.—Jefe, coronel de artillería, señor Pazos.

3 batallones. . . . { Tercer regimiento de artillería de á pié.
Un batallon de Guardia civil. }

Brigada de artillería.—Corónel, D. Cayetano de Blengua.

Componíase de 20 piezas del 2.° regimiento montado,

Brigada de caballería.—Coronel, D. Manuel Blanco Valderrama.

Componíase de los regimientos de lanceros de Santiago y Villaviciosa, dos escuadrones de carabineros, cerca de otros dos de Guardia civil y algunas secciones de Montesa.

Las tropas liberales tenian de sobra cuanto faltaba á las isabelinas, esto es, buena organizacion, recursos de todas clases, excelentes posiciones, inmejorables confidencias, guias, oro, fuerza moral y el entusiasmo que inspira la causa de la libertad, de la razon, de la justicia y del derecho.

Aunque estaba fria y lluviosa la tarde del 27, todas las tropas liberales, á la vista de un inmenso pueblo, fueron formadas en los parages designados, y despues de haberlas revistado los generales de las divisiones y los jefes de las brigadas, les dirigian la palabra en esos términos enérgicos, breves y concisos que caracterizan la elocuencia militar, recordándole al soldado, cada cual bajo su punto de vista, pero todos en sentido francamente revolucionario, «que los enemigos estaban ya casi á la vista de Córdoba; que acaso seria necesario cruzar con él las armas, y que para triunfar de la tiranía del gobierno, sacar á salvo la honra de la pátria, los altos intereses del ejército, del pueblo y de la revolucion, confiado todo á su patriotismo y á su valor, era indispensable observar la disciplina y pelear con bizarría y heroismo.»

Terminado este acto desusado, pero grave, magestuoso, solemne, que por sí solo despertaba el entusiasmo de la muchedumbre, las tropas empezaron á desfilar, mientras que el Sr. Duque de la Torre, al mismo tiempo que la Junta revolucionaria, recibian la grata y satisfactoria noticia del alzamiento político de la costa de Cataluña, y sobre todo, de la morisca Granada, hecho importante que, desde Córdoba, hacia dias se venia preparando.

Novaliches, no obstante todo lo expuesto, nos dominaba en las importantes armas de caballería y artillería, y las tropas del gobierno habian peleado y en todas partes vencido, fuera de los territorios andaluces;

mas sin embargo de estas repetidas victorias, que tenian asegurada la tranquilidad material en el resto de España, ni la reina, ni su familia, ni sus favoritos, ni el gobierno, ni sus partidarios, podian conseguir, hacia ya dias, el mas leve punto de reposo. La ansiedad y el sobresalto, el temor y la esperanza, el despecho y la ira, asaltaban de consuno sus almas atribuladas, ante el grandioso espectáculo que en la antigua ciudad cordobesa se ofrecía á la general contemplacion.

Concha, por otra parte, despues de gestionar sin fruto la abdicacion de la reina, permanecia, semejante al dios de la fábula, con una cabeza fija en Córdoba, con otra en la consternada córte de San Sebastian, y con las restantes en los *miles de perdidos de las Herrerías*, que se armaban bajo el fuego de las fragatas sublevadas; todos los antiguos partidarios de la reina, Serrano Dominguez, Prim, Dulce, Zavala, Córdoba, Serrano Bedoya, Primo de Rivera, Izquierdo, Nouvilas, Rey, Caballero de Rodas, Contreras, Pierrad, La Torre, Topete, Beranger, Ossorio, Burril y tantos otros, estaban con su alma, su prestigio, sus talentos y sus espadas por la mas justa de las revoluciones; O'Donnell y Narvaez yacian en la tria morada de los muertos; Espartero retirado en su casa de Logroño; los hombres de Estado, tanto de la union como del progresismo, hostiles á la dinastía; los del moderantismo, tíbios ó indiferentes; los últimos ministros, cobardes en el instante del peligro, refugiados en Francia; las masas populares, allí donde habia jefes de corazon, de talento y de prestigio, pugnando por sacudir el imperio de la tiranía, y el valeroso, entusiasta y bien organizado ejército cordobés, dispuesto, si no á dar la batalla, porque esto no entraba en los concienzudos juicios de su caudillo, por lo ménos á aceptarla cuando y donde mej r conviniese á su acertado plan de campaña.

7

A pesar de todo esto, se hacian otros esfuerzos inauditos para impedir la efusion de sangre, porque los militares de nuestro ejército, que tenian en el de la reina á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos ó á sus amigos, les escribian para que se pasasen á nuestras filas; el coronel de artillería, Sr. Pazos, queria ir al cuartel general de Novaliches, para pactar con sus compañeros, que se vinieran con nosotros, ó que los fuegos de cañon se hicieran de una y otra parte de manera que no ofendieran; los Sres. D. Manuel Aroca, natural de Madrid, y D. Salvador Jurado, natural de Almería, llegan á Villafranca en la tarde del 26, con una carta suscrita por los jefes y oficiales de nuestra artillería, para los de la reina, y que unos campesinos por mediacion de mi amigo, D. Rafael Jurado, pusieron en el buzon del Carpio; y Burges, empleado en correos desde la línea de Madrid á Cádiz, marchaba por la via de Sierra-Morena, llevando en la balija oficial las cartas y proclamas revolucionarias à la córte.

La trágica muerte del infortunado Fernandez Vallin, empero, no impedia que muchos hombres civiles y militares, inflamados por su amor á las nuevas ideas y por su ódio á las antiguas, se prestaran á correr los mismos peligrosos escollos, ofreciéndose á llevar al campo enemigo cartas, proclamas sediciosas y cuanto pudiera contribuir á precipitarlos en el estadío revolucionario. Esta táctica, que no se habia dejado de poner en juego, sobre todo, desde que se trasladó á Córdoba el cuartel general, tenia muchos partidarios entre las personas que rodeaban al Sr. Duque de la Torre.

No todos, sea dicho en honor de la verdad, opinaban del mismo modo. Lopez de Ayala, que ejercia grande influjo en el ánimo del generalísimo, al ser por este consultado, acerca de tan grave asunto, le aconsejó un camino más sério, más decoroso, más positivo. Consis-

tia este en escribir al Marqués de Novaliches una carta, que, llena de sencillez, de verdad y de intencion política, inclinara al caudillo de la reina á entrar en el terreno de la discusion, en cuyo caso se le expondrian de viva voz razones que le arrastraran al convencimiento. La idea pareció feliz, y Lopez de Ayala, como su autor, recibió encargo de realizarla. Redactada, en efecto, la carta, y leida y aprobada en su forma y en su fondo, el poeta montó en un magnífico caballo cordobés, y ostentando al aire libre una bandera blanca, formada con los pañuelos de sus amigos, y seguido de un cabo, un corneta y dos soldados de caballería, partió en la tarde del 27 al cuartel general de Montoro.

La delicada mision confiada al Sr. Lopez de Ayala, por mas que todavia se pretenda velar con las sombras del misterio, revestia una importancia grave, interesante, transcendental para el porvenir de la dinastía y para la causa de la revolucion. Si no estaba de acuerdo, empero, con las ideas proclamadas en Cádiz, sobre todo, en Sevilla y Córdoba, lo estaba sin duda con el objeto único, directo y constante de nuestros generales. Mas pesando Novaliches en su conciencia el estado del pais, su amor á la reina Isabel, sus compromisos palaciegos, sus creencias políticas y el prestigio de las instituciones liberales, ¿prestaria su apoyo á semejante solucion dinástica? Cuestion delicada, espinosa, dificil, casi imposible en aquella hora; pero que el egregio poeta, por mas que otra cosa quiera decirse, la aceptó con gusto, con entusiasmo y con fé, fiando el triunfo de su causa al poder de su talento y á la mágia de su elocuencia, no menos quizá que á los ocultos manejos que en aquellos dias se ponian en juego, y al inmenso prestigio que en tan críticas circunstancias revestía la revolucion militar y civil de Córdoba.

No eran aún las seis de la tarde del mismo dia 27 de

Setiembre, cuando el enviado del Sr. Duque de la Torre, preocupadísimo con las ideas que bullian en su cerebro, llegó al paso-nivel de la estacion de la via férrea del Carpio. Las avanzadas de la vanguardia del general Vega é Inclán le piden el *quién vive*, y como se anunciara parlamentario ó enviado del generalísimo de los ejércitos liberales, le mandan hacer alto. Obedece el laureado poeta; mas despues de recibir los saludos de los jefes y oficiales que se le acercan, y que á la sazon paseaban por allí en pequeños grupos, le conducen, escoltado por unos cuantos cadetes, y sin las precauciones que en tales casos se requieren, ante el general Vega é Inclán, quien le recibe y obsequia en tanto que por el telégrafo avisa de este suceso al cuartel general de Montoro.

Al instante que de esto se tuvo allí noticia, parece que se oyó decir á muchos de los partidarios fieles á la causa del gobierno, de la reina y de su dinastía: *¡Cómo! hombre civil, poeta, rebelde y parlamentario?*

La cosa era, en efecto, nueva, ó al ménos, extraordinaria; más como en aquellos dias todo era prodigioso, el capitan general Pavía, que sí conocia al poeta parlamentario, ignoraba sus propósitos, se echó sin duda á discurrir. ¿Fusila al rebelde Lopez de Ayala como Ceballos Escalera fusiló al rebelde Fernandez Vallin? Esto, sobre ser impropio del caballeroso Marqués de Novaliches, era un atentado contra el derecho de gentes, una violacion de las leyes, un asesinato que solo podia aprovechar á los revolucionarios. ¿Le recibe en su cuartel general, le hace detener en el Carpio ó le manda regresar á Córdoba? Indeciso acerca de lo que debia hacer, parece que hubo de consultarlo con las personas de confianza que le rodeaban, y que los pareceres fueron casi unánimes.

—Recibir V. E. en sus reales, le contestó uno, á ese

estraño parlamentario, vale tanto como conceder á los *traidores* la honrosa categoría de beligerantes.—

—Lo que procede en el presente caso, salvo el ilustrado parecer de V. E., parece le contestó otro, es entregar á ese rebelde á un consejo de guerra, para que sea juzgado con arreglo á las ordenanzas del ejército.—

Desistiendo, empero, de estos consejos, ya por respetos á la antigua amistad que le unia al Sr. Duque de la Torre, ya por las simpatías que pudiera inspirarle el laureado poeta, ya por el deseo de conocer las pretensiones de sus adversarios, es lo cierto que el caballeroso Marqués de Novaliches dispuso que enseguida y con la mayor consideracion fuera conducido á su presencia el parlamentario Lopez de Ayala. En marcha este desde el Carpio, llega á la una de la madrugada á Montoro, cruza la plaza de la Constitucion, sube por la escarpada calle de Salazar, y frente al hospital del mismo nombre, le detienen bajo los dinteles de la puerta de una bonita casa, propia del alcalde Enrique Gomez, mientras que en ella penetran los que le acompañan, le anuncian y recibe la órden de su presentacion.

Hallóse Lopez de Ayala frente á frente del grave y respetuoso Marqués de Novaliches.

Terminados los recíprocos cumplidos que mediaron entre el poeta y el general, y alejadas de la estancia las personas agenas al grave asunto que debia tratarse, el primero entregó al segundo la carta que le enviaba el Sr. Duque de la Torre en nombre de la *humanidad, de la conciencia y de la pátria.* Pavía la toma en su mano, la abre y se la lleva á la vista, y Lopez de Ayala, que deseaba observar el efecto que le producia, fija la mirada en uno de los grandes espejos en que se reflejaba el semblante de Novaliches, mientras que este empieza la lectura del siguiente documento:

«Antes que una funesta eventualidad, le decia la car-

ta del Sr. Duque de la Torre, haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro, que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á V. por medio de esta carta, para descargo de mi conciencia y eterna justificacion de las armas que la pátria me ha confiado.

»Yo supongo en estas solemnes circunstancias habrá llegado oficialmente á su noticia lo que puede contribuir á ilustrar su juicio acerca del verdadero estado de las cosas. Sin duda V. no ignora que el grito de protesta que ha lanzado unánime toda la armada, ha sido secundado por las plazas de Cádiz, Ceuta, Santoña, Badajoz, la Coruña, el Ferrol, Vigo y Tarifa, y por las ciudades de Sevilla, Málaga, Córdoba, Huelva y Santander con todas sus guarniciones y todas las fuerzas del Campo de Gibraltar, y otras muchas poblaciones, que sin temor de equivocarme, puedo asegurar que habrán tomado ó tomarán las armas con el mismo propósito.

»Difícil es conocer cuál es la mejor manera de servir al pais, cuando este calla ó muestra tímida y parcialmente sus deseos; pero hoy habla con voz tan clara y tan solemne, que no es posible á los ojos de nadie se aparezca oscura la senda del patriotismo. Hay especialmente un punto sobre el cual no es lícita la equivocacion: tal es la imposibilidad de sostener lo existente, ó mejor dicho, lo que ayer existia.

»Estoy seguro de que dentro de sí mismo encuentra V. la evidencia de esta verdad, y en tal caso no podrá V. menos de convenir conmigo en que la obligacion del ejército es en estos momentos tan sencilla como sublime: consiste solo en respetar la aspiracion universal y en defender la vida, la honra y la hacienda del ciudadano, en tanto que la nacion dispone libremente de sus destinos.

»Apartarle de esta senda es convertirle en instrumento de perdicion y de ruina.

»Las pasiones están afortunadamente contenidas hasta ahora por la absoluta confianza que el pais tiene en su victoria; pero al primer conato de resistencia, á la noticia del primer combate, estallarán furiosas y terribles, y el primero que la provoque será responsable ante los hombres y ante la historia de la sangre que se derrame y de todas las desgracias que sobrevengan.

»En presencia del estrangero, el honor militar tiene sus temerarias exigencias; pero en el caso presente V. sabe tambien como yo que el honor militar solo consiste en asegurar al pais la ventura de los hermanos. En nombre de la humanidad y de la conciencia invito á V. á que, dejándome espedito el paso en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando y no prive á los que le acompañan de la gloria de contribuir con todas sus fuerzas á asegurar la honra y la libertad de la pátria. La consecuencia de los contínuos errores que todos hemos sufrido y lamentado, producen hoy indignacion y lástima; evitemos que produzcan horror ¡último y triste servicio que ya podemos prestar á lo que hoy se derrumba por decreto irrevocable de la providencia!

»Su propio criterio esforzará mis razones; su patriotismo le aconsejarà lo mejor.

»Mi enviado D. Adelardo Lopez de Ayala lleva encargo de entregar á V. este documento y de asegurarle la alta consideracion y la no interrumpida amistad con que es de V. este.»

Ni la belleza literaria de esa magnífica carta, tan brillante en su forma como profunda en su fondo; ni sus íntimos gritos de dolor, ni sus ruegos, ni sus protestas, ni sus amenazas, ni sus lúgubres vaticinios, espresado

todo con elegancia, gallardía y vigorosa entonacion, nada produjo exteriormente efecto en el ánimo del rígido lector. Pavía y Lacy, como pudo observar Lopez de Ayala por el grande espejo, ni hizo un gesto, ni un ademan, ni cosa que revelase en lo mas mínimo la inquietud de su espíritu. Lejos de esto, al acabar de leer la carta, la dejó caer con negligencia sobre el bufete, y con la serenidad propia del que tiene la conciencia de su deber, de su derecho y de su fuerza, pero con aspecto grave, respetuoso y solemne, vuelve los ojos y fija una mirada penetrante y significativa en nuestro parlamentario. Ignoro lo que este pensaria; más ya porque se sintiera cohibido en presencia de aquella inesperada y respetuosa actitud; ya porque creyera que no debia tomar la iniciativa en la cuestion política, ó ya por cualesquiera otros motivos que no me propongo adivinar, es lo cierto que se puso de pié para despedirse; pero en el instante en que esto hacia, le detiene el capitan general Marqués de Novaliches, diciéndole con noble franqueza:

—¡Yo tambien, Sr. Lopez de Ayala, he protestado! No podia estar conforme con un gobierno que escarnecia la dignidad del ejército, se ensañaba contra los hombres honrados de todos los partidos, mortificaba á los mas fieles servidores de la reina y su augusta real familia, y abria con sus actos arbitrarios un insondable abismo de calamidades. Hé ahí por qué despues de haberme ofendido en Cataluña, dimití la capitanía general de Castilla la Nueva, y hé ahí por qué me retiré á la vida privada, y hé ahí por qué mi esposa estaba dispuesta á retirarse de la real casa. Pero cuando se subleva á toda la marina de guerra y á una parte del ejército contra la bondadosa señora que ocupa el trono, y á quien realmente somos deudores de todo lo que somos ¿cómo es posible que yo transija con esa revolucion, ni

con esos revolucionarios? Ni hay ni puede haber, pues, entre mi antiguo amigo, el Sr. Duque de la Torre y yo, hábiles medios de avenencia. Mi protesta pacífica fué contra el mal gobierno que ha sustituido el Sr. Marqués de la Habana, y su protesta armada es contra nuestra reina y señora y toda su augusta dinastía. Es posible, pues, que entre nosotros haya acuerdo? ¡de ningun modo! Yo estoy dispuesto á luchar y lucharé hasta derramar mi última gota de sangre!—

Lopez de Ayala deseaba esto, para entrar, como en efecto entró, en la cuestion política, ofreciendo para salvar los intereses dinásticos, la solucion de nuestros generales á favor de la infanta D.ª Maria Luisa Fernanda de Borbon. ¿Cuáles fueron las palabras que con tal motivo entre estos dos personages se cruzaron? Lo único que puedo decir hoy por hoy, acerca de lo que entónces se dijo y despues se me ha repetido por el laureado poeta, pocos meses antes de la restauracion, que quizá no habria tenido lugar la batalla de Alcolea, si se hubiera propuesto en Montoro la abdicacion de Isabel II en favor de su hijo Alfonso XII de Borbon.

Novaliches, que en aquella hora tenia que aprestarse para el combate, dió un rápido corte á la conferencia, y refiriéndose á la carta del Sr. Duque de la Torre, dijo á su parlamentario, que papel de tanta importancia exigia una detenida contestacion. Lopez de Ayala respondió que no llevaba el encargo de la premura, y el Marqués, doliéndose de no poderle tener á su lado, porque al fin era un adversario, que de ningun modo podia hacerlo testigo de sus deliberaciones, mandó le diesen en otra parte digno y cómodo alojamiento.

Cuando el Marqués de Novaliches se quedó solo, volvió á leer otra vez la carta del Duque de la Torre; trazó sobre un papel algunas líneas, las entregó á su jefe de estado mayor, Ximenez de Sandoval; mandó lla-

mar enseguida al general D. José Ignacio de Echevarría, y pocos momentos despues se daba lectura á la siguiente respuesta, dirigida al generalísimo de los ejércitos liberales:

«Tengo en mi poder el escrito que se ha servido V. dirigirme por su enviado D. Adelardo Lopez de Ayala en el dia de hoy 27, aunque por equivocacion haya puesto V. la fecha del 28. (1) Profundo es mi dolor al saber que V. es el que se halla al frente del movimiento de esa ciudad, y estoy seguro que en el acto de escribir el documento y aún antes de recibir mi contestacion, habrá V. adivinado cuál habia de ser esta. El gobierno constitucional de S. M. la reina D.ª Isabel II (q. D. g.) me ha confiado el mando de este ejército; que estoy seguro cumplirá sus deberes, por muy sensible que le sea tener que cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas; esto solo puede evitarse reconociendo todos la legalidad existente para apartar de nuestra desventurada pátria mayores desgracias. La reina y su gobierno constitucional lo celebrarian, y el pueblo, que solo anhela paz, libertad y justicia, abriria su pecho á la esperanza, librándose de la pena que hoy le agovia. Si, lo que es de todo punto improbable, la suerte no favoreciese este resultado, siempre nos acompañaria, á estas valientes tropas y á mí, el justo orgullo de no haber provocado la lucha, y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardaria para nosotros una página gloriosa. El mismo enviado lleva encargo de entregar á V. esta respuesta que debe mirar como la expresion unánime del sentimiento de todas las clases del ejército que tengo el honor de mandar, sin que por esto deje de dudar de la

(1) Se le puso la fecha del 28, porque se calculó que hasta este dia no podria Lopez de Ayala avistarse, como así fué, con el Marqués de Novaliches.

alta consideracion y no interrumpida amistad con que es de V. seguro servidor etc. etc.»

Hé ahí la respuesta que el capitan general D. Manuel Pavía y Lacy, en contradiccion con sus palabras y sus actos anteriores, dió al generalísimo de los ejércitos liberales, haciendo sin duda en ello un costoso sacrificio, en aras de su inquebrantable fidelidad á la reina Isabel II.

¡Cuánto se podia objetar, sin embargo, contra semejantes afirmaciones, hechas en el instante próximo á su derrota!

Si los pueblos solo anhelaban esa paz, esa justicia y esa libertad que Novaliches les ofrecia ¿por qué era recibido con silencio repulsivo ó con actos de ostensible rebelion? No estaba en lo cierto el capitan general Pavía. Hubiera de otro modo comprendido que los pueblos, cuyos dolores eran alta y profundamente inmensos, sabian por experiencia propia lo que podia esperarse de una reina mil veces perjura y de sus gobiernos siempre inmorales. Lo que se deseaba, lo que se queria, no era esos regalos hechos desde el cuartel de Montoro, sino establecer, bajo sólidas bases, sobre la abolicion de todos los privilegios, el reinado de la igualdad, ó lo que es lo mismo, la consagracion práctica de los derechos inalienables é imprescriptibles del hombre, anteriores y superiores á toda ley, desconocidospor la tiranía tradicional que cerraba el paso al progreso pacífico de las ideas, ahogando con cárceles, presidios, destierros y cadalsos las mas altas aspiraciones del sentimiento nacional.

Novaliches mandó entregar esa carta al Sr. Lopez de Ayala, y que con precipitada marcha le acompañasen hasta llegar á las inmediaciones de Alcolea. Esto ocurria despues de las dos de la madrugada del 28 de Setiembre, es decir, á la hora misma en que inquieta y

azorada la reina Isabel, en su palacio de San Sebastian, recibia del ministro de la Guerra, por conducto de el que á la sazon lo era de Estado, el siguiente é importantísimo despacho telegráfico:

«La situacion se ha agravado hoy considerablemente. Granada pronunciada con su guarnicion. Temo mucho se haya entregado Cartagena. En vista de esto he dicho al general Marqués de Novaliches que ataque hoy al Duque de la Torre sobre Córdoba. Así lo hará.»

No se equivocaba, en efecto, el ministro de la Guerra. El general Pavía, fiel á la consigna de su jefe, se preparaba en aquel instante para ponerse en marcha y enseguida caer sobre Alcolea, y ahogar allí en sangre, como Enriquez en Granada, como Garbayo en Logroño, como Calonge en Santander, como Cantero en Alcoy y como otros en otras partes, todas las fundadas esperanzas de la revolucion española.

XXXIV.

SUMARIO.

Aurora del 28 de Setiembre en Alcolea, actitud de los jefes de la brigada ligera, precauciones militares, confidencias recibidas y distintos pareceres.—Temores acerca de la suerte de Lopez de Ayala, incertidumbres, llegada del mensagero, las preguntas que le hacen, sus respuestas y el aviso telegráfico á Córdoba.—Llegada á Alcolea del Duque de la Torre, recibimiento de la brigada y su conferencia con Lopez de Ayala.—Nuevo reconocimiento de las posiciones allí elegidas, recomendacion del Duque de la Torre á Caballero de Rodas, avance de las tropas isabelinas y telégramas á Córdoba.—Aspecto de la ciudad de los califas, noticias terroríficas, episodiós curiosos, marcha del brigadier Alaminos, formacion instantánea de las tropas, conferencia con el Sr. Duque de la Torre, el cróquis de las posiciones de Alcolea, lo que se podia haber hecho y no se hizo, los propósitos de nuestro general en jefe, mi respuesta y mi retirada.—Despedida de la Junta de gobierno, sus advertencias, mi marcha y los víctores del pueblo.—Entrevista con el general Izquierdo en el olivar del Brosque, el desfile de las tropas y los avisos del general en jefe.

Ocupadas militarmente las posiciones de Alcolea desde la mañana y tarde del 27 por la brigada ligera, veamos ahora cómo empieza en el siguiente memorable dia ese asombroso prodigio, que hizo rodar, en menos de veinte horas, el trono que arrastró en su estrepitosa caida todas las instituciones que hasta entónces habian contado con la confirmacion de los tiempos y el apoyo del ejército y de las clases privilegiadas.

La noche habia sido oscura, fria y lluviosa; pero al despuntar clara, espléndida y hermosa la aurora del nuevo dia, las charangas de la brigada ligera con sus

aires marciales volvieron á los campos de la histórica villa la animacion, el entusiasmo y la vida.

Hallábase el batallon de Simancas establecido en el cortijo de Pan-Gimenez; el de Tarifa en el puente de Alcolea, en las Ventas, Ventillas y Ribera la Baja; el de Segorbe sobre la orilla derecha del arroyo de los Yegüeros, en las zahurdas de Pendolillas y en la casa del Capricho; la artillería sobre la esplanada en que se halla situado este edificio, y la caballería distribuida en pequeños grupos, ocupaba todas las avenidas que desembocan en aquellas posiciones.

Ni el general Caballero de Rodas, ni el brigadier Salazar, ni los tenientes coroneles Grases, Cuervo y Salcedo, jefes respectivos de los batallones cazadores de Segorbe, Tarifa y Simancas; ni el capitan del escuadron de caballería Sr. Bonet; ni el de igual clase de la media batería rodada, Sr. Jácome; ninguno de los militares que tenian mando en la brigada ligera habian conseguido, durante la pasada noche, ni un solo punto de reposo.

Las precauciones militares no se habian descuidado, porque nadie ignoraba que el ejército real se hallaba á corta distancia de Alcolea, y las confidencias hasta entónces por diversos conductos recibidas, coincidían en que Novaliches abrigaba el propósito de iniciar muy en breve un súbito movimiento de avance general. Habia sobre este punto distintos pareceres; pero los que creian que no se disparaba ni un tiro, que eran los mas, como los que preveian una terrible ecatombe, que eran los menos, hallábanse poseidos todos de esa extraordinaria inquietud que se explica por el influjo que ejercia en los ánimos el diluvio de noticias contradictorias que circulaban con la celeridad del pensamiento.

No volvia el enviado del Sr. Duque de la Torre, y en aquellos instantes que parecian siglos, se llegó á te-

mer, y no ciertamente sin motivo que lo justificase, que á el Sr. Lopez de Ayala hubiera alcanzado, á pesar de su carácter de parlamentario y de su justo renombre en el mundo de las letras, la misma sangrienta suerte que al desventurado Benjamin Fernandez Vallin. Tanto mas fundados parecian estos recelos, cuanto que habia llegado hasta Alcolea el siniestro rumor de nuevos asesinatos hechos en las personas de algunos de los hombres civiles adictos á la causa popular, y la vehemente sospecha de estas supuéstas ejecuciones, sobreexcitaba más y más la indignacion de los revolucionarios, porque creian descubrir en el ejército de Novaliches, un espíritu implacable de sangre y de exterminio.

La ansiedad crecia por momentos, y el general Caballero de Rodas, el brigadier Salazar y algunos de sus ayudantes de campo, cruzan el Guadalquivir por el puente de piedra, llegan al principio de la llanura de Pan-Gimenez, y se detienen en ella para ojear todas las avenidas que desembocan al frente de la posicion. Allí, con el auxilio de un instrumento óptico, y á favor de la primera claridad del nuevo dia, observan que al frente, allá lejos, por la cuesta de las Cumbres, bajan dos ginetes á galope tendido por la carretera general, seguidos de varios lanceros. ¿Qué traen? ¿Por qué corren? ¿Quiénes son? Preguntas eran estas á que nadie podia contestar de una manera satisfactoria. Las distancias se acortan, empero, y entónces se vé de una manera clara que los dos ginetes, militar el uno y paisano el otro, hacen alto y se despiden: el primero, que era el comandante del ejército de Novaliches, Sr. Aguilera, retrocede corriendo hácia el Carpio, y el segundo, que era nuestro distinguido poeta, el parlamentario Sr. Lopez de Ayala, llega con sus lanceros hasta las posiciones de Alcolea, recibe el primer abrazo de sus

amigos, y aunque estos le abruman con preguntas relativas á la actitud del jefe de las huestes isabelinas, se limita á responder con esa prudente reserva que distingue á los más sesudos diplomáticos, *que Novaliches se habia mostrado justo apreciador de las cosas y de las personas contra quienes se habia hecho la revolucion.*

Rodeado de los que habian temido por su vida, se dirige á la casa del Capricho, avisa por el telégrafo su llegada al cuartel general de Córdoba, toma enseguida un chocolate que le preparan, y se entrega luego al reposo.

Todavia no eran las seis de la mañana, y ya el activo y venturoso Duque de la Torre, conducido por una preciosa góndola á la calesera, arrastrada por cuatro magníficos caballos cordobeses, llega á la ex-villa de Alcolea, salta del carruage ligero como un doncel, y con la sonrisa propia del hombre que ha vivido siempre en el apogeo de la fortuna, y que tiene una gran confianza en el triunfo de su causa, saluda á la brigada de vanguardia, que le acoge con las más vivas y entusiastas aclamaciones.

Hasta la bóveda celeste con su límpida pureza, la atmósfera con su agradable frescura, el suelo con su pintoresco verdor, las flores con sus suaves perfumes, y el sol con sus rayos esplendorosos, parecian sonreir los sueños dorados del futuro vencedor.

Lopez de Ayala le sale al encuentro, le estrecha fuertemente la mano, le asegura que el general Vega primero y despues el Marqués de Novaliches, habian estado ambos caballerosos en su conducta, y por último, le dá cuenta minuciosa de las opiniones privadas del campeon de la reina. ¿Qué le habia contestado, empero, como jefe del ejército real? Esto no lo sabia aún el Sr. Duque de la Torre; pero Lopez de Ayala le en-

trega entónces la carta de que era portador, y su lectura le persuade de que el Marqués de Novaliches, tal vez contra lo que le dictaba su razon y su conciencia de hombre privado, se hallaba resuelto á llegar al trance de una decisiva y sangrienta batalla.

Hasta entónces habia creido imposible un choque entre los dos ejércitos; pero al conocer que la actitud del general Pavia desconcertaba sus cálculos, trasmite por medio del telégrafo sus órdenes á Córdoba, y despues comienza á practicar un nuevo reconocimiento en las posiciones defensivas de Alcolea.

La orilla derecha del Guadalquivir, por la parte en que le cruza el magnífico puente de piedra negra, obra la mas atrevida y magnífica que en su clase concibió el espíritu humano, constituia el frente de nuestra posicion. Desde legua y cuarto mas acá de Villafranca hasta la confluencia del Guadalmellato, aquel rio se franquea por cuatro vados: Tejedores, Mantequeros, Churretales y el Riachuelo, y desde el puente del ferro-carril hasta la ciudad por cinco vados mas: Dehesilla, Guadalbarbo, Godoy, las Burracas, Lope García y el Adalizt, sin contar con la barca y el puente de la Calahorra. Ninguno de estos muchos pasos estaba inutilizado, aunque nuestras tropas y nuestros voluntarios ocupaban desde el dia anterior, no solo los puentes de piedra y madera, sino los vados todos que existen en el trayecto que recorre el rio hasta su llegada á Córdoba.

Todos los edificios que existen en Alcolea, forman una calle que enlazada con el ángulo obtuso ó martillo que presenta la cabeza del puente de piedra, se prolonga por la carretera general, encerrada esta entre el cercado de Rivera la Baja y las alturas de las hazas de la Virgen, hasta el puentecillo del arroyo de Guadalbarbo.

Este arroyo, cuya márgen izquierda constituia nuestro flanco derecho, nace en lo alto de Sierra-Morena,

baja por un terreno accidentado, y antes de pasar por la carretera, se le atraviesa por tres puentes mas, el de aquella, el de los Piconeros y el del ferro-carril.

Nuestro flanco izquierdo, lo constituia la orilla derecha del angosto y escarpado arroyo de los Yegüeros, que nace en la cima de Sierra Morena, baja por terrenos accidentados, y frente á la casa de Pendolillas, y á muy poca distancia del Guadalquivir, se le cruza por un puentecillo de piedra que consta de un solo arco.

La retaguardia de nuestra posicion la constituia el terreno llano de encinar que desde la espalda de la casa del Capricho, y limitada por dos arroyos, el de los Yegüeros y otro, se prolonga en sentido ascendente hasta los cerros de la Oida, Trescruces, Marranos y otros que á menos de tres kilómetros de distancia dominan los terrenos en una dilatada circunferencia.

Hé ahí cómo nuestra posicion, que era la misma que ocupó en 1808 el general del ejército cordobés, y que podria ó no modificarse, segun los movimientos que iniciara el enemigo, presentaba nada menos que cuatro frentes: el rio Guadalquivir, los arroyos de los Yegüeros y del Guadalbarbo y las montañas de Sierra-Morena.

Nuestra retirada, que en caso necesario seria por lo alto ó por las faldas de la sierra, ó bien por la carretera general, segun lo exigiesen las circunstancias, debia hallarse protegida por fuerzas de todas armas emboscadas en los puntos tácticos que existen desde el Monton de la Tierra hasta la ciudad de Córdoba.

Comprendiendo el generalísimo de los ejércitos liberales que la posicion, protegida por un rio, dos arroyos y los cerros, no podia ser mas favorable, puesto que en un corto espacio podia mover sus tropas y pasar instantáneamente con ellas de un punto á otro, segun lo exigiesen las necesidades del combate, y sin que el

enemigo se apercibiera de sus rápidos movimientos, al llegar á la márgen derecha de los Yegüeros, que era el parage mas culminante de nuestra extrema izquierda, se vuelve al general Caballero de Rodas y le dice:

— Hé aquí, general, donde es necesario que fije V. toda su atencion. Creo que los enemigos han de flanquear, antes de presentarse en el puente de piedra, estas ventajosas posiciones. Esta es, no lo dude V., general, la llave de Alcolea. Tome V., pues, todas las medidas que le dicte su buen criterio para impedir una sorpresa.—

Ocurria esto á las ocho, poco mas ó menos, de la mañana, esto es, á la hora misma en que semejante á un cordon de relucientes hormigas, se vió que la vanguardia del ejército isabelino, á las órdenes del general Vega é Inclán, bajaba ya por los cerros de las Cumbres con direccion á Alcolea. Informado de este suceso el Sr. Duque de la Torre, sube en seguida á la meseta de Pendolillas, dirige su vista al cerro de las Cumbres, y vé que en efecto avanza de frente el ejército real. Comprendiendo que ya no debia perderse un momento, recuerda otra vez mas á Caballero de Rodas la posicion de los Yegüeros, dicta otras cuantas medidas que considera oportunas, avisa por el telégrafo al general don Rafael Izquierdo y regresa luego al cuartel general de Córdoba.

Todo lo necesario se hallaba aquí dispuesto, gracias al infatigable celo del general Izquierdo y de los Centros populares, para hacer frente á cualesquiera de esos sucesos imprevistos que constituyen el carácter distintivo de toda guerra civil.

Al toque de diana se procedió al relevo de todas las fuerzas que hacian el servicio de campaña; despues se distribuyeron los socorros, el pan, la carne, el vino, las municiones de guerra y los vagajes de marcha; mas

tarde la percalina de color rojo para los lazos, que, como distintivo de los ejércitos liberales, debian llevar todos sus individuos en el brazo izquierdo, y por último, se previno á todos los cuerpos, por órden general, á las siete y media de la mañana comunicada, que al oir el toque de un punto y misa corriesen á formar para marchar, la primera division á la calle del Gran Capitan, la segunda al campo de la Victoria, la tercera al de la Merced, la caballería y la reserva al de los Mártires y la artillería en el parage mismo en que se hallaba aparcada.

Córdoba, que desde los tiempos mas remotos habia ejercido grande influjo en los destinos de la península, de Europa, de Africa y del Nuevo mundo, parecia levantar su blanca y decrépita cabellera, como si recordara con altivo orgullo su antigua grandeza y esplendor, al sentir ahora nuevamente las palpitaciones violentas producidas por la efervescencia vigorosa y enérgica de los elementos que encerraba en sus entrañas. Receptáculo á la sazon de un inmenso fuego revolucionario, volcan arrojando por todas partes su ardiente lava, Córdoba ofrecía desde las primeras horas de la mañana, con mas ostensibles muestras que en los dias anteriores, un espectáculo animado, bullicioso, grave, imponente.

Ni en las épocas funestas en que tenian efecto los mas célebres autos de fé, con los que el inícuo tribunal del *santo oficio glorificaba,* en desagravio de la *oliva justa,* al manso cordero del Gólgota, se vió tan insólitamente concurrida nuestra ciudad. Entónces venian á ella, prévia una *cortés* invitacion, todos los *familiares* de su inmenso distrito, los de Sevilla, Jerez de la Frontera, los de casi todas las Andalucias, y los de una no escasa parte de España, y ahora se veian inundadas las posadas, los paradores, las fondas, las casas de huéspe-

des, las particulares, las calles y las plazas de soldados, de sus familias, de los amigos del gobierno y de los partidarios de la revolucion, atraidos todos por el influjo de la curiosidad que despertaba en los ánimos agitados el deseo de ver el nuevo abrazo de Vergara ó de Torrejon de Ardoz, ó el desenlace del gran drama que estaba á punto de representarse en nuestro propio suelo. ¡Dias de eterna memoria! ¡Oh! nuestra pacífica Córdoba convertida en un vasto campamento... Al mismo tiempo que se enviaban avisos á los pueblos, espias á los caminos y fuerza á los vados; que se hacian cartuchos, que se buscaban armas, provisiones de boca, caballos, mulas y carruages, se oia la carrera de los corceles, el ruido de los tambores, el estrépito de las cornetas, los aires patrióticos de las músicas, las aclamaciones del pueblo y la marcha de las tropas. La tranquilidad material, apesar de todo esto, reinaba en Córdoba, y los militares, los movilizados y gran número de paisanos, fraternizando todos, como en los dias precedentes, ostentaban, los unos en el brazo y los otros en las corbatas, sus respectivos lazos rojos, mientras que todas las clases sociales, sin distincion de matices políticos, dispensaban al ejército los mas señalados obsequios.

Ignorábase, empero, á esta hora, porque la prudencia aconsejaba ocultarlo, que los enemigos asomaban ya por los cerros de las Cumbres, y que el Marqués de Novaliches, guarecido con el escudo inquebrantable de sus compromisos personales, habia manifestado verbalmente y por escrito su irrevocable propósito de atacarnos, «si por todos los que habian empuñado las armas no se reconocia al gobierno de Madrid y al trono constitucional de D.ª Isabel II de Borbon.»

Tan graves noticias, no podian pasar por mucho tiempo desapercibidas, y para atenuar su influjo en el

ánimo del ejército y del pueblo, como para justificar el empeño de las armas liberales, habíase apelado al recurso de dar á luz la carta del generalísimo, poco antes entregada por el parlamentario Lopez de Ayala, al capitan general Pavía. (1)

Impresa, en efecto, y repartida con profusion, corria de mano en mano, y en las casas particulares, en los cafés, en las tabernas, en las calles y en las plazas, en todos los parages públicos, en fin, se leia con avidez y comentaba con calma fria y reflexiva, ó con calor ardiente y febril, segun la instruccion, las ideas, los intereses y temperamentos individuales. A pesar de estas encontradas afecciones, veladas en los unos, prudentes en los otros y ruidosas en los mas, es lo cierto que en la primera explosion del sentimiento público dejáronse oir gritos entusiastas á favor de la causa revolucionaria, así como tambien amenazas terribles y sangrientas contra seculares instituciones. La influencia que ejercia en los ánimos aquel notable impreso, no solo arrancaba espontáneos y calurosos aplausos, gritos de aprobacion ó de protesta, sino que improvisaba oradores que acaso por la vez primera en su vida empezaban á cultivar á su manera, y quizá sin saberlo, el difícil arte de la elocuencia. ¡Qué de discursos, arengas, após-

(1) En la mañana del 27 de Setiembre, llegó un jefe de estado mayor, llamado Bermudez, á la imprenta de *El Eco de Córdoba*, propia de D. Miguel José Ruiz, y despues de asegurarle que de no guardar un profundo secreto en lo que iba á confiarle, podria peligrar la vida de miles de hombres, le entregó una copia de la carta del Duque de la Torre, para que de ella se hiciera una tirada de 10000 ejemplares, que con la ya indicada reserva debia estar hecha para la siguiente mañana. Comprometido el Sr. Ruiz á cumplir con lo uno y lo otro, se encerró con los operarios indispensables en su imprenta; con ellos estuvo allí incomunicado con todo el mundo, hasta que, en efecto, á la siguiente mañana presentó los 10000 ejemplares en el cuartel general: seguidamente fueron repartidos.

trofes é imprecaciones! Nuestro triunfo, á juzgar por las palabras lanzadas al aire en ruda improvisacion, era seguro, porque los isabelinos, despues de leer la carta del Sr. Duque, tenian que rendirse, ó de lo contrario, sufrir la suerte del vencido. Entre otros oradores, el republicano Callier, capitan del regimiento infantería de Cantábria, arengaba á los grupos en el sentido de sus ideas. Los paisanos tampoco estaban ociosos, y á un discurso breve, conciso y lúgubre en que se aseguraba el triunfo de los ejércitos liberales, pero despues de una reñida y sangrienta batalla, un mofletudo recluta de infantería se dirige al orador, saca adelante el pié derecho, carga sobre él el peso de su cuerpo, levanta las mános con los dedos abiertos, agita á uno y otro lado su cabeza, y por si y á nombre de sus camaradas contesta diciendo:

—Lo que es nosotros por la *costitucion* y nuestro *comendante jasemos cuarquier* cosa contra esos bárbaros que no quieren la libertad.—

Cuando se verificaban esas ruidosas manifestaciones, mezcla de lo ridículo y lo bufo con lo grande y lo magnífico, el general Izquierdo, dispone que uno de los batallones de Borbon, que se hallaba dispuesto para prestar no sé que servicio de campaña, corra y forme inmediatamente en la calle del Gran Capitan. Cumplimentada esta órden con extraordinaria presteza, llega enseguida con sus ayudantes y aposentador, Alaminos, Rios Pinzon y Gutierrez Cámara, el brigadier jefe de la tercera division, D. Juan Alaminos y de Vivar. Al verle el general, que ya hacia rato le esperaba, le dirige las siguientes y testuales palabras:

—Juan, al frente de ese batallon y á buen paso, pero sin fatigarlo, marcha con este guia por detrás de la muralla de la ciudad, camina por la carretera de Madrid al campamento de Alcolea, únete allí al general

Caballero de Rodas y espera el envio de otros dos batallones mas que han de componer tu brigada.—

Véase, pues, cómo la marcha del brigadier Alaminos, no por el ferro-carril, sino por tierra, y no con una brigada, sino con un solo batallon, se verificó cerca de las diez de la mañana, esto es, á la hora misma en que el generalísimo regresaba de Alcolea.

La curiosidad comenzó á despertarse, y los espíritus recelosos á preguntar *¿qué ocurre?* cuando al ruido que inmediatamente despues producen en las calles algunos instrumentos bélicos, jefes, oficiales y soldados se dirigen á casa de las patronas, cogen su equipo y sus armas, abandonan los ranchos, corren á ocupar sus respectivos puestos, y las compañias primero, los batallones despues, las brigadas enseguida y las divisiones luego, forman para marchar, observando todos la uniformidad mas completa, el órden mas admirable, la subordinacion mas absoluta. Los lazos de la disciplina que se habian roto en nombre de la libertad, se hallaban fuertemente unidos por el amor y el peligro. Ni una arenga, ni un viva, ni una voz, ni una proclama, ni un himno, nada turba el profundo y pavoroso silencio que precede á la instantánea formacion de los ejércitos liberales.

Tan súbita é inesperada actitud, seguida de noticias terroríficas, llegó á serenar, si no á estinguir, la irritada mar del entusiasmo, cuyas oleadas, poco antes impetuosas, tornábanse en manso y apacible arroyo. Ante aquel espectáculo mudo, pero elocuente, que ofrecian las tropas, el miedo abria ancha senda á las cavilaciones. Los indiferentes en política, los partidarios del gobierno y los amigos de la revolucion, echáronse á discurrir, y como en tales casos acontece, cada cual bajo su punto de vista. Todos creian, sin embargo, en la proximidad, iminente ya, de una catástrofe; algunos

en el triunfo de la revolucion; muchos en la huida de las tropas, y los mas en que nuestra capital iba á ser, como en 1808 bajo las huestes de Dupont, ó como en 1836 bajo las del pretendiente Cárlos V, presa de incendios, robos, saqueos, estupros, violencias y asesinatos. A medida que avanzaban los instantes, el pánico se difundia en los espíritus asustadizos, y mientras que ciertas gentes nos dirigian al soslayo sonrisas malignas, el avaro ocultaba más y más sus tesoros, el rico su dinero y sus alhajas, el padre de familia su muger y sus hijas, y Córdoba entera parecia sumergirse, á causa de esos lúgubres presentimientos, en las profundidades siniestras del espanto, del asombro y del terror.

Al través de esa atmósfera preñada de hiperbólicas preocupaciones, alimentadas por la significativa desercion de ciertos revolucionarios de corbata blanca, cuya cobardía femenil se recompensó mas tarde con pomposos certificados, pingües puestos, insólitos ascensos, grandes cruces y hasta títulos de Castilla, mandé avisar inmediatamente á los individuos de la Junta de gobierno, y en tanto que esta se reunia en el salon en que celebraba sus sesiones, fuí, como su delegado en el cuartel general de los ejércitos nacionales, á ponerme á las órdenes del generalísimo Sr. Duque de la Torre.

Lleno de esperanzas halagüeñas y con el pecho palpitando de alegria, porque sospechaba que la contienda se iba á dirimir favorablemente casi á nuestras puertas, llegué al alojamiento del generalísimo, subí por la escalera y me detuve en la antesala de su habitacion. Estaba solo, sentado en una silla, con los codos sobre el bufete, con el rostro apoyado en una mano, con la mirada fija en un papel, y como entregado á sérias reflexiones. Temeroso de distraerle, pregunté en alta voz á un ayudante, que se hallaba en la puerta de la habitacion, si el delegado de la Junta de gobierno de Cór-

doba, podria tener el honor de hablar con el Sr. Duque de la Torre. Mas al oir este mi pregunta, me manda pasar adelante, se levanta, sale á mi encuentro, me tiende la mano, y despues de rehusar el tratamiento que á su alta clase correspondia,

— He aceptado con mucho gusto, dijo, el nombramiento de delegado hecho por la Junta, y así tuve el honor de manifestárselo á ese respetable Centro, que tan admirablemente nos secunda, y cuyos extraordinarios servicios están mereciendo bien de la pátria.—

— La Junta de gobierno de esta provincia, mi general, en cuyo nombre vengo por la vez primera yo, que soy el último de sus individuos, á ofrecerle otra vez mas el homenage de su respeto y consideracion, así como para recibir las órdenes de marcha que se digne comunicarme, ni hizo, ni hace, ni hará mas que llenar con desinterés é independencia los altos deberes que le impone su honor y su patriotismo en esta contienda de la libertad y de la justicia contra todas las vergüenzas tradicionales. Por lo demás, doy á V. en nombre de mis colegas y en el mio propio, las mas sinceras y espresivas gracias, por haberse dignado aceptarme en su cuartel general.—

—Cuando la Junta de gobierno, dijo entónces variando de conversacion y hasta de tono, le ha nombrado á V. su representante en mi cuartel general, de lo cual me complazco sobremanera, supongo que tal vez no será V. estraño á la profesion de las armas.—

— Solo serví en las filas de la milicia nacional y de los cuerpos francos.—

—¡Ah! voluntarios pasivos y activos ¿y qué empleos sirvió V. en esos dos institutos?—

—En el primero fuí capitan de una compañia de cazadores, y en el segundo primer comandante de un batallon movilizado.—

—Creo que eso último no seria en la pasada guerra civil, porque veo que aún es V. bastante jóven.—

—Serví en los francos durante los breves dias revolucionarios de 1854.—

—Ya, eso es otra cosa; y dígame V., señor representante, como hijo del pais ¿conoce V. la topografía de Alcolea?—

—No me son completamente extraños esos hoy solitarios é históricos terrenos, algo dispuestos para una guerra de emboscadas y de sorpresas, no ménos que para mantenerse en ellas á la defensiva en una guerra de invasion; y esa fué una de las razones que tuve para no dejar de insistir hasta que el Conde de Hornachuelos y D. Angel de Torres, mis compañeros de Junta de gobierno, fueron á rogarle trasladase su cuartel general de Sevilla á Córdoba, ó de lo contrario para que nos enviase fuerzas bastantes para cubrir aquellas posiciones.—

—Vea V. qué le parecen, dijo enseñándome un kroquis que tenia en la mano, delineado con lápiz azul sobre medio pliego de papel blanco, las que hemos elegido en Alcolea.—

Conocia yo, en efecto, el terreno; le habia recorrido muchas veces en mi niñez, en mi adolescencia y en mi juventud, y las impresiones que ante el espectáculo de la naturaleza se reciben en esas edades de oro, rara es la vez que se borran del gran libro de la memoria; tenia además de esto presente lo que acerca de las posiciones que allí ocuparan los ejércitos en 1808, me habia enseñado mi anciano padre, que fué uno de los jóvenes cordobeses, que con mas valor y entusiasmo que discrecion y prudencia, pretendieran detener, armados de escopetas, espadas, sables, dagas y palos á las aguerridas huestes del Capitan del siglo; habíame despues de esto instruido en la lectura de las reseñas sobre aque-

llos memorables sucesos escritas por los historiadores Cárlos Remey, (1) Miguel Agustin Príncipe (2) Thiers, (3) Lafuente (4) Casas-Deza, (5) y otros, y sospechando más y más en dias de rudas y no lejanas persecuciones, que para el porvenir, que ya era presente, Alcolea seria un recurso ventajoso contra los que por allí pretendieran invadir el corazon de Andalucía, inspirado por mi amor á la causa del pueblo, habíame trasladado á sus tierras, y con la ayuda de un práctico que conocia en muchas leguas de extension hasta sus más recónditos vericuetos, habia podido afirmar mi creencia en la verdad de que me hallaba poseido.

Fundado en estos motivos, creia yo de buena fé, que despues de haber inutilizado á tiempo los puentes, las barcas y los vados desde Córdoba hasta Villa del Rio, término de nuestra provincia, si se hubiera establecido por ciertos parages una línea de trincheras cubiertas por el Guadalquivir, los arroyos y los bosques, con el empleo de dos ó tres brigadas ligeras y algunos escuadrones furtivos, bastaba para mantener en la orilla opuesta al enemigo, hasta reducirle á la impotencia. Los accidentes del terreno, nuestros buenos prácticos, nuestros excelentes tiradores, el inmejorable espíritu del pais, todo contribuia á hacer esa clase de guerra que persigue, entretiene, incomunica y molesta de mil maneras al enemigo mas poderoso. Empresa tanto mas fácil era esta, cuanto que el ejército isabelino, mal dirigido, peor alimentado, sin fuerza moral y sin verdaderos amigos, no podria sostenerse por tres dias mas en sus desventajosas posiciones. Esto ni se habia hecho,

(1) Historia de España, t. IV., p. 269.
(2) Guerra de la Independencia, t. II, p. 217.
(3) Historia de España, t. XXIII, p. 467.
(4) Historia del Consulado y del Imperio.
(5) Manuscritos inéditos, archivo municipal de Córdoba.

ni era ya posible hacerlo. Habia, sin embargo, tiempo bastante para iniciar otros favorables movimientos. Ma ¿quién me mandaba á mí echarla de táctico y estratégico?

En el croquis ó plano que tenia á la vista, las posiciones al frente del Guadalquivir y á la márgen derecha del arroyo de los Yegüeros, eran puramente defensivas, y hasta en la prevision de una retirada á Córdoba, nuestras reservas debian ocupar los puntos mas estratégicos que se hallan escalonados hasta llegar á sus murallas, como son Valenzoneja, el Monton de la Tierra, Rabanales, el puente de Ahoganiños, el cercado de la Condesa viuda de Hornachuelos y el olivar del Brosque. No ignoraba yo que en ninguna clase de guerra defensiva se escluyen los ataques, cuando circunstancias imprevistas ofrecen ventajas para iniciarlos; pero yo, que á una casualidad inesperada debia el que se me dispensara el honor de preguntarme, solo me resolví á satisfacer, con respeto á la vez que con franqueza, las objeciones á que decorosamente pudieran obligarme la benevolencia del generalísimo. Concretándome, pues, á la pregunta que se me habia hecho, contesté, «que aunque imperito en materias militares, conocedor del terreno, las posiciones me parecian magníficas.»

—No ignoro, me contestó, que entre otros recursos que la estrategia enseña y mi experiencia confirma, pudiera haber hecho levantar una extensa línea de atrincheramientos, inutilizando antes los puentes y los vados; pero no he querido hacer estragos siempre costosos, y que no creo necesarios. El puente de madera se halla inutilizado; al de piedra no se le puede enfilar de frente, é infranqueables son nuestras posiciones. Si se nos ataca, pues, tras ellas nos convertiremos en cal y canto, porque lo principal es que la caballería y artillería de los enemigos, muy superiores á las nuestras numé-

ricamente consideradas, no puedan maniobrar contra nosotros en terreno ventajoso, y no maniobrarán, porque no hemos de ir á buscarlos á la llanura, donde nos esperan; y en cuanto á la infantería enemiga, que ha cruzado el Guadalquivir, se halla detenida ya por los batallones del general Caballero de Rodas, y separada del grueso de su ejército por una distancia de mas de cuatro leguas...—

—Cuatro leguas y más, Sr. Duque, le interrumpí, si desde la llanura retroceden para cruzar el Guadalquivir por la barca de Villafranca, y avanzan por la sierra hasta Alcolea; pero si los vados no se hallan inutilizados, lo natural es que se aprovechen de ellos, en cuyo caso la distancia que los separa será tan corta, que solo podrán tardar en reunirse poco más ó ménos de media hora, segun sea el paso que utilicen.—

—Los vados, repuso, se hallan infranqueables, segun se me asegura, por la abundancia de agua que lleva el rio.—

—Se hallaban así, le contesté, en los dias 22, 23 y 24 de los corrientes, por efecto de las lluvias del 20 y 21; mas dudo mucho que hoy lo estén, porque el verano ha sido muy seco, el agua llovida escasa y hace siete dias gozamos de buen tiempo. —

—Sea como quiera, repuso el generalísimo, esos vados no me preocupan; los que se prolongan desde Alcolea á Córdoba están, como V. sabe, defendidos por nuestras tropas y los voluntarios; los otros completamente abandonados, pero fuera de nuestras posiciones. Lacy está detenido, y aunque se hallara separado de los suyos por menos distancia, es lo cierto que nosotros nos encontramos en el caso de hacer, si esto conviniera á unos propósitos ofensivos que no tengo, lo que se llama ocupar una línea interior contra dos exteriores; esto es, que despues de batir á los que ahora mismo están

á nuestro alcance, nos volveriamos luego para verificar otro tanto con los que se fueran acercando, sin darles tiempo en ningun caso á que pudieran reunirse. Nada de esto, añadió el Sr. Duque con acento de conviccion, será necesario, porque creo que no se vá á disparar ni un solo tiro. Cuando los dos ejércitos se vean frente á frente, quizá concluya todo con un fuerte y fraternal abrazo. Si otra cosa sucede, crealo V., señor representante, me llevo un solemne chasco; pero no me lo llevaré: el ejército está muy desengañado; comprende que es necesario hacer una revolucion, es decir, un cambio radical de todo lo existente, porque lo cierto es que lo hemos hecho muy mal todos los que hemos estado al frente de la gestion de los negocios públicos, y es justo que se deje el paso libre á otras cosas y á otros hombres. En cuanto á mí, nada quiero, nada ambiciono; poseo una regular fortuna; he llegado á la mas alta gerarquia de la milicia; tengo títulos de grandeza. y si á algo aspiro es al triunfo de la libertad y la justícia con la menos posible efusion de sangre. Al efecto he dispuesto que nuestros soldados no hagan fuego contra los del gobierno, mientras que no se vean en la imprescindible necesidad de defenderse. Porque, creálo V., señor representante, estas luchas de españoles contra españoles, de hermanos contra hermanos y de hijos contra padres, me oprimen de tal manera el corazon, que para que yo, esponiéndome á ser separado de mi muger y de mis hijos, á quienes tanto amo, me mezclara en Madrid de una manera activa en la cosa pública, y para que obligado ahora por las circunstancias haya tomado esta resolucion extrema, ha sido necesario que me puncen demasiado los dolores de la pátria...!—

Al llegar aquí el generalísimo hizo una breve pausa. Mas nada quise objetarle despues de aquellas manifestaciones. Su franqueza al hablar de los hombres

que habian estado al frente de la gestion de los negocios públicos; sus vehementes deseos por el triunfo de la libertad y la justicia con la menos posible efusion de sangre; sus desinteresados propósitos al poner su espada al servicio de la causa revolucionaria; su omnímoda confianza en que no se llegaria á disparar ni un solo tiro, todo esto, expresado con gesto, ademan, entonacion y palabras tan naturales y sencillas como insinuantes y contagiosas, hacia que el soldado que desde jóven se elevó por su mérito y su fortuna al rango de las riquezas, de los honores y del poder, me inspirase esa secreta é invencible simpatía que cautiva y arrastra hasta los espíritus mas independientes. Dominada mi alma por el influjo de aquellos sentimientos puros y elevados, le espresé mi gratitud en nombre de la Junta de gobierno, despues de lo cual me dijo con acento tranquilo y reposado:

— Hoy nada notable habrá en Alcolea. Fatigados por la marcha, á la hora en que nos encontramos solo pensarán en concentrarse, en tomar algun reposo, en elegir posiciones y prepararse para el ataque. Lo que quiera que sea, ya favorable ó ya adverso, será mañana al lucir el dia. Si V., pues, quiere evitarse molestia, puede quedarse en Córdoba con sus compañeros, á quienes hará presente todo el aprecio y estimacion que me inspiran. Mas si V. desea, en cumplimiento de su deber, acompañarme, dese prisa en montar á caballo, porque antes de media hora voy á marchar para Alcolea.—

Nos despedimos quedando yo en unirme enseguida al cuartel general de los ejércitos liberales.

Cuando bajo tan agradables impresiones salí del alojamiento del Sr. Duque de la Torre, al pasar por la calle del Gran Capitan me salió al encuentro el general Izquierdo, y despues de espresarme su gratitud por las

buenas caballerias que en los dias precedentes habia proporcionado al ejército, me manifestó que necesitaba tener prevenidas diez ó doce pares de mulas de tiro.

Inmediatamente dí órdenes apremiantísimas, y enseguida fueron reunidas las mulas que se necesitaban, contándose entre ellas las de S. E. Ilma., nuestro buen Obispo Alburquerque.

La Junta de gobierno, á quien encontré reunida, se hallaba llena de contento, porque no creia que se iba á romper el fuego. Yo opinaba de otro modo, y despues de un ligero debate acerca de este grave asunto, me despedí uno por uno de mis colegas, encargándome todos al separarme de ellos, que si por acaso habia fuego no me expusiera al peligro; que presenciase la batalla á una distancia respetuosa, y que no dejara de informarlos de las vicisitudes favorables ó adversas porque pudieran atravesar ambos ejércitos.

Me hallaba dispuesto, pues, para la marcha, porque todos mis arreos de campaña consistian en el trage negro que vestía, un lazo encarnado en el brazo izquierdo y una espada ceñida á la cintura. Pero ni me habian traido el caballo, ni parecia el ayudante de órdenes de la Junta de gobierno, que lo era el teniente de infantería en situacion de reemplazo, D. Eduardo Lovato, á quien á instancia propia se le habia concedido que me acompañara en el cuartel general de los ejércitos liberales. Al fin me traen el brioso, gallardo y magnífico alazan con que me obsequiaba la rica propietaria y labradora D.ª Antonia Breñosa, viuda de mi sábio y virtuoso maestro D. Rafael Ortiz, cirujano mas antiguo que fué del Hospital general de Córdoba; pero como el jóven Lovato avisara diciendo que no podia acompañarme, á causa de cierto padecimiento físico que le impedia montar á caballo, me puse en marcha seguido del ciudadano Diego Torosio.

Llegué á las doce menos diez minutos de la mañana al Campo de la Merced, hora en que nuestros últimos batallones desfilaban por debajo del arco de la torre de la Malmuerta. La muchedumbre de ambos sexos que habia salido á despedir la tropa á ese parage, como á los sitios de San Cayetano, Ollerias, Fuensantilla, Plasencia y San Anton, hacia tan francas, esplícitas y elocuentes manifestaciones á favor del ejército, de los generales, de la Junta de gobierno y de mi humilde persona, que hasta los espíritus menos impresionables se sentian arrastrados por las corrientes del entusiasmo general, repuesto en aquel instante de la primera explosion de su estupor.

Nada de eso, empero, distrajo mi carrera, hasta que al llegar al comienzo del olivar del Brosque, situado á menos de medio kilómetro de la ciudad, me detuve frente á la entrada de la hacienda de la Viñuela con el general Izquierdo. Montado este en un magnífico y brioso caballo entero, castaño, con siete cuartas, siete dedos y siete años, regalo del Sr. Duque de Montpensier, se ocupaba allí en ordenar la marcha de nuestros batallones, ya por la carretera general con direccion á Alcolea, ya por el camino de la huerta de la Portada á los vados de Lope Garcia y los que le siguen corriente arriba del rio, ya por las faldas de la sierra á las cimas de Roman-Perez el alto, y todos á paso acelerado en columnas de viage y cargando las armas. Todas nuestras tropas, pues, se hallaban en marcha: el brigadier Alaminos, con su batallon, nos llevaba dos horas de delantera; cerca de una el generalísimo con su estado mayor, y las órdenes que de este recibia el general Izquierdo, comunicadas por ayudantes ú ordenanzas colocados de trecho en trecho, debian ser para que acelerase el movimiento de concentracion, por cuanto apenas le habla ban al oido se volvia á las tropas diciendo:

—Vamos, chicos, vamos, no hay que detenerse, adelante, adelante.—

Comprendiendo que el generalísimo debia estar ya cerca del puente de Alcolea, me despedí del general D. Rafael Izquierdo, puse enseguida mi caballo á la carrera, y volé entre torbellinos de polvo con direccion á nuestro campamento.

Las tropas, empero, que asomaron por las Cumbres, y que fueron vistas desde Alcolea ¿eran, en efecto, las del ejército real? ¿á qué hora salieron de sus cantones? ¿cual fué su órden de marcha? ¿qué medidas adoptó su caudillo, qué posiciones ocupa, en qué piensa, qué se propone, qué espera y en qué invierte el tiempo? Sensible le será tal vez al caudillo de la reina, que yo satisfaga esas interesantes preguntas; pero no puedo faltar por nada ni por nadie á la verdad de los hechos, esto és, á las justas é inexorables exigencias de la historia.

XXXV.

SUMARIO.

El toque de diana en Montoro, la formacion de las tropas, la marcha de Echevarria, la salida de Novaliches y su diálogo con Girgenti.—Novaliches llega á la estacion, le expresa su gratitud al alcalde, le hace varios encargos, pónese en marcha y llega á Pedro-Abad al mismo tiempo que Vega é Inclán sale del Carpio.—Llega á este punto, consulta sus hojas itinerarias, examina el terreno y no comprendiendo ni aquellas ni estas, deja de obrar con acierto, toma medidas injustificadas y prosigue su marcha.—Panorama que se ofrece á la contemplacion de Pavia, sus diálogos con Sartorius, su respuesta á un brigadier, su llegada á la llanura y sus interrogatorios á los paisanos.—Los erróneos informes de nuestros espías, aumentan el aturdimiento de Novaliches y le inducen á tomar medidas absurdas.—Al fin encuentra los pasos del Guadalquivir, y lejos de utilizar este inapreciable hallazgo, que podia darle la victoria, hace de ellos caso omiso, sin tener en cuenta las instruciones del ministro de la Guerra.—Los desaciertos siguen á los desaciertos, y mientras que se practican rampas y se levantan croquis, Novaliches nos facilita la victoria sin efusion de sangre.

Al marcar la campana del reloj las tres de la madrugada comenzaron á oirse en Montoro los toques de diana, llamada y tropa.

Los sonidos bélicos retumban por los aires, mientras que los isabelinos corren á formar en los parages de antemano designados.

Al través de una oscuridad tan profunda, que apenas permite distinguir los más grandes objetos, el general D. José Ignacio de Echavarría, marqués de Fuentefiel y ayudante de campo del marido de la Reina,

acompañado de su gefe de Estado Mayor, D. Luis Fernandez Golfin, de su ayudante D. Juan Villalonga, y seguido de una seccion de caballería de Montesa, de cuatro compañías de cazadores de Alcántara y del segundo batallon del regimiento infantería del Príncipe, sale enseguida de Montoro, cruza el Guadalquivir por el puente de piedra, y por el camino de la sierra se dirige á Villafranca, para tomar el mando de la vanguardia confiada al brigadier Lacy y Hernandez.

Las demás tropas acantonadas en el cuartel general, consistentes en un regimiento y dos escuadrones de caballería, el primero de húsares de Pavía y los segundos de Montesa, en un batallon de infantería de Málaga, en cerca de dos mas de guardias civiles y rurales y en una batería del segundo regimiento montado, forman en órden de batalla en el trayecto de carretera que se prolonga desde la ciudad hasta la estacion de la vía férrea.

Rodeado el General en gefe de su Estador Mayor, sale enseguida de Montoro, marcha en direccion paralela y por el frente de sus tropas, y al llegar al regimiento de caballería húsares de Pavía, á cuya cabeza se hallaba su jóven coronel, el apuesto y bizarro conde de Girgenti, Novaliches se detiene y le dice con cariñosa entonacion y cortesana sonrisa:

—Buen dia, Serenísimo señor, ¿cómo se halla V. A. R. de salud?

Girgenti, que á pesar de las reiteradas instancias del brigadier Cuadros, su ayudante de campo, habia pasado la noche sin comer, sin dormir, sobre una silla y á la vista de sus húsares, y que si hablaba con perfeccion el francés, el húngaro, el polaco y el ruso, no habia tenido tiempo de familiarizarse con nuestro idioma, parece que contestó en los siguientes términos:

—Io eto benísimo, grasze infinite, é ¿cómo si sente el mio generale?—

—Estoy perfectamente bien y á la disposicion de V. A., serenísimo señor, que así cumple á mis deberes de militar y de caballero, y al alto respeto que me inspira nuestra augusta Reina y su excelsa dinastía.—

—Grasse infinite, signore, io me hó sonmo piacere.—

—Le tengo yó, Serenísimo Señor, porque veo con gusto que V. A. es un escelente militar, y asi tendré el honor de hacerlo entender á nuestra augusta soberana, á la real familia y al gobierno, para que nadie ignore que hay príncipes de la sangre que en circunstancias difíciles para la causa del órden y las instituciones, saben colocarse á la altura de su verdadera mision.—

—¡O mio signore, grasce infinite Eto obligato tanto á alla sua bontá. Io faccio la partí del mio dovere.—

Terminado este interesante diálogo, de cuya completa exactitud no respondo, prosíguese la interrumpida marcha, y al llegar á la estacion de la vía-férrea, el general en gefe se detiene, estrecha entre la suya la mano del alcalde Gomez, le espresa su gratitud por los buenos servicios que le ha dispensado, y le ruega, por último, escriba luego á la marquesa de Novaliches, su esposa, en Madrid, calle del Piamonte, núm 5, diciéndola á la hora en que salia bueno y al frente de sus tropas para combatir en el mismo dia la insurreccion militar y civil de Córdoba.

Cuando eran las cinco y media de la mañana, Novaliches llega á las afueras de Pedro Abad, donde le esperaban formados en columna de maniobra, con el brigadier D. Antonio Diez de Mogrovejo á la cabeza, los cuatro batallones de infantería, Alba de Tormes, Barbastro, Iberia y el Rey.

Vega é Inclan, cumpliendo entretanto con las órdenes de su general en gefe, habia hecho tocar diana á las cinco, y á las seis y media empezó á salir del Carpio,

precedido de una vanguardia, al frente de cinco batallones de infantería, Astúrias, el Príncipe, Gerona y dos de Mallorca; de tres regimientos de caballería, coraceros de la Reina, Talavera y lanceros de España; de dos compañías de ingenieros; del cuarto regimiento montado de artillería, y de una batería del primero.

Todas las tropas de Montoro, Pedro-Abad y el Carpio, precedidas de sus respectivas vanguardias, en su marcha por la carretera general hácia Alcolea, formaban á las siete de la mañana una estensa línea de más de cinco kilómetros de distancia, precisamente en un terreno llano, sin cortaduras, sin cañadas y sin obstáculos.

Las densas nubes que oscurecian los horizontes, recogieron de una manera súbita su negro manto, y á través de un límpido cielo azul que ofrecia un dia esplendoroso, Novaliches se detiene, observa la línea que recorren sus tropas, y dice con alborozo indescriptible:

—Sartorius, mire V. y dígame qué le parece el aspecto que presenta nuestro bizarro y leal ejército.—

—Lo que me parece, respondió el interrogado, es que con estas tropas podemos ir hasta Pekin.—

Novaliches repuso entónces con acento convencido y satisfecho:

—Es verdad, Sr. Sartorius, es verdad, y yo me felicito de ello, porque, muy pronto, Dios mediante, hemos de ir á pernoctar á Córdoba, de Córdoba á Sevilla y de Sevilla á Cádiz.—

Novaliches llega á la estacion de la via-férrea del Carpio, saluda afablemente á los grupos de curiosos que salen á verle, y en particular al alcalde del pueblo, don Rodrigo Fernandez de Mesa, y al administrador del Duque de Alba, Sr. Leon y Portella; manda hacer alto á las tropas para darles un corto descanso, y al preguntar si en la marcha de Vega é Inclán ha ocurrido algo

notable, le contestan, «que el coronel D. Manuel Espada, herido al salir del pueblo por la coz de un caballo, ha sido necesario volverle á su alojamiento.»

Hallábase Novaliches en un terreno desde el cual podia hacer, ya que con mas oportunidad no lo habia hecho antes, que un regimiento de caballería con algunos batallones de cazadores y varias piezas marchase por el arroyo de Guadatin, cortijos de la Pangia, Calderitos Altos y cañada de los Galapagares, y despues de ocupar con la artilleria la dehesilla de Leon, cruzar el Guadalquivir por los vados de Godoy, de las Burracas ó Lope Garcia, cortar nuestras comunicaciones con Córdoba, y por las llanuras de Rabanales, las Quemadas, el Monton y el Montoncillo, seguir hasta apoderarse de la línea esterior de Alcolea, antes que pudiera ser reforzada por las tropas de nuestro cuartel general.

Movimiento era este, que apoyado por los fuegos de la Dehesilla, que domina todas las posiciones de Alcolea, por los de la brigada Lacy, que por la sierra ocupaban nuestra estrema izquierda, y por las del grueso del ejército real, que por la campiña debia atacar nuestro frente, hubiera facilitado tal vez al capitan general Pavía un pronto y seguro triunfo. Si deseaba con mejor criterio y con mayor ventaja el ataque de frente por la campiña y de flanco por la sierra, nada más fácil que lanzar los cinco batallones de infantería que le acompañaban por la barca de Villafranca, cruzar el Guadalquivir, hacer despues lo mismo por el riachuelo del Guadalmellato, correrse luego por las faldas ó por lo alto de la zahurda de Espinosa, cerros del Jaralon, del Carcajal, rasos del Negro, puerto de la Clavellina, Mejorada ó Mejoradilla, y bajar maniobrando con indisputable ventaja de revés ó por retaguardia de nuestras posiciones defensivas de Alcolea.

Colocada su brillante infantería en este punto, podia

hacer que se corriera, si á sus propósitos convenia, hasta situarse entre Córdoba y Alcolea, ó entre Sevilla y Córdoba, ó repasar por los vados el Guadalquivir é incorporarse al grueso del ejército real en la llanura de Pan-Gimenez.

No obstante las grandes ventajas que le facilitaba el terreno, y el absoluto abandono en que en aquella hora se hallaban los puentes, las barcas, los vados y los puntos tácticos que le obviaban el medio de iniciar estas ú otras análogas operaciones, el capitan general D. Manuel Pavía y Lacy consulta las hojas del itinerario militar, ojea los campos fijándose en la parte opuesta del Guadalquivir, observa sin duda el movimiento de avance que inicia la brigada de vanguardia desde el pueblo de Villafranca, reflexiona algunos instantes y despues escribe con un lápiz las siguientes instrucciones:

«Echavarría, la topografía no es la que nos dijeron. Mando con Gamarra el batallon cazadores de Barbastro. Tiene órden de tomar las camillas y municiones de la estacion de Villafranca. Yo detendré la marcha para dar tiempo á que avancen las tropas de su mando. Ocultad las fuerzas al llegar cerca del Puente (dehesilla de Pendolillas.) Mucho órden y economía de municiones: se recompone la vía...» (1)

Firmado por Novaliches ese notabilísimo documento, testimonio fehaciente de la inseguridad de su plan, de su absoluto desconocimiento del terreno en que se proponía combatir, y de la amarga incertidumbre que dominaba su espíritu, lo entrega á un ordenanza de caballería de Talavera, y le manda que por la barca del Carpio cruce el Guadalquivir, y corra á entregarlo al general D. José Ignacio de Echavarría.

(1) Véase la página 902 del tomo III de *La Estafeta de Palacio*

Llama enseguida al teniente coronel D. Faustino de Armijo é Ibañez, primer gefe del batallon cazadores de Barbastro, y le ordena que siguiendo al capitan de Estado Mayor, Sr. Gamarra, marche con él por la barca de Villafranca, para que corriéndose por la orilla derecha del Guadalquivir, vaya á reforzar la brigada de vanguardia del general Echavarría.

Habia dispuesto antes de esto que uno de sus ayudantes corriera á decir al general D. Miguel de la Vega é Inclán, que diese un corto descanso á sus tropas y las raciones de pan á los cuerpos que no las hubiesen recibido, previniéndole, empero, que esto se hiciera, si posible era, con la mayor rapidéz, para continuar enseguida la marcha hasta el parage mismo en que descubriera la vista el puente de Alcolea. Vega é Inclán no pudo cumplimentar, á pesar de su buen deseo y de su no desmentida obediencia, los dos extremos de la órden de su general en gefe. Habia dejado tras de sí todo el parque sanitario con el repuesto de provisiones de boca y guerra. Esperar su llegada era variar por completo el órden de concentracion, y Vega é Inclán continuó su marcha con beneplácito de su general en gefe.

Tan imperdonable descuido hizo necesario que el brigadier Diez de Mogrovejo, cuyas tropas no se habian alimentado hacía ya veinte y cuatro horas, esperase hasta que recompuesta la vía-férrea y hecho cargo del parque y del repuesto, pudiese racionar sus batallones para continuar el movimiento iniciado.

Luego dispuso quedase en el Carpio con una compañía infantería de Málaga el brigadier D. Zacarias Carrillo de Albornóz, en calidad de comandante general de la línea de comunicaciones.

Novaliches se despoja de su gran paletot, se lo entrega al ex-celador Navajas, que á pié seguia trás de su caballo, forma despues de esto su tropa, y á las ocho

menos cuarto de la mañana, hora en que las avanzadas de Vega Inclán subian por los cerros de las Cumbres, marcha con direccion á Alcolea.

Vióse luego por los paisanos que las tropas de Novaliches, tal vez para aligerarse de peso, habian dejado el largo trayecto de carretera que se estiende desde la Venta de la Roda hasta el molino de San Fernando, propio del Duque de Alva, literalmente cubierto de prendas propias y de vestuario.

La generalidad de los oficiales creian, sin embargo, que no se disparaba ni un solo tiro, fundándose para ello, como era natural, en que venian marchando casi á la vista de los enemigos, sin camillas, sin botiquines, sin municiones, en una palabra, menos preparados que para un simulacro.

¡Ni aun siquiera se les habia dado por órden general una de esas proclamas con que en vísperas de una batalla intentan los generales inflamar el espiritu del soldado!

Cuando el marqués de Novaliches llegó á las Cumbres, y desde su altura pudo vislumbrar trás las sombrías crestas de Sierra-Morena, las vaporosas cimas de las montañas de Granada, su pais natal, eran ya las diez de la mañana.

La elevacion en que se hallaba le permitia distinguir en muchas leguas de circunferencia y de la manera mas clara y distinta, las praderas, las montañas, las vertientes, los caseríos, los pueblos y hasta la misma capital de Córdoba; veia además á su frente todas las posiciones ocupadas por nuestras tropas entre las vertientes de la sierra y la orilla derecha del gran rio; veia tambien á su derecha el Jaralon, el que, separado de Rivera la Alta por el riachuelo Guadalmellato, sobre cuya márgen derecha se levanta dominando todos los terrenos accidentados hasta Pendolillas, sirve de estribo al

raso de los Varas, Corcojal, Negro, Clavellina, Mejorada, Mejoradilla y Gordo, montes encadenados los unos con los otros y cubiertos de obstáculos naturales hasta la pequeña llanura de encinar que termina á la espalda del Capricho; veia del mismo modo á su izquierda la continuacion de la cordillera de cerros que pasa por Córdoba y termina en el vecino reino de Portugal, ofreciendo por todas partes salidas que solo conocen los consumados prácticos, y por último, tenia inmediatamente á su vista, ó mejor dicho á sus pies, la inmensa llanura de Pan-Gimenez, (1) que empieza á la bajada de las Cumbres, por la derecha y el frente termina en el Guadalquivir, y por la izquierda en la Dehesilla de Leon, cerro que se levanta magestuoso á una altura colosa[1] sobre el nivel del rio, dominando tambien cuantos puntos tácticos ó extratégicos puedan elegirse en Alcolea.

Habia en los precedentes dias delineado, con el auxilio del mapa topográfico y de las observaciones de personas prácticas, un croquis en que parece que marcaba las montañas y sus vertientes, los caminos y las trochas, los rios y los arroyos, las barcas, los vados, los puentes, los caseríos y los pueblos con las ventajas y dificultades que presenta el terreno; habia estudiado las insustanciales reseñas históricas que existen acerca de la batalla de 1808; habia consultado en más de una ocacion la hoja itineraria que recibiera del ministro de la Guerra, y finalmente, habia hecho cuanto le era posible para fijar de una manera definitiva su plan de batalla.

No obstante, sorprendido sin duda en presencia del magnífico panorama que allí se ostenta á la contempla-

(1) Se le llama vulgarmente así, porque este terreno fué propiedad de D. Cayo Gimenez de Peralta, alcalde mayor de Córdoba por los años de 1304. Véase la "Historia de la Casa de Cabrera."

cion del poeta y del guerrero, parece que hubo de entregarse á sérias y profundas reflexiones.

Al salir, empero, de su momentánea meditacion, quiso orientarse en presencia de aquel vasto teatro, acerca de algunos de los interesantes puntos que sobresalen en el paisage, claro y distinto, gracias á la esplendidez del dia. No alcanzando á ver, sin embargo, á causa de las malezas, los enemigos que buscaba, su mirada se detuvo allá léjos, en la opuesta orilla del Guadalquivir, y fijándola atentamente en un pequeño recinto de casas,

—Sartorius, dijo ¿qué edificios son aquellos que se destacan en aquella hondonada?—

—Mi general, le contestó, los primeros que se distinguen formando un grupo, son las Ventas, Ventillas y Ribera la Baja; las que hay un poco mas distantes, separadas las unas de las otras por una corta distancia, y en la misma direccion, la primera es la casilla del peon caminero, la segunda la estacion de la via-férrea, y la que un poquito mas allá descuella en la altura, es la caseria de Valenzoneja.—

Fijándose despues en la misma direccion, pero algo mas á la derecha, en un punto todavia mas visible, sobre cuya cima se levantan tres edificios, dijo:

—Sartorius ¿y aquello?—

—Aquella bonita casa es la quinta del Capricho, y la que tiene delante y la otra que se vé detrás son las zahurdas que sirven para encerrar el ganado. Estos tres edificios, que como V. E. vé forman triángulo, se hallan situados en una altura, por cuyo pié pasa el arroyo de los Yegüeros, desde la cima de la sierra hasta su confluencia en el Guadalquivir.—

Novaliches proseguia su marcha, y cerca ya de la llanura, se le acerca un brigadier, cuyo nombre no he podido averiguar, y parece que le dijo:

—Allí frente, entre aquella arboleda, veo grnpos de soldados ¿serán enemigos?—

—Cuando se le pregunte á V., contestó con acento grave y solemne, entónces podrá contestar.—

—No era más, repuso tímido y azorado el brigadier, que una simple observacion...—

—¡Está bien! ¡está bien! le interrumpió diciendo el rígido é inflexible Marqués.—

Claro es, que ese sistema repulsivo empleado por el campeon de la reina, en contraposicion con el comunicativo que seguia el de los ejércitos liberales, no era nada apropósito para que nadie se atreviese á ilustrarle con sus observaciones ó noticias. Si preguntaba, pues, le respondian, pero sin estralimitarse nadie de los límites de una sencilla y descarnada respuesta. De otro modo, no era posible que hubiera marchado á ciegas y con paso dudoso y vacilante sobre los bordes de un inmenso abismo, fácil de salvar aún en aquellos críticos momentos.

Sartorius conocia palmo á palmo todos aquellos terrenos, que se dilatan sobre ambas orillas del Guadalquivir, en sus mas diversas y complicadas direcciones, como que desde jóven estaba acostumbrado á ir á cazar en ellos, y estaba muy familiarizado con sus caminos, sus veredas, sus trochas, sus puentes, sus barcas, sus vados y hasta con sus mas ocultos vericuetos; pero lo que habia oido decirle al brigadier que hizo su observacion, aparte de la absoluta reserva en que estaba encerrado el general en jefe, con respecto á ese extremo, le impulsaba á guardar silencio mientras que no fuera inquirido. Navajas, el ex-celador Navajas, aunque no tanto como Sartorius, tambien conocia aquellos terrenos, mas tambien se guardaba de hacer ningun género de indicaciones. Lo que á mi entender procedia, desde el instante en que Novaliches creyó *que aquella no era*

la topografia que le digeron, era convocar un consejo de generales, en el cual Sartorius habria ilustrado á su general en jefe, con la descripcion del terreno porque marchaban, y en el que se proponia maniobrar. Esto, que en manera alguna rebajaba el carácter de un general en jefe, sino que por el contrario le realzaba, ni se hizo en Montoro, ni en el Carpio, ni en las Cumbres, ni en la llanura, ni en ninguna otra parte. Y ¿por qué? quizás porque le cegó Dios para la mas pronta ruina de la causa cuya defensa le confiaran; pero sigamos.

Novaliches llega al fin á la llanura que empieza en los Cansinos, y las músicas del ejército real le reciben con todos los honores de ordenanza. Empiezan á presentarle paisanos que interroga á su manera, y por sus respuestas llega á persuadirse que hay entusiasmo en Córdoba; que los generales Serrano, Izquierdo, Rey y Caballero de Rodas, cuentan con numerosas fuerzas, y que en las posiciones que se prolongan por la parte allá del puente de Alcolea, hay muchos soldados de infantería, caballería y artillería, posesionados de aquellos terrenos accidentados. Preséntanle luego á otro paisano cordobés, el cual habia llegado al campamento del ejército isabelino con una bestia cargada de frutas, diciendo que iba á espenderlas para ganarse el sustento.

—Y bien, le dice entónces Novaliches ¿qué es lo que hay en Córdoba y por esos caminos?—

—Señor, le contesta el intencionado cordobés, lo que es en Córdoba ví antes de ayer tropa.—

—Pero ¿qué clase de tropa, le preguntó el general, es esa que has visto?—

—Como no he militado, le responde el ladino cordobés, no puedo satisfacer la pregunta; pero lo que he visto es que hay mucha tropa, muchos cañones, mucha caballería, en fin, que todo está lleno de paisanos y soldados que dan vivas á la libertad.—

Vuélvese Novaliches á su estado mayor y pregunta al general Sartorius, y aún creo que tambien al celador Navajas, si por acaso conocen á aquel paisano, y le contestan que *es un pobre diablo qae se busca la vida en el mercado público de Córdoba.* Novaliches dejó marchar, pues, á nuestro astuto espía, que era José Garcia Carrasco, conocido por el Corista, el cual llevaba cartas de todos los jefes de nuestro ejército para entregarlas á las del isabelino, y á quienes sus mismos padres, hermanos, parientes ó protectores instaban para que tomasen parte en favor del alzamiento nacional.

Las alarmantes respuestas de los paisanos interrogados; la presencia de nuestras impenetrables posiciones defensivas; los obstáculos naturales que la protegian; la inexactitud de las hojas de su itinerario militar; la falta de verdaderos prácticos en el terreno; el grave riesgo que corria la vanguardia del brigadier Lacy; los equivocados informes de los militares encargados de reconocer el Guadalquivir, y en una palabra, su propio aturdimiento, hacen variar de propósitos otra vez mas al general en jefe de los ejércitos reales.

Ignoraba este que á su izquierda, desde el puente de madera del ferro-carril hasta Córdoba, existen nada menos que cinco vados, el Guadalbarbo. Godoy, las Burracas, Lope-Garcia y el Adalid, sin contar con la barca de la ciudad y el puente de la Calahorra; que á su derecha y desde el parage mismo en que se hallaba hasta el Guadalmellato, existen cuatro vados mas, Tejedores, Mantequeros, Churretales y el Riachuelo, y que estos últimos los tenia á la vista, y que casi todos ellos ofrecian á la sazon, á pesar de las lluvias de los precedentes dias, cómodo paso hasta para la artillería rodada.

Tan ignorante debia hallarse, no solo acerca de la existencia de esos vados, sino que tambien acerca de su fácil tránsito, que con la vista fija en la vanguardia

de Lacy, llama al brigadier D. Miguel Trillo de Figueroa, ayudante de campo del rey consorte, y señalando con el índice de la mano derecha á la opuesta orilla del Guadalquivir, parece que hubo de hablarle en los siguientes ó parecidos términos:

«Vea V. allí á qué grave riesgo se halla expuesto el brigadier Lacy. Encargado de protegerme en el paso de unos vados cerca de nosotros, de que me hablaron, resulta despues de un detenido reconocimiento, que los vados no existen. Necesario es acudir al socorro de aquellas tropas, para que no caigan en poder de los enemigos. Retroceda V., pues, por la carretera: recoja al paso al batallon cazadores de Alba de Tormes, que hácia aquí marcha con el brigadier Mogrovejo: marche V. con él hasta la barca de Villafranca, cruce con prontitud el Guadalquivir, y una vez unido á las fuerzas de Lacy, córranse por la derecha hasta ocupar las alturas que los dominan.

»Le advierto á V., brigadier Trillo, añadió Novaliches, que esta madrugada mandé desde Montoro con algunas fuerzas, para el objeto de encargarse de la vanguardia, al general Echavarria; mas si antes que él llega V. á Villafranca, marche adelante sin detenerse, tome V. el mando hasta que él se le incorpore, y en uno ú otro caso que se rompa enseguida el fuego, porque esta será la señal que me ha de servir para iniciar mi ataque de frente contra las posiciones de Alcolea...» (1)

Esta nueva é inconsciente determinacion, prueba una vez mas hasta qué punto se hallaba obcecada la inteligencia militar del capitan general D. Manuel Pavía y Lacy.

---

(1) Véase el párrafo 5.°, página 913 del tomo III de *La Estafeta de Palacio.*

Los cazadores de Alba de Tormes, pues, á pesar de haber llegado el dia antes á Pedro-Abad, despues de un largo viage; á pesar de no haber comido en veinte y cuatro horas, llevar cinco de camino y no hallarse racionados, veiánse en la precision de contramarchar á la barca de Villafranca, invertir largo tiempo en cruzar el rio y avanzar luego por la sierra hasta llegar á Pendolillas. ¿Comprendió acaso el general isabelino, que aunque los cazadores esforzaran su marcha, lo mas pronto que podian llegar al término de su viage, era de cuatro á cinco de la tarde? Es posible, mas aún, es seguro que no; porque de lo contrario ¡qué atrocidad! en aquella misma hora, segun la órden superior, un batallon hambriento, rendido, fatigado, jadeante, debia correrse á las alturas de la sierra y romper enseguida el fuego, para que su general en jefe, que desde la mañana hasta cerca de la noche permaneceria inactivo á la vista de sus enemigos, pudiera iniciar á 7 kilómetros de distancia un ataque de frente contra las posiciones defensivas de Alcolea...

Trillo Figueroa marchó, pues, á cumplimentar la órden del Marqués, cuando este tenia á su vista, como he dicho antes, los vados transitables del Guadalquivir, por los que le era muy fácil reforzar con descanso y en menos de una hora la vanguardia del brigadier Lacy con la mayor parte de sus batallones de infantería y obtener con ellos un completo y seguro triunfo.

Irritado porque no se encontraban esos vados, ó porque no se les consideraba transitables, monta enseguida á caballo y seguido de una seccion de caballeria, comienza por sí mismo, segun parece, á reconocer la orilla izquierda del Guadalquivir. Los paisanos huian á la presencia de la tropa para no ser por ella interrogados; mas siguiendo por la márgen arriba del rio, llegan al sitio llamado Tablas del Rey ó Sotillo de la rincona-

da, donde se hallaban pescando Francisco Roldan y Rafael Muñoz, naturales y vecinos de Córdoba. Al verlos algunos de tropa, les apuntan con las carabinas, miéntras que otros les mandan pasar el rio, bajo pena de la vida si lo retardan. Los dos individuos conocian los vados y sabian nadar; mas á pesar de esto, les contestan diciendo:

—¡Señor! ¿pero cómo hemos de ir á esa orilla si nosotros no sabemos nadar?—

—Pues bien, les contestan, venid por el vado, porque de lo contrario, ¡ira de Dios! vais á morir como perros.—

Llega à este tiempo Rafael de Llamas, guarda de unas tierras de D. Fernando Barrionuevo, é informado de lo que ocurre enseña al marqués de Novaliches el paso del Guadalquivir por los Churretales, al mismo tiempo que los de su Estado Mayor le anunciaban el de los Mantequeros, practicables ámbos en aquel instante para la caballería, infantería y artillería.

La situacion del ejército isabelino podia cambiar radicalmente si su gefe sabía aprovecharse de estos importantísimos descubrimientos. Todo lo que hasta entónces no habia hecho, ni desde Montoro, ni desde el Carpio, ni desde el sitio mismo en que se hallaba, podia ya realizarlo sin que nadie se lo estorbara con indisputable ventaja. Nada más fácil: los batallones de infantería montados á las ancas de los caballos, podian pasar el Guadalquivir sin mojarse, caer media hora despues sobre Alcolea, derrotar la vanguardia de Caballero de Rodas, apoderarse de sus posiciones y hallarse á media tarde con la mayoría de su ejército al frente de Córdoba, y en actitud de traducir en hecho los consejos que en la mañana del dia anterior le diera por telégrafo el Ministro de la Guerra.

«Si los enemigos, le había dicho aquel, se defienden

dentro, no debe empeñarse el ataque, pero presentando el ejército frente de la ciudad se les provocará la batalla, y si no la aceptan perderán fuerza moral, y con nuestra artillería, superior en alcance, se puede cañonearlos impunemente dentro de Córdoba.»

Creyendo sin duda que no debia utilizar esas ventajas, y que tal vez era mejor tomar á viva fuerza el puente de Alcolea, y sobre todo, tender un inocente lazo al Duque de la Torre, hace que una parte de sus tropas de todas armas avance hasta el cortijo de Casablanca, situándola en el centro y á los lados de la carretera nueva y de la línea férrea, y que el grueso de su ejército permanezca trás de la márgen derecha del arroyo de los Tejedores, ocultándose á nuestra vista en el récodo que por aquella parte forma el terreno en direccion á la orilla izquierda del Guadalquivir.

La razon de esta maniobra, si bien se busca, quizá se encuentre en que el Duque de la Torre le habia pedido en su carta, *que en nombre de la humanidad, de la conciencia y de la pátria le dejara espedito el paso en la marcha que se habia propuesto seguir*. Más como no le indicara de una manera clara, esplícita y terminante cual fuera aquella, ¿creyó acaso el caudillo de la reina que el de los ejércitos liberales estaba dispuesto á darle una batalla en el parage mismo en que habia acampado? Aun suponiendo esta candorosa creencia en el Marqués de Novaliches, el importantísimo papel que estaba llamada á desempeñar su infantería por la sierra, eran motivos suficientes para que á ella lanzara sus batallones, porque la artillería y caballería de que disponia, fuerza muy superior á la que, bajo las órdenes de O'Donell, hizo frente en las llanuras de Vicálvaro á la numerosa guarnicion de Madrid, le bastaba mucho mejor aun para hacer él otro tanto en las de Pan-Gimenez, en el improbable caso de que se hubiera come-

tido la torpeza de salir á buscarle, dejando á la espalda el puente de Alcolea.

Obraba con arreglo á su especial criterio, sin inspirarse en las circunstancias, ni en las instrucciones que por conducto del general Echavarría le trasmitió el entendido ministro de la Guerra.

«Si los enemigos, le habia dicho, pretenden defender el puente, convendrá que antes de romper las hostilidades se ocupe con la artillería de mas grueso calibre las alturas de la izquierda del camino, (la dehesilla de Leon) que dominan las posiciones de Alcolea y las enfilan casi de revés. Desde allí deberá sostenerse un largo y sostenido cañoneo, hasta desmontar las piezas de los enemigos, y cuando estos se encuentren bien quebrantados, se deberá intentar el ataque por ambas orillas del Guadalquivir, el cual se franqueará por los vados que se marcan en las hojas itinerarias y que los prácticos indicarán mejor.»

Lo primero, pues, que con arreglo á esas instrucciones debió practicar Novaliches sin embarazos ni tropiezos, lo dejó para lo último: me refiero á la colocacion de las piezas sobre la cima ó falda de la dehesilla. Ignorando, como parecia ignorarlo todo, que por el arroyo de Guadatin y cortijo de la Pangia se desemboca en aquellas alturas, y por la carretera vieja en sus inmediaciones, condujo su artillería por la carretera nueva que desemboca en el puente de Alcolea, y que si bien se prolongan ambas en línea casi paralela, la primera se halla construida sobre la escarpada falda de una colina, mientras que la segunda lo está en terreno bajo y llano. Necesitábase para conseguir el objeto, ó pasar las piezas por frente del puente de piedra, ó retroceder una larga distancia para ganar la carretera vieja, ó practicar desde la una á la otra una gran rampa que permitiera la ascension de la artillería real. Esto, aunque trasno-

chado, se comprendió al fin; y á la una de la tarde, y despues de varios reconocimientos, se encomendó el trabajo á las compañias de ingenieros.

La rampa se empezó á practicar, pues, frente al cortijo de Cabeza de Vaca, à unos cinco kilómetros de Alcolea.

Conducido ante su presencia el arrendador del cortijo de Casa-blanca, D. Gabriel Garcia, que dos horas antes pasó por el puente de Alcolea, con procedencia de Córdoba, le estuvo interrogando hasta cerca de las dos de la tarde, acerca del espíritu, número y calidad de nuestras tropas.

Ocupábase entretanto la artillería y caballería isabelina en bajar por una rampa practicada en la cuesta de los Cansinos á dar agua al ganado en el rio Guadalquivir.

Varios jefes y oficiales de estado mayor delineaban sobre pliegos de papel planos topográficos de campaña.

Girgenti, tendido en el suelo, fumaba y departia con fraternal entusiasmo con los jefes y oficiales de su regimiento.

Lejos Novaliches, empero, de obrar con la actividad, energia, decision y acierto que aconsejaban, no solo la enseñanza de la historia y los rudimentos de la táctica y estrategia militar, sino hasta las mas triviales reglas del comun sentido, esperaba grave, silencioso y meditativo en los momentos mas críticos porque puede atravesar un ejército, á que el general Echavarría, el teniente coronel Armijo é Ibañez ó el brigadier Trillo de Figueroa, fueran á reforzar la vanguardia del brigadier Lacy, para que todas estas fuerzas reunidas rompieran el fuego y les franquearan el paso por el puente de Alcolea.

Todo lo que Novaliches pudo haber ejecutado en beneficio de su causa y de su ejército, no solo sin ser

visto por los nuestros, sino hasta sin encontrar quien se lo estorbara, constituye á mi juicio un gravísimo error militar, tanto mas imperdonable, cuanto que tuvo á su disposicion ocho dias para estudiar el terreno; habia tenido en el mas completo abandono los puentes, las barcas, los vados, los caminos y los puntos estratégicos; nadie le habia hostilizado, contaba con fuerzas superiores, y tenia de su parte la iniciativa del ataque, circunstancias todas que le daban una superior ventaja sobre los ejércitos liberales.

Veamos ahora la verdadera situacion en que las incomprensibles vacilaciones del general Pavia habian colocado á la vanguardia del brigadier Lacy.

XXXVI.

SUMARIO.

La vanguardia isabelina en Villafranca, sus precauciones, sus informes de Córdoba y su confianza.—El amanecer del 28, las confidencias del espía Heredia, los toques de diana en el Carpio, el despertar de Lacy y sus ejercicios religiosos.—Lacy sube despues á un punto culminante, observa la marcha del ejército real, recibe una inesperada sorpresa, desciende de su altura y oye gritar «¡viva Prim!—Ignorando el brigadier las órdenes de su general, descubre un nuevo refuerzo, le dá instrucciones, sale luego del pueblo, toma el camino de Alcolea, se detiene en el Molinillo, le dan á elegir caminos ventajosos, prescinde de los mejores, acepta el mas expuesto, llega á Rivera la Alta, vé inactivo á su ejército y bajo las defecciones de los informes y de las apariencias se precipita entre nuestras tropas que se hallaban descuidadas.—Mútua sorpresa, diálogo entre dos jefes, union de ambas vanguardias, ocurren escenas conmovedoras, Salazar interviene, pone órden y Caballero de Rodas manda y es obedecido.-Conferencia entre los dos jefes de las vanguardias, aturdimiento de Lacy, lo que pudo hacer y no hizo y la noticia comunicada por un ordenanza.—Vicisitudes por que pasan los cazadores de Barcelona, su llegada á la Buena-agua y su actitud.—Nuevos terroríficos errores de Lacy, su injustificable alucinacion y su obediencia á los mandatos imperativos de Caballero de Rodas.

La vanguardia isabelina habia pasado tranquilamente la noche en el pueblo de Villafranca.

Ni los jefes y oficiales establecidos en la casa municipal; ni los retenes situados en el Pósito y parador de Medina-celi; ni las patrullas que silenciosas recorrian las calles solitarias; ni las avanzadas que prestaban servicio exterior de campaña en los Remedios, en la Coronilla y en la Soledad, habian observado el mas ligero

síntoma que denotase la aproximacion de las tropas revolucionarias de Córdoba. ¿Qué podian temer de estas, empero, las del brigadier Lacy, cuando segun todas sus noticias, por varios conductos recogidas, se reducian aquellas á cuatro ó cinco mil hombres, militares los unos, paisanos los otros, mal armados los mas y dirigidos todos por sargentos, oficiales y un general indisciplinado? Nadie, por otra parte, entre los que velaban, parecia prever, á juzgar por sus palabras, algo temerarias por cierto, uno de esos reveses inesperados que deciden de la suerte de los ejércitos, de los tronos y de los pueblos.

Al contrario; la tranquilidad mas completa, el entusiasmo mas admirable, la confianza mas absoluta, hé ahí el espíritu que dominaba en el canton militar de Villafranca.

La aurora rasgaba ya las opacas sombras, resto de la pasada noche, cuando uno de los confidentes del ejército real, llamado Antonio de Dios Heredia, regresa á caballo y manifiesta que, despues de reconocer por la sierra y la campiña el puente de Alcolea, lo único que ha visto es un puñado de soldados rebeldes, que ni piden el quién *vive*, ni hacen preguntas á los transeuntes, ni aún á él mismo le han impedido hacer sus investigaciones. Mas al mismo tiempo que se recogian con avidéz los detalles de esta confidencia, comenzaban á resonar los ecos lejanos de los clarines, cornetas, tambores y charangas que en el Carpio tocaban diana, llamada y tropa y redoblado. La vanguardia isabelina creyó desde entónces seguro envolver la nuestra, facilitar por Alcolea el paso de su ejército y penetrar triunfante en la capital de Córdoba.

Ocurria esto en el instante mismo en que el brigadier Lacy, asaltado tal vez por los cuidados de su espinosa mision, salia de su agitado sueño. Informado del

suceso se hecha fuera del lecho, manda formar sus tropas y, en tanto que esto se verifica, èl, que como buen cristiano católico, apostólico y romano, deseaba dar á Dios lo que es de Dios, antes de dar al César lo que es del César, se dirige con algunos, aunque bien pocos, de sus jefes y oficiales, á la inmediata iglesia de Santa Marina; penetra en el templo, coge agua bendita, se persigna, se pone de rodillas, oye misa, confiesa y comulga con el mas profundo recogimiento.

Luego que hubo descargado el peso de su conciencia. entra en deseos de reconocer por sí mismo el terreno, y para conseguirlo sube, precedido de mi amigo Jurado y cuatro soldados, á la esbelta torre municipal, situada en uno de los costados del edificio. Una vez sobre lo alto de este punto culminante, se coloca tras de la campana del reloj, se lleva los lentes á los ojos, fija alternativamente su mirada, observa y ¡qué magnífico panorama! Descubre á su derecha el áspero camino de montañas y vertientes que conducen al puente de Alcolea; á su izquierda, entre el Carpio y el Guadalquivir, y en medio de una lozana vegetacion, las tropas del Marqués de Novaliches, cuyas armas heridas por los rayos del sol, despiden al través del pintoresco paisage los mas vivos resplandores; á su frente, pero á mas corta distancia, la vanguardia del general Vega, marchando en dos líneas paralelas, la una compuesta de la infantería, por la via-férrea, y la otra de la caballería y artillería, por la carretera general, ambas con direccion á los cerros de las Cumbres; y entre las dos precedentes divisiones, las ambulancias saliendo de los olivares del Mugronal ó Cabeza del Conejo.

Cuando el brigadier Lacy, pues, tanto por las influencias de las prácticas religiosas á que se habia entregado, cuanto por las del interesantísimo espectáculo que en aquel instante se ofrecia á su contemplacion, se

hallaba mas grave, mas silencioso, mas reflexivo, ¡quién lo creyera! la masa de hierro que tenia que marcar la hora se levanta, cae con violencia sobre la campana del reloj, y Lacy que no estaba apercibido para aquel terrible *¡pan...!* que súbito estalla tras de su cerebro, experimenta un estremecimiento nervioso, que le hace girar en torno de sí como veleta impulsada por un tremendo vendaval. Esto hubiera sucedido á cualquiera en igualdad de circunstancias; pero los maliciosos espectadores, que apenas podian contener los asaltos de una sonrisa burlona, bajan la vista al suelo, mientras que el brigadier, nada satisfecho de aquel endiablado incidente, desciende enseguida por la escalera de la torre, y llega á la plaza del Cementerio, donde un chico de cuatro á cinco años, hijo de D. Prudencio Muñoz, profesor de primeras letras, le recibe gritando con toda la fuerza de sus pulmones: *¡Viva Prim! ¡Viva Prim!*

Ignoraba Lacy que habia de ser reforzado, primero desde Villa del Rio; despues desde Montoro; más tarde desde el Carpio, y luego desde Pan-Gimenez, por lo que al comprender que la vanguardia del general Vega se hallaba á igual distancia que él del puente de Alcolea, se pone al frente de sus dos batallones y de su caballería de Montesa. Al ir á marchar, empero, de Villafranca, observa que por la cuesta del cerro del Calvario, con procedencia de Villa del Rio, de donde saliera en la tarde del dia anterior, bajaba el batallon de cazadores de Barcelona, el que estraviado por el guia en el encinar de Gallorin, cerca ya de Adamúz, habia caminado errante y sin provisiones de boca ocho ó diez leguas, por lo cual venia rendido de fatiga, de hambre, de sed y de sueño.

Vista esta nueva é inesperada contradiccion, y creyendo que no debia demorar por mas tiempo su marcha, deja en el pueblo á los cazadores para que tomen

media hora de descanso y despues le sigan, y sale de Villafranca y marcha con direccion al puente de Alcolea. No caminaba, como hasta ahora se ha escrito por todos los que me han precedido, sin ningun género de precauciones. Esto es completamente inexacto: abriánle la marcha á caballo y vestidos de paisanos el guia Víctor Rodriguez, licenciado de ejército, y el comandante retirado, D. Gregorio Roix; seguia luego una compañia del batallon de Gerona á conveniente distancia; despues y al frente de los cazadores de Madrid, el brigadier Lacy con sus ayudantes y la seccion de caballería de Montesa, y á retaguardia y cerrando la marcha las restantes compañias de Gerona.

La vanguardia isabelina, pues, sin perder su órden de marcha, prosigue con mirada recelosa por las alturas y vertientes de aquel terreno cubierto y accidentado, que tan admirablemente se presta á una guerra de emboscadas y sorpresas. Al llegar á la orilla izquierda del arroyo del Molinillo, distante unos tres kilómetros de Villafranca y unos cinco de Alcolea, las indicaciones del guia Rodriguez y del comandante Roix, inducen al capitan jefe de la fuerza avanzada á mandar que el corneta toque un punto de atencion. La vanguardia toda al oirle hace alto. El brigadier se acerca. ¿Qué ocurre? Cosa grave sin duda: se trata de darle á elegir la mas conveniente direccion.

Hay allí, en efecto, dos caminos; el de la izquierda, que conduce por el de Córdoba á Rivera la Alta, y el de la derecha, que conduce por el de los Campillos Altos al riachuelo Guadalmellato, transitable antes de llegar al puente del mismo nombre por cinco vados, Doshermanos, Hacederos, Las Navajas, La Fresneda y Huertezuelos. La distancia para llegar, tanto por la una como por la otra direccion al puente de Alcolea, es casi idéntica; mas en sus respectivas ventajas, bajo el

punto de vista estratégico, la diferencia es enormísima. Al marchar por el camino de la izquierda hay el peligro de ser sorprendido en las montuosas escabrosidades de Rivera la Alta, al subir por la de los Torreones ó cuesta empedrada ó al bajar por la de Buena-agua, ó al colocarse entre el arroyo de este mismo nombre y el de los Yegüeros, mientras que por la derecha podia vadear el Guadalmellato por las Navajas ó por el de Huertezuelos, y en el primer caso seguir por la cañada del Gato y cuesta de Andrés, hasta llegar á los rosos del Negro, y en el segundo por la cañada de los Dueñas hasta ganar el cerro de las Cabras, del Jaralon ó el Raso de las Varas.

Colocado sobre cualquiera de estas elevadas cimas, á las que era fácil llegar en breve tiempo y sin obstáculos, Lacy podia orientarse de cuanto pasara en la llanura de Pan-Gimenez, en los arroyos de la Buena-agua y de los Yegüeros, en toda la circunferencia del perímetro que recorre Alcolea y Rivera la Baja, y hasta de los movimientos que iniciaran las tropas revolucionarias al salir por las puertas de Cordoba. Al abrigo de toda sorpresa, la vanguardia isabelina podia, hasta que viera avanzar el grueso de su ejército, permanecer sobre cualesquiera de aquellas alturas, ó bajar rápidamente por el Jaralon al Jaraloncillo de Pendolillas, cruzar por los pasos practicados para el uso del ganado los arroyos de las Loveras, de la Buena-agua y de los Yegüeros, ó desde los rasos del Negro por detrás de los cerros de la Mejorada, Mejoradilla, Tres-Cruces y Gordo, y caer súbitamente por los flancos ó por retaguardia de nuestras posiciones.

Todavia le era fácil al brigadier Lacy, una vez ocupadas las ya referidas alturas, marchar con toda ó una parte de su vanguardia desde los rasos del Negro por el Puerto de la Clavellina, camino de los Pañeros, cer-

ro Muriano, carretera de la sierra, Caseria de San Pablo y caer entre Córdoba y Sevilla, ó correrse por la casería de la Tierna, pasada alta del Guadalbarbo, dehesas de las Capellanías, Roman-Perez el bajo y Campiñuela alta y baja hasta llegar á los olivares de la Choza del Cojo ó arroyo de Pedroche, sobre la carretera general y á un kilómetro de Córdoba, ó lo que era mucho mejor aún, dirigirse desde el puerto de la Clavellina por los antiguos Valdíos, hoy Tierna, espaldas del Cerro Gordo, camino abajo de la mesa del Geyunsar al puente empedrado de Porrillas, y apoderarse de la casa de Valenzoneja, que dentro de nuestras mismas posiciones se levanta á una gran altura sobre la carretera de Madrid, la estacion de la via-férrea y la orilla izquierda del arroyo del Guadalbarbo.

¡Cuánto podia variar la suerte del ejército isabelino si aprovechándose su vanguardia de las ventajas que le ofrecía el terreno, obraba de revés ó por retaguardia de la nuestra, cortando al mismo tiempo nuestras comunicaciones entre Sevilla y Córdoba ó entre Córdoba y Alcolea!

No obstante esto, el guia Víctor Rodriguez, que no conocia á fondo las indisputables ventajas del terreno en sus diversas direcciones, describe el camino de la derecha erizado de peligrosas dificultades, y Lacy tal vez á causa de estos erróneos informes, ó acaso porque no llevara órden para separarse de su itinerario, emprende su marcha por el camino directo de la derecha; prosigue sin obstáculos ni tropiezos por las alturas y vertientes que dominan la márgen derecha del Guadalquivir; llega á las elevadas cimas de Rivera la Alta; observa y vé de una manera clara y distinta que las tropas del general Vega é Inclán se hallan detenidas en la llanura, que las del Marqués de Novaliches asoman por los cerros de las Cumbres, que un batallon de infante-

ría, que podia ser isabelino, se replega desde el cortijo de Pan-Gimenez hasta Alcolea, y que en la casa de Pendolillas y quinta del Capricho apenas se distinguen media docena de soldados, que podrian ser revolucionarios.

Tan halagüeña era la perspectiva que se presentaba al brigadier Lacy; mas para confirmarle en ella le traen las guerrillas á un paisano de Villafranca llamado Pedro Ruiz Zamorano, conocido por el Santero, el cual manifiesta que dos horas y media antes, á su salida de Córdoba, ha dejado en esta inactivas y perezosas las tropas revolucionarias, y en Alcolea, por donde acaba de pasar, solo ha visto unos cuantos soldados rebeldes, que discurrian acá y allá sin órden, sin disciplina, en una palabra, en el mas completo abandono. Convencido, pues, el brigadier de la superioridad de sus tropas; ageno á las nuevas determinaciones de su general en jefe; lleno de vehemente celo por la causa de su reina, y deseoso de corresponder á la confianza en él depositada, vuelve á proseguir su marcha con temeraria intrepidéz; cruza por su puente el riachuelo del Guadalmellato; sube sin temor por la cuesta empedrada; atraviesa la larga mesa del Juagalzar; baja al barranco de la Buena-agua, y cubierto con la verde y trémula muralla de árboles y follage que se levanta sobre sus orillas, manda hacer alto y cargar las armas.

Ocurria esto en el instante mismo en que el general Fernandez Caballero de Rodas, cubierta la cabeza con un gorrillo de terciopelo encarnado, se ocupaba en observar con el auxilio de unos lentes, que pasaban de mano en mano, el avance que por la cuesta de las Cumbres seguia el Marqués de Novaliches; y los jefes y oficiales que le rodeaban, como casi todos los que componian su vanguardia, ya por el cansancio de la mala noche, ya por la fatiga que ocasionaba el ardiente sol, ya

á causa de la distancia en que se veia al enemigo, se hallaban con los botillos á medio calzar, con las levitas desabotonadas, sin espadas, sin rewolvers y discurriendo acá y allá en pequeños grupos, cuando un soldado de los cazadores de Segorbe, que al acaso andaba por aquellas alturas, se acerca apresuradamente al Sr. Grasses y le dice en voz baja y misteriosa: *¡Mi teniente coronel, allí, por aquella altura, han bajado tropas con sombrercs chambergos! No los he visto con nosotros y temo que sean enemigos.* Al oir el teniente coronel las palabras de este soldado, cuyo nombre no pude averiguar, vuélvese súbito á la casa de Pendolillas, y al dar vista al puentecillo del arroyo de los Yegüeros, vé que empieza ya á rebasarlo la compañia de Gerona, que franqueaba la marcha de la vanguardia isabelina. En vista de esta inesperada sorpresa, nuestros cazadores preparan sus carabinas, nuestros artilleros acuden á las cureñas de sus piezas, los de Gerona, sin embargo, siguen adelante, y en medio de un tumulto de voces trágicas, se oyen resonar estos gritos lanzados con espanto: *¡Alto! ¡alto ahí! ¡alto...!*

La compañia de Gerona que aún no habia acabado de rebasar el puente, se detiene á unos cuarenta metros de las bocas de nuestros cañones.

Cuando el jefe de la vanguardia isabelina, que, con temeraria inprudencia, lanzó entre las nuestras sus avanzadas, no para darnos un ataque vigoroso y enérgico, sino para dejarlas bajo la boca de nuestras piezas, supo lo que ocurria, se adelanta hasta la orilla derecha de los Yegüeros, y al verle llegar el teniente coronel Grasses, su antiguo amigo ó conocido, le dirige algunas palabras afectuosas, á que el brigadier contesta en igual cariñoso sentido. Lacy le dice luego en alta voz, que no está autorizado para romper las hostilidades, y Grasses le contesta que solo tiene órden para rechazar los ata-

ques. Habia, pues, una tregua preconcebida. Obedeciendo ambos caudillos á un secreto impulso, se acerca el uno al otro y se abrazan. Gefes, oficiales y hasta soldados siguen este ejemplo contagioso. Los que iban á despedazarse como tigres, sueltan las armas como hermanos, se aproximan los unos á los otros, se compenetran en un solo espíritu, se confunden en una sola y al parecer indisoluble familia. Todos se cambian los saludos y los abrazos, y se hace comun el pan, el vino y el tabaco, que entre nosotros abundaban. El amigo que busca al amigo, el primo al primo, el hermano al hermano, el padre al hijo, el hijo al padre, suelen encontrarse, y, ¡cuánto deploran la suerte fatal que en distintas huestes los tiene separados! La voz de los deberes militares es ahogada allí por las reclamaciones espontáneas del corazon. Ocurren excenas tiernas, interesantes, conmovedoras, indescriptibles. Pero ¿qué mucho que esto suceda, si á pesar de no estar dominados por el rencor ni por la ira, son todos españoles y compañeros de armas, y muchos se hallan ligados por los vínculos de la amistad y de la sangre?

Ese espectáculo, bajo el punto de vista del sentimiento, era grande, magnífico, edificante; pero no aparecía lo mismo considerado por el prisma de la rígida y severa moral militar. La confusion de estas vanguardias era alta y visiblemente peligrosa, porque ni los del brigadier Lacy ni los del general Fernandez Caballero de Rodas necesitaban de tanto para apreciar sus respectivas posiciones. Sabian ya los primeros, que Andalucía con todos sus pueblos, ciudades, plazas fuertes, arsenales, guarniciones y marina de guerra, bajo la direccion de Juntas supremas y de generales bien quistos y reputados, habian empuñado las armas contra lo existente, mientras que los segundos sabian del mismo modo que casi todo el resto de España prestaba obe-

diencia al Gobierno de Madrid, y que el Marqués de Novaliches, el Príncipe de Girgenti y los generales Paredes, Sandoval, Vega y Sartorius con 1400 caballos, 32 piezas de artillería y numerosos batallones, venian á ahogar en sangre la revolucion andaluza. Comprendiendo el circunspecto brigadier Salazar que este recíproco comercio perjudicaba mas á los que habian levantado la bandera de la revolucion que á los que venian cubiertos con el escudo de la ley, reprende con áspera acritud al teniente coronel Grasses su culpable condescendencia, y esta dura, pero merecida reprension, pone término á aquellas mútuas y peligrosas comunicaciones.

Nuestras tropas se replegan á la casa-reducto de Pendolillas, y las isabelinas, sin saber á qué atenerse, se mantienen en una y otra orilla del arroyo de los Yegüeros.

Los ayudantes del general Caballero de Rodas se aproximan, y en nombre del generalísimo de los ejércitos liberales. Sr. Duque de la Torre, intiman la rendicion al brigadier Lacy, quien le manifiesta que no podia tomar tan grave medida, sin consultarla antes con el Marqués de Novaliches. Esta respuesta, dada por un militar que se hallaba en las mejores circunstancias, no solo para retroceder, mas para avanzar, prueba que deseaba ganar tiempo, ó que empezaba á perder el aplomo. Caballero de Rodas, que estaba llamado á dar en aquel tremendo dia pruebas de serenidad, de audácia y de valor, se le acerca y le habla sobre el asunto. No pudiendo, empero, inducirle á que se entregue, ni teniendo instrucciones para atacarle, le manda contramarchar con sus tropas á retaguardia.

Habia llegado para Lacy la hora de obrar con acierto, energía y decision. Nadie le cerraba el paso, ni por el frente, ni por los flancos, ni por retaguardia, y tenia órden para retroceder hasta colocarse á una respetuo-

sa distancia. ¿Qué hacer, pues, en este caso? la eleccion no era dudosa: procedia, á mi entender, contramarchar á retaguardia, rebasar el puentecillo de la Buena-agua, subir al Juagalzar, permanecer allí ó hacer con doble ventaja lo que no habia hecho antes, ni desde el Molinillo, ni desde Rivera la Alta, ni desde la cuesta de las Rosalas, ni desde ninguna otra parte. Colocado en cualesquiera de los puntos culminantes que ofrece aquel terreno lleno de ventajosos accidentes, y que se descubren al primer golpe de vista de el espíritu menos observador, le era fácil esperar la hora oportuna de caer, por medio de un movimiento rápido, atrevido é impetuoso, obrando de revés ó por retaguardia de nuestras posiciones. Lejos de obrar así ¿qué hace? ¡desdichado! se detiene, observa, reflexiona y toma al fin el peor de los partidos: en vez de ganar una de aquellas gigantes cimas, dominadas solo por el hermoso azul del cielo, prefiere sumergirse en una profundidad rodeada de peligrosos escollos é iluminada por la sombra crepuscular del bosque. Aquí, á un tiro de fusil del reducto de Pendolillas, y en medio de un estrecho y escabroso perímetro, limitado á su frente por el arroyo de los Yegüeros, á su derecha por la elevada mesa del mismo nombre, á su izquierda por el caudaloso Guadalquivir, y á su retaguardia por el arroyo de la Buena-agua, el brigadier hace alto y se decide á esperar á que por la sierra avancen los cazadores de Barcelona y por la llanura el grueso del ejército real.

Lacy no podia tardar, pues, en recoger el fruto de su imprudente resolucion.

Al momento el brigadier Salazar, por órden del general Fernandez Caballero de Rodas, empieza á mover algunas tropas, dirigidas á envolver el flanco derecho é izquierdo del enemigo, lo uno por lo alto de la mesa de los Yegüeros y lo otro por el acirate del Guadal-

quivir; mas al notarlo Lacy le manda á decir con uno de sus ayudantes, *que no mueva sus tropas*, á lo que contesta Salazar, *que allí no recibe órdenes mas que de su general.* Vuelve otra vez el mismo ayudante con un oficial de estado mayor repitiéndole, *que de ningun modo mueva las tropas de las posiciones que ocupan*, y Salazar le repite *que allí no recibe mas instrucciones que las que emanen de su general*, asegurándole, empero, para tranquilizarlo, *que no hostilizaria mientras no fuera hostilizado.*

Los nuestros, á pesar de todo, siguen maniobrando, y la vanguardia isabelina queda estrechada, no solo por sus dos flancos, sino por su frente, cuyos puntos mas accesibles en la orilla derecha del arroyo de los Yegüeros, fueron reforzados con grandes piedras y troncos de arbolado. Mas si se hubiera deseado cortarle la retirada por el único punto que le quedaba á retaguardia, nada mas fácil que conseguirlo: bastaba que una ó dos compañías bajaran desde la mesa de los Yegüeros por el haza de Baciatalegas, cruzar el arroyo de las Loberas, subir al Juagalzar y ocupar despues la hondonada de la Buena-agua. Hecha esta sencilla operacion, en la que se podia invertir un cuarto de hora, á la vanguardia isabelina no le quedaba mas recurso que entregarse, y el brigadier Lacy recordar, aunque tarde, que el soldado debe tener, como dijo Kleber, un ojo en la espalda.

Cuando en el jefe de la vanguardia isabelina comenzaba á crecer la impaciencia, ya por la actitud algo agresiva del general Fernandez Caballero de Rodas, ya por la inaccion en que veia en la llanura al grueso del ejército real, ya tambien por lo que tardaban en unírsele los cazadores de Barcelona, llega el ordenanza de caballería que desde la estacion del Carpio enviaba con su carta el Marqués de Novaliches, y Lacy, aunque el

documento no venia á él dirigido, le abre, sin embargo, lo lee y reflexiona. Convencido ya de que la detencion del ejército real obedecia al propósito de dar tiempo á los cazadores de Barbastro y al general Echavarría, para llegar á Pendolillas, lleno de confianza escribe entónces con lápiz al dorso de aquella carta las siguientes lacónicas palabras: *Estoy al frente del enemigo.* La firma luego, la cierra, la entrega al mismo ordenanza, y le manda correr en direccion á Villafranca, hasta que encuentre al general Echavarría.

Los cazadores de Barcelona, cuya tardanza inquietaba, no sin razon, al brigadier Lacy, pasaban vicisitudes dignas de mencionarse.

Cuando hubieron tomado algun reposo, forman en la calle Mayor, hoy de Alcolea, salen enseguida de Villafranca, y al llegar á la ermita de los Remedios, hace alto y cargan las armas. Verificado esto, siguen adelante, y ya en el sitio nombrado de las Alagunas, á un kilómetro del pueblo, el teniente coronel D. Pablo del Pozo se detiene, y como quien teme encontrarse de improviso con enemigos ocultos, observa el terreno que allí comienza á levantarse áspero y montuoso, y manda por segunda vez hacer alto á su batallon. Mira y vé allá mas lejos, sobre su izquierda, en la opuesta orilla del Guadalquivir, el grueso del ejército del capitan general Pavía. No podia distinguir, sin embargo, á causa de las malezas, mas que de la distancia, las tropas del brigadier Lacy, que en su marcha por la sierra, le llevaba una media hora de delantera. Mas en la incertidumbre de alcanzarla, como en la posibilidad de una sorpresa, dispone que el capitan D. Manuel Iglesias con su compañía, bajo la direccion del soldado de la misma, Pedro Ramirez Panadero, natural de Villafranca y práctico en los terrenos, trepe por el pequeño vallado de las Alagunas, para que en guerrillas y flanqueando la dere-

cha, marche sin perder de vista al batallon por las alturas del Chaparral, dehesa del Villar de la Cocuda, de la Cantera y de los Campillos bajos, hasta reunirse en la mesa ó cuesta conocida con el nombre de los Torreones.

Al llegar á este sitio áspero y peligroso se reune la vanguardia con el batallon y todos hacen alto. Toman aquí un breve descanso, releva la 5.ª compañia con la 6.ª para que continúe el servicio de flanqueo; prosiguen su marcha y llegan á las cimas de Rivera la Alta. Colocados en estas elevadas alturas, mientras que el batallon tomó otro momento de descanso, el teniente coronel observa el terreno á una y otra orilla del Guadalquivir; vé completamente inactivo en la llanura el grueso del ejército real; en la hondonada del arroyo de los Yegüeros vislumbra por entre el follage las del brigadier Lacy; en las alturas que lo dominan, como la mesa del mismo nombre, la zahurda de Pendolilllas, la quinta del Capricho y aún en el puente de Alcolea, las del general Caballero de Rodas. No acertaba á esplicarse la inactividad de estas tropas, cuyo orígen legal ó revolucionario de seguro no distinguia; pero atento á la órden de unirse al jefe de la vanguardia que le precedia, baja de la cima en que se hallaba, cruza por el puente de Guadalmellato, sube por la cuesta de las Rosalas, atraviesa el Juagalzar y se precipita en la hondonada del arroyo de la Buena-agua; mas en el momento mismo en que su avanzada iba á rebasar el puentecillo, llegan los ayudantes del general Fernandez Caballero de Rodas y les gritan: *¡Alto! ¡alto!*

Los cazadores de Barcelona se detienen; su jefe conferencia con los ayudantes; el batallon contramarcha á retaguardia; sube la cuesta del barranco de la Buena-agua, y sobre la márgen izquierda del arroyo de las Loberas, dando el frente á la haza de Bacia-talegas y

mesa de los Yegüeros, ocupada de antemano por nuestros soldados, los del teniente coronel D. Pablo del Pozo y Alvarez, que venian rendidos de fatiga, de hambre y de sed, déjase caer, apartando los juagalzos, sobre aquella verde alfombra, que tantas veces ha servido, como diria el poeta, de fresco y blando lecho á la bella pastora, al robusto labrador y al cansado viagero.

Este nuevo é inesperado suceso, empero, viene á complicar más y más la crítica situacion que se habia creado el irresoluto brigadier D. Mariano de Lacy y Hernandez. Llena su alma de preocupaciones terroríficas ¿creyó que los cazadores que á su espalda se destacaban sobre la altura, pertenecian al ejército liberal? no puedo afirmarlo, aunque oí hablar en sentido afirmativo. ¿Creyó que aquel batallon era el de Barcelona, y que como el de Gerona y Madrid se hallaba envuelto? Es muy posible que esta sospecha dominara su espíritu ofuscado. Lo cierto, lo que no admite duda, lo que estaba en la conciencia de todos, es, que la aparicion de aquella tropa, la tardanza en llegar Echavarría, la inmovilidad del Marqués de Novaliches, y las medidas adoptadas por el general Fernandez Caballero de Rodas, le tenian en el mas grave aprieto, cuando otro nuevo y tambien inesperado suceso vino á sumergirle en los abismos del asombro y del terror.

Con efecto; el general Fernandez Caballero de Rodas habia dispuesto, como se recordará, que en número de diez individuos por compañia, fueran por el ferro-carril á racionarse á la capital. Las músicas tocaban entre tanto himnos patrióticos, y al regresar los soldados algo calientes por dentro, saltaban gritando *¡viva la libertad! ¡viva el Duque de la Torre! ¡viva el general Caballero de Rodas! ¡viva Prim!* Estas entusiastas aclamaciones, en que tomaba parte toda la brigada; los ecos bélicos que las charangas lanzaban al espacio; los silvidos de las locomotoras que iban ó venian de Córdoba,

todo este cúmulo de circunstancias diversas y de ruidos tumultuosos, que resonaban de una manera aterradora en el oido de Lacy, le hacen creer que los generales al frente del ejército liberal estaban desembarcando en Alcolea....

Víctima de propios y agenos errores, sospecha en la gravedad de su situacion, y entra en deseos de alejarse del fondo de aquel abismo: solo necesita para conseguirlo, iniciar un ordenado movimiento á retaguardia; pero en la creencia de que por nuestras tropas se hallaba envuelto, y no atreviéndose á salir del círculo imaginario que le encerraba, pide ¡qué vergüenza! la vénia para retirarse. Tan innecesaria como humillante peticion, trajo en pos de sí sus lógicas consecuencias. Fernandez Caballero de Rodas, dueño de sí mismo, á la clara y viva luz de los temores de Lacy, y con la conciencia plena de lo que hacia, se vuelve á uno de sus ayudantes y le dice: *¡Vaya V. y dígale á ese señor brigadier que no le permito dar un paso para atrás ni para adelante hasta que disponga lo que guste el señor Duque de la Torre!*

Lacy, en quien esta órden, hija de un corazon sereno y levantado, le confirmaba en sus erróneos jucios, se creyó desde aquel instante envuelto, prisionero, deshonrado, perdido; mas para evadirse de tan vergonzosa derrota, se resigna á esperar la llegada del Duque de la Torre, ó lo que era lo mismo, á dar tiempo á que pudiera realizarse el desastre que se habia forjado en su imaginacion calenturienta.

Esto, empero, no debe extrañarse, si se tiene en cuenta que el brigadier Lacy obraba oprimido, no solo por circunstancias imprevistas é independientes de su voluntad, sino por el negro fantasma de una tremenda alucinacion, y las alucinaciones, como ha dicho no recuerdo qué autor, llevan la antorcha que ilumina la senda de los mas graves errores.

XXXVII.

SUMARIO.

Un carrera veloz hasta Alcolea, un punto de observacion y un panorama indescriptible.—La curiosidad y el deseo de satisfacerla, la escursion por el campamento, un juicio reflexivo y unas advertencias oportunas.—Una comitiva misteriosa, un nuevo mandato, una sorpresa inesperada, una resolucion decidida, y una burla de dos escritores.—Nuevo mandato del general en Jefe, una respuesta en su caso y una condescendencia benévola.—La llegada al puente de los Yegüeros, su agradable aspecto, la mision del ayudante Uriarte y la presencia del brigadier Lacy.—Turbacion de este gefe, afabilidad del duque de la Torre y un diálogo interesante.—Una conferencia misteriosa, la temeridad del delegado, el rompimiento de la conferencia secreta, la generosidad del duque de la Torre, la alegria de Lacy, el discurso de un hombre civil, la despedida de el gefe de la vanguardia enemiga, y las palabras de dolor de nuestro general en Jefe.—Frases de Caballero de Rodas, justa irritacion del duque y retirada de aquel.—Diálogo entre el general en Jefe y el delegado.—Cuestiones del general Izquierdo, ofertas del brigadier Alaminos, irritacion creciente del duque, entusiasmo indescriptible de nuestro ejército y mi marcha al telégrafo.

Cuando jadeante y cubierto de sudor y de polvo llegué al campamento de Alcolea, á donde poco antes habia llegado tambien con su estado mayor el generalísimo de los ejércitos liberales, era ya cerca de la una de la tarde. Habia invertido menos de tres cuartos de hora en hacer una jornada de dos leguas, y considerando que despues de tan rápida é impetuosa carrera necesitábamos, mi caballo y yó, tomar un instante de descan-

16

so, me detuve en lo alto de la esplanada sobre que se halla construida la bonita casa del Capricho.

Las bandas de música tocaban himnos patrióticos; la brigada ligera victoreaba entusiasmada á la libertad y á los generales; el Sr. Duque de la Torre conferenciaba con el general Caballero de Rodas; el brigadier Alaminos y de Vivar formaba cerca de mí á Borbon en columnas de combate; las tropas que habia dejado atrás avanzaban apresuradamente por la carretera levantando torbellinos de polvo, y Torosio, cuyo caballo no pudo seguir al mio, se hallaba separado de mí por media legua de distancia.

Al salir de esa especie de vago olvido, que, como dice el ilustre Victor Hugo, dá al hombre cansado el primer minuto de reposo, empecé á contemplar el bellísimo paisage que se representa allí por un terreno lleno de variados y caprichosos accidentes, y por una lozana y frondosa vegetacion. El sol lucia con sus mas bellos fulgores, y las montañas, las vertientes, las llanuras, los arroyos, los rios, todos y cada uno de aquellos magníficos é interesantes puntos de vista, realzados mas y mas por la hermosura de un cielo límpido y puro, constituian un panorama grandioso y formidable, cuyos tesoros ópticos parecian converger en la altura misma en que me hallaba. Al través de esta deliciosa escena, que recreaba la vista, embriagaba el corazon y enaltecía el espíritu, surgía de entre el follage y á la manera de un fuego fátuo, el brillo que á la viva luz del sol despedian, desde mas lejos ó desde mas cerca, en todas y por todas partes, las armas de los futuros combatientes. La realidad, á pesar de toda grata ilusion, egercía su imperio, y lleno de secreta confianza, observaba yo las posiciones defensivas y ofensivas, todo el basto teatro en que antes de poco debia representarse, por segunda vez en este siglo, otro drama

mas doloroso, mas sangriento, y de mas transcendentales consecuencias para el porvenir de España, de América y de Europa.

No alcanzaba á ver, sin embargo, tal como yo deseaba, á las tropas del Marqués, ni á las del brigadier Lacy, ni á las del general Caballero de Rodas. Impelido, empero, por ese vehemente deseo, parto á la carrera por la llanura que conduce al cerro de la Oida, y cerca ya de la última zahurda de Pendolillas, tuerzo á mi derecha, cruzo por uno de sus pasos el arroyo de los Yegüeros, subo á lo alto de la mesa del mismo nombre, bajo por la loma de la Lobera, cruzo tambien el arroyo de la Buen-agua, gano el raso Largo avanzando hasta las canteras de Espinosa, córrome despues por detrás de los cazadores de Barcelona, me aproximo á las vertientes del Guadalquivir, y hago alto sobre las alturas en direccion al Guadalmellato, que dominan el barranco de la Buen-agua. Me hallaba en un escelente punto de observacion: nada ó poco era lo que podia ocultarse á la simple vista. Novaliches inactivo y perezoso en tierras de la Rinconada; Lacy aconchado en su peligroso barranco; Caballero de Rodas cerrándole el paso por el frente y los flancos; los cazadores de Barcelona descansando en los Juagalzos sobre la altura del arroyo de las Loberas, y los puentes de la Buen-agua, del Carnerero y tal vez del Guadalmellato, únicos puntos de retirada y de comunicacion de los enemigos, completamente abandonados.

Al ver esto no pude menos de decirme; ¿qué motivos habrá para que no venga uno ó dos batallones, que, despues de cortar la retirada á esta vanguardia, la obligué, evitando asi la efusion de sangre, á rendirse bajo honrosas condiciones, ó la reduzca, cuando menos, á la impotencia, incomunicándola con las demás fuerzas de su ejército? Creia yo que obrar de este mo-

do era lo mismo que ganar una batalla sin disparar ni un solo tiro, y que la grande trascendencia moral de este importantísimo hecho, que á mi juicio tan fácilmente podia realizarse, no dejaría de ser fecundo en resultados positivos para la causa del ejército, de la humanidad y de la revolucion. El tiempo, pues, urgia, y creyendo que estas observaciones, cualesquiera que fuese la acogida que tuvieran, debia yo participarlas al generalísimo, precipité mi caballo á la carrera por cuestas y hondonadas con la celeridad del pensamiento.

Llegué por segunda vez à la casa del Capricho en el instante mismo en que el Sr. Duque de la Torre y el general Caballero de Rodas, seguidos del oficial de estado mayor D. Alejandro de Iriarte y de mis particulares amigos los escritores D. Sebastian Rejano de Tejada y D. Ramon Rodriguez Correa, se dirigian por el camino de Villafranca con direccion al inmediato puente del arroyo de los Yegüeros. No conocia el verdadero objeto de esta espedicion, porque á la verdad no me hallaba en el fondo de los secretos; mas no por esto me faltaban motivos para sospecharlo. Las pretensiones montpensieristas de los generales; las ocultas causas que envolvia la mision del Sr. Lopez de Ayala; la inesplicable inmovilidad de las tropas, y las seguridades que poco antes se me habian dado acerca de que no se llegaria á romper el fuego, eran motivos que me hacian recelar, que se trataba de arreglos en los que podian salir perjudicados los intereses revolucionarios. De otro modo ¿á qué iban á pié, en son de paz y en animada plática generales y paisanos á las posiciones ocupadas por los enemigos? No me lo explicaba de una manera satisfactoria; pero es lo cierto que aquello se me representaba lleno del mas vivo interés.

Con independencia de esto tenia yo que hablar al generalísimo, y como tambien me consideraba con mas

derecho que otros para seguirle, pues que no era otro mi encargo en el cuartel general, puse mi caballo al trote, y seguido de Torosio, que acababa de incorporárseme, nada tardé en aproximarme, cerca ya del puentecillo, á la misteriosa comitiva; pero en el instante mismo en que esto se verificaba, Rejano Tejada y Rodriguez Correa se quedan un poco atrás. Mas al llegar yo á estos, el ilustre Duque de la Torre, escitado por el general Caballero de Rodas, se vuelve súbitamente á todos nosotros, y nos dice con enérgico y desabrido acento:

—¡Aquí no quiero paisanos, que luego huyen VV. y lo echan todo á perder...!—

Ni un rayo caido á nuestros piés hubiera producido mayor efecto. Turbados detuviéronse en el acto Rejano de Tejada y Rodriguez Correa, correligionarios de los generales unionistas. Republicano yo, estuve á punto de imitarlos, que no se me ocultaba que aquella dura advertencia, hecha pocos segundos despues de mi llegada, iba principalmente contra mí dirigida. Pero yo no pude menos de decirme: «Si aquí no soy, ni mucho menos, lo que eran los representantes en mision del Comité de Salvacion pública en los ejércitos de la república francesa, es lo cierto que la Junta suprema de gobierno de Córdoba ha delegado en mí sus facultades soberanas, no solo para que acompañe al cuartel general y presencie las operaciones militares, sino para que la informe de todo cuanto vaya ocurriendo y pueda *convenir á su mejor servicio*. Lo que va á pasar es sin duda alguna cosa de importancia, como lo prueba y justifica la medida que se adopta para alejarme; y en estos momentos críticos para la causa de la revolucion y el porvenir de la pátria ¿hé de renunciar, sin oponer resistencia, á los deberes que me impone mi honroso mandato, oficial y solemnemente reconocido y aceptado por el mismo generalísimo de los ejércitos liberales? ¿Puedo yo en

manera alguna, sin mengua de la rica provincia de Córdoba, retroceder en el camino emprendido, mientras que una órden mas directa, mas clara, mas explícita, mas terminante no venga á impedírmelo? de ningun modo.

Lo que yo habia hecho en favor de la revolucion, sin que pasara por mi mano, quemándola, el oro de españoles ó de estrangeros; el grave riesgo en que habia puesto la vida de mis amigos y la mia propia, no por empleos y condecoraciones, sino por el triunfo de la libertad y de la justicia, la conciencia de lo que representaba y de lo que en el órden político temia, no menos que aquellas célebres palabras de *¡luego huyen VV. y lo echan todo á perder!* me compelian más y más á seguir al generalísimo en todas las peripecias del drama, ó á retirarme enseguida del teatro de la guerra con los prácticos en el terreno, con los tiradores cosarios, con los voluntarios de la libertad, con cuántos elementos, en fin, debian obediencia á la autoridad por mi humilde persona en el cuartel general representada.

Firme en este propósito irrevocable, dispuse que se volviese Torosio y proseguí la marcha.

—¡Pero chico! me dijo entónces á media voz Rodriguez Correa ¿no has oido lo que nos ha dicho el Duque?—

—Si que lo he oido, le contesté, mas sin embargo, ya lo vés, voy adelante.—

—Déjale, déjale, repuso Rejano de Tejada, ya verás que andanada le sueltan.—

Observé desde luego que Caballero de Rodas concitaba contra mí el ánimo del generalísimo, quien cediendo al fin á las sugestiones del jefe de la vanguardia, se sirvió decirme en tono semi-ágrio y semi-dulce «que con mucho gusto me habia aceptado en su cuartel general, y que en mi calidad de representante de la Jun-

ta de Córdoba, podia colocarme donde lo creyese mas oportuno para el mejor desempeño de mi cometido.» Comprendí desde luego que aquello era lo mismo que decirme *que allí no hacia falta*, y por lo tanto, *que podia retirarme cuando gustara*; pero recordando que mi personalidad no era nada y sí mi representacion, le contesté «que mi puesto estaba en aquel y en todos los momentos de peligro á su lado, sin que se entendiera que yo podia huir mientras que hubiese en el campo un solo soldado liberal con vida.»

—Haga V., pues, dijo con benévola sonrisa, lo que mejor le convenga.—

Llegamos á la pequeña hondonada que antecede á la entrada del puentecillo del arroyo de los Yegüeros.

La naturaleza parecia mostrarse, lo mismo en el cielo que en la tierra, inmóvil, absorta, callada. El calor era, sin embargo, ardoroso, insufrible, sofocante; mas allí cambiaba de una manera agradable la temperatura: las encinas, los olivos, los álamos, los sauces, lo mismo que las adelfas, los juncos, las jaras y las busquetas, entretegidos desde sus troncos hasta sus lozanas copas por la gatuna, las zarzas, los parrones y las yedras, formaba á una y otra orilla del angosto, escarpado y profundo arroyo una verde, trémula y pintoresca muralla, que nos vivificaba con su sombra, su frescura y sus aromas.

Nos detuvimos en este parage melancólico, lleno á la sazon de encantadoras delicias. Los generales y yo, bajo la agradable impresion de aquel céfiro blando, suave, voluptuoso, comenzamos á tomar un instante de descanso, mientras que el oficial de estado mayor, Iriarte, iba á decir al brigadier Lacy, que el generalísimo de los ejércitos liberales, Sr. Duque de la Torre, le interesaba una entrevista amistosa y reservada, que desde luego podia tener efecto, si no elegia sitio mas de su

agrado, en el puentecillo de los Yegüeros, á donde ya le estaba esperando. El jefe de la vanguardia isabelina, que se hallaba á la bajada de un repecho, pero á una corta distancia de nosotros, aparece con los oficiales Iriarte y Gonzalez Tablas; mas al ver á los *rebeldes* de la bahía de Cádiz, llamados así por la *Gaceta oficial* del gobierno, se detiene á la entrada del puentecillo, se cuadra sobre sus talones, se lleva la mano al ros y espera en esa actitud que para los casos de la vida militar prescriben á todo inferior las ordenanzas del ejército.

Iriarte y Gonzalez Tablas, obedientes á una indicacion del generalísimo, se retiran de nosotros á una distancia de quince pasos.

Lacy, mudo é inmóvil como una estátua de mármol, continuaba bajo aquella bóveda de follage, que, perforada acá y allá por los intensos rayos del sol, se hallaba iluminada de verdes tinieblas, al través de las cuales, su ancho rostro, transfigurado por las mas violentas emociones, aparecia lívido, tétrico y sombrío. En esta actitud grave, severa y trágica, fijaba su mirada vaga, tímida y recelosa, ya en el Sr. Duque de la Torre, ya en el general Caballero de Rodas, ya en mi humilde persona, ya, en fin, en todos los puntos del paisage, que en aquel limitado horizonte se descubria á su atónita contemplacion. Al momento se le acerca el generalísimo, le tiende el brazo por encima del hombro y con esa seductora naturalidad que forma la base de su carácter familiar,

—Déjese V., Sr. Lacy, le dice, de esos cumplidos. Aquí no hay gerarquías, sino españoles, compañeros, hermanos que anhelosos de paz, de moralidad y de justicia, vamos á poner término á los grandes males que desde hace años vienen desgarrando las entrañas de la pátria. Esta, á todos nos llama hoy, porque á todos nos necesita, y la mejor manera de servirla, créalo V., se-

ñor Lacy, es la de impedir un choque entre los dos ejércitos; y ya que una feliz casualidad nos ha reunido, no es posible que V., hombre de juicio, de rectitud y de patriotismo, deje de asociarse á un alzamiento, que iniciado por toda nuestra marina de guerra, y secundado por una gran parte de nuestro ejército, cuenta ya con casi todas las fuerzas vivis del pais, hasta el extremo de hallarse en armas contra el gobierno, Cádiz, Sevilla, Málaga, Ceuta, Huelva, Córdoba, Coruña, Santoña, Ferrol y muchas otras plazas fuertes. Con que, señor brigadier ¿se cuenta con V.? —

Lacy, que no conocia la carta del Duque de la Torre, ni las pretenciones verbales del parlamentario Lopez de Ayala, ni la respuesta dada á la una ni al otro por el Marqués de Novaliches, pero que sin duda habia leido las primeras proclamas de las Juntas de Córdoba y Sevilla, por las que se declaraba en la una *vacante* el *trono* y en la otra la *incapacidad de todos los Borbones*, contestó liza y llanamente que no se sentia con fuerzas para faltar á sus deberes militares, ni mucho menos para asociarse á un alzamiento que iba dirigido, no solo contra los ministros responsables de la reina, sino contra la misma reina y su dinastia.

—Veo que tambien han influido en el ánimo de V., repuso el generalísimo, los informes de esa opinion artificial, que formada bajo un sistema de violentas represiones, califica de traicion lo que hemos hecho contra lo que ayer existia. No hemos buscado nuestro medro personal, mas sí el deseo de salvar á la pátria de una inevitable ruina. La historia, á cuyo imparcial juicio me someto, nos ha de juzgar á todos, y yo que conozco la sinceridad de mis intenciones; yo que hice cuanto humanamente me fué posible para evitar el cataclismo, yo espero tranquilo su fallo inapelable. No pretendo, sin embargo, discutir con V., ni probarle que

defiende lo injusto, lo que se cae por el peso de sus propias faltas. Lejos de esto, yo respeto sus compromisos personales, sus creencias políticas y su modo de apreciar los acontecimientos. Debo advertirle, empero, que con su conducta militar ha venido á enseñarme un nuevo plan de batalla, puesto que en este mismo instante se halla V. con sus batallones entre dos rios y mi ejército, que ocupa todas las alturas de estos terrenos accidentados.—

—Le invito á V. otra vez mas, señor brigadier, concluyó diciendo el generalísimo, á que evite, como puede hacerlo, la efusion de sangre española.—

Tan pavorosas advertencias hechas á un militar, que, ofuscado mas y mas en su lamentable error, se creia por nuestras tropas envuelto, no dejó de producir sus naturales resultados. Lacy, en quien parecia agotarse todos los manantiales de la vida, trémulo, indeciso y sin fuerzas para dominar las explosiones terroríficas de su espíritu, invitado por el generalísimo para que tomase asiento, dejóse caer maquinalmente sobre el pretil derecho del puentecillo de los Yegüeros. Al momento colocáronse, el Duque á la derecha y á la izquierda Caballero de Rodas, y en aquel parage solitario, en medio de aquel silencio profundo, y bajo aquella espesa enramada, cuya verde techumbre oscilaba sobre sus cabezas, comenzóse una nueva y misteriosa conferencia.

Al principio el generalísimo, que fué el primero que usó de la palabra, dijo con voz baja y suave acento, que era necesario reflexionar con calma, abrir los ojos á la luz de la evidencia, y hacer algun sacrificio por la unidad del ejército y la salvacion de la pátria. Caballero de Rodas, que despues de las palabras del Sr. Duque, deseaba entrar de lleno en el asunto, me dirige una mirada recelosa de disgusto, y como viera que á pesar de todo permanecia en mi puesto, tornóse al

brigadier Lacy, y con voz casi imperceptible le empieza á hablar sobre abdicacion, regencia, infanta Fernanda, Montpensier... la mar...

Me hallaba á unos dos metros de distancia de este interesante grupo; mas las frases incoherentes que habia podido recoger al vuelo, el gesto y el ademan de los generales y los signos negativos del brigadier, todo me hacia sospechar que se trataba de poner á salvo, con menoscabo de los intereses revolucionarios, y en favor de determinadas personas, el ya agonizante trono de Isabel II de Borbon. La conferencia, sin embargo, continuaba viva, interesante, animada; pero todo lo que en ella se hablaba no era posible pudiera llegar hasta mi oido. Jamás habia sentido con mas violencia ese *demonio* de la curiosidad, que invencible se despertaba en mi alma, consagrada al servicio de la causa del pueblo. ¿Qué hacer, pues, en este caso? avancé hasta el parage mismo en que se hallaban; mas al sentir cerca de sí las pisadas de mi caballo, salen súbitamente de su distraccion y fijan en mí una inquieta mirada. Esperé tranquilo un reproche, y algo desagradable me iba á decir el general Caballero de Rodas, cuando comprendiéndolo así el generalísimo, que tan fino y circunspecto se venia mostrando con las Juntas revolucionarias, se levanta precipitadamente del asiento, corta de un modo brusco la conferencia, y tornándose al brigadier,

— Hemos concluido, le dice en alta voz, este enojoso asunto. Conste, sin embargo, que ha incurrido V. en un grave error militar, por cuanto ocupa una posicion tan altamente comprometida, que ahora mismo pudiera lanzar mis tropas sobre su brigada, deshacerla y repetir otro tanto con los refuerzos que pudieran enviarle. No quiero, á pesar de estas ventajas, combatir con españoles, camaradas y hermanos, mientras que no se me obligue á ello. Mas sepa V., y hágaselo entender así

á su general en jefe, que si no tomo la ofensiva contra su ejército, cuento para oponerme á la suya con diez y ocho batallones de infantería, nueve escuadrones de caballería, veinte piezas de artillería y con el pais en masa, que nos aplaude y nos secunda. Por lo demás, yo le dejo á V. en su mas absoluta libertad de accion, para que despues de meditarlo, se venga con nosotros ó se retire con su vanguardia, sin ningun gènero de condiciones... —

Cuando el brigadier Lacy, silencioso, estupefacto, casi petrificado, como se hallaba, oyó las últimas generosas palabras del Duque, la luz de la esperanza penetró en las tinieblas de su espíritu, y un rayo de alegría pareció brillar en su descompuesto rostro. La vida moral renacia en aquel sér, víctima espiatoria de propios y agenos errores. Mas ¿cuál seria su conducta despues de aquella generosidad? Conocia yó que sin un acto de ostensible violencia, ninguna reflexion política ni de interés general, por clara, evidente y razonable que fuera, podia influir de una manera descisiva en el ánimo del brigadier, ligado como se hallaba á la Córte por compromisos palasiegos, al Marqués de Novaliches por los vínculos de la amistad y de la sangre, y al Gobierno de Madrid por la confianza en él depositada. Aunque convencido de la inutilidad de mis tentativas, quise probar fortuna, y al efecto le dirigí las siguientes ó muy parecidas palabras:

—No es posible, Señor brigadier, que una persona de su elevada ilustracion, pueda ignorar que los militares, hijos del pueblo y por el pueblo pagados, no tienen leyes que les obligue á prestar ciega obediencia á los gobiernos, que, violando por sistema todos los derechos del hombre, embilezen y deshonran á las naciones. La paciencia y el sufrimiento de los pueblos no carece de límites, y cuando un gobierno se derrumba bajo el gra-

ve peso de sus faltas, de sus vergüenzas y de sus crueldades, todos los que para apoyarle desembainan sus espadas, se hacen cómplices conscientes de un delito de lesa-nacion, digno de un severo y egemplar castigo, que no puede hallar indulgencia ni en las ordenanzas, ni en los hombres, ni en la historia, ni ante Dios. Si reflexionais un poco, acerca de la crísis por que atravesamos, no podreis menos de comprender, que la revolucion iniciada en Cádiz, poderosa antes de darse á luz, invencible hoy y triunfante mañana, no es más que el resultado de esa lucha de la libertad y la justicia contra la tiranía y el despotismo tradicional, que, en la noche del 5 de Julio de 1817 asesinó en los fosos del castillo Vellver al héroe de la independencia española, al ferviente patriota, al esforzado general, Dòn Luis Lacy, su ilustre predecesor. Yo tambien, pues, señor brigadier, le conjuro en nombre de la Suprema Junta de Gobierno de Córdoba, á quien tengo la honra de representar en este cuartel general, para que impida á todo trance la efusion de sangre española, uniéndose, como debe unirse con su vanguardia, al Señor Duque de la Torre, que es la persona elegida por la revolucion española, no para mantener ni para cambiar dinastías, más sí para mandar sus egércitos y cumplir y hacer cumplir la voluntad de esta pátria, que cansada ya de tantas vergüenzas é ignominias, ha roto las cadenas de su esclavitud, y se levanta contra sus opresores y verdugos.—

Al terminar este corto y desaliñado discurso, el brigadier, que lo habia escuchado con curiosidad mezclada de asombro, quizá porque un paisano terciaba en el consejo de militares de la más alta gerarquía, me contestó con la timidéz que le sugerian las circunstancias, que el por sí no tomaría tan grave medida; mas que si el Sr. Duque de la Torre le permitia, como ya le

habia ofrecido, retirarse con sus tropas, lo consultaría con su general en gefe, pues que antes de obrar sin su prévio acuerdo, preferiria suicidarse.

Convencido el generalísimo de que no era posible una avenencia, tiende la mano al brigadier y le reitera, que podia retirarse con sus tropas sin condiciones de ningun género.

Lacy le espresó su gratitud, hízole un respetuoso saludo, se retiró con el oficial Gonzalez Tablas, y ya habia caminado cuatro ó seis pasos, cuando el generalísimo, que le veia marchar desde el puentecillo, levantó la voz y le dijo:

—Si recibe V. órden de romper el fuego contra las tropas de mi mando, le ruego tenga la amabilidad de ponerlo anticipadamente en mi conocimiento.—

—Lo haré tan luego como informado mi general en jefe de lo que ocurre se digne comunicarme instrucciones.—

—Gracias señor brigadier, dijo el Duque.—Estoy á las órdenes de V. E., mi general, repuso Lacy.—(1)

---

(1) Tal es lo ocurrido en el puente del arroyo de los Yegüeros. Sin embargo de esto, mi antiguo amigo D. Ramon Rodriguez Correa, ex-diputado á córtes y ex-director de la Caja general de Depósitos, en su bien escrito artículo intitulado *Apuntes de un hombre que ha dormido sobre la batalla de Alcolea*, dice que á la conferencia del puente de los Yegüeros asistieron solo los generales Duque de la Torre y Caballero de Rodas. No es estraña, por otra parte, esta inexactitud (que me ofreció rectificar y no ha rectificado) porque despues de haber improvisado su artículo, lo escribió, como él mismo augura, *medio dormido por dentro.*

El Sr. Alba y Salcedo, en su *Historia de la Revolucion del siglo IX*, pág. 217, dice al ocuparse de aquella conferencia, que el general Serrano "avanzó solo, completamente solo, hasta el puente de los Yegüeros."

Lo mismo vienen á decir los Sres. Gonzalez Tablas y Toral y Velazquez en su *Diario de las Operaciones militares*; el *Cronista de la Revolucion*; el autor de *El Ultimo Borbon*, Cárlos Rubio en su filosofia de la *Revolucion Española de*

Cuando silenciosos comenzamos á bajar por la suave pendiente que forma el puentecillo del arroyo de los Yegüeros, se descubria en el rostro de nuestros dos generales la espresion indescriptible de los más intensos y encontrados afectos. La noche parecia bajar á los espíritus, y aquellos dos hombres, poco antes llenos de esperanzas lisonjeras, se hallaban como abismados en la contemplacion de un porvenir siniestro y lúgubre. Habíase equivocado, pues, el futuro vencedor. No esperaba encontrar aquella resistencia pasiva, y obedeciendo al movimiento propio de un alma elevada, habia usado de una generosidad pocas veces vista en semejantes trances, para verse luego precisado á aceptar un duelo á muerte en los campos de Alcolea. Creo que así debió comprenderlo el generalísimo, cuando despues de haber hecho lo que pudo para evitar la efusion de sangre, se detuvo al salir de la hondonada del puentecillo y dijo con voz que revelaba el más intenso dolor:

—¡Al fin se van á romper, contra todos mis deseos y previsiones, las hostilidades!—

1868; D. Pedro Domingo Montes en su Historia de la misma Revolucion y el Sr. Bermejo en su *Estafeta de Palacio.*

Pero el Sr. Ibo y Alfaro, en su *Historia de la Interinidad Española*, al ocuparse de la conferencia del puentecillo de los Yegüeros, dice que al Sr. Duque de la Torre y al general Caballero de Rodas, les acompañaba, montado sobre un magnífico caballo, el Sr. Lopez de Ayala, quien dirigió un discurso al señor brigadier Lacy.

Creo haber contestado á las inexactitudes en que incurrieron los autores que me han precedido. Y no hago esto porque tenga grande interés en probar que fuí yo, y no otro, quien tomó parte en aquel memorable suceso, sino porque escribo para restablecer el imperio de la verdad, y porque no quiero que mis actos, buenos ó malos, se omitan ó atribuyan á otro, aunque con mucho mas mérito que yo pudiera haberlo consumado. Con respecto al Sr. Lopez de Ayala debo decir, que al hablarle de esta traslacion de dominio hecha en su favor, se me quejó de que por ignorancia se le atribuyese un servicio que no ha prestado. Nada mas digo sobre este punto.

—Todo eso, repuso con calma fria Caballero de Rodas, es lo que yo deseaba, y si por mi hubiera sido, créalo V., mi general, lejos de dejarles ir, á la bayoneta y sin disparar un solo tiro, hubiera arrojado sobre las olas del rio á esos cobardes!...—

Al oir el generalísimo esa última frase, pronuncia una enérgica interjecion, y continúa diciendo alta y visiblemente irritado:

—¡No diga V. eso; son españoles como nosotros; son nuestros compañeros; son nuestros hermanos; el valor es el carácter distintivo de nuestro ejército, cualquiera que sea la causa que defiendan, y es una lástima que por la ciega obstinacion de esos jefes, que no ven el cuadro de la desdicha general, se vierta preciosa é inocente sangre! Hemos sido generosos dejándoles marchar, cuando podíamos haberlos destrozado; pero esto mismo les enseñará nuestra confianza en el triunfo, y nuestro vehemente deseo de impedir un choque entre los dos ejércitos. Si á pesar de esto se obstinan en seguir las inspiraciones de un deber mal entendido, y si á causa de una agresion de su parte corren torrentes de sangre, sobre sus cabezas caerá terrible é indignada la maldicion de los pueblos, que sedientos de una moralidad, de una paz y de una justicia que se les niega, sabrán hasta qué punto se abusa de su miseria, de sus dolores y sufrimientos.—

Caballero de Rodas, que sin duda creia con Víctor Hugo, que el que salva al lobo causa la muerte de las ovejas, lo mismo que el que cura las alas al buitre, es responsable del mal que hace con sus garras, contestó al generalísimo con imperturbable sangre fria:

—Todo eso es cierto, mi general, yo no lo niego; pero esa generosidad nos ha de ser muy costosa. Hecha prisionera la vanguardia, su ejército recibiria una herida incurable, mientras que alentado el nuestro con el

triunfo del primer encuentro, la victoria seria segura en los siguientes combates. Se les ha dejado marchar sin condiciones de ningun género, cuando podia habèrseles pulverizado, y no es posible que tardemos en recoger el fruto de esa mala semilla.—

—Pues bien, cualesquiera que estas sean, repuso con viveza el generalísimo, yo las acepto con el mayor gusto, y mi conducta, que no podia ser otra en una guerra de esta clase, la someto al fallo inapelable de la historia. No hablemos más, pues, sobre este asunto!...—

Las palabras del generalísimo fueron pronunciadas con vehemencia, y esto fué causa de que Caballero de Rodas se encerrase en un profundo silencio.

No habíamos marchado seis ú ocho pasos, cuando el Duque de la Torre se detuvo, y con la entonacion propia del que ha depuesto un grave enojo, se sirvió entablar conmigo el siguiente diálogo:

—Magnífico caballo, señor representante, es el que monta V. ¿Es de su propiedad?—

—No señor, lo debo al favor de una rica señora cordobesa que me lo ha cedido para que me sirva de él en estas circunstancias. ¿Gusta V., mi general, montarle?—

—Tantas gracias, señor representante; yo traigo otro, muy bueno por cierto, y tambien lo debo al favor de un amigo.—(1)

—Hé visto con mucha gusto, continuó diciendo el generalísimo, la oportunidad con que evocó V. recuerdos de familia al brigadier Lacy. Le conocia V. antes de ahora?—

—Le vi algunas veces en Madrid, aunque jamás tuve el honor de tratarle; pero estoy algo enterado en la

(1) El caballo que llevó y que habia dejado en la casa del Capricho, era tordo rodado, con seis años, seis dedos de alzada, entero y propío del señor Duque de Montpensier.

historia de aquellos héroes de la libertad española, que despues de haber sellado con su sangre su amor à la independencia de la pátria, fueron inmolados por el ingrato y pérfido Fernando VII de Borbon.—

—Y bien, señor representante, ¿qué cree V. que ha de resultar de todo esto que está pasando?—

—Creo, que por efecto de la generosidad de V., que yo en su caso quizás hubiera imitado, habrá batalla y sangre y lágrimas y páginas de compasion y de horror. Al unirme á V., antes de ir al puente de los Yegüeros, bajaba yo con el propósito de darle algunas noticias, que utilizadas oportunamente, quizá habrian impedido la catástrofe que veo próxima; pero de todos modos tendré que anunciar á la Junta de Córdoba, para que esta lo haga á su vez á todas las de España, la más completa victoria de nuestro bizarro ejército.—

—¿En qué se funda V., repuso con viveza el generalísimo, para abrigar esa confianza en el triunfo?—

—Me fundo en que á ñosotros nos precede, acompaña y sigue la razon, la justicia, el derecho y el sentimiento activo y unánime de los pueblos, y los ejércitos que cuentan con esos poderosos elementos, no necesitan hacer grandes esfuerzos para vencer á sus adversarios, y arrancar de cuajo caducas instituciones, cuya última hora hace tiempo sonó en el seguro reloj de la providencia.—

Al pronunciar yo esas palabras, el generalísimo llama al oficial de estado mayor, Sr. Iriarte, y le dice:

—Adelántese V. á nosotros, y dígale á los jefes y oficiales, que, á pesar de haber tenido copada la brigada de vanguardia del Sr. Novaliches, la he dejado retirarse sin ningun género de condiciones, ya porque no he querido aprovecharme de las ventajas que me ofrecia un ejército hermano, ya porque en el caso de que se atrevan á atacarnos cuento con la decision, bizarría

y entusiasmo de los nuestros, para obtener la victoria.—

Caballero de Rodas, grave, severo, enérgico, pero respetuoso, se cuadró entónces y dijo:

—¡Y yo!... mi general, ¿qué es lo que hago?—

—Vuélvase V., le contestó el Duque, á sus posiciones; permita V. la retirada del brigadier Lacy, si es que todavia no se ha retirado; observe V. los movimientos de su tropa, sin abandonar la actitud defensiva; más si avisa de que va á romper el fuego, notíciemelo V. con premura, y en todo caso proceda V. con arreglo á mis instrucciones, y á lo que dentro de ellas le dicte su buen espíritu militar.—

Cuando el general Caballero de Rodas se alejaba, el generalísimo, que algun tanto preocupado le seguia con la vista,

—Va muy incómodo, me dijo, y lo siento mucho, porque le quiero; es leal y tiene buenas prendas militares; más cada uno tiene su modo de apreciar las cosas, y responsable yo de todo lo que aquí acontezca, no quiero dejar de poner en juego todos los medios que á mi juicio puedan contribuir á la conciliacion de los dos ejércitos. Si se tratara de una lucha de otra clase, créalo V., señor representante, tan luego como supe la detencion de Lacy, hubiera lanzado por el ferro-carril nuestros batallones, y su vanguardia habria sido aniquilada. Pero este acto de fuerza empleado contra nuestros hermanos, solo podia contribuir á enconar los ánimos, á hacer imposible que mañana pueda conciliarse el ejército, á dar principio á una guerra civil, que es la peor de todas las guerras. Tengo fija la mirada, no solo en el presente, sino en el porvenir, y créalo V., no me arrepiento de haberles dejado retirarse. Si ahora esgrimen contra nosotros sus armas, todo el mundo dirá que son unos ingratos... —

Habíamos llegado cerca del parage en que á toda prisa se colocaba la batería del Capricho, y noticioso el general Izquierdo del acto de generosidad con que el Sr. Duque habia inaugurado la campaña, se aproxima apresuradamente y con acento que denotaba una viva excitacion,

—Ya nos ha perdido V., mi general, le dijo, con sus generosidades. Jamás ha debido hacerse esa concesion á un enemigo poderoso, que por la vez primera se nos presenta á la vista para disputarnos el triunfo. ¡Ya verá V., añadió con profunda y aterradora conviccion, como su generosidad cuesta más de dos mil bajas!—

—No hablemos más de esto, señor general, repuso visiblemente irritado el Duque, y vaya V. á dar colocacion á las tropas que van llegando.—

Cuando el generalísimo se hallaba fatigado bajo el peso de las acusaciones, más ó menos directas, que á causa de su conducta con los adversarios, habia oido, primero de Caballero de Rodas, despues de mí, y últimamente del general Izquierdo, se acerca el brigadier D. Juan de Alaminos y de Vivar, y,

—Si se digna V. E., le dijo, darme seis batallones, le respondo con mi cabeza de traerle prisioneras todas las tropas enemigas que se hallan en esa hondonada.—

—No puedo darle á V., le respondió con esa calma que precede á las grandes tempestades, más que los tres batallones de que consta su brigada.—

—Pues bien, mi general, repuso el brigadier, con esas fuerzas respondo de traerle prisioneros.—

—Vaya V. inmediatamente, señor brigadier, á ocupar su puesto, y espere en él mis órdenes.—

Si á causa de su accion esperimentó graves disgustos el generalísimo, bien pronto se vió de ellos recompensado. ¡Qué prestigio el de los actos generosos! La

noticia de la supuesta sorpresa á la vanguardia isabelina, y la conducta del Duque con el brigadier Lacy, anunciado lo uno y lo otro por el oficial Iriarte, habia circulado con la celeridad del pensamiento, produciendo en nuestras tropas una explosion indescriptible de entusiasmo. Era aquello verdaderamente encantador: las músicas tocaban himnos patrióticos, los jefes y oficiales blandian sus espadas, los soldados arrojaban al aire sus ros, y todos gritaban con esforzado acento:

—¡Viva nuestro valiente general en jefe! ¡viva el invicto Duque de la Torre! ¡viva el ejército liberal!—

—Voy ahora mismo, le dije al generalísimo, á dar cuenta á la Junta de Gobierno de lo que presencié en el puente de los Yegüeros y de lo que estoy presenciando en este crítico momento.—

—Sí, sí, repuso con extraordinaria viveza el Duque, infórmela V. de lo que ha presenciado, para que no ignore la forma en que inauguramos la campaña.—

XXXVIII.

SUMARIO.

Asombrosa rapidéz con que se precipitan los sucesos, coincidencias singularísimas, el leon que vuela á devorar la presa, dejando el rastro de su marcha en Pedro-Abad, Adamúz y Villafranca.—Ilusiones engañosas de Echavarria, su encuentro con el ordenanza de Talavera, su lectura del parte de Novaliches con el apéndice de Lacy, sus sospechas, sus interrogatorios á los transeuntes, su detencion en el viejo castillo, los nuevos informes, la presencia inmediata del ejército real, la mas lejana del de Córdoba, su veloz carrera, su llegada al Juagalzar y el recibimiento que le hacen los cazadores de Barcelona, —No descubriendo allí al brigadier Lacy, le llama á grandes voces. se le presenta al fin y tiene lugar un curioso diálogo que dá motivo á que se oiga la palabra «¡traicion!»—Echavarria rechaza responsabilidades agenas, se dispone á maniobrar, le permiten retirar sus tropas, les dá posiciones.—Caballero de Rodas hacé otro tanto.—Ligera idea de las posiciones y de la colocacion de las tropas.—Aviso de Echavarria al Duque de la Torre y telégrama del delegado á la Junta de Córdoba.

Los sucesos de la guerra, durante este memorable dia, es decir, durante este inmenso minuto de nuestra historia, verificábanse de una manera rápida, simultánea y prodigiosa.

Al mismo tiempo que Novaliches se sumerge en el abismo de sus vacilaciones; que Lacy se aprisiona entre las mallas de su propia red; que las tropas cordobesas se dirigen con esforzada marcha al puente de Alcolea; que tiene efecto la notable conferencia en el

puentecillo de los Yegüeros; que se montan en los parages designados nuestras baterías; que el entusiasmo estalla entre los nuestros, y que trasmito á la Junta de Córdoba un telégrama que pronto conocerá el lector, allá mas lejos, en nuestra extrema izquierda, coinciden, como si todo trabajara de consuno contra la causa de la reina, ciertos hechos militares sin órden, sin táctica, sin estrategia y sin fortuna, llamados á decidir en nuestro favor la sangrienta jornada que ya se vislumbraba al través de vagas y siniestras perspectivas.

Marchando los isabelinos de error en error, sin apartarse de ningun peligroso escollo, llegaban al borde de un nuevo é insondable abismo. La mina, gracias á una série de circunstancias fortuitas, se hallaba cargada de combustibles; pero su explosion solo dependia de un hombre, que, agitada su alma por el fuego de cuidados violentos, volaba en alas de su esperanza por el camino de la sierra, como el águila caudal por las inmensidades del espacio, para llegar con la celeridad del rayo á Pendolillas, encargarse del mando de la vanguardia isabelina, formar sus tropas en órden de batalla, acometer con fúria nuestras posiciones, franquear el paso al Marqués de Novaliches, pernoctar luego en Córdoba, y ahogar enseguida, bajo sus plantas, la *hidra rebelde* y audáz que orgullosa se habia alzado contra altas y seculares instituciones: este hombre activo, ferviente y animoso; este esforzado adalid de Isabel, de su trono, de su dinastía y de su gobierno, no era otro que el mariscal de campo D. José Ignacio de Echavarría, el marqués de Fuentefiel, el ayudante del marido de la reina, la especie de brazo derecho de Novaliches, y hoy, gracias á sus extraordinarios *servicios* en Alcolea, caballero de la gran cruz de San Fernando pensionada con 50.000 reales ánuos, teniente general de los ejércitos españoles, y ministro de Alfonso XII en el departamento de la Guerra.

La responsabilidad en que incurre ese nuevo y esforzado paladin, tan tristemente célebre para la causa que de buena fé defendia, es á mi pobre entender alta y profundamente grave; pero antes de anticipar juicios que pudieran considerarse temerarios, voy á empezar por sus primeros procedimientos.

Recordará el lector, que al despuntar la aurora, Echavarría salió de Montoro con algunas fuerzas, para ir á encargarse de la vanguardia del brigadier Lacy. Pues bien, al llegar á las alturas de Pedro-Abad, situadas á cinco kilómetros de su punto de partida, hace alto y dispone que algunos soldados se corran orilla derecha abajo del Guadalquivir, con la barca destinada allí para salvarlo. Verificada esta previsora operacion, ordenada por su general en jefe, se adelanta al batallon del Príncipe y á las cuatro compañías de Alcántara, previniendo antes al jefe de estas fuerzas, que le siga con ellas, á buen paso, pero sin fatigarlas. Llega luego al inmediato pueblo de Adamúz, averigua que han pasado por allí los batallones de Gerona y Barcelona, el primero durante la última pasada noche con el brigadier Lacy, y el segundo antes de lucir la luz del nuevo dia, con el teniente coronel D. Fausto del Pozo. Sigue despues de esto su marcha, pernocta á las diez de la mañana en Villafranca, y se aloja en casa del alcalde primero D. Mateo Garcia del Prado.

Informase allí por sus adeptos de la hora en que habian marchado, primero el brigadier Lacy y despues el teniente coronel Pozo, con sus respectivas fuerzas; de los guias que llevaban, del espíritu de sus tropas, del estado de excitacion en que se hallaba la provincia, de los manejos revolucionarios, de los accidentes del terreno que tenia que recorrer, y de cuanto necesitaba para formar un cabal y exacto juicio acerca de su espinosa situacion.

No habia acabado de tomar el desayuno que le sirvieran sus complacientes patrones, cuando se le avisó que acababa de cruzar el Guadalquivir por la barca el batallon cazadores de Barbastro, y que seguia sin detenerse con direccion á Alcolea. Echevarría dá enseguida sus órdenes, y el capitan de estado mayor, Sr. Gamarra, que á la sazon llegaba con los cazadores á la ermita de los Remedios, manda hacer alto allí mismo, y en compañía del paisano Bartolomé Rivera, enviado al efecto por el alcalde Garcia del Prado, retrocede hasta la villa y encuentra en el municipio al general. Lleno éste de justa impaciencia, porque despues de cerca de dos horas de espera no llegaban las tropas que imprudentemente dejó á retaguardia, monta enseguida á caballo, y con el capitan Gamarra, su estado mayor, su escolta y el guia José Mendez Flores, sale á las doce menos cuarto de la mañana del pueblo de Villafranca.

Al llegar á las alturas en que se halla situada la ermita de los Remedios, observa el terreno en todas sus direcciones, y despues ordena que le sigan á buen paso los cazadores de Barbastro

Olvidando que en todas las cosas ordinarias de la vida, y más principalmente aún en las que se refieren á la guerra, sigue á la alegría el dolor como á la esperanza el desengaño, camina sin ocultar sus propósitos deslumbradores de su triunfo sobre las tropas liberales. Nuevo César, creia sin duda, á juzgar por sus palabras, un tanto jactanciosas, que no habia mas que *llegar, ver y vencer.*

Cuando más acariciaba en su pecho esa risueña esperanza, le sale al encuentro el soldado del regimiento caballería de Talavera, y le entrega la carta que recibió del Marqués de Novaliches, y que habia anotado el brigadier Lacy. *Yo detengo mi marcha, le decia aquel,*

para darle tiempo á que avance con las tropas de su mando. Esta órden no se prestaba á interpretaciones; pero las lacónicas frases trazadas al dorso por el brigadier Lacy, *estoy al frente del enemigo,* revestian á su entender tanta gravedad, que á pesar de lo prescripto por el general en jefe, precipitó la marcha con su estado mayor, su escolta y su guia, al ligero trotar de sus caballos.

Echevarría por la vez primera sospecha, y con sobrada razon por cierto, que la brigada Lacy corre un grave riesgo, y esta sospecha adquiria en su ánimo mayores grados de verosimilitud, á medida que interrogaba á los paisanos que á su paso iba encontrando.

Al pié de una eminencia, que se alza dominando la orilla derecha del rio Guadalquivir, y sobre cuya jigante cima se ostentan los ruinosos restos de una fortaleza romana ó árabe, que la tradicion popular nos dá á conocer con el nombre de los *Torreones,* el general isabelino se detiene, hace bajar de ella á unos cuantos jornaleros de campo, les interroga acerca de su estancia en aquel estraño parage, y le contestan que desde él observan las muchas tropas que se hallan tendidas en tierras de la Rinconada, Rinconadilla y Casa Blanca, como asimismo las que se ven en las alturas de Pendolillas y las que avanzan por la carretera general desde Córdoba hácia Alcolea.

No estrañaba Echevarria la inaccion del general en jefe, porque ya éste se la habia en su carta esplicado; pero el recuerdo de las palabras de Lacy escritas al dorso de aquella, y el avance de las tropas por la carretera general de Córdoba, que no podian ser otras que las revolucionarias, le hacian pasar de una incertidumbre penosa á una realidad terrible. ¿Qué hacer, pues, en estos críticos instantes? Unirse enseguida á la vanguardia, era sin duda asunto de alta importancia, y

comprendiéndolo así, aprieta nuevamente el acicate á su caballo y llega á la carrera á la cima de Rivera la Alta.

Observa desde ese punto en toda la estension del terreno; vé á su izquierda y á corta distancia, sobre la márgen derecha del Guadalquivir, el grueso del ejército del Marqués de Novaliches; se afirma más y más en sus juicios; baja luego al riachuelo del Guadalmellato; le cruza por el vado que se halla entre el puente del mismo nombre y el gran rio, y aunque el caballo de un soldado se echa con el ginete en el fondo del agua, prosigue adelante sin detenerse, sube por la cuesta que conduce á la mesa del Juagalzar, se aproxima á la márgen izquierda del arroyo de las Loberas, y al verle los cazadores de Barcelona, cogen las armas, se levantan del suelo, forman en columna de honor, y le reciben con las formalidades que prescriben las ordenanzas del ejército.

Hallábase Echevarria, pues, bajo el amparo de uno de sus batallones. Mas ¿dónde se hallaban los otros? Tenia á sus piés y ante sus ojos un gran mapa topográfico, que, aun sin conocer prácticamente el terreno, le era fácil formarse un acertado itinerario. No alcanzaba á ver, sin embargo, á causa de las escabrosidades, lo que su vista buscaba con vehemente anhelo, esto és, los batallones de Gerona y Madrid. Veia á su frente, empero, sobre lo alto de la mesa de los Yegüeros, amagando al arroyo de la Buen-agua y de las Loberas, la vanguardia del general Caballero de Rodas. Separado de estos por un corto intérvalo, avanza algunos pasos bajo la proteccion de Barcelona, llega sobre el borde del barranco de la Buen-agua, descubre al través del follage á los suyos, y grita con toda la fuerza de sus pulmones: ¡*Lacy!*...

No era posible que estas lejanas voces, cuyos ecos

se perdian en el cóncavo fondo de las vertientes, pudieran llegar hasta los oidos del infortunado brigadier, que despues de enviar un oficial á dar cuenta de lo ocurrido á Novaliches, esperaba sobre la márgen izquierda del arroyo de los Yegüeros, donde acababa de tener efecto la ya conocida conferencia, á que las tropas liberales recibieran la órden de permitirle la retirada con sus batallones.

Irritado Echavarría porque no se le contesta, sigue adelante algunos pasos más, y sin apartar su mirada recelosa de nuestros cazadores, vuelve á repetir con firme acento: *¡Lacy! ¡Lacy!...*

Al fin es advertido por los suyos el brigadier; retrocede hasta el borde del arroyo de la Buen-agua; se asoma y ve al general Echavarría; mas lejos de obedecerle, le grita á su vez que baje al barranco. Pero el general, bien porque no quisiera colocarse bajo la puntería de nuestros cazadores, bien porque creyera que debia ser obedecido, ó bien por cualesquiera otras razones que desconozco, insiste en su peticion, hasta que Lacy sube y le dice que tiene que hablarle de un asunto de suma importancia.

Ni los antecedentes, ni el sitio, ni la hora, ni la ocasion, ni el aspecto exterior del brigadier, visiblemente afectado, nada inspiraba ideas tranquilizadoras. La curiosidad, con menos motivos apremiante, ejercia su imperio. Echavarría, pues, se apea del caballo, y á su ejemplo hacen otro tanto el jefe de estado mayor, Golfin, los capitanes Gamorra y Villalonga, los oficiales Lacy, Villalonga y creo que tambien Gonzalez Tablas. General y subalternos, sobreexcitados todos por la curiosidad, esperaban con la vista fija y el oido atento, cuando el brigadier Lacy, leal y consecuente con lo que un cuarto de hora antes nos habia ofrecido, toma la palabra y se espresa en esta ó parecida manera:

—¡Mi general... estamos perdidos! con arreglo á las instrucciones que recibí en Montoro, marché desde Villafranca en la confianza de que ya estaria por nuestras fuerzas ocupado el puente de Alcolea. Lejos de ser así, fuerzas considerables de todas armas dirigidas por el general Caballero de Rodas y el brigadier Salazar, me salen súbitas al encuentro, me cierran el frente, me doblan los flancos y me estrechan sobre el fondo de ese barranco, mientras que por la via férrea se lanzan nuevos batallones con el capitan general Serrano Dominguez, y me dejan completamente envuelto. No puedo maniobrar, pues, porque estoy copado. En esta situacion, el señor Duque de la Torre, con quien acabo de conferenciar en el puente del arroyo de los Yegüeros, me ha mostrado los graves peligros que me rodean, y despues de invitarme á que evite un choque entre los dos ejércitos, como medio de impedir la efusion de sangre española, me ha dejado en libertad para que le siga ó me retire con mis batallones. Pero esta órden no se ha comunicado á sus tropas, y espero que se verifique para maniobrar por retaguardia. Nuestra situacion, además de esto, es gravísima, porque mis jefes, oficiales y soldados, han conferenciado con los suyos; se han cambiado entre ellos toda clase de noticias políticas; la moral de las tropas se ha debilitado, y creo que tenemos que apelar á un honroso arreglo. Por lo que á mí hace, mi general, he dado palabra al señor Duque de la Torre, de consultarlo con mis superiores, y en el caso de acordar la resistencia, ponerlo antes en su conocimiento. —(1)

No habia el brigadier Lacy acabado de pronunciar sus últimas palabras, cuando con vago y cavernoso rumor comenzó á correr de boca en boca entre las filas

(1) Véase la página 906 tomo III de *La Estafeta de Palacio.*

isabelinas estas siniestras y terroríficas frases: *¡Traicion! ¡traicion!...*—

Los rumores hubieran tomado mayor consistencia, y dado motivo quizás á un grave conflicto, si levantando la voz el general Echavarría, no hubiera dicho con acento claro, firme y solemne:

—¡Cómo! señor brigadier? ¡Capitular yo!... Yo no puedo, yo no debo, yo no quiero someterme á las condiciones de una situacion que no he creado. Agradezco infinito la generosa conducta observada con V. por el señor Duque de la Torre, pero yo tengo sagrados deberes que cumplir y los cumpliré. El señor Marqués de Novaliches, nuestro digno general en jefe, me ha mandado terminantemente combatir: combatiremos, pues, cualesquiera que sea el resultado de la lucha. Lo exige, por otra parte, la ordenanza; lo prescribe la obediencia, y lo reclaman nuestros juramentos de fidelidad al gobierno, al trono y á la dinastía.—

No era posible conocer de una manera exacta, despues de los repetidos y graves sucesos de este dia, los afectos que dominaban al infortunado brigadier Lacy.

Echavarría, aunque hasta el presente irresponsable de los actos que se verificaban, no por esto se hallaba mucho menos conmovido, á la vista de situaciones creadas con independencia de su voluntad.

No ignoraba que le seguian al alcance los cazadores de Barbastro; pero despues de haber oido al brigadier Lacy, dudaba y con razon, del animoso espíritu de su vanguardia; desconocia que el batallon del Príncipe y las cuatro compañías de Alcántara, que habia dejado en su precipitada marcha á retaguardia, y cuya fidelidad inspiraba fundados recelos, se hallaba aún en descanso en el inmediato pueblo; desconocia además de esto, que el batallon cazadores de Alva de Tormes, destinado á reforzarle bajo las órdenes del brigadier Trillo de

Figueroa, se ocupaba en aquel mismo instante, que serian como las dos de la tarde, en cruzar el rio por la barca de Villafranca; desconocia del mismo modo quizá, que si el grueso de su ejército lo veia á corta distancia, á través del Guadalquivir, necesitaba para llegar á nuestras posiciones mucho mas tiempo del que bastaba al Duque de la Torre para aniquilar á los enemigos que tenia á su extrema izquierda; y si algo sabia con fijeza era que las tropas liberales avanzaban con paso acelerado hácia Alcolea.

Creyendo, á pesar de esta situacion erizada de dificultades peligrosas, que no debia perder tiempo en tomar posiciones y romper el fuego, dá inmediatamente órden al coronel Golfin para que practique un reconocimiento en el terreno; al capitan Villalonga para que retroceda por el camino de la sierra y haga acelerar el paso á los cazadores de Barbastro, y al brigadier Lacy para que se precipite á la carrera con los batallones de Gerona y Madrid, bajo la proteccion del de Barcelona, en el barranco de la Buen-agua.

Ibase á poner en juego esta última maniobra, fácil, sencilla, practicable á cualquiera hora, puesto que ni se les cerraba el paso ni habia órden de hostilizarlos, cuando sube á la mesa de los Yegüeros el general Caballero de Rodas, que acababa de separarse de nosotros, y por medio de uno de sus ayudantes avisa al brigadier Lacy, que podia retirarse con sus batallones.

La situacion de la vanguardia isabelina, pues, gracias á ese acto generoso que por tercera vez se ratificaba, habia radicalmente cambiado. Echavarría vió la retirada pacífica y ordenada de aquellos dos batallones, sobre la orilla izquierda del arroyo de laBuen-agua. Libre ya de aquel que debió ser su inquebrantable círculo de hierro, nada más óbvio, nada más prudente, nada más acertado que mantenerse allí mismo con sus tro-

pas, ó retroceder con ellas hasta Rivera la Alta, posesionarse de su inespugnable cima, esperar en ella la llegada de Barbastro, del Príncipe, de Alva de Tormes y de Alcántara, y mientras que esto se verificaba, bajar Echavarría ó uno de sus ayudantes á la orilla derecha del Guadalquivir, pasar el vado ó ponerse al habla con el Marqués de Novaliches, y en presencia de tan graves é inesperados sucesos combinar otro órden de combate más adecuado á las circunstancias. Esta prudentísima operacion, que podria tardar ménos de una hora en realizarse, ni desmoralizaba el espíritu de sus tropas, ni contrariaba los propósitos de un general en jefe, que, conocedor ya de los vados que franqueaban el rio, le habria sido tan fácil como provechoso el modificar, en vista de aquellas inesperadas vicisitudes, el conjunto de las operaciones militares que sin ellas habia proyectado.

Olvidando que tenia órden para avanzar hasta Pendolillas *con todos las fuerzas de su mando*, menospreciando la ventaja que le ofrecia la actitud defensiva de nuestro ejército, y sin hacerse cargo del cansancio de sus tropas, más ciego aún que el brigadier Lacy, el general Echavarría se decide, prévio un inconsciente reconocimiento del terreno, á preparar sus ataques de frente contra numerosas tropas armadas de todas armas, conocedoras por medio de un detenido estudio del terreno ventajoso que ocupan, reposadas y abastecidas de provisiones de boca y guerra, apoyadas por el entusiasta espíritu de todos los pueblos andaluces, y dirigidas por generales de gran crédito y de la más alta gerarquía en los ejércitos.

Veamos siquiera sea someramente el terreno y las posiciones que ocupa sin dilacion alguna el general Echavarría.

Hallábase éste en las alturas del Juagalzar, ó lo que

es lo mismo, en la mesa ó llanura que termina, por la izquierda en las ásperas vertientes de la sierra en el acirate del Guadalquivir; por la derecha en el comienzo del raso Largo, terreno de encinar y casi lleno de canteras calizas, que por entre los arroyos de las Loberas y del Carnerero, separados ambos por la distancia de un tiro de carabina, se prolonga en sentido ascendente hasta las faldas del cerro Jaralon; por su frente en el borde del barranco de la Buen-agua, y por retaguardia hasta cerca de las Mesillas de las Rosalas y de los Piconeros, cuyas elevadas cimas se levantan sobre el nivel de la márgen derecha del riachuelo Guadalmellato, y dan paso por el fondo de sus vertientes al puente del mismo nombre y al camino que conduce desde Alcolea á Ribera la Alta y desde esta á Villafranca.

La Buen agua es un arroyo que nace en lo alto de la sierra, ó sea en el sitio llamado Puerto de la Jumosa, y que á medida que se acerca por el camino que en línea recta recorre hasta su confluencia en el Guadalquivir, se presenta más angosto, profundo y escarpado, y sus orillas más y más cubiertas de álamos, acebuches, olivos, zarzas, parrones y otros obstáculos naturales que dificultan, si no imposibilitan el paso de las tropas; y las Loberas es otro arroyo que despues de nacer tambien en lo alto de la sierra, sobre la cima que lleva el nombre de Rasos del Fresno, baja en direccion oblícua á su izquierda por la orilla del raso Largo, acortando cada vez más la distancia que lo separa de aquel su compañero, hasta reunirse ambos en un solo cáuce dos ó tres metros antes de pasar por el único ojo que tiene el puentecillo del primero, ó sea de la Buen-agua, situado èste á tiro de rewólver de las mesas de los Yegüeros y del Juagalzar y á igual distancia del rio Guadalquivir.

No obstante, tanto el uno como el otro, tienen am-

bos fáciles accesos practicados por la mano del hombre para el paso usual y corriente de los ganados, y el de las Loberas, en el parage mismo en que confluye con el de la Buen-agua, presenta una ancha senda que desemboca en el terreno bajo y llano, que en forma de triángulo, se prolonga en sentido ascendente hasta los montes en que tienen sus respectivos nacimientos.

Tras los ventajosos obstáculos de aquel barranco, que, formando una especie de cuadro se cierra, á la derecha por la orilla izquierda del arroyo de las Loberas, á su izquierda por las elevadas y ásperas vertientes en el Guadalquivir; por su frente en la orilla izquierda de la Buen-agua, y á su espalda por la altura de la mesa del Juagalzar, Echavarría dió á sus batallones la siguiente colocacion: los cazadores de Barcelona, destinados á cubrir la línea izquierda desde la altura de las vertientes al rio, avanzan desplegando desde aquella cuatro compañías en guerrilla, y las cuatro restantes con la música y la bandera cuarenta pasos á retaguardia, en columna de combate; á la derecha de éstos y hasta el comienzo del puentecillo del arroyo de la Buen-agua, los cazadores de Madrid despliegan dos compañías en guerrilla, otras dos á la reserva de éstas y las otras cuatro en el centro de la línea, ochenta pasos á retaguardia; inmediatamente los cazadores de Barbastro, que acababan de llegar con el capitan Villalonga, toman idéntica posicion sobre la derecha de los de Madrid, y el batallon de infantería del regimiento de Gerona, que como de línea solo constaba de seis compañías, desplega dos de éstas en guerrilla, cubriendo con ellas el frente en direccion oblícua á su derecha, sobre el terreno que domina la orilla izquierda del arroyo de las Loberas, con las demás fuerzas en columnas de combate á retaguardia.

Luego que fueron tomadas esas posiciones, el gene-

ral Echavarría, por indicacion, si no estoy equivocado, del coronel Golfin, dispuso que una compañía de los cazadores de Madrid, bajo las inmediatas órdenes del capitan Sierra, fuera á ocupar el puente del riachuelo del Guadalmellato.

Mientras que tras de la orilla izquierda de la Buen-agua y de las Loberas se organizaba de esa manera el ataque, tras la márgen derecha del primero de esos arroyos se disponia al mismo tiempo y del siguiente modo la resistencia: las cuatro primeras compañías del batallon cazadores de Segorbe desplegadas en guerrilla, con sus correspondientes reservas á retaguardia en columna de combate, avanzan apoyando su derecha en la orilla del Guadalquivir, hasta colocarse en la misma márgen del arroyo de la Buen-agua, frente por frente á los de Barcelona; á la izquierda de Segorbe y frente á los de Madrid, prolongando su línea desde el puentecillo hasta el comienzo de la mesa de los Yegüeros, colocáronse en el mismo órden los cazadores de Tarifa, con sú frente á los de Barbastro y de revés á los de Gerona; los de Simancas se despliegan en guerrilla en el encinar de la mesa de los Yegüeros, ocultando todos los nuestros sus respectivas reservas que se hallaban á retaguardia formadas en columna de combate, y alguna fuerza de Guardia civil cubría algunos claros.

Tales son las posiciones que simultáneamente tomaron ambas vanguardias.

La extrema derecha de nuestra posicion, empero, ó sea la entrada en el ancho acirate del Guadalquivir, hallábase ocupada por fuerzas liberales, que, á la carrera y antes de un cuarto de hora podian cortar la retirada á los isabelinos, ó cuando menos, doblarles desde luego el flanco izquierdo, con la ventaja que dan siempre los fuegos cruzados hechos desde abajo á arriba; en nuestra extrema izquierda, sobre la loma llamada

de las Loberas, cogiendo de revés á los isabelinos, se hallaba con sus batallones el brigadier Alaminos, el que, despues de marchar á campo á través hasta el estratégico punto que ocupaba, le era fácil envolver el flanco derecho del enemigo, ó correrse al Jaraloncillo, bajar por la orilla derecha del arroyo del Carnerero, y en menos de media hora caer súbitamente sobre la retaguardia de las reservas de Echavarría; y á la espalda de la brigada Alaminos, sobre las alturas de la sierra, hallábase el comandante D. Manuel San Pedro con un batallon compuesto de seiscientos guardias rurales, con los que podia muy bien correrse hasta las faldas del cerro Jaralon, posesionarse de las Mesillas de las Rosalas y de los Piconeros, y cortar toda clase de comunicaciones entre el puente de Guadalmellato, ocupado por una parte de los cazadores de Madrid, y el teatro en que operaba el general Echavarría.

Tras estas fuerzas que amenazaban el frente, los flancos y la retaguardia de las tropas enemigas, hallábanse perfectamente establecidas, como he dicho antes, las reservas de nuestra brigada ligera; á su espalda, sobre la orilla derecha del arroyo de los Yegüeros, fuerzas destinadas á proteger su retirada; más á la espalda, en la esplanada de la quinta del Capricho, y á derecha é izquierda de la casa-reducto de Pendolillas, apuntando al puentecillo y sus alturas, flanco izquierdo de nuestras ventajosas posiciones, cuatro piezas de artillería que, apoyadas en primer término por una línea de guerrillas y en segundo por algunos batallones en columna de combate, esperaban á que los enemigos asomasen para barrerlos con sus disparos.

Eso en cuanto á nuestro flanco izquierdo y á nuestra retaguardia; que en cuanto á nuestro frente y flanco derecho, ya estaban tomadas las siguientes posiciones: á la bajada de la cuesta del Capricho, próximo á

la orilla del Guadalquivir, habíanse levantado por el Sr. Lopez Dominguez dos baterías destinadas á barrer en toda su estension la llanura de Pan-Gimenez; en la parte opuesta, esto es, en el comienzo de la carretera de Córdoba, sobre una pequeña eminencia, que se alza paralela con el costado derecho de la ermita de los Angeles, acababa de levantarse otra batería destinada á dirigir sus fuegos á la carretera vieja de Madrid y dehesilla de Leon; la caballería á la espalda de la pared de Ribera la Baja, con su frente á las hazas de la Virgen, su cabeza cerca de la ermita y su cola en la orilla izquierda del Guadalbarbo, esperaba, dispuesta á cargar allí donde lo exigiesen las necesidades de la lucha; y á una corta legua de distancia, en la llanura del Monton de la tierra, permanecia á pié firme una brigada de reserva, mientras que nuestros restantes batallones, arrojando al suelo hasta su pan para aligerarse de peso, marchaban con paso acelerado bajo los rayos verticales de un sol canicular, con direccion al puente de Alcolea.

No obstante las favorables posiciones de nuestro ejército, y la indisputable actitud en que se hallaba de pulverizar al contrario, si por la sierra se mantenia á la defensiva, ó se decidia á iniciar un ataque de frente, cosa que rechazan todos los progresos del arte militar, elevados hoy á la categoría de ciencia, los isabelinos ocupaban en este caso una posicion ventajosa, casi inespugnable, protegida por tan excelentes obstáculos naturales, que les permitia herir á mansalva sin ser heridos fácilmente, y detener á sus enemigos sobre las orillas derechas de la Buen-agua y de las Loberas. Los nuestros se hallaban evidentemente más al descubierto de los fuegos de los isabelinos, y comprendiéndolo así el imprevisor general Echavarría, él, que no tuvo un amigo, ni un partidario, nadie, en fin, que le hiciera

vislumbrar, ya que por sí mismo no pudo alcanzarlo, el gravísimo riesgo que debia amagarle desde el instante en que se atreviera á rebasar nuestra línea, ó lo que era más peligroso aún, desde que el Duque de la Torre mandara tomar contra él la ofensiva, al ver á su extrema izquierda las numerosas tropas de Novaliches, y á su frente nuestra clara y algo descubierta línea de guerrilla, contra quien se creia muy superior por el número, disciplina y posiciones de su vanguardia, se dispone á romper las hostilidades.

Al efecto ordena al ayudanto, Sr. Gonzalez Tablas, que venga á nuestras posiciones y haga presente al señor Duque de la Torre, que está dispuesto á romper inmediatamente el fuego contra las tropas de su mando, y que en vista del proceder caballeroso que habia usado con el brigadier Lacy, se complacia poniendo anticipadamente esta resolucion en su conocimiento.

Lacy, que decorosamente no podia luchar contra nosotros, segun manifestó al general Echavarría, recibió órden de marchar por el camino de Villafranca, incorporarse al batallon del Príncipe y á las cuatro compañías de Alcántara, y regresar con estas fuerzas precipitando la marcha, para llegar con oportunidad al combate que estaba á punto de inaugurarse; pero al llegar al Guadalmellato, los cazadores de Madrid, que tenían órden de cerrar el paso, le mandan retroceder: Insiste Lacy en pasar, y el capitan Sierra echa mano al rewolver y le amenaza con él si no le presta obediencia. Obediente entónces el brigadier, retrocede á la carrera, pasa por el vado el Guadalmellato, sube por la cuesta de la Rivera la Alta, y vuela por aquellas vertientes como alma que lleva el diablo.

Llega á esto uno de nuestros ayudantes, se acerca al Sr. Duque de la Torre, y le dice que los enemigos han recibido refuerzos, que han tomado apresurada

mente posiciones, y que Echavarría avisa de que vá á á romper el fuego. Con una expresion del mas indescriptible dolor, que se mostraba en su hermoso rostro y en su simpático acento, dijo entónces: *Puesto que lo quieren, sea!* En seguida mandó apretar la cincha á su caballo, montó en él y empezó á arengar á las tropas. «No quisiera, les dice, luchar contra hermanos, pero nos obligan á ello, y es necesario aceptar el reto! ¡Vamos á luchar, pues, hijos mios, por la libertad y por la pátria!»

Ocurria esto en tanto que yo, conforme con lo que advertí al señor Duque de la Torre, trasmitía á la Suprema Junta de Gobierno de Córdoba el siguiente despacho telegráfico, cuyo penúltimo párrafo se resiente del calor apasionado que me dictaban las circunstancias, y que no suprimo porque seria faltar á la verdad de la historia.

Hé aquí pues el telégrama, que agradó de una manera extraordinaria al señor Duque de la Torre, despues de haber producido en aquel instante mismo una honda sensacion en la capital.

«Campamento de Alcolea, 28 de setiembre de 1868, á dos y veinte minutos tarde. (1)

»A mi salida de Córdoba grandes aclamaciones á V. E. El brigadier Lacy, con tres batallones que manda, quiso tomar el palacio del Capricho; pero sorprendido por el valiente general Caballero de Rodas, le ha hecho permanecer en el parage mismo de la sorpresa hasta la llegada del señor Duque de la Torre. Los generales Serrano y Caballero de Rodas y el brigadier han conferenciado en el puente de los *Yegüeros*. Le han habla-

(1) Este, como casi todos los despachos telegráficos que desde Alcolea dirigí á la Junta de Gobierno, despues de trasmitirse á otras juntas, circularon en hojas sueltas, en los periódicos locales, de Madrid, de provincias y en muchos del extranjero.

do en nombre de la libertad y de la paz pública, y todo ha sido inútil. Viendo esto le hablé yo tambien en nombre de V. E. en igual sentido, y hasta le recordé las grandes glorias á que va unido su ilustre apellido, y me manifestó que él morirá en su puesto si los generales no le dejaban prisionero, ó que se suicidaría. Mas á pesar de esta temeraria obstinacion, el general Serrano, con una generosidad que no tiene ejemplo, y que constituye una de sus mayores glorias, le ha dejado retirarse con todas sus tropas.

»¡Las aclamaciones entusiastas del ejército á sus valientes generales retumban con toda la fuerza del trueno!

»¡Se está formando para el ataque y tal vez antes de algunos momentos correrán arroyos de sangre!

»¡Caiga la responsabilidad de las desgracias que acontezcan sobre la frente de esos hombres feroces y sin amor á la pátria!

»Pronto anunciará á V. E. el triunfo de la libertad y de la justicia, su delegado en el Cuartel general de los ejércitos liberales, *Francisco de Leiva.*» (1)

(1) Cuando despues de haber redactado este telégrama, se lo iba yo dictando al telegrafista, á medida que lo trasmitia, llegaron á la oficina y se detuvieron tras de mí, mi antiguo amigo D. Bernardo Gimenez Cobo, de Villa del Rio; el Sr. Garijo y Lara, de Montoro; (despues de aquellos sucesos juez de Córdoba y hoy magistrado de una audiencia;) el señor D. Eduardo Leon y Llerena, sobrino político del Duque de la Torre, y otras personas que no recuerdo. Más al oir las palabras *antes de algunos momentos correrán arroyos de sangre*, influyeron todos conmigo para que las suprimiera, alegando para ello, que iba á producir una infundada alarma en Córdoba, puesto que si el fuego se rompia, cosa dudosa á su juicio, seria un dia ó dos despues. Por complacerlos, sobre todo á mi amigo Gimenez Cobo, sustituí las palabras *antes de pocos momentos*, con las de *antes de pocas horas*, que es como circuló el telégrama. El Sr. Garijo, como asimismo el Sr. Gimenez, oyeron en aquel mismo instante las primeras descargas de fusilería, al acabar de trasmitir el telégrama.

XXXIX.

SUMARIO.

Crítico y solemne instante que precede á la catástrofe.—Ordenes imperativas, el disparo de un fusil, la reprension de un capitan, el rompimiento del fuego, la muerte de un corneta y las palabras de otro.—Bizarría de ambas vanguardias, un nuevo telégrama y mi presencia en la escena.—Las preguntas del Duque de la Torre, la lectura por Rejano de dos telégramas y la felicitacion del general en jefe.—Un amago de dispersion de los civiles y la retirada de Rejano.—Nuestra llegada á la casa del Capricho, el entusiasmo de los primeros heridos y los cariñosos mandatos del general en jefe.—Ventaja notable de los isabelinos, su imprudente ardor, lucha titánica, Diaz Berrio con la bandera, esfuerzos inútiles, victoria de las tropas reales, refuerzos oportunos, retirada de los isabelinos y el heroismo español.-Resultado del primer combate, arenga de Echavarría, nuevo combate, nuevas imprudencias de los isabelinos, segunda derrota, es copado medio batallon de Barbastro, palabras de los prisioneros y un telégrama á Córdoba.—Tercer combate, espontaneidad de los combatientes, una parte de los cazadores de Madrid con el general Echavarría caen prisioneros, el general isabelino dá vivas á la libertad y á Prim y consigue fugarse.—Palabras del señor Bermejo, breve impugnacion, dispersion completa de la vanguardia isabelina y resultado final de los combates de nuestra extrema izquierda.

Los generales de ambas vanguardias, Echavarría y Caballero de Rodas, cada cual bajo su distinto punto de vista, habíanse mostrado desde un principio anhelosos de precipitar el momento, inminente ya, de una sangrienta y decisiva jornada. Era necesario, empero, que así sucediese: habia llegado la hora de la catástrofe, y los hombres, guiados en el laberinto de la vida por la

mano invisible, no pueden resistir al poder grande, inconmensurable y eterno que los arrastra al cumplimiento de su destino providencial.

Impaciente Echavarría porque no regresaba pronto el ayudante Gonzalez Tablas, recorria la línea de sus guerrillas, y para levantar su espíritu y excitar su entusiasmo, las arenga en favor del trono, de la dinastía y del gobierno. Les recomienda luego la calma, el órden, el silencio, la economía de municiones y la fijeza en la puntería, asegurándoles, finalmente, y esto era muy cierto, que los revolucionarios no podrian salvar el puentecillo de la Buen-agua, si habia serenidad, firmeza, energía y decision. Enemigo Caballero de Rodas de arengas y discursos, él, que deseaba más que nadie romper el fuego y cargar á la bayoneta, no imitaba á su adversario, á quien veia mover sus tropas, correr de abajo á arriba y gesticular con énfasis. Al contrario, grave, severo, imperturbable, con la vista fija en sus contrarios y con el alma anegada en bélicos ardores, solo se le oia decir de vez en cuando con laconismo espartano: *¡Verán ustedes que poca pólvora gasto yo hoy!*

Conocidos, pues, estos propósitos de ambos caudillos, todo el entusiasmo, toda la alegría, todo el regocijo excitado por las recientes escenas, habíanse trocado de un modo súbito en gravedad, en reflexion, en recogimiento. Las palpitaciones más profundamente dolorosas de la pátria parecian concentrarse en el alma de los futuros combatientes. Todo lo que se respiraba en aquel melancólico bosque, parecia siniestro y pavoroso. Habíanse alejado en él de tal manera los ruidos de la tierra, que se dejaba oir hasta la más ténue repercusion producida por el choque involuntario de las armas. El silencio, el lugar, la ocasion, la actitud, todo revestia esa majestad respetuosa, lúgubre y sombría que precede á las grandes catástrofes. Nada más ex-

traordinariamente grande, augusto, solemne: ante el aparato mortífero de la batalla, realistas y revolucionarios, hombres en el vigor de la juventud, héroes ofrecidos en holocaustos impíos, máquinas con alma humana, pálidos, inmóviles, silenciosos, meditativos, con la rodilla en tierra, con las armas afianzadas, con el oido atento y la mirada inquieta, esperaban con mortal angustia el instante fatal de la hecatombe.

La duda, cien veces más terrible que la realidad, parecia imprimir sus hábitos de muerte en aquellos pechos españoles, aun antes que el plomo ó el hierro llegara á herirles con sus golpes fratricidas.

¡Cuán cierto es que hay instantes en la intensidad de la vida, que medidos por nuestras sensaciones, se cuentan por la duracion de los siglos!

Al través de esa violenta é insostenible situacion, y, cuando una sola chispa bastaba para volar el edificio, dispárasele á un soldado de Segorbe la carabina, y este acto involuntario produce un estremecimiento general: las armas se preparan, y el piñoneo de los muelles y el crujir de las bayonetas, inducen á creer que enseguida va á correr la sangre; pero en el instante mismo en que se temia ese desastre, el capitan de la compañía reprende en alta vez al soldado diciéndole:

—¡Tunante, aquí no se hace fuego mientras que no se nos hostilice!...—

Óyese perfectamente esta reprension en las filas isabelinas, y en virtud de tan oportuna circunstancia, pudo detenerse el golpe; mas Gonzalez Tablas habia vuelto en aquel instante de llenar su cometido, y Echavarría, que con absoluta independencia de aquel involuntario suceso, estaba dispuesto á obrar, se coloca en los dedos unos guantes blancos, se los aprieta, se los abotona y se acerca luego al medio batallon de Barcelona, y le dice á su comandante Capdevila:

—*Dígale V. á su teniente coronel que mande romper el fuego.*—

El general clava entónces las espuelas á su caballo, y corre á colocarse tras la reserva de su vanguardia; mas á pesar de su órden esplícita y terminante, los cazadores de Barcelona tardan en obedecer; pero llega el capitan de estado mayor, Sr. Villalonga, y dirigiéndose á D. Pablo del Pozo, le grita diciendo con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señor teniente coronel, que rompa el fuego enseguida ese medio batallon!—

Todavia se prolongaba por las gargantas de la sierra el eco producido por aquel fatídico mandato, cuando se dejó oir este otro grito lanzado al aire con estentóreo y sepulcral acento: *¡Corneta toca á fuego!...*

El corneta comenzó, en efecto, el toque que se le ordenó; mas no pudo terminarlo: ¡cae al suelo acribillado á balazos!...

Al lado del general Fernandez Caballero de Rodas grita entónces su corneta de órdenes:—*¡Olé, olé! ¡ya se armó!...*—

Las músicas isabelinas comienzan á tocar la marcha real y las nuestras el entusiasta himno de Riego.

—¡Viva la reina!—decian los unos.—¡Viva la libertad! —contestan los otros.

Las descargas cerradas que al principio se cruzan con suma rapidéz, son reemplazadas por un fuego graneado vivo é incesante; el número de muertos y heridos se eleva desde luego á una cifra considerable; isabelinos y revolucionarios defienden con vigor sus respectivas posiciones; nadie allí cede ni un solo palmo de terreno, y todos procuran cumplir heróicamente con los deberes impuestos por el honor militar.

Al oir las primeras detonaciones vuelvo á la estacion telegráfica, hago trasmitir un segundo telégrama á

la Junta de Gobierno, monto enseguida á caballo, parto luego á la carrera, y llego tras de las ventas de Alcolea, donde á retaguardia de las fuerzas de la guardia civil de infantería, y acompañado del escritor D. Sebastian Rejano de Tejada, se hallaba el generalísimo Duque de la Torre.

—¿Ha trasmitido V. á la Junta, me dijo al verme, el despacho telegráfico de que hablamos?—

—No solo un telégrama, le contesté, sino que he trasmitido dos, cuyos son estos, que pongo á su disposicion.—

—Tómelos V. y léalos, Rejano, dijo el generalísimo, y veamos qué ha dicho el señor representante á sus colegas.—

Rejano alargó la mano, tomó de las del Duque los dos despachos, desdobló uno de ellos y con voz alta, clara y distinta leyó:

«A la Junta Soberana de Córdoba el Vocal y Delegado de la misma en el cuartel general de los ejércitos liberales.

»Campamento de Alcolea tres y cuatro minutos tarde 28 Setiembre 1868.

»Se acaba de romper el fuego. Vengan médicos, cirujanos y practicantes para curar los heridos y trenes para conducirlos. La artillería está funcionando. (1) Vuelo al lugar del combate.»

Cuando el generalísimo acabó de darme la enhorabuena, segun sus mismas palabras, por mi prevision y oportunidad, respecto de mis cuidados para con los heridos, Rejano leyó con entonacion magistral el despacho telegráfico con que termino el anterior artículo,

(1) No se habia roto aún el fuego de cañon; pero desde la oficina del telégrafo, donde retumbó la primera descarga cerrada, al tiempo mismo en que acababa de trasmitir el último despacho, me lo pareció así.

y cuyos cuatro últimos párrafos produjeron en el Duque, que hasta entónces no creyó de veras que se rompiese el fuego, una viva y profunda sensacion.

—Muy bien redactado, señor representante, me dijo el generalísimo al terminarse su lectura, y doy á usted por ello la mas cordial enhorabuena.—

—El Sr. de Leiva, mi general, repuso mi amigo y paisano Rejano, es escritor.—

Comenzaba yo á espresar mi gratitud al generalísimo y al Sr. de Rejano, tanto por esas cuanto por otras frases lisonjeras que con exceso me prodigaban, cuando á nuestra espalda se le dispara á un guardia civil la carabina, hiere gravemente en una mano á uno de los cornetas, y al ruido que produce la detonacion del uno y los ayes lastimeros del otro, se rompen súbitamente las filas y entra en ellas la confusion; pero las voces enérgicas de *¡quietos! ¡eso no es nada! ¡al suelo! ¡al suelo!* vertidas por el generalísimo, restablecen el órden y vuelve la confianza entre aquellos desalentados civiles.

—Rejano, dijo enseguida el señor Duque, la presencia de V. en este sitio no es necesaria, y ya que el señor representante no quiere separarse de mí, porque tiene deberes que cumplir como delegado de la Junta de que forma parte, le ruego á V. se retire á otro parage en que me evite el disgusto de verle expuesto sin necesidad y sin provecho.—

Lejos ya de nosotros Rejano, el señor Duque y yo nos pusimos en marcha y llegamos á la casa del Capricho, en cuya puerta nos detuvimos en el instante en que empezaban á llegar, con procedencia de la orilla derecha del arroyo de la Buen-agua, los primeros heridos arrojando la sangre á borbotones y gritando algunos con acento ronco y otros con voz doliente y lastimera:

¡Mi general, viva la libertad, viva la libertad!—¡Socorro, madre mia de mi alma, socorro que me muero!—

– Vamos á la enfermería á curarse, les contestaba el generalísimo con paternal solicitud, á curarse que eso no es nada... hijos mios, eso no es nada.—

Hé dicho en los párrafos anteriores que el fuego se corrió con suma rapidéz por ambas filas; que á las descargas cerradas habia seguido un fuego graneado vivo é incesante; que la mortandad comenzó á ser desde luego horrorosa; que los unos y los otros se mantenian en sus respectivas posiciones; que nadie cedia en aquella fratricida lucha ni un solo palmo de terreno; que todos procuraban llenar heróicamente los deberes impuestos por el honor militar, y ahora debo decir, que hacia ya más de media hora que se sostenia esa lucha porfiada, terrible y desastrosa en la que los de Echavarría llevaban la mejor parte, porque lejos de atacarlos con las numerosas fuerzas de que disponíamos por ambos flancos á la vez que por retaguardia, que eran los tres puntos vulnerables que descubrian, solo nos limitamos á contenerlos con tibieza por su derecha y á permanecer á la defensiva por el frente, esto es, por donde su bien establecida línea de fuegos cruzados nos encontraba á pecho descubierto desde sus naturales y seguros atrincheramientos.

Si aprovechando, pues, los isabelinos, este peligroso sistema, se hubieran mantenido en el ventajoso límite de sus posiciones, no solo tenian tiempo para aniquilar nuestras guerrillas y los refuerzos que fueron recibiendo, sino esperar á que se les incorporasen las tropas que esperaban por la sierra, y para que el grueso de su ejército llegase por la llanura hasta el puente de Alcolea. Esto y solo esto era lo que en aquella hora podia salvarlos de la catástrofe. Pero en

vez de obrar con esa discrecion y esa prudencia, aconsejadas por el comun sentido, invierten el órden natural de las cosas, y con la espontaneidad que en uno y otro campo obraban jefes, oficiales y aun soldados, se disponen á lanzarse por la resbaladiza pendiente de una atrevida y peligrosa aventura, que, despues de cubrirlos de una reputacion inmortal, debia precipitarlos en los abismos insalvables de una completa ruina.

Convencidos, en efecto, de las ventajas que les daba nuestra falta de verdadera iniciativa, como asimismo de los estragos que habian causado en nuestras filas, ya algo claras por cierto, al oir los ecos producidos por dos cañonazos, que marcan el lejano avance de Novaliches, miran á su izquierda, ven cerca de sí, en la opuesta orilla, la caballería de Girgenti, y dejándose arrastrar de un imprudente temerario ardor, salen ligeros como el rayo de sus ventajosas posiciones, pasan por su frente el arroyo de la Buen agua y por su derecha el de las Loberas, é inician con enérgico y violento impulso un rudo ataque á la bayoneta. Nuestras guerrillas los esperan, los enemigos llegan, y entónces, de hondonada en hondonada, de repecho en repecho, de altura en altura, de piedra en piedra, de arbusto en arbusto y de rama en rama se empeña un combate pertináz, feroz y sangriento, en que los fuegos á quema-ropa y el uso del arma blanca ejercen todo el poder de su terrible ministerio. Los *vivas* á la libertad se mezclan con los *vivas* á la reina, así como los ayes lastimeros con las más horribles blasfemias. El encono más concentrado, la ira más vertiginosa, la desesperacion más inaudita, en fin, se retrata en aquellos rostros descompuestos; hierven los pechos irritados, y de los lábios secos por el calor, negros por la polvora y contraidos por las violentas agitaciones del ánimo, salen las amenazas de esterminio como la ardiente lava por la boca de los volcanes.

Si los liberales entusiasmados gritan *¡viva la libertad!* los isabelinos enfurecidos contestan *¡muera Serrano!* y en su creciente ira se arrojan sobre nuestros vivos y muertos, les arrancan del brazo el distintivo encarnado, y con fiereza indescriptible los precipitan por peligrosos derrumbaderos.

La vanguardia isabelina, pues, ménos numerosa que la nuestra, pero inflexible como el destino, dura como el acero é impetuosa como el torrente, arrolla cuantos obstáculos se oponen á su marcha victoriosa, mientras que los nuestros, aunque desalentados, hacen esfuerzos inauditos, más que para vencer al enemigo, para salvar la vida é impedir la vergüenza de la derrota. Valcárcel, comandante de los cazadores de Segorbe, con diez y siete de sus oficiales y gran número de soldados, caen muertos ó heridos; y á pesar de los esfuerzos del teniente coronel, Sr. Grasses, los restos de su batallon se declaran en retirada, arrastrando en ella á los de Tarifa y Simancas. Los instantes eran críticos, y el teniente coronel, coronel graduado, D. Juan Diaz Berrio, para evitar que el segundo batallon de Cantábria fuera envuelto, como para impedir la completa dispersion del primero, á cuyo frente se hallaba, coge de manos del alférez Cortés la bandera del regimiento, arenga con breves pero enérgicas frases á los soldados, y se lanza sobre el flanco derecho de los enemigos. Al ejemplo de Diaz Berrio, los subalternos de más brios al frente de sus compañías; los jefes á la cabeza de sus descompuestos batallones; el brigadier Alaminos por nuestra izquierda; el brigadier Salazar por nuestro frente, y el general Caballero por todas partes, procuran con la palabra, el ejemplo y los golpes, que la tropa vuelva á ocupar sus respectivas posiciones; pero soldados, oficiales, jefes, brigadieres y general, impotentes para contener los progresos victoriosos de los isabelinos,

empiezan á retroceder todos hácia la orilla izquierda del arroyo de los Yegüeros: un momento más y la derrota más grande, más vergonzosa y de más transcendentales consecuencias para nuestro ejército, hubiera sido el resultado inmediato, necesario, inevitable, fatal de nuestro *generoso sistema defensivo.*

Al vislumbrar este cuadro verdaderamente desgarrador, parto con mi caballo á carrera tendida; llego enseguida á la cuesta del Capricho, y el generalísimo, que á juzgar por mi exterior comprende sin duda que algo desagradable me afecta, se digna hacerme la siguiente pregunta:

— Vamos á ver, señor representante, ¿qué es lo que por ahi ocurre? —

—Lo que ocurre, mi general, le respondí con acento intencionado, es *magnífico.*—

Ignoro, repuso, en qué pueda consistir esa magnificencia de que V. me habla. —

— Consiste solo, le contesté, en que el grueso del ejército real avanza apresurado por la llanura; en que por cada uno de nuestros numerosos heridos, y bajo el caritativo pretesto de acompañarlos, se separan otros muchos soldados del combate; en que por las alturas de la sierra corren algunos pelotones de los nuestros á la desbandada; en que la vanguardia isabelina acomete con tanta fúria á la nuestra, que ya retrocede de una manera lamentable hácia la orilla izquierda del arroyo de los Yegüeros, y finalmente, en que por este sistema de permanecer á la *defensiva*, teniendo como tenemos tropas bastantes para envolver al enemigo y evtar la efusion de sangre, sospecho que antes que llegue la noche nos vamos á quedar sin ejército... —

—Rectifique V., señor representante, sus juicios; yo se lo ruego: el Sr. Caballero de Rodas es un entendido y bizarro general; sabe muy bien lo que se hace y si viera...—

—Ni niego su pericia ni su acreditado valor, repuse interrumpiéndole; pero sospecho que por no confesar que se engañó, al verter en el arroyo de los Yegüeros aquellas palabras que causaron á V. tan justo enojo.. creo que es capaz de dejar que lo despedacen.—

Lejos de contestarme el generalísimo, saca el reloj, lo consulta, reflexiona algunos segundos, y comprendiendo que de la conducta que observara dependia el éxito de la batalla, y acaso el triunfo de la revolucion, con tan felices auspicios iniciada, se dispone á mandar sin duda que se tome la ofensiva contra la vanguardia isabelina, en el momento mismo en que el teniente de la remonta, D. Emilio Gutierrez Cámara, ayudante de campo del general Caballero de Rodas, venia en nombre de éste y con el caballo tendido á la carrera por algunos batallones para reforzar nuestra abatida, deshecha y desalentada vanguardia, cuyos dispersos, fugados, contusos, heridos y muertos se elevaba á una cifra casi fabulosa.

Ni la ocasion podia ser más crítica ni más apremiante y urgentísimo su remedio.

La brigada Taboada, apoyada por la brigada Enriles Hernan, marcha casi á la carrera tras el Sr. Gutierrez Cámara; cruza el arroyo de los Yegüeros, sube á lo alto de la mesa del mismo nombre, hacen fuego en columnas cerradas por batallones, y los isabelinos, impotentes ya para resistir este violento y poderoso empuje, retroceden en desordenada y veloz carrera hasta ganar las opuestas orillas del arroyo de la Buen-agua, dejando en nuestro poder sus muertos, sus heridos y varios oficiales y soldados prisioneros.

Habia tenido lugar, pues, un combate tan breve como sangriento, digno de la epopeya de Homero. Faltan á la exactitud los que afirman, sin haberlo visto, que se peleó sin brio, sin corage, sin encono, sin desespera-

cion. La lucha fué tal, que si los extranjeros, émulos de todas nuestras glorias, hubieran podido observarla, habrian comprendido que allí, en el barranco y alturas de la Buen-agua, entre amigos, compañeros, hermanos é hijos de una misma pátria, ofrecian todos al mundo un espectáculo sin ejemplo en los anales de la historia militar, y que prueba la grande é inconmensurable altura en que raya el heroismo de las tropas españolas. No soy poeta, ni mi pluma tiene el colorido de Xenofonte, ni la sencilléz de César, ni la concision de Tácito, para describir cual se merece un hecho tan digno de eterna memoria; pero lo consigno en estas desaliñadas páginas, para que otros con el talento que me falta y con el patriotismo que me caracteriza, puedan, si á bien lo tienen, trasmitirlo con la belleza y gallardía de su lenguaje á las generaciones venideras, como suceso que merece el estudio reflexivo, la piedad y admiracion de los hombres.

Los combates, empero, entre ambas vanguardias, no estaban aún terminados.

Hubo un momento de reposo, porque en vez de seguir nuestras tropas á las del gobierno, desalojarlas de sus posiciones, envolverlas y aprisionarlas, mantuviéronse sobre la orilla derecha del arroyo de la Buen-agua, como homenage rendido al valor heróico, y para dar tiempo á que ambas vanguardias, completamente deshechas, pudieran reorganizarse. Tan lamentable era el estado de la nuestra, que el teniente coronel de los cazadores de Segorbe, Sr. de Grasses, se presentó con unos cien soldados al Sr. de Salazar diciéndole con acento ronco y ánimo compungido:

—Mi brigadier, vea V. aquí las únicas fuerzas que han quedado de mi batallon: todos los demás son muertos, heridos ó prisioneros.—

Los de Segorbe, aunque reclutas del último reem-

plazo, eran los que sin duda habian sufrido más bajas. Habian peleado con valor y heroismo, pero sus posiciones descubiertas al fuego de los enemigos, los habia horriblemente diezmado, haciéndoles retroceder casi á la desbandada, arrastrando en pos de sí, como he dicho antes, los demás batallones de cazadores. Las sinuosidades del terreno permitian la ocultacion de los fugados, y cuando los isabelinos rebasaron la línea de sus posiciones, y el órden empezó á restablecerse, acudieron unos trescientos cazadores de Segorbe, que sin noticia de su jefe se hallaban en una hondonada. Muchos, entre otros, siguieron este ejemplo, y nuestra vanguardia empezó á ver repuestas sus filas. La situacion era tal, que el comandante del batallon de los rurales, Sr. de San Pedro, que como es sabido, ocupaba las alturas, detenia en su poder, con la fuerza de su mando. varios pelotones de isabelinos y revolucionarios, en su fuga por la falda de la sierra; que el guarda de campo Francisco Gimenez (a) el Bolote, condujo por escusadas sendas á otros fugados, sin que de ello se apercibiesen sus respectivos jefes; y que hasta yo mismo, avisado por un pastor, trage á unos cuantos de distintos cuerpos, que, huyendo por el arroyo arriba de la Buen-agua, habian ido á refugiarse, despues de repasar por lo alto el de los Yegüeros, á la última zahurda de Pendolillas.

Ocurria esto á las cuatro y cuarto y diez minutos de la tarde, hora en que la artillería enemiga rompe á larga distancia el fuego, que es por nuestras baterías inmediatamente contestado.

Echavarría, que nada habia aprendido con las lecciones de tan reciente como dolorosa esperiencia, al oir los primeros cañonazos y ver cerca de sí, sobre su izquierda, el grueso del ejército de Novaliches, aparece en lo alto de la mesa del Juagalzar; forma en columna

de combate medio batallon de cazadores de Barbastro con su bandera; lo sitúa en la eminencia que se levanta sobre el nivel de la márgen izquierda del arroyo de las Loberas, comienzo de la loma de Enmedio, ó sea Jaraloncillo de Pendolillas; lo arenga diciéndole que jamás ha faltado á sus deberes militares; que es preciso regar con sangre su juramento de fidelidad al trono; que se necesitaba un esfuerzo más para conseguir el triunfo, y que apelaba al heróico valor no desmentido de las tropas de su mando. Llega despues á la orilla izquierda de la Buen-agua, y por la parte en que este arroyo desemboca en el acirate del Guadalquivir, arenga del mismo modo á los cazadares de Barcelona, y ordena quede con ellos el teniente coronel Golfin y el comandante de estado mayor Villalonga. Recorre luego la línea de sus guerrillas, inflamándolas con el poder de su elocuencia militar; colócase enseguida tras de las reservas de su vanguardia y el fuego de la fusilería, al mismo tiempo que con lentitud continúa el lejano de cañon, se hace más vivo, màs nutrido, más incesante. Nada detiene el esforzado espíritu é indomable valor de los isabelinos: los cazadores de Madrid inician por su frente un ataque á la bayoneta; arrastran en igual sentido y por ambas alas á los batallones de Barcelona y Gerona, rebasan por segunda vez los arroyos de la Buen-agua y de las Loberas, apoyados allí por sus respectivas reservas, y arremeten los unos y los otros con tan tremenda fúria, que en aquellas cuestas y hondonadas, tantas veces regadas con la española sangre, se repiten nuevos é indescriptibles actos de valor y de heroismo.

¡Viva la reina! gritaban en su desesperada acometida, mientras que los nuestros los repelian gritando con igual entusiasmo *¡viva la libertad!*

No era posible que durase, empero, tan desigual

combate. El general Caballero de Rodas, que de intento les habia dejado avanzar, adelantó sus batallones, para encerrar á los contrarios en una estrecha línea de circunvalacion. Aguardaba, en efecto, ese momento crítico en que los militares, por medio de un movimiento atrevido, dan un golpe decisivo á su adversario. Echavarría, que veia debilitarse el empuje de su vanguardia, hacia cuanto le era posible para mantener el esforzado aliento de unas tropas, que, agobiadas por el triple número de las nuestras, pasaban del ataque á la defensa, y que, cediendo palmo á palmo el terreno, volvian algo desordenadas á ocupar sus primitivas posiciones.

Llega en este momento á Alcolea, conducido por el ferro-carril, un brillante batallon de marina; salta de los coches dando entusiastas vivas á la libertad; corre ostentando sus bayonetas-sables al lado de Caballero de Rodas, quien en aquel mismo instante dispuso un ataque general de infantería por ambos flancos, y que su escolta de carabineros de caballería, compuesta de 30 ginetes, bajo las órdenes del capitan, teniente de la comandancia de Cádiz, D. Lúcas Fernandez Vicente, diese, como en efecto dió, una tan rápida é impetuosa carga, que al entrar por el puentecillo de la Buen-agua, descargando á diestro y siniestro terribles cuchilladas, produjo en la vanguardia isabelina la retirada, la confusion, el espanto y el terror, creyendo que les cargaba todo un regimiento.

Al ver los primeros síntomas de este desórden de los enemigos, una parte del regimiento infantería de Cantábria, que se hallaba en la zahurda de las Loberas, á las órdenes del brigadier Alaminos, y que bajaba por el Jaraloncillo de Pendolillas, sale al encuentro del medio batallon cazadores de Barbastro, que procuraba huir de el de Simancas. La situacion de estos enemigos no podia ser más alta y profundamente comprometida:

tenian á su derecha á Cantábria, á su izquierda á Simancas, á su frente el arroyo de las Loberas y á su retaguardia el del Carnerero. Sorprendido en esta colocacion táctica, que le diera su mismo general, retrocede en cuanto lo permite aquel terreno estrecho; se apiña como un solo hombre, y despues de una breve, pero ligera resistencia, el bizarro comandante de Barbastro, Sr. de Zavala, vertiendo lágrimas arrancadas por la ira, se rindió prisionero con sus cuatro compañías y su bandera.

Los nuestros, que no tenian órden para avanzar demasiado, regresan con esos y otros prisioneros, en cuyos rostros airados por la pelea, se retrataba cierto matiz de justificado orgullo. Al ver el señor brigadier Salazar entre ellos á su ahijado, el jóven subteniente de cazadores de Madrid, D. Pio Mendiri, que tanta celebridad adquirió más tarde en las filas carlistas, le llama y le dice con la familiaridad afectuosa que tenia costumbre de tratarle:

—Ven acá y dame esos cinco, hombre, que estás entre tus amigos, compañeros y hermanos.—

—No soy ni quiero ser, le respondió su ahijado con altanero orgullo, amigo ni compañero, ni hermano de V., ni de los suyos. Yo no soy mas, añadió volviendo la espalda, que un prisionero de guerra que no transige ni transigirá jamás con *rebeldes*...—

La clase de tropa quedó con nosotros en Alcolea, y el jefe y los oficiales, gracias á la benevolencia del señor Duque de la Torre, con sus espadas y rewólvers y en completa libertad, les permitió marchar en el segundo tren de heridos que partió para Córdoba.

Hé aqui el telégrama que antes de su llegada hice trasmitir á la Junta de Gobierno:

«Excelentísimo señor:

»Los enemigos son lanzados enérgicamente de sus

posiciones. Se nos han pasado compañías enteras y otras han sido prisioneras. Hay de una y otra parte grandes pérdidas.»

Aquí parecia que iban á terminar los combates del bosque; pero nada más lejos de esto. Rota y casi disuelta la vanguardia isabelina, vuelve en sí ante el nutrido fuego de su artillería que empieza: se reorganiza en las alturas de la mesa del Juagalzar, y obligada por la fuerza irresistible de las circunstancias, que cada vez le eran más profundamente adversas, cambia de posiciones, pero no de valor ni de propósitos. La lucha se establece de nuevo entre las vertientes del Guadalquivir, en lo alto de la mesa del Juagalzar, entre los arroyos de las Loberas y del Carnerero, ó lo que es lo mismo, enmedio del raso Largo y canteras de Espinosa, y aunque menos tenáz, menos desesperada y menos sangrienta, se mantiene por los unos y por los otros con inaudito valor. No hay concierto en el ataque ni en la defensa: la espontaneidad del soldado, del cabo, del sargento, del oficial; el más osado é inteligente es el que dirige aquellos parciales y sangrientos combates que se verifican acá ó allá sin táctica, sin regla, casi sin objeto.

Tantos esfuerzos heróicos se perdian y tanta sangre española se derramaba, enmedio de aquella general y determinante disolvencia, cuando el general Echavarría aparece en uno de aquellos parages en que las ventajas estaban de parte de los suyos. Colócase al frente de dos compañías de sus reservas, y despues de pedirles *un último y supremo esfuerzo*, y de darles un entusiasta *viva á la reina ¡valientes seguidme!* les grita lanzándose á la carrera por una hondonada, y cae sobre la izquierda de Cantábria en el instante mismo en que los envolvian por la derecha sus cazadores de Madrid, dejándolos en el centro de ambos fuegos. Can-

tábria pareció quedar envuelto, perdido; pero Borbon, que se hallaba emboscado en un repecho, al ver en peligro á su compañero, se precipita á la bayoneta sobre la derecha de los de Madrid y los pone en precipitada fuga, dejando prisioneras en su poder las fuerzas que constituian su reserva, y, con ella al general D. José Ignacio de Echavarría, Marqués de Fuente-fiel.

Los de Borbon rodean al general isabelino y le gritan *¡viva la libertad! ¡viva la libertad!* y Echavarría contesta afirmativamente y al parecer entusiasmado, añadiendo con fraternal entonacion: *¡Todos somos unos, muchachos, todos somos unos!* Los de Borbon le vuelven á gritar: *¡viva Prim! ¡viva Prim!* Mas como á esto no contestara, un sargento le agarra las bridas del caballo; el abanderado le amenaza con la alabarda del asta de la bandera; los soldados le apuntan con la boca de las carabinas; todos le amagan con la muerte, y todos le gritan más y más entusiasmados: *¡viva Prim!..*. Echavarría, aturdido sin duda, al través de este tumulto de voces trágicas, y viendo, como suele decirse, la muerte al ojo, parece que hubo de complacerlos. Entónces deponen su actitud amenazadora, y los unos le estrechan la mano, los otros los piés que tenia en los estribos, los más le victorean con el mayor entusiasmo, y todos reunidos retroceden dando vivas á la libertad y á Prim hácia nuestras posiciones.

Niega el Sr. Bermejo en su obra *La Estafeta de Palacio*, (tomo III páginas 111 y siguientes) que Echavarría, con quien conferenció acerca de estos sucesos, hubiera secundado los vivas que le exigian los de los de Borbon, y con este motivo se espresa en los siguientes términos:

«Reprodújose el «viva á Prim,» y el general hizo semblante de no preocuparle la demostracion en pró de aquel rebelde, y aparentó gran serenidad, pero sin

enagenarse de la idea de buscar su salvacion, puesto que su vida corria allí grande peligro. Asaltóle de súbito una idea á la imaginacion. Despues del rudo combate sostenido y de la sangre vertida, ¿puedo yo, se preguntaba Echavarría, presentarme en el campo del Duque de la Torre, como unido, con mengua y apóstasía, á los sublevados, sin que haya quien sospeche que me he dejado subyugar por el temor ó por el cálculo de la medra? Esta consideracion hubo de excitarle profundamente, y resolvió fugarse sin demora y á riesgo de ser asesinado allí ó de perecer en la huida. Dominándose, y como si no se diese cuenta de lo que sucedia, volvió grupas al caballo por entre la tropa, lo encaminó hácia donde habia más claros, y dando espuelas salió á rienda tendida. La sorpresa trajo la inaccion de los soldados que esto contemplaban; los cazadores de Madrid siguieron á su general, y la fuerza sublevada, por un movimiento natural y que se esplica, rompió el fuego sobre los fugitivos. El tiroteo fué flojo, porque despues de dos horas de lucha no se habian presentado señales de encono entre las tropas de uno y otro bando. Además, el combate de la artillería de los dos ejèrcitos, era á la sazon muy empeñado; los jefes de los insurrectos debieron prestar ya grande atencion en él, y á esto debió atribuirse á que no fuese perseguido Echavarría y que poco á poco viniese á cesar el fuego, haciéndose solo algunos disparos alternados por los soldados más tenaces que siempre quedan sueltos sobre el campo en casos semejantes.»

Lo cierto, atestiguado entónces en el campo de batalla, repetido despues por jefes y oficiales, y aconsejado por la luz natural, es, que Echavarría inspiró confianza á los de Borbon porque accedió á sus apremiantes y fogosas reclamaciones. De otro modo ¿no le hubieran hecho apear del caballo, ya que no le hubie-

ran muerto, y conducido como prisionero de guerra? Inspiró, como hé dicho antes, la más completa confianza, y marchaba con ellos como amigo y hermano, y aun se aseguró entónces, que bajo su palabra de honor empeñada. Pero cuando vió, como suele decirse, un claro de luz, clavó fuertemente las espuelas á su caballo y partió á toda carrera, gritando á los suyos que encontraba en su inesperada y rápida fuga: *¡Muchachos, en retirada... en retirada!...*

Hasta ese instante la vanguardia isabelina habia peleado con un heroismo, que en una guerra de otra clase le habria conquistado una reputacion europea, digna, como he dicho antes, de la epopeya de Homero, y de pasar á las generaciones venideras; pero nuestros repetidos ataques de frente y por ambos flancos; los numerosos muertos, heridos, contusos, prisioneros y dispersos que le habian considerablemente mermado, la ausencia de todo auxilio, el cansancio, la fatiga, el hambre, la sed, el ejemplo que le diera Lacy y el que acababa de darle Echavarría, debilitaron de tal manera aquellos espíritus bizarros y animosos, que los unos huyen casi á la desbandada por lo alto ó por las faldas de la sierra; los otros se arrojan por despeñaderos fracturándose los miembros de una manera horrible en su caida; los más corren en el mayor desórden para ganar la orilla derecha del Guadalmellato, y la confusion llega hasta el punto de que los cazadores de Madrid disparan equivocadamente sus armas contra sus compañeros los de Barcelona.

La súbita é inesperada conducta de Echavarría; motivó, es cierto, que nuestros soldados quedasen inactivos; mas repuestos instantáneamente de la primera sorpresa, disparan sus armas sobre el fugitivo y los suyos; los persiguen á la carrera por las mismas asperezas y accidentes del terreno, lo que acrecentaba en

las filas enemigas el desórden, la confusion y el terror; pero cercanos los nuestros al término del Juagalzar, y cuando los pelotones de nuestros adversarios corrian ya sin aliento, el guia Francisco Gimenez (a) el Bolote, se detiene y dice al jefe más caracterizado:

—Señor, si seguimos á esa gente vamos á llegar corriendo y sin resultado hasta las puertas mismas de Madrid.—

Merced á esta oportuna ocurrencia, tan natural en el carácter vivaz y chistoso de nuestros paisanos, el jefe de los revolucionarios se detiene, reflexiona, y convencido de la verdad salida de lábios del campesino, retrocede á nuestras posiciones.

Echavarría se detiene á su vez antes de bajar á la profunda y estrecha hondonada de los Piconeros y las Rosalas, que preceden á la desembocadura en el puente del riachuelo de Guadalmellato. Allí, despues de un valiente rato de espera, se le une el capitan Gamarra y el coronel Andia con el primer batallon del Príncipe, al mismo tiempo que los dispersos pelotones de Barbastro, Barcelona, Madrid y Gerona. Estos restos de aquella tan heróica vanguardia forman por batallones, cuyas filas se aumentaban por instantes con los dispersos que confluian por distintos caminos, veredas y regajos. Llega la hora de marchar, ¿mas cuál era el camino que debian seguir? Todos los militares instruidos que allí habia sospechaban, y con sobrada razon por cierto, que nuestras tropas tenian ocupadas las alturas que por aquella parte pueden cerrar el paso al riachuelo Guadalmellato. Pero despues de algunas vacilaciones, practican un reconocimiento en el terreno, y habiéndole encontrado limpio de embarazos, la vanguardia cruza el riachuelo por su puente y por su vado, dejando en las alturas que dominan cada uno de estos un batallon de infantería para su custódia y defensa.

Luego que esto se hubo verificado, Echavarría subió con el resto de su vanguardia á la cima de Ribera la Alta, y enarbola sobre lo alto del caserío una bandera blanca. Hacia tiempo que reposaba allí, cuaudo empezaron á llegar, por el camino de Villafranca, los brigadieres Lacy y Trillo con los batallones primero del Príncipe, cazadores de Alva de Tormes y las cuatro compañías de cazadores de Alcántara.

Uniósele tambien, empapado de agua y tiritando de frio, el sagundo batallon del regimiento infantería del Príncipe, con su coronel D. Manuel Andía y el capitan de estado mayor Sr. de Gamarra.

Tal fué el resultado inmediato de aquellos breves y sangrientos combates tan llenos de hazañas, encuentros, reveses y victorias.

La curiosidad se despierta, antes y más aún despues de los sangrientos combates del bosque, por conocer la verdadera actitud del grueso del ejército de la reina. ¿Dónde está, qué posicion conserva, en qué se ocupa, cuáles son sus propósitos, por qué se demora tanto en romper las hostilidades, cuándo las detonaciones de las armas y el humo de la pólvora le anuncian el inminente peligro en que se halla su vanguardia, y qué le ocurre, finalmente, en su tránsito hasta llegar cerca del puente de Alcolea?

Hé aquí las preguntas que se hacen hasta los espíritus menos reflexivos al acercarse á esos graves é inconcebibles acontecimientos.

Testigo ocular y autor en aquellas memorables jornadas, pretendo arrojar, en el siguiente artículo, un rayo de clara luz sobre el fondo oscuro que las vela.

XL.

SUMARIO.

Situacion de la mayoría del ejército real y entretenimiento de su general en jefe.—Llegada por segunda vez del ayudante del brigadier Lacy, el consejo de generales, las opiniones de Vega é Inclán y la conformidad de Novaliches.-Oyese fuego de fusilería, confusion y llegada de Gamarra y nueve envio de tropas á Pendolillas.—Conducta, palabras, actos del Principe Conde de Girgenti y dolorosa exclamacion de Novaliches.—Dominada la confusion, el ejército real forma en órden de batalla y en esta forma avanza y hace dos disparos de cañon que enseguida son contestados.—La retirada de nuestras descubiertas, la órden del Duque de la Torre y el fuego de ambas artillerias. —Reconocimiento de Novaliches y sus órdenes apremiantes.—Ardimiento del combate, retroceso de algunas piezas enemigas, herida del teniente coronel Estevan, muerte de varios artilleros y diálogo breve entre Novaliches y Sartorius.—Ceguera del caudillo de la reina, acierto de Lopez Dominguez, incendio de un cortijo, descargas sospechosas y un consejo del Duque de la Torre.—Los entorchados sirviendo de punteria, bromas del Duque de la Torre, un consejo prudente, la retirada, un diálogo en la cuesta del Capricho y una recompensa.—Una pesada broma del general Izquierdo, una mision quijotesca, una tentativa atroz, una desgracia terrible, un discurso en el puente de piedra, unas observaciones útiles, atencion del Duque de la Torre, más bromas del general Izquierdo y un mandato imperativo.

La mayoría del ejército de la reina, acaudillado por el Marqués de Novaliches, permanecia en el parage mismo en que le dejamos, esto és, apoyando su flanco izquierdo sobre la cuesta de la Rinconada de los Cansinos; su flanco derecho sobre la orilla izquierda del Guadalquivir; su retaguardia sobre las faldas de los

cerros de las Cumbres; su frente sobre la márgen derecha del estrecho y profundo arroyo de los Tejedores, y la vanguardia en la llanura de Casa-Blanca.

Allí, sin dar señales de comprender las transcendentales consecuencias de sus múltiples, variadas y contradictorias determinaciones, el general en jefe mantenia su ejército en el más completo descanso, en la más absoluta inaccion: los generales reposaban en sus tiendas de campaña; los jefes de estado mayor seguian levantando planos topográficos; los ingenieros se ocupaban en terminar la rampa que debia permitir el paso de la artillería á la carretera vieja; la administracion militar distribuia algunas raciones á los cuerpos; los asistentes cocinaban acá ó allá las aves que pudieron hallar en los caseríos inmediatos, y la caballería y artillería piensando el ganado, ó bajándole á beber en el Guadalquivir.

Marcaba el reloj las dos y media de la tarde, y el Marquès de Novaliches, ocupado tal vez en madurar sus ocultos proyectos, mantenia sus tropas en esa injustificada y peligrosa actitud á seis ó siete kilómetros de Alcolea. ¿Qué esperaba, pues, el caudillo de la reina para levantar el campo? Hé aquí lo difícil, si no lo imposible de adivinar, al ménos, de una manera satisfactoria, aun conocidas sus anteriores instrucciones. Porque, en efecto, si esperaba á que el general Echavarría ó los brigadieres Lacy ó Trillo le franqueasen el paso por el puente de Alcolea ¿no era natural que avanzase hasta ocupar con su artillería las inmejorables posiciones que le dominan? Esto le ponia en la aptitud de favorecer á los suyos en la circunstancia probable de encontrarse, como se encontraron, con fuerzas superiores que les cerraran la marcha, á la vez que le evitaban hacer disparos peligrosos, marchar con rapidéz y sin debido y ordenado concierto, y acercarse

al anhelado parage en la hora en que solo pudiera recibir un triste y doloroso desengaño. Y si esperaba á que el generalísimo incurriese, como ya dije antes, en la culpable torpeza de salir á la llanura, dejando á su espalda un puente, para atacarle en la ventajosa posicion que ocupaba, tras de la orilla derecha del arroyo de los Tejedores ¿por qué no mandó que su vanguardia se alejase inmediatamente del grave peligro que le amagaba en nuestra extrema izquierda? El generalísimo no podia salir al llano, aunque tuviera estos propósitos, que ciertamente no los tuvo, sin aniquilar antes, como podia hacerlo, y al fin lo hizo, al enemigo que hacia horas tenia á su vista. Mas si no creia ser atacado por la llanura ¡con cuanta más razon debió lanzarse por ella con su artillería, caballería y algunos batallones, en tanto que todos los restantes cruzaban el Guadalquivir por el vado para ir á su extrema derecha á pelear con todas las probabilidades del triunfo!

La noche se hacia en la inteligencia del Marqués de Novaliches, y, acaso soñaba con la proximidad de una completa victoria, y tal vez le sonreia la idea de tener un Alcolea, como Espartero tuvo un Luchana y como Leon tuvo un Belascoain, cuando el ayudante del brigadier D. Mariano Lacy y Hernandez, que horas antes le habia anunciado que ambas vanguardias se hallaban al habla, cruza el Guadalquivir por uno de los vados, y le informa de la entrevista verificada en el puentecillo del arroyo de los Yegüeros; de la noble conducta del generalísimo de los ejércitos liberales con las tropas de la reina; de no haber llegado aún el general Echavarría ni el brigadier Trillo y Figueroa, y de la precision en que se hallaba su jefe de recibir instrucciones en el apurado trance en que las vicisitudes de sus movimientos le habian colocado.

Tan grave é inesperada noticia induce al general

en jefe á celebrar un consejo de generales. Respetuoso con el yerno de la reina, le invita al efecto; pero Girgenti rehusa el honor que se le dispensa, alegando que solo es coronel. Novaliches reune entónces á Paredes, Sandoval y Vega, prescindiendo del general Sartorius, que era el único que conocia los terrenos; y despues de informar á sus tres subordinados del estado de las cosas, les pregunta si con aquellos antecedentes y en aquella hora convendria dar la batalla. Mas como al hacer la pregunta interrogase con la mirada al general Vega, parece que creyéndose éste en el caso de contestar, saca el reloj, lo mira y habla con respetuoso acento de la siguiente manera:

—Ya son cerca de las tres de la tarde y estamos á legua y media de Alcolea, y si se combina el movimiento y marchamos con la regularidad conveniente, es probable que lleguemos al puente despues de las siete de la noche, hora poco á propósito para pelear, porque ya sabe mi general por esperiencia, el resultado que suelen tener los combates nocturnos. Si se me ha de permitir que emita mi parecer, yo aplazaria la jornada para mañana. La vanguardia podria reunirse, la tropa toda estaria menos cansada y la batalla darse con más sosiego y seguridad.—(1)

Creyendo los compañeros del general Vega que estas notables observaciones estaban fundadas en la enseñanza de la historia, no menos que en los consejos de la discrecion y la prudencia, hiciéronlo entender así al capitan general Marqués de Novaliches, quien parece que despues de una breve reflexion, convinó gustoso en aplazar para el siguiente dia la batalla.

Acabábase de tomar ese acuerdo, harto tardío por cierto, y se acababan de dar tambien las órdenes nece-

(1) Véase el párrafo tercero, página 977 del tomo tercero de *La Estafeta de Palacio.*

sarias para traducirlo en hecho, cuando llegan á carrera tendida los batidores de caballería que hacian el servicio de descubierta, y aseguran que en la parte opuesta del Guadalquivir, hácia el puente de Alcolea, han oido tiros de fusilería, refiriéndose en esto sin duda á los primeros é involuntarios disparos que se hicieron en el bosque. Lejos de tomar medidas activas é instantáneas, el Marqués de Novaliches dispone que un oficial de estado mayor vaya con los batidores á observar á más larga distancia lo que ocurre. Vega é Inclán, Gimenez de Sandoval, Sartorius y otros nada oyen; pero despues de aplicar el oido al suelo y de hacer una breve observacion, convienen todos en que se han roto las hostilidades. Esta era la verdad: el fuego se habia corrido ya con rapidéz en ambas filas, y el lejano estruendo de las detonaciones, cuyos ecos subian rodando por la canal del rio, y las columnas de humo que impulsadas por el viento se elevaban por lo alto de las montañas, hacian entender que la vanguardia luchaba con numerosas fuerzas, y que no se debia perder tiempo en iniciar, aunque tarde ya, un movimiento de avance general contra el puente de Alcolea.

Los batidores retornan con el oficial de estado mayor, asegurando unánimes lo que ya estaba en la conciencia de todos, esto es, que las detonaciones de las armas y el humo de la pólvora revelaban la existencia de un empeñado, rudo y sangriento combate. Novaliches, que á pesar de las terminantes instrucciones reiteradas veces comunicadas, primero al general Echavarría y despues al brigadier Trillo, para que el que llegase antes tomase el mando y rompiese el fuego, no acertaba, sin embargo, á esplicarse de una manera satisfactoria, lo que sucedia en su extrema derecha; y en medio de la penosa incertidumbre que de una manera violenta agitaba su espíritu ofuscado, *¿quién*, preguntaba lleno de ansiosa inquietud, *habrá provocado la lucha?*

Nada de esto sabe; nada de esto sospecha, hasta que el capitan de estado mayor, Sr. Gamarra, que al romperse el fuego se hallaba en la casa de Ribera la Alta, fumando un cigarro que hizo con el tabaco del guarda Guillermo Mor, monta á caballo, baja la cuesta, gana la ribera, cruza el Guadalquivir por el vado, y llega y le dice que el general Echavarría ha roto las hostilidades contra las tropas del Duque de la Torre, sin esperar, empero, á que se le uniese el segundo batallon del Príncipe, el de cazadores de Alva de Tormes y las cuatro compañías del de Alcántara.

La necesidad apremiaba; el remedio urgía, y de las medidas que adoptase, dependía acaso el éxito de la batalla. ¿Qué hacer, pues, en las presentes circunstancias? Novaliches vacila y al fin se decide, pero tímido é irresoluto en sus determinaciones, siempre incompletas, nacidas tal vez de una falta de criterio fijo y sintético, dispone que el capitan Gamarra al frente del primer batallon de infantería del Príncipe, con su coronel, hoy general, D. Manuel Andía, repase el Guadalquivir, y vaya á reforzar la brigada Echavarría. Esta era la sesta vez que en menos de veinte y cuatro horas y por distintos caminos enviaba tropas al bosque de Pendolillas.

Hasta entónces un coronel de caballería, jóven, de aspecto simpático, de claro talento, de rara ilustracion y de esforzado espíritu, se habia mostrado respetuoso y sumiso á las órdenes de su general en jefe. Nada habia hecho, ni nada hacia que diese indicios de lo contrario. Activo, vigilante, sóbrio, modesto, cuidadoso de su tropa, cuanto se observaba en él le atraia el aprecio de superiores y subordinados; pero á la vista de tantas dudas y vacilaciones en aquellos críticos instantes, en que tal vez deseaba mayor suma de acierto, actividad, energía y decision, recuerda quizá que el trono absolu-

to de sus mayores cayó al suelo como las hojas secas al violento empuje de un furioso vendabal, y creyendo ver en igual peligro el de la madre de su esposa, y en un abismo de calamidades á su pátria adoptiva, al mismo tiempo que pronuncia las frases de *yenerales du mers*, monta á caballo ligero cual un rayo, y seguido por los húsares corre por la llanura arrastrando en su movimiento simpático á una gran parte de la caballería. Las voces de mando de los jefes consiguen detenerla, pero los de Pavia siguieron el vuelo audáz del nuevo Tarquino, en direccion de Alcolea. Sorprendido en presencia de este acto de insubordinacion, perpetrado á la vista del ejército, por el jóven coronel de régia estirpe, Novaliches se vuelve á su estado mayor y pregunta, quién ha dado órden al Príncipe para que inicie ese movimiento; mas como le contestaran que no lo sabian,

—¡El Príncipe, dijo entónces lleno de visible disgusto, nos está precipitando!—

No obstante aquella insubordinacion y este disgusto, el complaciente Marqués manda adelantar alguna infantería en apoyo del régio vástago.

La perdida ilusion de que no llegaria á romperse el fuego; la certeza de que la vanguardia lucha con fuerzas considerables que le cierran el paso; el descuido en que se hallan aquellas tropas en su más completa inaccion; la larga distancia que las separa del lugar del combate; el avance de Girgenti que desautoriza al general en jefe; la celeridad con que á última hora se dictan las órdenes, todos y cada uno de estos inesperados sucesos, introducen la confusion en las huestes isabelinas. Dominada, empero, la primera sorpresa, y restablecida la calma en los espíritus, el órden en las filas y la regularidad en los movimientos, las tropas pasan el puentecillo del arroyo de los Tejedores, forman en

la estensa llanura de Casa-Blanca, y reciben la siguiente organizacion: la brigada de artillería, compuesta de treinta y dos piezas, á las órdenes del brigadier Camús y del coronel Alcalá, avanzan por el órden de secciones, guardando grandes distancias para impedir el daño de nuestros proyectiles; por el centro y á derecha é izquierda de la carretera, los batallones de infantería del Rey, Mallorca, Iberia, Málaga, Astúrias y Gerona, bajo el mando de los generales Garcia de Paredes y Sartorius, formados en tres columnas de combate por escalones; siguen á corta distancia y en pos de la infantría, los regimientos de caballería lanceros de España, cazadores de la Reina, cazadores de Talavera y Montesa, á las órdenes del general Vega é Inclán y de los brigadieres Arce y Vela, marchando en dos grandes alas por escuadrones, la una á la derecha y la otra á la izquierda de la carretera general, y á retaguardia y cerrando el órden de marcha todas las fuerzas reunidas de guardias civiles y rurales.

Nuestras avanzadas, que bajo las inmediatas órdenes, si no estoy equivocado, del capitan Horacio Sawas, se hallaba en la llanura de Pan-Gimenez, próximo al cortijo del mismo nombre, al notar el rápido vuelo de los húsares de Pavía, se replega hasta la cabeza exterior del puente de Piedra, y Girgenti con su caballería los sigue, se acerca al cortijo, se precipita sobre su derecha y á poco más de un kilómetro se detiene al frente de la boca de nuestros cañones.

Los isabelinos nos envian desde allá lejos dos cañonazos, y Lopez Dominguez que mandaba las baterías de la cuesta del Capricho, situadas á corta distancia del acirate del Guadalquivir, castiga el atrevimiento del Príncipe con igual número de disparos. Mas en este mismo instante, que eran las cuatro y cuarto de la tarde, llegamos á la batería, y aunque los húsares se ha-

llaban á tan corta distancia de sus fuegos, el generalísimo prohibe que se gasten municiones hasta que de manera más formal no se establezca el combate. Los cañones de uno y otro ejército caen, despues de aquel recíproco saludo, y de este superior mandato, en el más profundo mutismo; que el caudillo de la reina, por su parte, necesitaba de reposo para completar la organizacion de su ejército y aproximarse á las posiciones de Alcolea.

Cuando las huestes isabelinas se hallaron en órden de combate, marchan apresuradas por la llanura de Casa-Blanca, y á las cinco ménos cuarto, esto es, cuando ya estaba derrotada su vanguardia, rompen el fuego algunas piezas del sistema Krup, avanzando todas á paso largo. Nuestras baterías entran á su vez en fuego, y á pesar de la notable superioridad de sus cañones, empiezan á causar estragos entre los enemigos. El fuego se generaliza, y establecido en esa forma el combate de artillería, Novaliches, ya porque le inquietase la atrevida actitud del Príncipe, ya porque deseara reconocer por sí mismo el terreno, ó incitado acaso por ambas cosas á la vez, se precipita á la carrera y llega al cortijo de Pan-Gimenez. Girgenti, que corria de acá para allá, para distraer, segun decia, sirviendo de blanco, nuestros fuegos, parece que se le une, y general y coronel pueden observar, porque á la simple vista se les descubre el inmenso teatro, que á la derecha lucha su vanguardia en retirada; que á su frente se halla el puente de piedra con pretiles y cabeza, y sin cortaduras y sin fosos y sin parapetos y sin tropa, y que á su izquierda se levanta el majestuoso cerro de la Dehesilla, esto es, el punto más culminante y estratégico del terreno. Novaliches, á cuya alma debió subir entónces una confusa mezcla de esperanza y de remordimiento, retrocede á la carrera hasta unirse á su tropas; man-

da que algunos cañones protegidos por infantería suban por la rampa á la carretera vieja; que marchen por ella á ocupar las alturas de la izquierda, y que todas sus demás piezas desplegadas en órden de batalla rompan el fuego y avancen con paso más acelerado hácia el puente de Alcolea.

Llegó el combate de artillería, pues, al apogeo de su terrible potencia: los disparos cada vez más nutridos se generalizan en ambas filas: los estampidos del cañon retumban en la llanura, y prolongan su eco por las gargantas de la sierra; las columnas de humo cubren los horizontes con oscuro y rojizo manto; la multitud de proyectiles huecos se cruzan silbando por el espacio, y caen para ocultarse en las entrañas de la tierra por las lluvias reblandecida, ó para estallar á los piés ó sobre la cabeza de los bizarros combatientes.

Cuando la batalla estaba más empeñada; cuando el ardor bélico dominaba por entero los espíritus isabelinos; cuando el campeon de la reina marchaba sin desviarse de la carretera, «sembrada, segun cierto articulista, de balas de cañon, y siempre al lado de la primera pieza, llegaba á producir tal entusiasmo entre sus tropas, que el grito unánime, atronador, lanzado por seis mil gargantas de *¡viva el general en jefe!* era el grito de combate;» cuando con su conducta serena imprimia valor y confianza en todos los corazones, y finalmente, cuando más necesitaba del esfuerzo reunido de todas sus tropas de vanguardia, entónces cesan de súbito y por completo todas aquellas luchas parciales con tanto denuedo y heroismo en la sierra sostenidas.

Las tropas del capitan general Pavía se hallaban en este instante frente á la vieja casa de Postas, ó lo que es lo mismo, á dos y medio kilómetros del puente de Alcolea.

Ignoraba el Marqués á esta misma hora el doloroso

desastre que habia sufrido su vanguardia, porque la verdad es que los suyos le tenian completamente desorientado.

Vió ó debió ver, empero, á la clara luz del sol, que numerosas tropas de infantería se replegaban, desde la estensa mesa del Juagalzar, hácia el arroyo de los Yegüeros, ó lo que es lo mismo, hácia el centro de nuestras posiciones. Mas esas tropas ¿eran isabelinas ó revolucionarias? La distancia podía errar sin duda el juicio; pero nuestras baterías, y esto era muy notable, seguian haciendo sus disparos, y el aplomo de nuestros soldados, al retirarse, denotaba que lo hacian victoriosos, mientras que los batallones de la vanguardia real, que se distinguian por los sombrerillos, corrian en dispersion para ganar las cimas de Ribera la Alta. Creo, que descubierta desde la llanura su extrema derecha á la símple vista del observador, no cabia ningun género de equivocaciones. Mas á pesar de todo esto ¡terrible desgracia esta del caudillo de la causa de la reiná! mira y no vé; escucha y no oye; observa, reflexiona y medita, y ni deduce ni entiende, y lo que es más todavia, ni aun siquiera hay quien se atreva á arrojar un ténue rayo de luz sobre las densas tinieblas de su espíritu. Ofuscado ante las consecuencias naturales é inmediatas de sus procedimientos, corre de lo cierto á lo dudoso, de la prudencia á los abismos de la desesperacion, y arrastrado por esa cruel y despiadada fatalidad, que nunca pasa sin castigo, prosigue impávido y tenáz su ataque contra el puente de Alcolea.

Toda su artillería, precipitando el avance y redoblando sus fuegos, nos envia sus proyectiles, y algunas de sus piezas, si bien las menos, con terrible acierto; pero las nuestras, aunque menos numerosas y de inferior calidad, á pié firme y desde sus ventajosas posiciones, que la permiten ocupar las rasantes en toda la

estension de la llanura, respondian con indisputable ventaja.

Vistas por nuestra batería, situada en la cuestecilla de la ermita de los Angeles, las piezas de Novaliches, que avanzaban por la carretera vieja para ganar las alturas de la Dehesilla de Leon, empieza á dirigirle disparos tan certeros, que comprendiendo los isabelinos que no podian caminar, tratan de retroceder; mas las dificultades que les ofrecia el camino, la precipitacion en la maniobra, la aciaga fatalidad, en fin, que presidia todos los actos de aquel ejército, hace que se le vuelque, cayendo á la llanura, más baja que la carretera, no sé si un cañon ó una caja de municiones.

El teniente coronel de estado mayor, Sr. Estévan, cae herido, y cuatro artilleros muertos á la explosion de uno de nuestros proyectiles. Sartorius los mira, y Novaliches que lo observa,

—¡No se detenga V., Sartorius! le dice ¡esos pobres son asfixiados! ¡adelante, adelante!—

Lopez Dominguez, que habia observado que Girgenti se ocultaba entre las paredes del cortijo de Pan-Gimenez, le hace un disparo con tan fatal acierto, que el proyectil penetra en el edificio, estalla en él con su natural violencia, prende un fuego que se propaga, y muebles, paredes, techumbre, oficinas, parte del prédio, todo arde en breves momentos en la voráz é inmensa llama que empieza á iluminar la escena con sus rojizos y siniestros resplandores.

Novaliches, ya porque su artilleria escaseaba de municiones, ó ya porque deseara distraer el fuego de la nuestra, dispuso que la escuadra de batidores y las compañías tercera y cuarta del primer batallon del regimiento infantería de Iberia, número 30, se corriesen desplegadas en guerrilla sobre la márgen izquierda del Guadalquivir, rompiendo contra nosotros un fuego,

que, á causa de la distancia en que le hacian, no podia ofendernos.

Me dirigí en tanto que estas cosas se verificaban á la parte opuesta del arroyo de los Yegüeros, con el objeto de ver los prisioneros que al enemigo se le habian hecho en nuestra extrema izquierda, y á mi regreso, y en el instante mismo en que subia la cuesta del Capricho, oí dos detonaciones, cuyos proyectiles pasaron silbando por mi oido. Volví la vista atrás, y observé que dos de los soldados que se hallaban á la entrada del acirate del rio, retiraban súbitamente sus armas despues de haberlas disparado en mi direccion. Donde yo estaba no habia enemigos ¿á quién, pues, me dije entónces, habrán hecho esos disparos? Continué la marcha sin preocuparme del suceso; más cuando momentos más tarde bajaba por la misma cuesta del Capricho, y al dar vista al señor Duque de la Torre, que se hallaba tras de la ermita de los Angeles, se oyeron otras dos detonaciones, cuyos proyectiles, como los anteriores, pasaron silbando por mi cabeza. Miré sobre mi izquierda, y ví que los disparos habian salido de las ventas que descubren y dominan el terreno por donde yo bajaba. No habia por allí tampoco enemigos, y esta nueva circunstancia me impresionó algo más. El señor Duque de la Torre, que hubo de observarlo, me preguntó *¿qué es eso?* y despues de esplicárselo, reprendió en alta voz aquello que calificó de *atrocidades*, y además se sirvió decirme:

—¡Señor representante, no se separe V. de mi lado, porque hay quintos que son *muy brutos!*—

Luego que dirigí á la Junta de Córdoba el telégrama que he trascrito en el artículo anterior, me uní al señor Duque de la Torre, y marchamos ambos á la esplanada que se levanta en la puerta de la casa del Capricho.

No hicimos mas que detenernos en este parage, cuando cayó á los piés de nuestros caballos un proyectil enemigo. El generalísimo que lo vió gritó diciendo á todos los que nos rodeaban: ¡al suelo! ¡al suelo! al mismo tiempo que estalla y parte de sus cascos penetran por una de las ventanas del edificio y dejan en el acto cadáver á un infeliz soldado que curaban los facultativos.

Inmediatamente llega otro, y despues de hacer pedazos á un cabo de artillería y á una mula cana que tenia á su espalda, se oculta á los piés de nuestros caballos en las entrañas de la tierra reblandecida.

—¡He perdido, dijo entónces en alta voz y con verdadero acento de dolor el Sr. Lopez Dominguez, un cabo que valía más que una seccion!—

Tres proyectiles más lanzados con igual acierto, pero con menos fortuna de lo que pudieran desear nuestros enemigos, nos saludan con la tierra que levantan del suelo y con los cascos que por entre nosotros pasan á incrustrarse en las paredes del Capricho. Los fuegos de la artillería enemiga, que proseguian en su terrible apogeo, habian tomado por blanco de su puntería el parage mismo en que nos hallábamos. El generalísimo, que á presencia de estas repetidas escenas se hallaba con el rostro encendido, la mirada resplandeciente, sereno, con la sonrisa en los lábios, y con negros y ajustados guantes,

—Señor representante, me dijo, ¿qué le parecen á V. estas muchas bromas con que nos está obsequiando el señor Marqués de Novaliches?—

—Me parecen, le contesté, que son tanto más naturales, cuanto que ellas representan una fina correspondencia; pero lo cierto es que estamos á pié quieto en el punto más elevado; que el sol se irradia en sus entorchados; que su brillante resplandor sirve de blanco á

la puntería; que su vida de usted pertenece hoy á la pátria, y que aquí está corriendo un riesgo tan grave como innecesario.—

Al pronunciar mis últimas frases se acercó el señor Lopez Dominguez, su pariente, y asociándose á mis justas pretensiones, conseguimos que se alejase de allí el generalísimo.

Los fuegos de artillería empezaban á declinar, y terminados hacia mucho tiempo los combates del bosque, todo parecia reducido á sucesos de escasa importancia. Bajamos por la cuesta del Capricho con direccion á la ermita de los Angeles, cuando deteniéndose el señor Duque de la Torre, se sirvió decirme en voz solo para mí perceptible:

—Señor representante, ¿por qué hizo V. fusilar en la mañana del dia del alzamiento de Córdoba al comandante de los rurales? —

—¿Yo? no es eso exacto. Si sucumbió, debióse solo á su tenacidad sin ejemplo, y esto es bien público y notorio en la capital. Quise salvarle, como salvé á su sobrino, como salvé á varios otros, y aun el pueblo mismo irritado por sus palabras, amenazas y acometidas, le sufrió muchísimo más aun de lo que se sufre en esos instantes de revolucion, en que los hombres civiles que se lanzan á la pelea juegan el todo por el todo. Nadie mas que yo sintió esa desgraciada ocurrencia, que todos saben soy enemigo de la efusion de sangre. Creo, pues, mi general, que los que eso han criticado con siniestra idea, son como los hipócritas de que nos habla el evangelio.

La sonrisa apareció en los lábios del general, y continuando con pausada marcha, se sirvió decirme:

—Ignoro, señor representante, qué hipócritas son esos á que V. se refiere, y la razon que pueda asistirle para verter esas palabras. —

—Me refiero á los que ven la paja que está en el ojo del vecino, y no ven la viga que está en el suyo, esto es, á los que llamándose revolucionarios, han puesto el grito en el cielo, á causa de esa desgracia, sin la cual, estoy seguro de ello, no se hubiera sublevado Córdoba, y Novaliches hubiera establecido en ella su cuartel general. Apostaría, sin embargo, á que esos chillones malignos, ni recuerdan los asesinatos jurídicos que se han verificado en el pais, ni los que se verificaron la noche de San Daniel y el dia veinte y dos de Junio en Madrid, en las personas de indefensos ciudadanos, ni aun siquiera han de recordar la sangre que hoy mismo y desde que se rompió el fuego se ha derramado, ni en la que en este instante se está derramando, ni aun en la que por desgracia queda por derramar. Si contra nuestros propósitos y deseos murió el infortunado capitan comandante Diosdado...—

Al pronunciar esa última palabra, me interrumpió súbitamente el señor Duque de la Torre, diciéndome:

—¡Silencio, señor representante, silencio, que viene tras de nosotros su hermano y puede oirle!...—

Volví la vista al estado mayor, y en efecto, entre ellos vi un jóven teniente de caballería, cuyo rostro recordaba haberle visto el dia del alzamiento en la calle del Gran Capitan y en la del Paraiso, y tambien antes y despues de haberse roto el fuego en Alcolea. No dudé, pues, que aquel jóven era hermano de la víctima. Me lo decia su rostro, su palidez, sus miradas y mi corazon. No siéndome posible resucitar al muerto, recomendé el vivo al generalísimo, quien con una generosidad que siempre le agradeceré, me rogó que me retirase por un instante, y verificado esto volvióse á su estado mayor y dijo:

—A ver, señores oficiales, venga uno de ustedes...—

Todos, como era natural, se le presentaron, y figurando una eleccion casual, dirigióse al teniente Diosdado diciéndole:

—Vaya V. ahora mismo, caballero oficial, al terreno en que se ha luchado con los enemigos, y averigüe V. qué significa una bandera blanca que se divisa allí sobre lo alto de un caserío. —

Diosdado volvió luego y manifestó lo que sabia perfectamente el generalísimo, esto es, que aquella bandera significaba, el haber establecido allí los enemigos su hospital de sangre.

—Está bien, le contestó el generalísimo; mas por este servicio que acaba V. de prestar, le concedo en nombre de la pátria agradecida el empleo de capitan, no obstante de incluirle en las gracias generales que se concedan á este ejército. —

Ocurria eso en tanto que yo, anheloso de observar el campo enemigo, habia marchado á la mesa de los Yegüeros; mas cuando algun tiempo despues regresaba de mi observacion, se me acerca el general D. Rafael Izquierdo, me pregunta qué opinaba respecto de los propósitós del enemigo, y como le contestara que á mi juicio nada tardarian en asaltar ambos puentes,

—Si está V. seguro de eso, me contestó con aire algo sarcástico, se hace necesario que vaya V. al puente de piedra, arengue á los carabineros encargados de su custódia, y aun convendria que hiciera V. construir en él una barricada inespugnable, con lo cual prestaria un gran servicio á la causa del pueblo. —

Comprendí desde luego el sentido irónico que encerraban sus palabras, á mi juicio impropias de su elevada clase, del alto papel que allí representaba, de la solemnidad de las circunstancias, y del carácter oficial de que me hallaba investido. Esto era renovar la herida que nos causó en Sevilla, cuando llamó cobarde á la

Junta de Córdoba. Lejos de molestarme, empero, esta nueva é inmotivada ofensa, me impulsó al deseo de mostrarle la veracidad de la respuesta que le dí en aquella ocasion. Acepté, pues, el desempeño de un papel profundamente ridículo, pero que si puso en grave riesgo mi vida, no fué del todo estéril, como se verá más adelante, para el buen éxito del drama que se estaba representando.

Resuelto, pues, á ello, me dirigí á la trasera puerta de la venta, que era la que me habia indicado, y en la que se hallaba un capitan, un cadete y un corneta, y dos ó tres metros más abajo una compañía de infantería. Llamo, y como me contestaran desde adentro que no tenian órden de abrir, el general Izquierdo que se hallaba á corta distancia, manda que se me franquee el paso. Abren la puerta, y al penetrar en el patio, oigo un estraño ruido en las galerías del segundo piso; alzo la vista y veo que la tropa se retira de las ventanas, y que por las que estaban á mi frente, se asoman dos soldados, se tienden los fusiles á la cara, y me apuntan. Grito y grita conmigo el capitan, el cadete y el corneta: *¡quintos! ¡quintos! ¡no tireis! ¡retirar esas armas!* y esto hace que vacilen aquellos instrumentos, más que de una consigna inícua, tal vez de un funesto error. El capitan, que como los que le acompañaban, me habian visto pasar y cruzar al lado siempre del generalísimo, los increpa con energía y dureza, á cuyas voces se asoma el oficial que yo habia vislumbrado tras de uno de los algimeces, le pido cuenta de aquel atentado contra el representante del pueblo que iba á cumplir una órden del general en jefe, y entónces reprende á los soldados su accion, que él disculpa atribuyéndola á *ignorancia de reclutas...*

Los disparos que momentos antes se me habian hecho desde el acirate del Guadalquivir y desde las

mismas ventanas, cuyas balas pasaron silbando por derredor de mi cabeza; el nuevo y estraño suceso que acababa de verificarse, y otras menudas incidencias que omito, por no estenderme en cosas de tan poco momento, me inducian á sospechar, que habia que temer algo más que á los proyectiles del Marqués de Novaliches, desafiados por mí desde el instante mismo en que se rompió el fuego. Pero lejos mi alma de todo recelo ofensivo á la lealtad de los hombres; confiado en la rectitud y sinceridad de mis instenciones, y resuelto á no retroceder ante ningun género de peligros, mandé al oficial que hacia cabeza, en nombre del generalísimo, que hiciera abrir la puerta que dá salida al puente, y que echasen al patio los colchones, mesas, bancos, trancas, carros y cuantos utensilios hubiese en el edificio. Habíase dado comienzo á la operacion, y ya estaban en el sitio designado algunos trastajos, que más tarde habian de llenar el objeto á que yo los destinaba, cuando á mi espalda, en la puerta trasera de la venta, cae un proyectil hueco, revienta lanzando sus cascos, hiere á varios soldados, al corneta y al cadete y deja mortalmente al capitan.

Al oir los gritos de dolor lanzados despues de la explosion, y sin detenerme á éxaminar el número y calidad de las desgracias ocurridas, aprieto las espuelas á mi brioso alazan, salgo por la puerta principal de la venta, y dos segundos despues hago alto enmedio del puente de Alcolea. Los carabineros de infantería de la comandancia de Cádiz, que en número de unos ciento se hallaban echados sobre el pavimento del puente, vuelven la cara atrás al oir las pisadas de mi caballo, y al preguntarles en alta voz por el jefe de la fuerza, se levantan al mismo tiempo un capitan como de unos treinta años, con largo bigote y bien parecido, y un comandante de más edad y bastante obeso, llamado don

Felipe Burillo y Gimeno, quien enseguida me contesta diciendo:

—Yo soy el que mando estas fuerzas ¿qué es lo que se le ocurre á V.?—

Confieso que jamás me ha preocupado ménos la necesidad de una respuesta. Inspirábanme, sin embargo, gran estimacion y respeto aquellos carabineros, corpulentos como robles, robustos como encinas y duros como el diamante, á causa de largos años de fatigas en el servicio de las armas. Pero ¿qué habia yo de responder cuando me hallaba absorto en la contemplacion de un grande y pocas veces visto espectáculo? Enmedio del paisage se presentaba á mi vista, deslumbrándola, el cortijo de Pan-Gimenez, secular albergue de trabajo y produccion, convertido ahora en foco siniestro de sombras y de luz, de llamas y de humo, de devastacion y de ruina, revelando de una manera elocuente lo que son las guerras civiles, este azote lanzado por la mano de Dios en los instantes de su terrible cólera; y á mi izquierda, sobre la orilla del Guadalquivir, precediendo á las masas de infantería y caballería, las restantes piezas de artillería desplegadas en órden de batalla, avanzando á paso acelerado y haciéndome el blanco de sus repetidos disparos, cuyos proyectiles caian en el rio, á uno ú otro lado del puente, ó pasaban silbando por mi cabeza para ir á ocultarse á más lejana distancia.

Observaba yo atentamente á los enemigos, y procuraba penetrar en sus ocultos propósitos, cuando el comandante Sr. Burillo Gimeno, ya porque comprendiera que mi estancia allí era perjudicial, por cuanto indicaba á los isabelinos un sitio de puntería, ó ya porque deseara conocer con respecto á mí á lo que debia atenerse,

—¿Tiene V. la bondad, caballero, me dijo, de manifestarme qué se le ocurre?—

—Lo que se me ocurre decirle, le contesté, en nombre de nuestro valeroso generalísimo, señor Duque de la Torre, y en el de la Junta Soberana de Córdoba, á quien represento en estos ejércitos liberales, es, que á la lealtad reconocida y al probado valor de la fuerza de su mando se confia la defensa de este puente, y que si necesitan de algunos obstáculos que embaracen el paso á los enemigos, se traerán maderos y otros utensilios para formar un parapeto.—

—Dígale V. á nuestro valeroso general y á la Junta de Córdoba, repuso el bizarro comandante levantando la voz de manera que pudieran oirla todos sus subordinados, que los carabineros de Cádiz no necesitan más parapeto que su pecho, y que á pesar de las escasas fuerzas de que dispongo, los enemigos no han de pasar por este puente, mientras que tengamos vida.—

Considerando terminada mi quijotesca mision, y deseoso de informar al generalísimo de mis observaciones, espresé mi gratitud en nombre de la pátria agradecida á los valientes carabineros, vuelvo riendas á mi caballo y parto á la carrera; mas al llegar á la esquina de la ermita de los Angeles, oigo gritar: *¡quieto! ¡quieto!* Me detengo, en efecto, ante la boca de un cañon, en el instante mismo en que un artillero, obedeciendo á la voz de su jefe, suspendia en el aire la mano en que tenia el disparador: medio segundo mas, y ¡mi caballo y yo volamos!

—¡Oh, señor representante! dijo entónces el general Izquierdo que allí se hallaba, de buena se ha librado V. Y vamos á ver, añadió, ¿qué le han dicho V. á los carabineros?—

—Si V. desea saberlo, le contesté continuando mi marcha, vaya á preguntárselo, que ellos le darán razon.—

Llegué enseguida tras de la ermita de los Angeles,

donde se hallaba sentado en un peñasco, en compañía de dos ó tres oficiales de estado mayor, y del paisano Sr. Rodrigo Navarro, hermano del conocido publicista D. Cárlos, autor del brillante libro intitulado *O'Donell ó su tiempo*, el generalísimo de los ejércitos liberales. Hacia breves momentos que allí mismo estalló un proyectil hueco, causando la muerte de un caballo, la herida de uno ó dos militares y una leve contusion en la mano derecha al Sr. Rodrigo Navarro. Comprendiendo el señor Duque, y con razon, que yo tambien, como él, debia estar rendido, me invita á que eche pié á tierra y descanse; pero lejos de obedecer, le hago una seña, me entiende, se levanta, se acerca á mí, y antes de que yo le hable me dice: *¿De dónde viene V.?*

—Vengo ahora mismo, le contesté, de arengar á los carabineros... que están situados enmedio del puente de Alcolea.—

—Pero ¡hombre! me dijo con benévola sonrisa, ¿quién le ha aconsejado á V. que diera semejante paso?—

—Ni más ni ménos que el general Izquierdo, porque despues de habernos llamado en Sevilla cobardes, vino á proponerme, burlándose sin duda, no solo que fuera á arengarlos, si no á que levantara una barricada en la cabeza del puente; mas tanto porque viera que aquí hay vergüenza, cuanto porque yo deseaba ver desde más cerca á los enemigos, he querido complacerle, y en verdad, señor Duque, que no carecen de provecho unas observaciones, que á mi juicio debe usted conocer, por si encierran, como yo sospecho, algun interés militar de consideracion.—

—Veamos qué ha observado V., dijo entónces el generalísimo, cuya curiosidad se despertaba.—

—Lo primero, le contesté, es que el ejército isabelino se halla de nosotros á menos de un kilómetro de

distancia; que por el centro, á derecha é izquierda de la carretera nueva, sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, y en ordenada formacion, avanza hácia el puente de Alcolea; que todavia falta más de una hora para que termine el dia, y no seria imposible que por medio de un movimiento rápido se atreviesen...—

Al llegar aquí, asoma por la esquina de la ermita de la Vírgen de los Angeles el general Izquierdo, y con voz alta y entonacion zumbona,

—Mi general, dice, ¿está el señor representante recitando á V. E. su discurso á los carabineros?—

No haciendo caso el generalísimo de sus palabras, aunque visiblemente enojado por la interrupcion, me rogó continuase esponiéndole mis observaciones.

—Lo que sospecho, proseguí diciéndole, es, que hallándose el puente sin ningun género de obra militar de defensa, ni mas custódia que un puñado de hombres valerosos, no es difícil que protegido el enemigo por el terreno, la arboleda que se levanta á una y otra orilla del rio y la oscuridad de la noche, desemboque en la cabeza del puente, penetre súbito por él y antes de descargar sobre ellos, nos causen, descuidados como se está allí, un grande é inesperado disgusto.—

Reflexionaba atentamente el generalísimo acerca de mis palabras, cuando llega á nosotros el general Izquierdo, y le vuelve á repetir lo de *mi discurso á los carabineros*. Lejos de darse por entendido el señor Duque, le dice por toda respuesta, que sin abandonar nuestra extrema izquierda, refuerce con infantería y artillería los dos puentes del Guadalquivir, y tome cuantas medidas crea necesarias para prevenir cualesquiera inesperado ataque; mas como le contestara que no era necesario,

—He dicho á V., señor general, repuso algo sério el señor Duque de la Torre, lo que ha de hacer.—

Tan claras indicaciones aconsejaban el camino de la prudencia; pero comprendiendo el general Izquierdo que aquellas órdenes procedian de mis informes, injustificados sin duda á su juicio; no creyendo tan poco que la mina estaba cargada, y que una palabra más podia producir la explosion,

—Ya he dicho á V. E., repuso en tono confiado y lisonjero, que nada de eso hace falta, porque todo está previsto y marcha bien; mas si ocurriese algo notable, que ciertamente no lo espero, con que V. E. se ponga al frente de un batallon, bastará para que sean derrotados esos... (suprimo el calificativo).—

Habia llegado, pues, el instante: el generalisimo, cuya paciencia se agotó, se vuelve súbito, y con voz severa, enérgica y vibrante,

—¡Señor general, le dice, ante la España, ante la Europa, ante el mundo, en fin, yo soy el único responsable de lo que acontecer pueda, y lo que yo mando se obedece! ¡Vaya V. inmediatamente á cumplir mis órdenes!...—

Al oir el general Izquierdo la última de esas frases, cuadrado como se hallaba desde que oyó las primeras, saludó al generalísimo y se retiró sin hacer la más leve objecion.

XLI.

SUMARIO.

Empieza á apagarse el fuego de artillería.—Razonables sospechas del señor Duque de la Torre.—Inverosimilitudes del Marqués de Novaliches.—Una observacion importante y un reconocimiento.—Encuentro con los voluntarios de la libertad.—Telégrama dirigido á Córdoba.—Precauciones militares adoptadas.—Palabras del general Izquierdo al brigadier Servert.—Llegada á la casa del Capricho, opiniones del Duque de la Torre y el toque de «¡alto el fuego!»—Lúgubre aspecto de Alcolea y melancólicas reflexiones.—Gran sorpresa, las aclamaciones, la observacion y las dudas.—Nuevas aclamaciones y nuevas dudas.—Montamos á caballo, bajamos con paso lento y se entabla un diálogo curioso.—Silencio sepulcral.—Se ignora lo que ocurre, se observa, se escucha y se oye una terrible descarga.—Temerario arrojo del Duque, mi actitud, nuestra llegada al puente, un breve diálogo, nuestra retirada y las sospechas del capitan Sawa, —Retroceso desordenado de las tropas reales, resolucion de Novaliches, nuevo y brioso combate, arrojo del Duque de la Torre, sus apremiantes órdenes y los consejos de Caballero de Rodas.—Desaliento de las tropas isabelinas, dos generales heridos, el desempeño de mi encargo, la cesacion del fuego y la resolucion heróica del Duque.

Cuando se alejó de nosotros el general Izquierdo, me apeé del caballo y en union del señor Duque de la Torre, fuimos á tomar asiento sobre un peñasco que se hallaba á la espalda de la ermita de la Vírgen de los Angeles.

La tarde, entretanto, tocaba á su ocaso, y Novaliches, cerca ya del puente de Alcolea, hacia disminuir

de tal manera la ardiente fiebre de sus disparos, que las detonaciones eran ya tan lentas y acompasadas, como el toque de las campanas en las exéquias de los poderosos. Si nuestra artillería salia alguna vez de su obligado mutismo, impuesto por la falta casi completa de municiones, era solo para dejarse oir con esas desiguales intermitencias que anuncian el postrer instante de una prolongada agonía. Las hostilidades, pues, segun las apariencias, van á suspenderse. ¿Qué hará, sin embargo, el campeon de la reina? Nadie lo sabe; pero el señor Duque de la Torre sospecha, que si algo pretende, es la llegada de la noche, no solo para acampar al frente de Alcolea, mas para fortificarse á los flancos de su puente, levantar baterías en la Dehesilla de Leon, reforzar su abatida vanguardia, provisionar sus tropas, darles un necesario reposo y emprender su ataque al lucir la luz del nuevo dia.

Si el Marqués de Novaliches no fuera el general de las inverosimilitudes, es bien seguro que el Duque de la Torre no se hubiera equivocado; mas el caudillo de la reina estaba llamado á desorientar la razon, la lógica y hasta el comun sentido.

Inquietado yo, empero, por el demonio de la curiosidad, que me dominaba ese dia con invencible ardor, me dirigí á la esquina de la ermita de la Vírgen de los Angeles, y me detuve sobre la altura en cuyo declive se hallaba nuestra batería, reducida ya á un profundo y sepulcral silencio. Me fijé en la Dehesilla de Leon, y observé bien pronto, que por la loma que tiene en su falda la inmensa puente de piedra llamada de los *Diablos*, obra maestra elaborada sin duda por los torrentes en el trascurso de los siglos, corrian con precipitacion algunos grupos de hombres. No podia distinguirlos de una manera clara, evidente, tangible, á causa de la distancia y de la sombra crepuscular. Pe-

ro aquellos puntos negros que se agitaban entre el fondo oscuro del monte, me parecian soldados isabelinos que marchaban, acaso á sorprender alguno de los vados, quizás á apoderarse del puente de la Calahorra, ó cuando ménos á practicar en el terreno un escrupuloso reconocimiento.

Al instante llamé al generalísimo, le hice presente mis observaciones, y, señalando con mi mano derecha á los misteriosos viajeros,

—¡No señale V., me dijo, no señale V., porque nos miran, y en estas circunstancias cualquier cosa puede producir una peligrosa alarma!—

Observó el señor Duque en la direccion que le marqué, y sospechando lo mismo que yo habia sospechado,

—Vamos á ver qué és eso, me dijo, señor representante, mas sin que de ello se aperciba la tropa.—

Inmediatamente montamos á caballo, y sus ayudantes de campo en número de dos, hicieron lo mismo. El generalísimo les manda que se queden; pero variando de propósito les ordena que nos sigan á larga distancia.

Nos dirigimos, pues, el señor Duque y yo á la carretera general, y pegados, digámoslo así, á la valdilla de Ribera la Baja, seguimos en direccion á Córdoba, sin apartar la vista de la Dehesilla de Leon. La artillería isabelina, que sin duda alguna nos vislumbró, salió de su reposo enviándonos una série de proyectiles, que pasaban por el lado ó por lo alto de nuestras cabezas rasgando el aire, y produciendo sus naturales silbidos. Cuando en esta forma llegamos al cruce de la via-férrea con la carretera general, los grupos que de una manera casi imperceptible divisábamos, desaparecieron de pronto, trepando por la parte allá de la Dehesilla. El generalísimo que observó este movimiento de los sospechosos,

—Si efectivamente son soldados, me dijo entónces, ¿á dónde podrán ir por allí?—

—Me han parecido tropa, le contesté, y por allí pueden marchar, si llevan fuerza para ello, bien á apoderarse de uno de los vados, ó bien á sorprender por el puente de la Calahorra á la ciudad de Córdoba.—

—Creo que eso no será mas, repuso el generalísimo despues de haber reflexionado, que un reconocimiento del terreno para acampar esta noche al frente de Alcolea; pero de todos modos será bueno prevenga V. á sus colegas de Junta de Gobierno, no obstante que el patriota Perez del Alamo ocupa con las fuerzas de su mando el puente de la Calahorra.—

Nos hallábamos á distancia de medio kilómetro del puente de Alcolea, esto és, más allá de la márgen derecha del arroyo del Guadalbarbo, á pié quieto y con la vista fija en la Dehesilla de Leon, cuando por entre el follage asoma y se dirige á nosotros una seccion de tiradores y prácticos en el terreno, entre los cuales recuerdo á D. Miguel Peña y Requena, Antonio Galvez, José Gonzalez, Antonio Aguilar, Juan Gutierrez, Pedro Ortiz, Cárlos Gomez, Rafael Ruiz y muchos otros, gritando todos con el mayor entusiasmo:

¡Viva la libertad! ¡Viva el Duque de la Torre! ¡Viva D. Francisco de Leiva!

El generalísimo, cuya mano, como la mia, estrechaban entre las suyas, agobiado bajo el peso de esas manifestaciones sencillas y sin dobléz, les manifiesta, como yo, las más espresivas gracias, rogándoles al mismo tiempo continuasen por la orilla del Guadalquivir su útil reconocimiento.

Luego que de nosotros se alejaron los voluntarios, y despues de asegurarme el señor Duque que no le gustaban aquellas *populacherías*, y de contestarle yo que á aquellos *populacheros* no les movia ninguna mi-

ra interesada, aparte del triunfo de la libertad y de la justicia, representadas en aquellos momentos por los ejércitos liberales, pusimos los caballos á buen paso, y al llegar frente á la estacion de la via-férrea, el generalísimo se dirigió á la casa del Capricho, mientras que yo fuí á decir desde el telégrafo á la Junta, «que al parecer se corrian fuerzas enemigas por la campiña hácia Córdoba; que mandasen avanzadas sobre las alturas de la orilla derecha del Guadalquivir; que se redoblase todo lo posible la vigilancia en los vados; que en caso necesario se hiciera una cortadura en la cabeza exterior del puente de la Calahorra, y que se tuvieran prevenidos trenes y máquinas de vapor encendidas para arrastrarlos.»

Izquierdo, entretanto, en virtud de la órden del generalísimo, colocó en primera línea en el puente de Alcolea una compañía de cazadores de Simancas; despues ciento cincuenta aguerridos carabineros, pertenecientes á la comandancia de Cádiz; despues dos piezas de artillería apoyadas por un batallon de Valencia constituyendo la reserva otro de Bailén: en el paso á nivel de la via-férrea, situó otras dos piezas de artillería, que podian dirigir sus fuegos al puente de madera ó á la desembocadura del de piedra; las hazas de la Vírgen, cuyo terreno se levanta desde la ermita de los Angeles hasta el arroyo del Guadalbarbo, ocupadas fueron por algunos batallones; las reservas generales de las líneas atacadas las componian los cazadores de Segorbe y Simancas; las demás tropas de nuestra extrema derecha se replegaron sobre la orilla derecha del arroyo de los Yegüeros; en la prevision de un ataque por retaguardia, se reforzaron las cuatro piezas que con el general Rey se hallaban en la llanura del encinar que empieza desde la espalda de la casa del Capricho, y la caballería, para dejar desembarazado el

terreno, retrocedió hasta el llano que por la carretera sigue la direccion de Córdoba.

Nos hallábamos ya, gracias á mis útiles observaciones, tan bien apercibidos, que si los enemigos intentasen asaltar el puente de piedra, y si por acaso conseguian rebasarlo, habia de resultar necesaria y fatalmente, que al torcer á su izquierda, ó lo que és lo mismo, al entrar por el comienzo de lo que pudiera llamar calle, tropezarian con los fuegos cruzados de las Ventas y Ventillas, y un poco más adelante, á su izquierda, con la pared de Ribera la Baja; á su derecha con las alturas de las hazas de la Vírgen, por nuestra artillería é infantería defendidas, y á su frente por los disparos rasantes de las piezas colocadas enmedio de la carretera general, ó sea en el cruce del paso á nivel.

Tan por lo sério tomó el general Izquierdo la órden, que á causa mia le diera el generalísimo, que al presentársele D. Juan Nepomuceno Servert, brigadier ex-gobernador militar de Córdoba, ofreciéndole su espada en favor de la bandera que sustentaban los ejércitos liberales, y que antes habia rechazado,

—¡Allí podrá V. encontrar, señor brigadier, le dijo señalando con el índice de la mano derecha al puente de piedra de Alcolea, una muerte honrosa ó una faja de general! —

Cuando despues de trasmitir el despacho telegráfico que ya conoce el lector, y de haber observado las medidas preventivas adoptadas sobre la orilla derecha del Guadalquivir, llegué al patio de la casa del Capricho, el generalísimo, que se hallaba sentado de revés en una silla y con los brazos apoyados sobre su respaldo, me insta á que me apee: lo hago y manda que un ordenanza recoja mi caballo, que otro me traiga una silla y que á su lado tome asiento. Me preguntó luego si anuncié á la Junta lo que me indicara, y como le contesté

afirmativamente, empezó á elogiar con frases lisonjeras mis servicios prestados aquel dia. Oyóse en aquel momento mismo uno tras de otro los toques de corneta de *¡alto el fuego!* Las detonaciones de la artillería enemiga, harto bien claras por cierto, cesan de una manera súbita, y el generalísimo me pregunta si por acaso habia notado de donde partió el primer toque; mas como yo no pudiera satisfacer su curiosidad, dispuso que uno de sus ayudantes fuera á inquirirlo, y despues de una breve pausa,

—Sea como quiera, me dijo, la suerte nos ha sido hoy favorable; mas si mañana se vuelven á romper las hostilidades, que á todo eso pudiera obligarnos el señor de Novaliches, creo que pronto quedará resuelta esta contienda en favor de la libertad y de la justicia. Me han forzado, contra todos mis propósitos, á esta dolorosa jornada. Justo és, pues, que á ellos alcance la responsabilidad de sus propios actos. Ya veis, señor representante, como no me equivocaba cuando le dije, que si eran soldados los que marchaban por lo alto de aquel cerro, iban sin duda alguna á reconocer el terreno para acampar esta noche al frente de Alcolea. Necesitan, pues, como le dije antes, racionarse, tomar reposo, organizar sus fuerzas, establecer su artillería, ocupar posiciones, y despues, al amanecer el nuevo dia, será cuando vuelvan á probar fortuna. Hoy han sido desgraciados, y mañana, aunque no es difícil que reciban refuerzos, nos han de encontrar mejor preparados. —

Si hasta entónces se habian equivocado en sus juicios, no solo los generales Caballero de Rodas è Izquierdo, si no que tambien le sucedia lo mismo, aunque en diferente sentido, al señor Duque de la Torre, la verdad era, sin embargo, que solo se necesitaba el auxilio de la luz natural para comprender, que con

nuestro generalísimo estaba la lógica, puesta al alcance de todas las inteligencias, al suponer dentro del criterio militar los própósitos del caudillo de la reina. ¿Podia éste hacer algo de provecho en aquella hora á la entrada de un puente inespugnable defendido por un ejército victorioso? No, porque el grueso de sus briosas tropas se hallaban hambrientas y fatigadas por las marchas y un combate estéril é injustificado, mientras que su numerosa vanguardia habia perdido, á causa de la mala, de la pèsima, de la incomprensible direccion de sus gefes, toda ó casi toda su fuerza moral, que és el nérvio, el corazon, la vida de los ejércitos en campaña. Lo natural era que el caudillo isabelino, cualesquiera que fuesen sus circunstancias, con respecto á las instrucciones del gobierno y á la situacion del pais, haciéndose cargo del estado de ambos ejércitos, del carácter sufrido del soldado español, de la hora y del sitio en que se hallaba, empleara la noche en lo que suponia el señor Duque de la Torre, para darnos al siguiente dia una enérgica, vigorosa y decisiva batalla.

Recordando, empero, lo que en su juventud hizo Pavía, allá en los campos de Novaliches, yo que le habia visto marchar con paso acelerado, como si desde luego fuera á caer sobre el puente de Alcolea, dí mi voz de alerta al generalísimo de los ejércitos liberales, porque llegué á persuadirme de que su compañero pretendia volver á las andadas.

Nada, preocupadò como á la sazon se hallaba mi espíritu, repuse sobre lo que se habló, al señor Duque. La palabra parecia huir de mis lábios, porque todo lo que en aquella hora me rodeaba, despues de tan memorable dia de lágrimas, de luto y de sangre, me impelía con irresistible violencia á mi habitual tristeza meditativa, con mucho ménos motivo ordinariamente sobreexcitada. ¡Oh! me sobraban en aquel crítico ins-

tante justas causas para ello: al estampido del cañon, al silbido de los proyectiles, al esforzado grito de los combatientes, al lastimero aye de los moribundos, al ardiente fragor, en fin, de la sangrienta lucha, seguia esa paz reposada, majestuosa y sombría de los sepulcros. ¡Indescriptible espectáculo era este que se nos ofrecia á la contemplacion! Allí, donde á tiro de carabina se hallaban los dos ejércitos españoles, los dos ejércitos hermanos, los dos bizarros ejércitos, que, en tan pocas horas habian pasado de la fraternidad al combate, del combate á la ira, de la ira al ódio, del ódio á la desesperacion y de la desesperacion al esterminio, no se oia mas que el ronco murmullo del rio, el blando quejido del bosque, ó el leve suspiro de las brisas, porque ni aun los pajarillos, con sus variados gorgeos, se atrevian á turbar aquel profundo silencio lleno de sombras, de pavor y de misterios.

Olvidar jamás podrá el olvido aquellas grandes, magníficas y sorprendentes transiciones, que tras los más rudos é inesperados sacudimientos, nos llevaban del cansancio al reposo, de la guerra á la paz, de la muerte á la vida.

La noche se presentaba suave y serena, y la luna, esta casta diosa de puro disco, arrojando sobre nosotros sus rayos tristes y melancólicos, nos ofrecia esa claridad tímida y seductora, que nos acerca alternativa ó simultáneamente al dolor, á la alegría, á la reflexion, al recogimiento.

Me hallaba, á pesar mio, en aquella hora serena, augusta, solemne, bajo el patético influjo de las circunstancias, y algo poeta, casi filósofo y revolucionario perseverante por temperamento y conviccion, no podia ménos de protestar, desde el silencio de mi alma, anegada en piadoso dolor, contra los gobiernos tiránicos, corrompidos y corruptores, que hacen necesarias

é inevitables las trágicas escenas que allí se habian representado.

Tal era la disposicion de mi ánimo, cuando de súbito se oyó un *¡viva!...* tan insólito y atronador, que despues de retumbar en la inmensa llanura, corrió velóz por vertientes y montañas, hasta estinguirse en sus últimos y más lejanos confines. Al ver así turbada aquella hora de reposo, el generalísimo, sus ayudantes y yo, sorprendidos todos ante ese inesperado suceso, nos levantamos de las sillas, salimos de la casa del Capricho, hicimos alto en su elevada meseta, fijamos la mirada y el oido en la opuesta orilla del Guadalquivir, y al mismo tiempo que las músicas y charangas de ambos ejércitos rompian tocando aires marciales, oimos gritar á más de veinte mil gargantas:

—¡Viva la libertad! ¡Viva Serrano! ¡Viva Prim! ¡Viva el ejército libre!...—

Terrible á la vez que entusiasta era el estruendo que surgia de aquella inmensa, confusa y pavorosa Babel.

La escena era nueva, inesperada, sorprendente, y nosotros, inmóviles, silenciosos, meditativos, con la vista fija, el oido atento y la duda en el alma, permanecíamos en nuestro punto de observacion. Nada alcanzábamos á ver, porque protegidos por el follage de corpulentos arbustos, no ménos que por las espesas sombras crepusculares, los isabelinos marchaban por la márgen izquierda del Guadalquivir, ocultando á nuestra mirada su inesperado movimiento. Los vivas á la libertad, á Serrano, á Prim y al ejército continuaban, y tambien los aires bélicos lanzados al espacio por las músicas y charangas, y este sublime espectáculo, ofrecido en aquella hora y en aquel campo regado con sangre y cubierto de cadáveres, conmovia y agitaba violentamente todas las fibras del corazon.

Jamás habia esperimentado mi alma una série de sensaciones tan vivas, tan rápidas, tan profundas, tan vehementes, tan diversas, tan indescriptibles.

Nadie, por lo pronto, se atrevia á descifrar el pavoroso y terrible enigma, porque todos nos hallábamos sumergidos en los abismos del silencio.

¿Será que las tropas de la reina Isabel, me preguntaba yo á mí mismo, vienen á fraternizar con los ejércitos liberales, ó que Novaliches avanza contra nosotros seguro de una victoria, sin contar, empero, como ha dicho el ilustre Thiers, con ese horrible y cruel misterio del destino, cuyo favor y cuyos rigores son siempre inesperados? La incertidumbre asaltaba mi espíritu, y despues de vagar breves momentos por espacios dilatados y sin fin, llegué á creer que se trataba de sorprendernos, aunque al principio me abstuve de hablar de una creencia que solo se apoyaba en el testimonio de mi sospecha.

Al mismo tiempo que esto ocurria, las tropas liberales, que desde el vado Guadalbarbo ocupaban la orilla derecha del Guadalquivir hasta la confluencia en el mismo del arroyo de los Yegüeros, como las que se hallaban en otros puntos más culminantes, vislumbraban de una manera algo clara y distinta, á favor de la luz de la luna y de las aun no estinguidas llamaradas del incendiado cortijo, que el grueso del ejército isabelino en tres grandes columnas en el órden cerrado se dirigian hácia el puente de piedra, mientras que el brigadier Mogrovejo, con una columna compuesta de dos batallones de línea y algunas compañías de ingenieros, se encaminaba á su vez hácia el puente de madera, marchando los unos y los otros al compás de las bandas militares, con las armas al hombro, con el paso reposado, en actitud pacífica y llenando el espacio con entusiastas y nutridas aclamaciones á la reina, á la libertad y al ejército.

Ni veíamos lo uno, ni veíamos lo otro, ni se preguntó sobre ello, ni hubo quien viniera á orientarnos. Los ecos lejanos se aproximaban, la ansiedad por instantes acrecia, y en la precision de inquirir el suceso, el señor Duque de la Torre manda traer los caballos, acto contínuo montamos en ellos, y seguidos de su escaso estado mayor, empezamos á bajar con paso lento por la cuesta del Capricho, sin dejar de oir las mismas reiteradas y entusiastas aclamaciones: ¡Viva la libertad! ¡Viva Serrano! ¡Viva Prim! ¡Viva el ejército!...

Habia en nuestro estado mayor quien creia, y así lo aseguraba al generalísimo de los ejércitos liberales, que nos hallábamos en un segundo campo de Vergara ó en un nuevo Torrejon de Ardóz.

Tanto dieron en esta disculpable manía, sobre todo, cierto oficial-ayudante, que llevando el convencimiento al ánimo del generalísimo, hizo que volviéndose este á mí me dirigiese las siguientes testuales palabras:

—Vea V. ahí, señor representante, como tenia yo razon cuando le aseguraba esta mañana, que si los ejércitos se veian hoy cara á cara, era probable concluyese todo con un fuerte y fraternal abrazo. Es cierto que contra mis previsiones se han roto las hostilidades, porque en estas guerras civiles hay siempre sucesos inesperados. Mas ya vé V. como todo esto toca á un feliz y próspero desenlace, y lo que ahora hace falta, señor representante, es que las juntas que se hallan constituidas y las que se constituyan, se conformen con las reformas políticas que buenamente y sin trastornos puedan traerse al terreno de la práctica. —

—Lo que ahora es mas que nada necesario, contesté al generalísimo, es que lo que estamos presenciando no sea un ardid de guerra para sorprendernos. —

—Pero ¿no oye V., señor de Leiva, dijo entónces el ayudante, como dan vivas á su excelencia el señor Du-

que de la Torre, al ejército y á la libertad? No dude usted que se nos vienen, que se nos pasan, y que se acaba todo con un abrazo de compañeros y de hermanos.—

—Oigo perfectamente, porque no soy sordo, repuse, esas entusiastas aclamaciones; oigo del mismo modo las músicas y charangas, y comprendo que los enemigos se acercan de un modo al parecer pacífico. Esto no puede negarse. Mas si abrigan los pensamientos que se le suponen; si vienen á hacer causa comun con nosotros, cosa que no considero imposible, pero sí algo más que difícil, sobre todo, despues de haberse derramado tanta sangre ¿por qué no han anunciado su resolucion al generalísimo de estos ejércitos, ó por qué no han enarbolado bandera de paz? Ni esto lo han hecho, ni lo hacen, ni lo harán. Han sido desgraciados, como dijo poco há el señor Duque, en sus combates del bosque, no han conseguido ninguna ventaja en su combate de artillería; ha debido sufrir de una manera extraordinaria su amor propio, y cuando llega la noche avanzan hácia nosotros casi como si fueran árabes... ¿Quién responde de lo que harán luego que se hallen dentro de nuestras posiciones? —

—No és imposible, contestó vivamente impresionado el generalísimo, lo que sospecha V., señor representante.—

Continuábamos nuestra pausada marcha al través de aquellas entusiastas aclamaciones, y no hacia un segundo que habia yo vertido las palabras que espresaban mis temores, cuando al aproximarnos, cerca ya de las siete y media de la noche, á la espalda de la ermita de la Vírgen de los Angeles, callan de súbito las bandas militares y los hombres. ¿Qué motivos existen para que ni se toque, ni se victoree, ni se hable? Nadie lo adivina; pero el silencio más profundo reemplaza el

ruido más inusitado, y este era mucho para no llamar la atencion de cualquiera, y más aun la del generalísimo. Todos parecíamos haber enmudecido, y el Duque, como si le hubiera herido un rayo, se detiene, escucha y observa. ¿Qué és, pues, lo que ocurre? cosa grave sin duda, mas que no podíamos verla desde el sitio en que nos hallábamos; pero oid.

Al tiempo mismo que el brigadier Mogrovejo, con su columna compuesta de un batallon de Iberia, otro de Astúrias y dos compañías de ingenieros, se presenta á la entrada del puente del ferro-carril, cuya defensa habia dejado á su cargo el general Izquierdo, el coronel Victoria con los capitanes de estado mayor Perez de Mesa y Bruso y su columna compuesta de un batallon del Rey, otro de Gerona y cuatro compañias de Málaga, con el regimiento de Mallorca de reserva, se presenta en el puente de piedra, cuya defensa se habia confiado al brigadier D. Juan Nepomuceno Servert. Ni la una ni la otra columna inspiraban fundados motivos de recelo. Al contrario; con marcha reposada, sin aparato ruidoso, sin ninguna demostracion hostil, la segunda columna isabelina entra por el ángulo obtuso que forma el puente de piedra, tuerce despues de ganarlo á su derecha, sigue de frente en la misma forma hácia los nuestros, y el capitan D. Horacio Sawas y Navas, en el deseo de asegurarse de sus ocultos propósitos, les grita á corta distancia diciendo: *¡Viva la liberlad!*

Lejos de obtener una respuesta tranquilizadora, ocurre que el bizarro capitan de estado mayor, D. José Perez de Meca, hijo del señor Conde de San Julian, que impávido marchaba al frente de la columna, se vuelve á ésta y le grita con vibrante y vigoroso acento:

—¡Hijos mios! ¡vamos á dormir á Córdoba! ¡Viva la reina! ¡Adelante! ¡adelante!...—

Obedientes los isabelinos á su intrépido adalid, acojen sus frases con entusiastas aclamaciones, á la vez que se lanzan denodados sobre los nuestros: nuestras fuerzas avanzadas, dirigidas por el valeroso capitan Sawas, les reciben con una nutrida descarga; ellos contestan en el acto mismo con otra; jóvenes tan bizarros como Perez de Meca muerden el polvo de la eternidad; el fuego se generaliza en ambos puentes; los espíritus se enardecen; las pasiones se irritan; la artillería funciona, y el combate toma proporciones colosales.

No bien se dejaron oir las primeras detonaciones, el generalísimo pronuncia una enérgica y vigorosa interjecion, aprieta con fuerza las espuelas á su brioso caballo, corre con la celeridad del rayo, le acompaño y nos sigue su escaso estado mayor, damos vuelta á la esquina de la ermita de la Vírgen de los Angeles, asomamos al pedazo de calle que antecede á la entrada de Alcolea, y antes de rebasar la pared de la casa de Ribera la Baja, le ruego se quede allí preservado del fuego enemigo, ofreciéndome á ir yo mismo á comunicar sus órdenes; pero el generalísimo repite otra vez su enérgica interjeccion, y añadiendo *¿qué me he de quedar atrás?* prosigue su carrera y prosigo con él hasta llegar á la entrada misma del puente de piedra. Aquí, en medio del grande estruendo producido por las descargas, á través de los torbellinos de humo producidos por la pólvora, y bajo una inmensa lluvia de proyectiles, hicimos alto. El generalísimo pregunta entónces con voz alta y firme: *¿Quien manda aquí?*

—¡Yo, señor! contestó enseguida una voz que por su acentuacion parecia estranjera.—

—Pero ¿quién és V.? repuso el generalísimo con fuerte acento y extraordinaria viveza.—

—Servert, señor, el brigadier Servert, encargado en el mando de estas fuerzas.—

—¡Cuidado, señor brigadier, cuidado con la defensa de ese puente, mucho cuidado!—

—¡Retírese V. E. y descuide, dijo entónces una voz robusta, (que por lo pronto me pareció la del general Izquierdo, pero que debió ser la del comandante de carabineros, Sr. Burillo), retírese V. E. y descuide, que por aquí no han de pasar los enemigos!—

Lejos el general de retroceder queria avanzar, pero pude convencerle á que nos colocásemos unos díez pasos á retaguardia, esto és, al frente del ruinoso edificio de las Ventillas.

Servert se dirige enseguida á sus diseminadas tropas, las hace levantar del suelo, las forma en órden de combate, y avanza con ellas de frente; mas al acercarse al capitan Sawa, que se hallaba á la cabeza de la fuerza, y que recelaba de la conducta de su jefe, se vuelve de una manera súbita á éste, le agarra con la mano izquierda de un brazo, le asesta con la derecha el rewólver al pecho, y le dice con voz resuelta y amenazadora:

—¿A dónde vá V. con estas fuerzas, mi brigadier? ¿Qué és lo que pretende V. hacer?—

Servert, que al verse así tratado, penetra la sospecha de que se hallaba poseido su inferior, le contesta sin inmutarse:

—Voy... ¿dónde he de ir? ¿No vé V., señor capitan, que estamos diseminados, que los fuegos disminuyen, que los proyectiles pasan altos sin ofendernos, que los enemigos se pronuncian en retirada, y que para unificar la defensa es necesario avanzar y tomar posiciones? ¡Ayúdeme V., pues, á este trabajo!—(1)

(1) Esto no lo ví yo ni era posible que lo viera atendida la hora, el sitio en que me hallaba y el ruido de las descargas; pero lo oí al dia siguiente, lo oí más tarde en Madrid, y estas noticias me las confirmó el mismo señor general Servert, cuando en su casa conferenciamos acerca de estos acontecimientos.

Convencido hasta cierto punto el valeroso Sawa, aunque sin abandonar del todo su vehemente sospecha, secundó los propósitos del brigadier.

Vemos, pues, que si las tropas del Marqués de Novaliches, tan desgraciadas en esta, como en todas sus operaciones, hubieran avanzado en la creencia de encontrar séria oposicion, lo natural era que al primero hubiera seguido un segundo, un tercero y hasta un cuarto asalto, dados con rapidéz y energía impetuosa. Pero acometen sin gran vigor, y rechazados por nuestras fuerzas, hay una pausa que dá tiempo á organizarnos; y la retaguardia de su ejército que no podia ver lo que pasaba, llega á creer que su primera columna de ataque ha rebasado el puente; mas al regresar sus heridos manifiestan, no solo la imposibilidad de la empresa, sino que hablan en términos tan exagerados del número de sus heridos y muertos, que la alarma se estiende, el pavor se propaga, la fuga empieza y la guardia civil y la caballería de línea, con espada ó rewólver en mano, tienen que cerrar el paso á los desalentados que inician el movimiento de dispersion.

Al ver perdido el éxito de su temeraria empresa, el capitan general Pavía sale al encuentro de la columna que retrocede, la inflama con la autoridad de su presencia y con el fuego de su palabra, y creyendo que tal vez se halla en un nuevo campo de Novaliches, se vuelve al general Sartorius y le grita:

—¡Desenvaine V., Sartorius, esa espada! ¡Ha llegado la hora de morir! ¡Vamos á buscar la muerte con honor! ¡Al puente!...—

Seguidos, en efecto, por una parte del estado mayor, é imitando á los héroes de Luchana y Belascoain, se lanzan con impetuoso arrojo sobre el puente que los nuestros defienden á pecho descubierto, sin fosos, sin parapetos, sin obstáculos. La lucha toma entónces un

carácter porfiado, terrible, feroz, sangriento. *¡Viva la reina!* dicen. *¡Viva la libertad!* les contestan, y estos gritos tan opuestos, tan antitéticos, encienden más y más el furioso encono de la pelea. Se hacen descargas que producen un fuego vivo, nutrido, incesante, horroroso y mortífero en ambas filas. Retumban por todas partes el estampido de las armas, tiemblan los edificios y el puente bajo los piés y sobre las cabezas de los combatientes, el huracan se desencadena y produce un terrible estruendo que acoge, aumenta, repite y prolongan las vertientes y sus montañas. Avanzan las tropas isabelinas, como en otro caso ha dicho cierto escritor militar, con desesperado arrojo; los nuestros resisten con soberano aplomo; los combatientes de atrás empujan á los de adelante; los fuegos se verifican ya á quema-ropa; los soldados de ambos campos llegan á confundirse, y de una y otra parte se forman montones de muertos, heridos y contusos que sirven de parapetos.

Si la mútua destruccion de los hombres fuera grandiosa, grandiosa debia ser sin duda la escena que allí se representaba. ¡Qué horriblemente magnífico era aquello! La serenidad y el aplomo, á medida que el peligro arrecia, resalta en el ánimo levantado del Duque de la Torre; tranquilo é inmutable, con la mirada fija en el puente, al notar el encrudecimiento de la lucha trata de precipitarse enmedio de la escena; me interpongo, ciérrole el paso, le digo que su vida pertenece á la pátria, á su muger é hijos, y que no debe inútilmente esponerla, y entónces se vuelve súbito á sus ayudantes, y á uno le manda ir por la caballería, á otro por artillería, á otro por los batallones de reserva, y á mí por los carabineros, que á su entender estaban, aunque no era así, en la márgen derecha del arroyo de los Yegüeros. Todos corrimos á desempeñar nuestros

respectivos encargos, mientras que tras de nosotros llega el general Caballero de Rodas, hace entender al generalísimo que aquel no era su puesto, le persuade de la necesidad de no esponer su existencia, y despues de algunas razones á este objeto encaminadas, consigue retirarle de aquel grave é inminente peligro.

Hubo hasta entónces, sea esto dicho en honor de la verdad, instantes de duda, de vacilacion, de mortal angustia, porque si la resistencia era heróica el ataque era tan desesperado, que si Echavarría nos combate por nuestra extrema izquierda con más vigoroso ardor, y si se nos lanza una columna más y se repiten otros ataques más impetuosos ¡quién sabe lo que hubiera sucedido en aquellos críticos y decisivos momentos! Pero el general Sartorius cae herido, y el Marqués de Novaliches, despues de haber rebasado la mitad del puente, recibe otra herida que le obliga á retirarse de la posicion que habia ganado, ocultándose á favor de la orilla del Guadalquivir, para que el espíritu de su ejército no decayera ante el espectàculo de su desgracia. Inútil prudencia; los disparos de sus tropas, hechos desde los pretiles del puente y desde la orilla del rio, eran contestados desde los opuestos puntos, como asimismo desde las ventanas de las Ventas y Ventillas, pero con tan fatal acierto, que abrian claros horribles en las filas isabelinas, obligándolas á detenerse ó á retroceder con pavoroso espanto. Ni los gritos de los oficiales, ni la presencia de los jefes, ni la actitud puramente defensiva de los nuestros, que se abstenia de cargarlos, basta para sostener los impetuosos ataques que iniciaron. Todo era ya al contrario; ante los estragos de nuestros fuegos cruzados, la pérdida de sus dos generales y la irresolucion de los restantes, el grueso del ejército real vacila y retrocede, y por último, vuelve la espalda sin el mejor órden, dejando en pos de sí un puñado de valientes que luchan entre cadáveres.

Cumpliendo, en tanto que esto ocurria, con la órden del señor Duque, corro á todo escape hasta la orilla derecha del arroyo de los Yegüeros, é ignorando que el general Caballero de Rodas se hallaba en el puente de Alcolea, le llamo á grandes voces; mas solo llega á mi oido el siniestro rumor de la enramada, las detonaciones de las armas, el silbido de los proyectiles, y los dolorosos lamentos. Nadie me oye, nadie me contesta, y mi voz estenuada y ronca se pierde en el vacio. Llego tras del palacio del Capricho, me acerco al general Rey, é informado de lo que ocurre, manda que me sigan dos batallones y llego con ellos hasta la espalda de las Ventas.

Nada de esto, empero, era ya necesario; el grueso de los enemigos, como he dicho antes, habíase declarado en retirada, y solo unos cuantos obcecados, lo mismo del uno que del otro ejército, continuaban un lento fuego graneado, hasta que á las ocho y diez minutos se dejó oir el último disparo que puso fin á aquella breve y horrible matanza humana.

Hé ahí el instante en que el generalísimo de los ejércitos liberales, que inspirado hasta entónces en sus bellos sentimientos, no habia querido que sus tropas salieran de la defensiva, llega como el rayo al puente de piedra de Alcolea, y sintiéndose tan rejuvenecido como en sus gloriosos dias de Calaf, Arcos de Contera, Catí y Villar del Campo, Altos de la Cabrida, Segura, Hoz de la Vieja, Peracamps y Llovera, se pone al frente de toda nuestra caballería, avanza á la carrera, llega impetuoso al primer ojo del puente, y cuando creia salir para caer sobre los enemigos, tuvo que detenerse, porque los muertos y los heridos, y los utensilios que yo habia hecho preparar por la tarde, utilizados por el brigadier Servert, embarazaban el paso. Caballero de Rodas llega al mismo tiempo y le hace desistir de su

empeño. De otro modo, una impetuosa carga de caballería en aquel momento de confusion para las tropas de la reina, hubiera sido para ellas un desastre alta y profundamente extraordinario; pero cediendo á los consejos de la prudencia, ó mejor dicho, á los gritos del patriotismo, desistió de su atrevido proyecto y se retiró á la inmediata casa del Capricho.

XLII.

SUMARIO.

Telégrama mentiroso y sus buenos resultados.—Lo que realmente ocurría en Alcolea despues del último sangriento episodio.—Juicios emitidos por un escritor cordobés.—Ignorancia de lo que pasaba en el campo enemigo, conducta de Servert y reprension del general Izquierdo.—Llegada del comandante Sampedro, informes de un cadete pasado, medidas adoptadas y un telégrama á Córdoba y Sevilla.—Absoluta carencia de bastimentos, obsequio del amigo Vida, apuntes sobre la batalla y curiosos episodios en ella ocurridos.—Espansiones generosas del Duque de la Torre y cobardía de algunos militares y paisanos.—Los buenos servicios de los voluntarios y la conducta heróica de varias señoras y de un protestante.—Descanso del cuartel general, mis ocupaciones, la noche en Alcolea y el toque de diana.—Refuerzos llegados á Alcolea, nuevas posiciones adoptadas, telégramas á Córdoba y los recursos que me envia la Junta.—Nuestra ignorancia respecto del enemigo, observaciones, incertidumbre y juicios erróneos.—Las nubes desaparecen, la luz ilumina el espacio y el ejército real no aparece.—¿Dónde está?—Nuevos telégramas á Córdoba y nuevas medidas adopta das.

Tan luego como cesó por completo el fuego, me separé de los dos batallones que me confió el general Rey, puse mi caballo á carrera tendida, llegué á la estacion telegráfica de la via-férrea, y creyendo de buena fé, como lo creyeron muchos otros, y como todavia hay quien lo cree, que los isabelinos nos habian atacado dando vivas á Serrano, á Prim, al ejército y á la libertad, porque estos y no otros eran los gritos que de una manera clara hasta nosotros llegaban, dirigí á la

Suprema Junta de Gobierno de Córdoba el siguiente despacho telegráfico:

«Campamento de Alcolea á las ocho y veinte minutos de la noche del 28 de Setiembre de 1868.

»Excelentísimo señor:

»Los enemigos se han retirado en este momento. Oscurecido ya se valieron de una estratagema villana, pero que les ha costado muy cara. Las tropas están entusiasmadas y las músicas tocan el himno de Riego. Creo que mañana podrá avisar á V. E. la victoria de los ejércitos liberales, su delegado en el cuartel general, Francisco de Leiva.»

Hé ahí la *buena nueva* que en aquel terrible instante devolvió la tranquilidad al vecindario de Córdoba y de Andalucía, é hizo que muchas personas, y entre ellas algunas revestidas de cierto elevado carácter, detuvieran la fuga que á esta misma hora proyectaban, creyendo que derrotados por los isabelinos, huíamos por las faldas de la sierra con direccion á la ciudad de Sevilla.

No era cierto, empero, que en el instante en que trasmití el anterior despacho telegráfico, tocaran las músicas el himno de Riego, ni que nuestras tropas estuvieran entusiasmadas. Al contrario; un silencio grande, siniestro y lúgubre, que espresaba cansancio, dolor y disgusto, era lo que se respiraba allí, á través de los efluvios de la pólvora, de la sangre y de los muertos. Pero yo, que hasta en las cosas más triviales me repugnó siempre la mentira, mentí conscientemente en aquella ocasion, creyendo que al hablar de *músicas* y *regocijos* podia contribuir, como en efecto contribuí, á inspirar la confianza necesaria para que los espíritus salieran de su natural abatimiento. Tanto más justificada era esta pequeña mentira, cuanto que la reina, sus cortesanos, su gobierno, sus partidarios, la España

toda y la Europa entera, en todas y por todas partes se hacia depender el triunfo de la revolucion del resultado favorable ó adverso de la batalla que creian á punto de empeñarse. Y cuando la mirada universal, digámoslo así, estaba fija desde más ó ménos distancia en nosotros; cuando se habian roto las hostilidades, empeñado la lucha y dado la batalla, una noticia cualquiera imprudentemente lanzada ¿no podia acrecentar la justa alarma que por do quiera se habia difundido? Creí necesario inspirar en los ánimos la confianza, y yo que realmente la tenia arraigada en el fondo de mi pecho, me habia propuesto desde un principio trasmitirla y cimentarla.

Lo que se esperimentaba en Alcolea era solo las más profundas é indescriptibles sensaciones.

Oíanse en nuestro rededor, á más ó ménos distancia, pero en todas direcciones, los gritos más lastimeros, mientras que los voluntarios de Córdoba, llenos de un gran celo humanitario, continuaban recogiendo los heridos como lo habian hecho en el fragor del combate, para llevarlos á la casa del Capricho ó á la via-férrea, donde eran socorridos por nuestra escasa sanidad militar, que bajo la direccion de sus dignos jefes, D. José Camerino y D. Juan Lopez Ochoa, procuraban multiplicarse en la asistencia á tantos y tantos desgraciados.

La más densa oscuridad reemplazó muy en breve á la clara luz de la hermosa luna, y allá lejos, en la llanura, y allá más lejos, en la sierra, se distinguian luces opacas, á favor de las cuales recibian los heridos isabelinos, que por nosotros no pudieron ser recogidos, todos los auxilios de la ciencia y de la religion.

Cuanto yo diga con relacion al sombrío y aterrador aspecto que presentaba Alcolea, poco despues del último y más horrible episodio de la batalla, no puede ser más que un pálido reflejo de la realidad más triste y desgarradora.

Oigamos, pues, lo que sobre este punto publicó un distinguido escritor cordobés, el malogrado jefe de los telégrafos de campaña, D. Rafael de Vida, quien como yo presenció lo que pasaba en aquella hora y en aquel suelo regado de sangre y cubierto de cadàveres:

»...Como antes dije, la mayor parte de nuestras fuerzas no habian entrado en fuego, ni podido utilizarse todos nuestros poderosos medios de defensa, y un tren de artillería de batir, que no habíamos tenido tiempo ni necesidad de descargar, ocupaba la via en toda la estacion de Alcolea, obstruyendo la salida del apartadero, en que se hallaba el tercer tren de heridos, que se remitia á Córdoba. Nada puede darse mas horrible que el espectáculo que presentaba la estacion en las primeras horas de la noche. La pieza más ámplia de ella, era el despacho de equipajes, convertido en sala de curacion; el mostrador cubierto de medicinas, hilas y vendajes; debajo de él miembros amputados; sobre la báscula, la caja de los instrumentos quirúrgicos, y en los rincones, reemplazando los fardos de las mercancías, los muertos y los moribundos.

»La habitacion del jefe convertida en parque; los andenes ocupados por artilleros, que dirigidos por sus jefes, ejecutaban sin más medios que sus fuerzas naturales la difícil operacion de descargar sin muelles ni cábrias las pesadas piezas, y arrastrarlas para ponerlas en batería, y ambos telégrafos jugando sin cesar, para que de Córdoba, Sevilla y Cádiz se remitiesen durante la noche municiones y efectos con que al amanecer empezar de nuevo la matanza, preparativos que imposibilitaban la salida de los heridos, que desfallecian por falta de sangre y alimento, y de cuyo tren salian desgarradores ayes que comprimian y prensaban el más desahogado corazon.

»Fuera de la excitacion del combate el dolor habia

dominado el ánimo; ya no se escuchaban alegres vivas á la libertad; las necesidades ejercian su imperio, y *¡luz! ¡agua para un herido! ¡madre mia!* eran las únicas voces que salian de aquellos coches que tantas veces habian escuchado la risa y los gritos de alegría del viagero, y en que, ahora convertido en hospital, solo resonaban los lamentos. La idea de esa madre comun de los cristianos, cualquiera de sus dulces nombres, era el único consuelo del infeliz herido, y ya fuera la natural, ó la de Cristo *¡madre mia!* era lo último que murmuraba el lábio al despedir el postrimer aliento.»

Tal és la narracion verídica y elocuente del malogrado escritor y jefe de los telégrafos de campaña, don Rafael de Vida.

Conmovido alta y profundamente en presencia de este espectáculo, pretendí que el tren que contenia los cañones desembarazase la via-férrea, retrocediendo hasta la estacion de Córdoba, para que dejara libre paso al que contenia los heridos; más la severidad militar no se avino á que se perdiera en esta maniobra poco más de media hora de tiempo. Fué necesario, pues, resignarse á esperar, ó lo que és lo mismo, á que se prolongasen los dolores de aquel hospital ambulante de hombres contusos, heridos y moribundos.

Viendo que era larga, pesada y espuesta la tarea de descargar las piezas, y que una de estas cayó sobre un infeliz artillero, aplastándole bajo su enorme peso; que eran todavia muchos los heridos estraviados; que la tropa toda estaba rendida de fatiga, de hambre y de sed, y que era necesario atender al remedio de estas urgentes y apremiantísimas necesidades, mientras que los voluntarios unidos á la sanidad militar prestaban los mas útiles servicios, telegrafié á la Junta de Córdoba para que sin pérdida de tiempo remitiese una seccion de obreros, veinte ó treinta béstias mulares,

comestibles, agua potable, vino, aguardiente, tabaco, papel para fumar, y más tarde, á peticion del coronel de artillería, señor de Blengua, anteojos de larga vista para examinar el enemigo campo.

Ignorábamos á esta misma hora que los generales Pavía y Sartorius se hallaban heridos; que el general D. José Garcia de Paredes se habia encargado del mando, y que hubo infantería que rendida de fatiga y sin aliento para continuar la carrera, se arrojó al suelo resuelta á dejarse acuchillar por el fantasma del terror, que en los primeros momentos se habia apoderado del espíritu de aquel ejército.

No obstante, el brigadier Servert, que despues de cesar el fuego se apercibió de la retirada algo descompuesta de los enemigos, avanzó con las fuerzas de su mando hasta el comienzo de la llanura de Pan-Gimenez. Colocó dos piezas de artillería, la una mirando á la carretera vieja y la otra á la carretera nueva. Tras de ellas situó á los carabineros, y á los flancos, las compañias del capitan Sawas. En esta actitud, el brigadier, que sin duda se habia formado un exacto juicio de la verdadera situacion de los enemigos, y que además de esto, apercibió el estruendo producido por la artillería y caballería isabelina al retirarse, empezó á pasear de derecha á izquierda á una regular distancia de las fuerzas de su mando, en ocasion que se le acerca un numeroso grupo de soldados de Novaliches, que desorientados vagaban de acá para allá por medio de la llanura, y,

—¿Sabe V., le preguntó el que entre ellos hacia cabeza, por dónde vá nuestro regimiento?—

—Ignoro cuál sea, les respondió el brigadier Servert, el regimiento á que vosotros perteneceis.—

—Nosotros pertenecemos á Mallorca; pero nos hemos estraviado, y ni sabemos donde está, ni donde estamos.—

— Yo creo, repuso el señor Servert señalando hácia los cerros de las Cumbres, que ha debido marchar por allí. —

Al poco rato se le acerca un grupo de caballería, le hacen la misma pregunta, les dá la misma respuesta y marchan en igual direccion.

Llega despues de esto el general señor Izquierdo, reconviene al brigadier Servert, por haber adelantado sus fuerzas; le manda retroceder hasta la mitad del puente, donde con los maderos y utensilios que por la tarde habia hecho yo reunir en el patio de las Ventas, formaron un nuevo parapeto que servia de escudo á la pieza y sus defensores.

Los generales, brigadieres, otros jefes y oficiales permanecian en la casa del Capricho, para proveerse de cartuchos y bastimentos y recibir órdenes, y el comandante señor Sampedro con sus seiscientos guardias rurales y con los fugados de uno y otro ejército, que habia bajado por las alturas de la sierra.

Llegó despues á la casa del Capricho, y presentado fué al señor Duque de la Torre, un caballero cadete de la vanguardia isabelina, diciendo que al asaltar Novaliches el puente de Alcolea, Echavarría nos atacó con tibieza por nuestra extrema derecha; que su vanguardia estaba escalonada desde el borde del arroyo de la Buen-agua hasta las alturas de Ribera la Alta; que eran muchos los heridos, muertos y estraviados que habian tenido; que el Marqués de Fuente-fiel habia recibido grandes refuerzos de tropa, víveres y municiones de guerra; que estaba dispuesto a embestirnos al amanecer por retaguardia de nuestras posiciones, y que él habia desertado de sus filas para incorporarse á las del ejército liberal.

—Caballero cadete, le dijo el señor Duque despues de haberle hecho sufrir un largo interrogatorio, en

nombre de S. M. la reina... he dicho mal... en nombre del Gobierno de la nacion, concedo á V. desde este momento el empleo inmediato, sin perjuicio de comprenderlo en las gracias generales que se otorguen á este ejército.—

Las noticias de ese caballero cadete dieron motivo á diversas congeturas, respecto de la actitud de los enemigos; y aunque el general Caballero de Rodas aseguró, que los isabelinos iban tal vez huyendo y que de seguro tardarian cuatro ó seis horas en reorganizarse, obrando el señor Duque de la Torre con la prudencia que le aconsejaban las circunstancias, y que correspondia á su responsabilidad de generalísimo de los ejércitos liberales, ordenó que el brigadier Alaminos, al frente de la brigada de su mando, fuera á ocupar las alturas que dominan lo que era nuestra extrema derecha; que no se abandonaran las posiciones ocupadas; que se activase la colocacion de las veinte piezas llegadas de Sevilla sobre la eminencia de la casa de Valenzoneja; que se remitieran de todas las provincias andaluzas cuantas fuerzas estuvieran dispuestas, y por último, la trasmision del siguiente despacho telegráfico:

«Campamento de Alcolea á las once y media de la noche del 28 de Setiembre de 1868.

»A la Junta de Córdoba, y al capitan general de Sevilla, para que lo hagan presente al distrito, el general en jefe.

»Los enemigos, habiendo pasado el rio Guadalquivir por la barca de Villafranca, intentaron envolver las posiciones que dominan el puente de Alcolea, y que defendidas por tres batallones de cazadores fueron rechazados, habiendo dejado á su huida cuatro compañías prisioneras y gran número de oficiales y soldados pasados. Frustrado su primer ataque desplegaron la mayor parte de sus fuerzas de infantería, caballería y

artillería sobre el claro que hay al frente del puente. En esta situacion dieron un brioso ataque que fué rechazado por las fuerzas liberales que defendian el citado puente. Por segunda vez volvieron á cargar y tambien fueron rechazados dejando á su retirada multitud de muertos. Los generales, jefes, oficiales y tropa se han conducido con tanta bizarría que no tengo espresiones con que encomiar su valor; la pátria debe estarles agradecida, porque con la victoria de hoy, la libertad está asegurada. La premura del tiempo no permite dar á esa Junta mayores detalles; pero me reservo *hacerlo si el enemigo se quita de la vista.*» (1)

Hé ahí las tardías noticias, que, por una redundancia que se esplica, trasmitiéronse á la contristada Córdoba, é inmediatamente despues, en aquella misma noche, circularon impresas en el «Boletin revolucionario» de la capital, al mismo tiempo que fueron trasmitidas á las demás provincias andaluzas.

La batalla debia reanudarse, pues, juzgando por las apariencias, al lucir la luz del siguiente dia, y era necesario reparar algun tanto nuestras fuerzas, abatidas por tantos dias de trabajos, vigilias, esperanzas, temores, disgustos y alegrías. Pero nuestra precipitada salida de Córdoba, y la general creencia de que no se rompería el fuego, esto és, que nuestra marcha obedecia más que á otra cosa á un paseo militar, dió motivo á que me pusiera en camino con el estómago vacío, sin la más leve provision de boca, y solo con la ropa necesaria para hacer tan cortísimo viaje en un dia de sol abrasador.

---

(1) Este telégrama, que en el „Boletin revolucionario" y en los periódicos locales vió la luz pública, lleva á su pié la firma del señor Duque de la Torre, aunque parece, segun oí decir despues, que lo trasmitió el general Izquierdo.

Esto mismo era lo que cabalmente acontecía en el cuartel general respecto á bastimentos.

Ocupados los telégrafos con el despacho de comunicaciones importantísimas, no quise distraerlos de esa ocupacion que yo creia preferente, ni utilicé los trenes, ni los ordenanzas, ni hice nada para proveernos de Córdoba de lo necesario, hecho que despues tomaron á mal mis colegas.

Nada habia tampoco que comprar en el campamento, porque si bien és cierto que á la excitacion de la Junta de Gobierno, que se publicó por »Boletin extraordinario» en el dia anterior, habian acudido algunos, aunque bien pocos por cierto, con varios comestibles, éralo tambien que las ofertas no correspondieron ni aún á la demanda de media brigada, á causa de que nuestro pueblo no és dado á esta clase de especulaciones, que cualesquiera otro hubiera admirablemente explotado.

Al fin el amigo Vida, jefe de los telégrafos de campaña, me ofrece una botella de vino de Valdepeñas, un pedazo de salchichon, dos ó tres huevos cocidos y un poco de queso, y con esto y un pan de municion que se habia encontrado en el morral de un soldado muerto, el comandante de estado mayor, hoy brigadier, señor Medeviela y yo, satisfacímos en aquel momento las apremiantes reclamaciones de nuestros estómagos estenuados.

Verificado esto coordiné algunos apuntes relativos á los sucesos del dia, (1) me abrigué despues con el ca-

---

(1) Al verme tomar apuntes el señor Vida, me preguntó si trataba de escribir algo sobre aquellos sucesos, y como le contestara afirmativamente, me dijo entónces:—¿Piensa usted ocuparse de mí?—Sí señor, le contesté con viveza y en son de broma; pienso decir que trasmite V. telégramas y me ha obsequiado con vino, salchichon y huevos. Ofendido por esa

pote de uno de los artilleros muertos, y empecé á pasear por el campo de Alcolea.

Nadie se habia entregado aún al reposo en la casa del Capricho. Los militares rodeaban al señor Duque de la Torre, refiriéndole, cada cual á su vez, los episodios que habian presenciado durante aquellos diversos, rudos y heróicos combates. Atento á las distintas narraciones que se le hacian, y á causa de ellas afligido á veces y entusiasmado siempre, el generalísimo apretaba la mano á los unos, estrechaba entre sus brazos á los otros y prometia recompensas á todos en nombre de la pátria agradecida.

Todo lo que se habia visto, todo lo que se referia y todo lo que se recordaba en aquellos críticos instantes, despertaba en el alma un sentimiento mezclado de compasion, de gratitud y de entusiasmo.

Al salir de la estacion telegráfica, tropecé con el cadáver de aquel infeliz capitan, que hallándome en el patio de las Ventas de Alcolea, cayó al suelo gravemente herido por un casco de granada que le cortó ambas piernas por la misma rótula, y que se hallaban separadas de las estremidades superiores, y sostenidas solo por dos gruesos y blancos tendones: sujeto por los brazos y el tronco, y con ambas piernas colgando, le conducian espirante hácia el tren; mas al llegar al paso á nivel de la via-férrea, manda á sus conductores que le pongan en descanso en el suelo. Las agonías de

broma me contestó amostazado:—Pues yo escribiré la historia de la batalla y nada diré de V.! Yo me reí entónces de su amenaza, como me reí despues cuando la tradujo en hecho; pero obrando con justicia he consignado el nombre del señor Vida, transcrito los principales párrafos de su artículo y recomiendo los buenos servicios que prestó á la revolucion.

El artículo del señor Vida, titulado *La batalla de Alcolea desde el telégrafo de campaña*, vió la luz pública en varios periódicos andaluces y tambien en *La Semana Telegráfica* correspondiente al Domingo 24 de Enero de 1869.

la muerte, á causa de la conmocion y de la copiosísima hemorrágia, representadas por terribles síncopes, le hacen perder la respiracion, la voz y la vista. Vuelto en sí, mira á su derredor, vé á un oficial deca rabineros de la comandancia de Málaga, llamado, si no estoy equivocado, D. Ramon Lopez, y le dice con acento desfallecido y suplicante:

—¡Ay, compañero! yo no puedo ya vivir; mi muerte es inevitable; sufro horribles dolores, ¿quiere V. hacerme la caridad, yo se lo suplico, de poner fin á mis padecimientos? ¡Venga un tiro, un tiro en la cabeza, pronto, pronto!...—

Cediendo el oficial, señor de Lopez, á las súplicas del moribundo, á la vez que á los signos de aprobacion de sus conductores, saca rápidamente su rewólver, le monta, le apunta al cráneo, el herido se persigna, hace una cruz, la besa con ardor, el otro le dispara, se oye una detonacion, y se observa el leve estremecimiento de la víctima.

Hallándose en la estacion de la via-férrea un jóven cadete luchando con la agonía, á causa de un balazo que le penetró por la parte inferior del vientre, rompièndole los intestinos, toda su sangre la habia vertido, y cuando pálido, casi sin vista, empezaba á exhalar el último aliento, entra un jefe herido con un balazo en un muslo, se fija en el moribundo cadete, le reconoce, se precipita sobre él, le abraza y grita *¡hijo de mi alma! ¡padre mi!...* la frase se le ahogó en la garganta.

Lara y Casado, comandante del batallon cazadores de Tarifa, al notar en la pelea que su hijo D. Francisco, subteniente del mismo cuerpo, se resguardaba tras el tronco de una encina, le reconviene en alta voz diciéndole, *que no ha ganado así sus galones*, y sonrojado por esta dura advertencia el jóven oficial, se lanza espada en mano sobre el fuego enemigo, y en el acto mismo recibe la muerte.

—¡Me han muerto á mi hijo de mi alma, decia aquella noche el señor Lara y Casado, y sin embargo de esta dolorosa desgracia, que solo pueden comprender en toda su estension los que son padres, toda mi sangre y la sangre de mi familia está dispuesta á verterse por el triunfo de la libertad!—

Cierto jefe de la vanguardia de Echavarría, oculto tras el follage que se levanta sobre la orilla izquierda del arroyo de la Buen-agua, dispara á mansalva uno tras otro los seis tiros de su rewólver con tal fatal acierto, que hace morder el polvo á seis de nuestros bizarros combatientes; pero en el momento en que tuvo desocupada el arma, uno de nuestros cazadores, que agazapado en la opuesta orilla le estaba observando, se levanta súbito y le apunta con su carabina, y aunque el jefe le grita, *¡no me mates!...* le dispara sin embargo y le hace caer al suelo mortalmente herido. La accion esa de nuestro recluta influyó de una manera tan enérgica é instantánea en su propio ánimo, que en el instante mismo en que vió consumada su obra, cayó al suelo bajo la presion de un peligroso vértigo, hasta el estremo de hacerse necesario el conducirle al hospital de sangre.

Montalvo, (D. José) alferez de cazadores de Segorbe, á causa de haber caido herido, le alejaban del sitio del combate al mismo tiempo que le sale al encuentro un teniente de artillería, que si no estoy mal informado, lo era el Sr. Jácome: «¿Qué hay, le dice el herido, por ahí?» Y el de artillería le contesta sin detener su caballo. «¡Todo va bien! Ya no habrá en España mas pú.... ¡Viva la libertad!»

Herido ó contuso uno de los capellanes de nuestros batallones, y que á la verdad servia mas para el egercicio de las armas que para el del sacerdocio, llegaba conducido por dos soldados á la estacion de Alcolea:

era jóven aun, mediano de cuerpo, lleno de carnes, moreno cobrizo, mirada resplandeciente, enérgico acento, é iba con la levita desabotonada, tirado atrás el sombrero de tres picos, el alzacuello flotante y cubierto de polvo, de sudor y de sangre. Al entrar el capellan en la estacion, vió que en ella estaban sentados, fumando y en animada plática, varios oficiales de su batallon, é irritado de verles sanos y salvos y fuera del combate, les dice con voz de mando y ademan imperativo: «¡Cobardes! ¿qué haceis aquí? por qué no vais á hacer lo que yo he hecho?» Los oficiales le digeron entónces: «¿Que es lo que V. ha hecho, padre?» Entónces se vuelve el capellan á los soldados que le acompañaban y les dice: «¡Decid vosotros lo que habeis estado haciendo durante una larga hora!» «Lo que nosotros hemos hecho, le respondieron, ha sido cargarle á V á toda prisa fusiles.» «¡Y yo! ¿qué es lo que hacia entretanto?» «Dispararlos contra los enemigos.» El capellan se volvió entónces á los oficiales y les dijo: «Ya lo habeis oido: id, pues, á cumplir con vuestro deber.»

Tendidos en el suelo los heridos, ya casi moribundos, se abrazaban los unos á los otros gritando todos: *¡Muero por mi pátria! ¡Viva la libertad! ¡viva la libertad!*

Nuestro generalísimo, que, inspirándose en lo que habia visto, en el concepto que de las cosas y de los hombres tenia formado, no menos que en los relatos que directa é indirectamente se le hacian de viva voz, y que omito por no ser pesado y difuso, llama aparte al general Caballero de Rodas, le estrecha entre sus brazos y le dice con toda la efusion de su alma:

—¡Es V., querido general, la persona de más confianza que tengo aquí! —

Habiéndole despues de esto asegurado que el señor Alaminos y de Vivar, al frente de sus tres batallones,

los dos de Cantábria y el otro de Borbon, era el que habia batido con buen suceso al enemigo por su flanco derecho, y á veces por su retaguardia, haciendo prisioneras al mismo tiempo las compañías de Barbastro, con su comandante y su bandera,

—Señór brigadier Alaminos, le dijo, estoy muy satisfecho de su bizárro comportamiento, y en nombre de la pátria le concedo el empleo de general, que asi és como se ganan las fajas, en el campo de batalla.—

Este tributo de gratitud, con más ó ménos justicia otorgado al valor y pericia del señor Alaminos, dió motivo sin duda al Sr. D. Mariano Salcedo, teniente coronel primer jefe de cazadores de Simancas, número 13, para que inmediatamente se dirigiese al jefe de la brigada ligera, manifestándole por medio de un oficio: «que á pesar de las muchas bajas que tuvo el batallon de su mando al desalojar las fuerzas enemigas, que ocupaban el cerro más elevado de la izquierda de la línea, le cupo la honra de hacer prisioneras, auxiliado por una compañía del regimiento de Cantábria, tres compañías del batallon cazadores de Barbastro, con su jefe, sus oficiales y su bandera, las cuales se le entregaron con la condicion de ser por él mismo acompañadas; y que como al regresar al campamento se hicieran cargo de los prisioneros y su bandera las primeras fuerzas que encontró, por órden del señor brigadier que las mandaba, cumplía á su deber ponerlo en el superior conocimiento, no solo para lo que en su dia hubiera lugar, si no para que siempre constase el cuerpo que tuvo el honor de acometer y llevar á cabo tan glorioso hecho.»

Hubo, pues, ¿para qué negarlo? emulaciones, que el generalísimo estinguió con su discrecion, su generosidad y su prudencia. Lo cierto és, empero, que el general Izquierdo, activo, inteligente y organizador, era el

primer brazo de los ejércitos liberales; que el general Caballero de Rodas, duro, intransigente y acometedor, era el segundo, y que tanto el uno como el otro habian descollado, despues del señor Duque de la Torre, por su serenidad, bizarría y arrojo, en el drama inmortal del puente de Alcolea.

Al general Rey y Caballero, con cuatro piezas de artillería y al frente de las reservas generales, le habia visto yo tras de la casa del Capricho, esperando con impasibilidad estóica una hora que no le llegó: la de entrar en el combate.

Los brigadieres Salazar, Alaminos y Servert; los jefes y la mayoría de los oficiales de los cuerpos que entraron en fuego; el comandante Burillo; el capitan Sawas; el teniente de carabineros Fernandez Vicente; el de la remonta Gutierrez Cámara; el coronel de artillería, señor Blengua, los tenientes coroneles Lopez Dominguez y Pazos y el comandante Zulueta y el capitan Ramos y el teniente Jácome y muchos otros de distintos cuerpos é institutos que no recuerdo, habian desempeñado los papeles más importantes en aquella breve, pero sangrienta jornada; los unos rechazando al enemigo en nuestra extrema izquierda y en ambos puentes, y los últimos con los certeros fuegos de sus bien dirigidas baterías.

Habíase conducido el ejército liberal con extraordinario valor y bizarría. No faltó, sin embargo, cierto capitan, tuerto por más señas, que autes de llegar al campamento fué necesario conducirle á Córdoba, porque al oir el fuego cayó trastornado á tierra enmedio de la carretera, sin que su caballo hiciera el más leve estremecimiento, lo que no impidió que recogiera las gracias concedidas; que al empezar el ataque en ambos puentes hubo otro cierto capitan que se ocultó en un pesebre, donde le encontró por la noche un asistente

de el señor Diaz Berrio; un caballero teniente que creyendo sin duda que Novaliches rebasaba el puente de piedra, se arrojó de su caballo, tomó iglesia á todo correr en la orilla del Guadalquívir, desde donde llamándole cobarde, le condujeron á sus filas los voluntarios de la libertad; y aunque mucho más pudiera d·cir sobre este asunto, prefiero de tal manera el silencio, que ni aun siquiera quiero ocuparme de ciertos renombrados caballeros particulares, que, despues de hacer un viaje de dos leguas en menos de lo que tarda en persignarse, como suele decirse, un cura loco, entraron aquella noche en Córdoba desempedrando las calles con las herraduras de sus caballos ó con los tacones de sus botillos.

Los voluntarios de Córdoba, y esto lo declaro con orgullo, estuvieron en sus respectivos puestos de peligro, sin abandonarlos por nada ni por nadie. Estaban los unos á la defensa de los vados; los otros en el reconocimiento de los terrenos; algunos se batieron como leones entre las filas de la tropa, y los más ocupados en recoger á los heridos, conduciéndolos en sus brazos á la casa del Capricho, á la estacion de la via-férrea y á los trenes que los conducian á Córdoba.

Hubo allí un protestante inglés, de quien con justicia escribió el corresponsal en Madrid del *Times*, lo que á continuacion publicó un periódico de aquel pais:

«Entre los ingenieros de la compañía del ferro-carril de Andalucía se hallaba en Alcolea un tal Juan Routlege, natural, segun me han dicho, del condado de York, que vino de maquinista, y, merced á su inteligencia y buena conducta, fué promovido á jefe del departamento de locomotoras. Routlege es de seis piés de altura y forma atlética, y tiene un alma grande, proporcionada á su cuerpo; es bondadoso, carece de presuncion, y se consagra mucho al trabajo.

»Cuando se anunció en Córdoba, situada á dos leguas de Alcolea, que iba á tener lugar la indicada batalla, Routlege, estacionado entónces en aquella ciudad, no pudo resistir, como buen inglés, á la curiosidad, y se decidió á echar una ojeada á la escena de lucha y muerte que estaba próxima á consumarse por causas políticas, aunque él era completamente estraño á ella, por su carácter de extranjero, habiéndose trasladado al efecto al teatro de los sucesos. Al principio de la batalla, se limitó á ser mero espectador: pero se cansó pronto de esta actitud, é impulsado por sus sentimientos humanos, tan luego como vió caian hombres de las primeras filas, y luchaban en el suelo con las ánsias de la muerte, abandonó el sitio en que estaba resguardado, y penetrando donde se habia encarnizado más la pelea, comenzó su obra, como si fuera uno de los de la sanidad, levantando los heridos con sus robustos brazos, y trasportándolos á las camillas que esperaban detrás para recibirlos, con la misma facilidad que una niñera lleva un niño á la cuna. Internóse repetidas veces, sin armas y con su ropa usual, en los indicados lugares con la presteza que dá la caridad; y como si la fé lo hubiese hecho invulnerable, cumplió el deber que se habia impuesto, con la mayor calma y serenidad, aunque el espectáculo de angustia y agonía que tenia á la vista, era capaz de abatir el ánimo más esforzado. Redobló su celo segun iba alcanzando éxito; y procediendo con la mayor imparcialidad, atendió á ambos combatientes, habiendo servido su ejemplo para animar al cuerpo de sanidad, de quien se constituyó en auxiliar espontáneo. Así continuó durante la accion, por lo cual, apenas concluida, el Capitan General Don Francisco Serrano, Duque de la Torre, hombre valiente y de caballerosos impulsos, se dirigió á él, y abrazándole, le puso en el pecho una condecoracion. La obra benéfica de Routlege

solo habia comenzado entónces. Durante la noche, no obstante los riesgos que son de temer de la inevitable confusion de un ejército, mas ó menos desorganizado, á la conclusion de una lucha general, volvió á su puesto, en el departamenco de las locomotoras, para disponer saliese un tren tras otro á conducir los heridos á Córdoba, lo cual tuvo efecto con todos los que podian soportar el viaje, habiéndoseles colocado en los hospitales de la ciudad.»

Ignoro lo de la cruz, porque no lo presencié; mas los humanitarios hechos que se le atribuyen son ciertos, y los consigno con el mayor gusto, porque ni debo ni quiero ser injusto con los españoles, y mucho menos aún con los extranjeros.

Por lo demás, yo tenia entónces, como tengo ahora, la satisfaccion de no haber *echado nada á perder*, y la de haber prestado algunos útiles servicios al triunfo de aquella revolucion tan hábilmente por muchos explotada.

Todo el cuartel general, incluso el señor Duque de la Torre, cada cual en los mejores tèrminos posibles, se entregaron al necesario reposo, mientras que yo, envuelto en el capote de un artillero muerto, me ocupaba en hacer recoger los heridos, aún por el campo dispersos, y en cooperar á que marchasen el tercero, cuarto y quinto tren que los conducia á nuestra capital.

La noche, con su profunda oscuridad, con su menuda llovizna y con su intenso frio, era siniestra y lúgubre. Toda la naturaleza, como si estuviera enojada, se mostraba triste y callada. Al travès de su reposado silencio, interrumpido solo por el ruido que producian nuestros pasos, el golpeteo de los obreros que se ocupaban en colocar las nuevas baterías, el silbido lanzado por las máquinas de vapor, ó el varonil *¿quién vive?* de los centinelas, parecia resonar en el oido como el últi-

mo suspiro de un sér adorado, el lastimero aye de las víctimas, y ante los ojos fatigados por largas vigilias, deslizábanse al parecer, imponentes, terribles y amenazadoras, las sangrientas escenas que habíamos presenciado.

Al fin se dejan oir los entusiastas toques de diana, y, saliendo los espíritus de esa dolorosa concentracion en que habian caido, despues de tan recios huracanes, la animacion y la vida empezó á ejercer su influjo bienhechor en los campos de Alcolea.

Nos habian llegado, durante la pasada noche, cuantas tropas de toda clase de armas é institutos se hallaban disponibles en todas las capitales y plazas fuertes pronunciadas, sin contar con las que debian llegar en todo el resto del dia de Sevilla, conducidas por el capitan de artillería señor Navarrete, diez y ocho wagones cargados de provisiones de boca y guerra. Tras de la estacion de la via-férrea, sobre lo alto de un cerretillo, habíase montado una batería, y en la eminencia predominante de Valenzoneja, diez y seis piezas del sistema Krup, formando al frente de la llanura de la Dehesilla y de la carretera un perfecto círculo de bocas de fuego, dispuestas á vomitar por todos sus flancos el esterminio y la muerte.

Las bandas de música continuaban tocando himnos patrióticos; el generalísimo, abrigado con el capote de un oficial muerto, revistaba á pié las tropas que estaban en sus respectivas posiciones, siendo por todas partes objeto de la aclamacion general, y alborozado yo con este magnífico espectáculo, y lleno de confianza en el triunfo de nuestro ejército, hice trasmitir á las cinco y minutos de la mañana á la Junta de Gobierno los dos siguientes despachos telegráficos:

«Se toca á diana y se prepara otra gran batalla como la de ayer. Veremos si los enemigos de la libertad han quedado para aceptarla.»

«Los jefes y oficiales de la reserva ó en situacion de reemplazo que residan en esa y deseen tomar parte, que se les dén pases y vengan inmediatamenle á las órdenes del general en jefe.»

Recibi de la Junta de Gobierno, en virtud de mis reclamaciones, seis mil libras de carne, pan, vino, aguardiente, cinco mil cigarros puros, tres mil cajillas de todas clases de tabacos, y tres lentes que entregué, uno al señor Duque de la Torre, otro al general Izquierdo y el otro al señor coronel Blengua, y además un enorme anteojo de larga vista con su gran trípode que se fijó en la esplanada de la casa del Capricho, desde la cual, semejante á una máquina fotográfica, enfocaba toda la llanura de Pan-Gimenez.

Ignorábamos todavia si el ejército real habia ó no acampado en las llanuras de Pan-Gimenez; si habia ó no recibido los refuerzos que le ofreciera el Ministro de la Guerra, y si se hallaba ó no dispuesto á darnos una segunda batalla.

Todos ansiábamos vivamente ver las posiciones que suponíamos habia tomado el ejército real; pero los nubarrones que cubrian la bóveda celeste; la espesa neblina que se desprendia de las alturas, y las vaporosas emanaciones que partian del rio, formaban una oscuridad que no permitia distinguir, ni aun con la ayuda de los instrumentos ópticos, cosa alguna en el enemigo campo. Allá, al través de las sombras, nos parecia descubrir fuerzas de infantería; acullá, los cañones que nos habian de hostilizar con sus fuegos cruzados, y por todas partes el grueso del ejército ordenado y dispuesto para dar un impetuoso ataque al puente de Alcolea. Los lentes pasaban de mano en mano, y con el grande anteojo de campaña se buscaban objetos que no encontrábamos, ni en la llanura, ni en los cerros de la campiña, ni en las montañas de la sierra, ni por ninguna otra parte.

A medida que se iba descorriendo, empero, la inmensa cortina de dudosa sombra, últimos restos de aquella tenebrosa noche, desaparecian todas nuestras ilusiones ópticas, y la realidad comenzaba á presentarse á nuestros ojos con claridades esplendorosas. La opaca luz del dia empieza á descubrir al fin los horizontes, y el fantasma que suponíamos á nuestra vista se ahuyenta con las nubes que hasta entónces habian llenado el espacio. Esta inesperada y sorprendente desaparicion del ejército real, nos entregó á un mundo de conjeturas y cavilaciones. Los enemigos, pues, no se divisaban, y esto aumentaba la inquietud y la zozobra. ¿Habrán hecho una retirada estratégica para sacarnos á la llanura y darnos en ella una batalla? ¿Se habrán dirigido por la sierra para atacarnos por retaguardia? ¿Se habrán apoderado por medio de un golpe atrevido de Córdoba y marchado sobre Sevilla? La verdad és que estas y otras muchas conjeturas se hallaban dentro de un órden muy lógico, muy racional, y todo podia esperarse ménos lo que realmente sucedia. Porque si bien és cierto que el ejército isabelino, que tan bizarramente se condujo en sus diversos combates, habia sido en todos ellos con sensibles pérdidas rechazado, gracias á los gravísimos errores cometidos por sus propios caudillos, éralo tambien que no habia sufrido una derrota propiamente dicha, en razon de que esto no entró, como ha podido comprenderse, en los cálculos políticos y humanitarios del Duque de la Torre.

Visto esto, hízose necesario averiguar el paradero del ejército isabelino, asegurarse de sus intenciones y obrar en conformidad con las circunstancias.

Inmediatamente telegrafié á la Junta de Gobierno de Córdoba pidiendola informes, y dándola aviso para que estuvieran apercibidos; mandé espías por lo alto de las faldas de la sierra hasta la cima de Ribera, y

el general Izquierdo, con permiso del señor Duque de la Torre, dispuso que dos ó tres piezas de artillería, algunos escuadrones de caballería y el batallon de rurales, bajo las órdenes de su comandante D. Manuel de Sampedro y Aznar, marchasen rápidamente por la orilla del Guadalquivir á reconocer el terreno hasta las puertas mismas de la ciudad.

Antes de proseguir, pues, el hilo de esta narracion, justo será que me ocupe de lo que habia pasado y de lo que pasando estaba á estas mismas horas en la que fué famosa córte de los poderosos Califas.

XLIII.

SUMARIO.

Estado de Córdoba despues de la salida de las tropas, medidas adoptadas dentro de la ciudad y en sus afueras.—Estupor producido por mis primeros telégramas, siniestras conjeturas, salida de un tren con D. Juan Velasco, llegada del primer tren de heridos, noble actitud de los cordobeses, discursos, peroratas, exclamaciones y extraordinarios servicios que prestan las mugeres de Córdoba.—La hermosa Duquesa de Castiglione y algunos episodios interesantes.—Llegada del segundo tren de heridos, imprudencia de los prisioneros y enérgica actitud del Conde de Hornachuelos.—Lúgubre aspecto de Córdoba, la llegada por la carretera y por el ferro-carril de numerosos heridos, los benéficos actos de los vecinos, la improvisacion de los hospitales de sangre y el Asilo de Madre de Dios y San Rafael.—Nuevos conflictos, Mr. Poole, el fraile y las heroinas de la caridad.—Hospitalidad en Villafranca, el médico Sr. Gimenez Serrano, los cadáveres y los acuerdos á favor de ellos tomados.—Fortificaciones en Córdoba, muerte inesperada del coronel Anguita, reconocimiento de los vados, un santo y seña y un parte incomprensible.—Servicios con ingratitud pagados, satisfaccion de la conciencia, justos motivos de alarma, órden inalterable y eternos recuerdos de Córdoba.

La inesperada marcha de nuestras tropas, su rápida concentracion en Alcolea, los terroríficos rumores que desde luego empezaron á circular, y el numeroso gentío que inundaba nuestra ciudad, fueron motivos bastantes para que los cordobeses quedasen entregados á las más diversas conjeturas y á los más lúgubres presentimientos. Habia allí, ¿por qué no decirlo? un verdadero temor; pero al ver que las autoridades revo-

lucionarias estaban en su puesto, y que los voluntarios de la libertad, bajo las órdenes de su segundo jefe, don Abelardo Abdé, ocupaban el castillo de la Calahorra, la Diputacion provincial, las Casas Capitulares, la Tesorería de la provincia, la estacion de la via-férrea y la Cárcel pública, y que á más de esto se tomaban todas las medidas necesarias para garantir la seguridad de las personas y de las propiedades, la opinion pública, algo sobrecogida, volvió á entrar en el goce de la más completa confianza.

Ocupábanse tambien las puertas del campo, los vados del Guadalquivir inmediatos á la ciudad y los caminos que convergen á la misma, y como en los dias precedentes, era detenida toda persona sospechosa de espionage.

Los cuatrocientos ó quinientos voluntarios de la libertad, que, á las órdenes de D. Rafael Perez del Alamo, habian llegado poco despues á Córdoba, fueron por órden de la Junta destinados, con los muchos de la capital que desearon agregárseles, á ocupar las posiciones que en la orilla izquierda del Guadalquivir se prolongan desde el Espíritu Santo hasta el telégrafo óptico. Allí, en los cerros de la campiña, conocidos con el nombre de los Barreros, escalonó sus fuerzas el patriota Perez, quien para impedir un ataque que por aquella parte pudieran iniciar los enemigos, bajándose desde Alcolea por la márgen izquierda del mismo rio, permanecia atento á la defensa de la ciudad.

Nada se omitia en Córdoba para sostener el órden, alentar el buen espíritu público, incomunicar á los enemigos de la revolucion y contribuir á la victoria de los ejércitos liberales.

Tal era el estado de las cosas en Córdoba, cuando una parte de mis colegas de Junta de Gobierno, reunidos en la estacion de la via-férrea, recibió mi primer

despacho telegráfico, por el que, despues de darles cuenta de nuestra entrevista en el puente de los Yegüeros con el brigadier Lacy, les decia que se estaba formando para el ataque; que las aclamaciones del ejército á sus bravos generales retumbaban con toda la fuerza del trueno; que antes de pocas horas correrían arroyos de sangre, y que pronto anunciaría la victoria de nuestras tropas. El señor Portocarrero, que como mis demás colegas, creia que en aquel dia no se llegarian á romper las hostilidades, aseguró, segun supe despues, que aquella noticia era inmotivada y nacida solo de mi imaginacion ardiente, vivaz, calenturienta. Pero al recibir en el acto mismo en que esto se afirmaba mi segundo telégrama, en el que les aseguraba que se acababa de romper el fuego, al mismo tiempo que les pedia médicos y cirujanos para curar los heridos y trenes para conducirlos, una espresion indescriptible de estupor se retrató en el semblante de todos los incrédulos.

No habia, pues, que perder tiempo. Inmediatamente arrancó un tren con el Licenciado en Medicina y Cirujía D. Juan Velasco Vergel, los cirujanos señores Miranda Fernandez y Rojas y el empleado de la via D. Rafael Vazquez, mientras que mi colega de Junta de Gobierno señor Gorrindo, con todo el poderoso torrente de su voz, leia y comentaba en público los dos telégramas de que dejo hecha referencia.

La noticia circuló con la celeridad del relámpago, y persuadidos los cordobeses de que en su propio suelo se estaba dando una batalla, porque además de las afirmaciones que de viva voz se le hacian, podian observar y observaban desde los edificios más elevados, las ondulantes columnas de humo que en Alcolea se levantaban sobre la cima de las montañas, así como desde la orilla del Guadalquivir ó desde algunos otros puntos en

que aplicaban el oido al suelo, percibian de un modo claro ó confuso, segun la direccion que les impulsaba el viento, los ecos más ó menos sonoros producidos por el estampido de las armas. Lejos de huir de la ciudad ó de ocultarse en sus respectivas casas, al saber que se espera un tren de heridos, Córdoba, tan alegre por la hermosura de su cielo, y tan bondadosa por el carácter de sus naturales, ofrecia por todas partes un aspecto triste, melancólico y sombrío, pero severo, enérgico, activo, indescriptible. Impulsados, no obstante, por la caridad, este sentimiento propio de las almas sensibles y elevadas, gran número de cordobeses y varias secciones de voluntarios, bajo las órdenes respectivas de don Ramon Nochetto y D. Ramon Gomez del Castillo, se dirigen con las autoridades revolucionarias á la estacion de la via-férrea, y con los corazones llenos de mortal congoja aguardan la llegada de las ilustres víctimas procedentes del campamento de Alcolea.

Llega, en efecto, el primer tren, y los heridos, alegres unos, llorosos otros, moribundos algunos, ensangrentados todos, comienzan á bajar por sus propios piés, ó con la ayuda de los particulares, ó de los médicos y cirujanos, que, en honor sea dicho de esta distinguida y benemérita clase, se hallaba allí casi toda entera esperando el momento de cumplir con los deberes de su elevado y augusto ministerio. La muchedumbre permanece, no obstante, en presencia de tamaño desastre, indecisa, inmóvil, temblorosa, casi aterrada; pero el canónigo de la Iglesia Catedral, Sierra, los curas párrocos del Sagrario y de San Nicolás de la Villa, Vega y Osuna, y muchas otras personas piadosas y caritativas, la exhortan para que acudan sin demora al cumplimiento de el humanitario deber que á todos imponen tan aflictivas y dolorosas circunstancias. Sigue á estos mi colega de Junta revolucionaria Angel de Tor-

res y Gomez, quien inspirado en los mismos elevados sentimientos, levanta la voz lleno de dolor y de ternura y les habla en la siguiente ó parecida manera:

«Cordobeses: una enorme desgracia ha venido sobre nosotros. Nuestros hermanos en el vecino campo de Alcolea están librando una gran batalla en estos momentos, y los heridos de una y otra hueste llegan á nuestras puertas demandando nuestro cariñoso auxilio. Ya no es hora de vacilaciones ni de dudas; los instantes son supremos: todos inspirados en la santa idea de la humanidad, debemos ampararla sin distincion de opiniones políticas. ¡Ciudadanos, enaltezcamos á Córdoba dando pruebas de filantropía y de amor á la desgracia!...—»

Hornachuelos, Gorrindo, Portocarrero, Morillo y muchos otros hablan en igual sentido, y la multitud, como he dicho antes, indecisa, inmóvil, temblorosa, casi aterrada, sale súbitamente de su natural estupor, y comienza una série de actos de caridad, de abnegacion y de patriotismo que no tienen ejemplo en la negra historia de nuestros desastres fratricidas. No habia medios de trasportes prevenidos, porque el gran suceso fué inesperado y excedía á todos los cálculos el número de los heridos. Los conducian, empero, sugetos de los brazos ó agarrados por el tronco y las estremidades, ó cargándolos sobre el hombro; mas en este crítico instante, observa un grupo de conductores que pasa por ante ellos un coche, y dirigiéndose á él la irritada muchedumbre, le grita diciendo: *¡Cómo! ¿los heridos á pié y este vá en carruaje?* Le siguen, le cercan, le acometen y no dejan de arrojarle pedradas hasta que su dueño se detiene y asoma la cabeza y dice: *¡No tirad, señores, que somos los doctores Ceballos y Moñino que vamos á encargarnos del hospital de sangre que se vá á establecer en el edificio de los Padres de Gracia!*

Llega á noticia de los voluntarios que en el paseo de la Agricultura habia varios carruajes de particulares, y en el acto mismo se dirigen á ellos é invitan á sus dueños ó á los cocheros, para que, siguiéndoles, acudan á prestar ayuda á los heridos. Resístese el de D. José Cadenas, y los voluntarios, que obrando en justicia, no querian gastar contemplaciones, echan mano á las armas, las preparan, apuntan con ellas, y se hacen prestar obediencia.

. Estos y otros primeros actos de la indignacion popular, enseña á los corazones egoistas y podridos que el camino de la indiferencia en el presente caso se halla erizado de muy graves dificultades.

Habíase invertido de una manera súbita el órden de las cosas. Allí, sin distincion de sexos, ni de clases sociales, ni de opiniones políticas, ni de creencias religiosas, todos se disputaban á porfía el alto honor de llevar, los unos á sus propias casas y los otros á los hospitales de sangre, á los infelices heridos. Quien los carga sobre sus hombros; quien en sillas de mano; quien en caballerías; quien, por último, en los carruajes que voluntaria ó forzosamente envian los títulos, los particulares ó los dueños ó directores de los establecimientos públicos. Las clases más elevadas de nuestra sociedad acuden ya á todas partes con sus coches, y sin temor de manchar sus vestidos y las ricas alfombras y elegantes adornos de sus lujosos trenes, los ofrecen sin preferencia de clases al primer inválido que á su paso encuentran.

¡Con qué tierna y cariñosa solicitud nuestros paisanos y paisanas conducen á los infelices heridos á sus propias casas ó á los hospitales de sangre!

Ocurren escenas tan tiernas, tan conmovedoras, tan patéticas, tan interesantes, que pocas veces en la vida de la humanidad, sobre todo en este siglo de metálico

y de goces, ofrecer suelen los pueblos del mundo civilizado.

Las mugeres de Córdoba, especialmente las del Campo de la Merced y de Santa Marina, y sobre todo, las del populoso distrito de San Lorenzo, rivalizan en actos de caridad, de abnegacion y de heroismo: ellas, á pesar de vivir entre la escasez y la miseria, conducen con sus brazos á los heridos, los animan con sus palabras, lloran por ellos con ternura, y los socorren con vino, pan, caldo, bizcochos, jamon, agua, refrescos, tabaco, colchones, sábanas, y hasta se desgarran sus propias vestiduras para detener y restañar la preciosa sangre que brota de sus heridas. Algunos desgraciados militares, ya medio moribundos, exhalan su último suspiro en brazos de nuestras paisanas. Indignadas estas, lloran las unas sobre los cadáveres, las otras los besan y abrazan, las más protestan á su modo contra Novaliches y contra la reina, y casi todas conjuran á los hombres, incluso á sus propios maridos é hijos, para que agarren las escopetas y vayan á pelear por la libertad en el campo de batalla.

No seria yo justo si al ocuparme de los servicios por nuestras paisanas prestados, dejara pasar en silencio los bondadosos y heróicos rasgos de beneficencia desplegados por la ilustre Duquesa Colomna de Castiglione; esta bellísima extranjera, que recibe en las calles á los heridos, ó los visita en los hospitales, les dirige en una y en otra parte palabras de consuelo, les tiende una mano generosa y compasiva, los cuida con esmerada solicitud, y hasta los asiste con notables recursos pecuniarios, dando motivo con su noble conducta al siguiente é interesantísimo episodio:

Llega esa hermosa y caritativa muger al hospital general á tiempo en que á un herido le van á extraer un proyectil. Dirígese la dama al paciente, le tiende

cariñosamente los brazos, le hace descansar sobre sus pechos, y al fin comienza la operacion, que ofrecia muy graves dificultades; á cada impresion dolorosa que esperimentaba el operado, levanta la vista, la fija en su bienhechora y se sonrie.—¡Si te duele, le dice cariñosamente la dama, quéjate, hijo mio, quéjate!—El soldado, que era audaluz. y por cierto de Moron, dice con sonrisa á la bella Duquesa:—¡Ah señora! ¿quién se queja hallándose en los brazos de una muger tan hermosa?—

Al llegar uno de nuestros soldados contusos á la enfermería del mismo hospital general, se fija en uno de los soldados heridos del ejército de Novaliches, que sobre una cama sentado esperaba que le tocara el turno de ser curado, y se dirige á él y le dice con cómico desenfado: »¡Oyes!... ¿pues no te dejé yo á tí muerto de un tiro y un bayonetazo?» á lo que respondió con calma el interpelado: »¡Tú me heristes, pero ya ves que todavia estoy vivo!»

Hé ahí lo que ocurre con los primeros heridos en la estacion de la via-férrea, en los barrios mas pobres y en los hospitales de sangre de esta hospitalaria ciudad, mientras que por todas partes se verifican otras entusiastas y benéficas manifestaciones.

Baste decir que no bajaron de seiscientas las personas de ambos sexos y de todas las clases políticas, sociales y religiosas, que personalmente ó por medio de sus criados ó por conducto de otros sugetos, presentan á la Junta Soberana y al Municipio revolucionario hilas, vendajes, apósitos y bálsamos con tanta repeticion y abundancia, que con los suministrados en las primeras horas de la tarde de este dia hubo para remitir cajones enteros al campamento y para atender á las curaciones de los heridos. Todos se prestaban de tal manera al socorro de aquel inmenso infortunio,

que cuando á las seis menos cuarto de la tarde llegó á la estacion el segundo tren de heridos, hallábanse los andenes y el estenso terreno que los rodea literalmente cubierto de hombres, mugeres y niños, en cuyos rostros pálidos y conmovidos se retrataba el intenso dolor que dominaba los espíritus.

Al bajar de los wagones nuestros oficiales y soldados heridos, una parte del pueblo allí reunido empezó á dirigirles palabras de simpatía y de consuelo, pero aquellos bravos militares, imitando á los que les habian precedido, se volvian á la apiñada muchedumbre, y dirigiéndose á las mugeres, que llorosas les contemplaban, les solian gritar con ronco y varonil acento:

—¡No lloreis, cordobesas, *¡viva la libertad! ¡viva la libertad!* ¡no lloreis que el triunfo es seguro! —

—Mirad, decian otros á los espectadores mostrándoles sus heridas, mirad como me veo á causa de una... y adjetivaban á cierta dama de elevada alcurnia con frases que no debo consignar.

Los jefes y oficiales de cazadores de Barbastro, Madrid, Barcelona y otros, que con sus espadas y rewólvers iban en el mismo tren, no solo se niegan á dar *vivas* á la libertad, sino que olvidando que eran prisioneros de guerra, que marchaban libres á causa de la benevolencia del señor Duque de la Torre, y que se hallaban en medio de un pueblo en revolucion, hubo entre ellos quien se atrevió á victorear à la reina, y á presentarse de una manera agresiva contra aquella muchedumbre dispuesta á concederles todos los honores de la hospitalidad. Esta conducta atrevida, irreflecsiva, temeraria, dictada por el despecho, dió motivo á que se cruzasen entre unos y otros gritos, ademanes y palabras que impulsó á una parte del irritado pueblo á gritar lleno de ardiente y febril exaltacion: *¡á ellos! ¡mueran! ¡á ellos!...*

Iba á empezar el conflicto entre revolucionarios é isabelinos, cuando el Conde de Hornachuelos, con un pié sobre el estribo del tren, levanta la voz, domina el tumulto, recuerda á los unos y á los otros sus respectivos deberes, y consigue apagar la explosion de las pasiones desencadenadas, salvando así á Córdoba, en el instante mas crítico de su historía, de un eterno padron de vergüenza y de ignominia. Restablecido instantáneamente el órden, las autoridades revolucionarias y otros particulares, conducen á los isabelinos al gran casino intitulado *Círculo de la Amistad;* les dispensan en él toda clase de esquisitos obsequios; les convencen á que se pongan en el brazo izquierdo el distintivo encarnado, y despues de todo esto les facilitan cómodos y decentes alojamientos.

La estacion, las calles, las plazas, las casas particulares, los edificios públicos, toda la ciudad, en fin, se hallaba desde el oscurecer completamente iluminada.

Jamás se habia encontrado nuestra Córdoba, en lo que la memoria alcanza, en iguales aflictivas circunstancias.

No dejaban de llegar, entre tanto, por la carretera general, caminando á pié, en los carruages ó en caballerías, ofrecidos los unos y las otras por las personas que salian á ver el campamento, numerosos heridos de ambos ejércitos, lo que aumentaba la consternacion del vecindario; pero aun debian prolongarse las representaciones de tan dolorosos espectáculos.

Al fin se descargan las piezas de artillería en Alcolea; se desembaraza la via-férrea; las máquinas lanzan sus lúgubres silbidos, y á las once y cuarto de la noche el tercer tren, á las dos de la madrugada el cuarto, y á las cinco de la mañana el quinto, llegan sucesivamente á la estacion de la caritativa, de la hospitalaria, de la magnánima Córdoba, é innundan nuestra ciu-

dad de heridos. ¿Qué hacer, pues, en vista de conflicto tan grande, tan inmenso, tan indescriptible? Absolutistas como D. Antonio de Porras, D. Cárlos Bárcia y don Antonio Castiñeira; moderados como D. Luis Montis; progresistas como D. Rafael Gorrindo; curas como don Mariano Vega; unionistas como el señor Muñoz Tuesta, y demócratas y muchos otros centenares de vecinos, los acogen en sus respectivas casas y les prestan en ellas durante dias, semanas y hasta meses los auxilios necesarios, mientras que las autoridades, desplegando una actividad extraordinaria, organizan con su indispensable personal, los siguientes

HOSPITALES DE SANGRE.

AGUDOS.

Médicos cirujanos.

D. Rafael Ceballos.
» Manuel Fernandez Cañete, y
» Vicente Ceballos.

Practicantes mayores.

D. Rafael de Rojas Garcia, y
» José Agudo.

Segundos practicantes.

D. Manuel Anguita.
» Francisco Martinez.
» Rafael Sanchez, y
» Angel Vigueras.

Supernumerarios.

D. Rafael Medina.
» Inocente Ruiz, y
» José Martinez.

Meritorio.

D. Eugenio Peré y Morado.

PADRES DE GRACIA.

Médicos cirujanos.

D. Rafael Anchelerga.
» José Serrano.
» Rafael Marchal.
» Vicente Moñino, y
» José Iznardi.

Cirujanos que hacen de practicantes.

D. Nicolás Pesquero.
» José Quero.
» Rafael Buendia.
» José de Luque.
» Gabriel del Pozo, y
» Nicolás Gonzalez.

Topiquero.

D. Rafael de los Rios.

HOSPICIO.

Médicos cirujanos.

D. Leon Torrellas.
» Manuel Saenz de Tejada.
» Francisco Morales.
» Mariano Ravé.
» Enrique de Luna, y
» Manuel Quintana.

Cirujanos.

D. José Miranda Fernandez, y
» Rafael de Rojas y Vivas.

Practicantes.

D. Francisco Montero.
» Antonio Buendia.
» Benito Torrellas, y
» Rafael Torrellas.

INSTITUTO.

Médicos cirujanos.

D. Juan Velasco Vergel.
» Bartolomé Belmonte, y
» Augusto Estrada.

Practicante.

D. José Benavente.

Farmacéutico que atiende con activo y esmerado celo, á estos servicios extraordinarios.

D. Jorge Gutierrez de la Concha.

Custodiaba caritativamente á los enfermos el capitan retirado D. Urbano Enciso.

La benéfica casa, conocida bajo lo advocacion de Asilo de Madre de Dios y San Rafael, fundacion del ilustrado y virtuoso sacerdote D. Agustin Moreno, consagrado al socorro diario de los ancianos y niños desvalidos, dispuso sus camas, preparó sus salones y abrió sus puertas, y aunque no llegó el caso de que se utilizasen estos servicios, sus doce camillas fueron á recojer los heridos, y en sus bien dispuestas cocinas se preparaban, en las altas horas de la noche, los ranchos necesarios para alimentar á las fuerzas que ocupaban los vados, la Calahorra, el Campo de la Verdad, los Barreros y otros puntos.

Solo podrán formarse una idea del aspecto terrorífico que revestia nuestra ciudad, los que sepan que en pocas horas penetraron en ella mas de mil ochocientos hombres entre muertos, heridos y contusos y tambien de maulos quejumbrosos, que huian del campo de batalla, aumentando así el general conflicto de los cordobeses.

La que fué codiciada córte de los poderosos califas, se hallaba en aquellos extraordinarios y críticos mo-

mentos triste, melancólica, consternada. Mas ¿cómo no habia de estarlo? sin la costumbre de ver estas desgarradoras escenas, y lo que es mas aún, sin estar su ánimo ni sus medios para ello prevenidos, recibe en tan pocas horas y á través de su creciente y dolorosa sorpresa tan gran número de heridos, españoles todos y en gran parte hijos de la opulenta region de Andalucía... Y en medio de este desastre general ¡qué escenas se ofrecian á la atónita contemplacion! Las madres, las esposas é hijas de los militares corrian afligidas y llorosas á las estaciones telegráficas interesando la trasmision de despachos telegráficos al campamento, ó se ponian en marcha para este ó iban de hospital en hospital preguntando por el objeto de su casto amor y de su entrañable cariño. Y en las calles, en las casas, en los hospitales, en todas y por todas partes completaba el cuadro desgarrador el herido que pide socorro; el moribundo que exhala el postrer suspiro; el sacerdote que exhorta; la anciana que reza; la doncella que llora; los vecinos que acuden con colchones, sábanas, mantas, platos, luces, agua, caldo, vendajes, bálsamos, astringentes; los médicos y cirujanos que contienen las hemorrágias, reducen las fracturas, hacen las amputaciones, ligan las arterias y colocan los apósitos; los farmacéuticos que preparan las medicinas interiores y los ayudantes que las suministran, mientras que las autoridades revolucionarias y el vecindario todo desplega su ardiente celo en presencia de tan inmenso infortunio, disputándose la inefable satisfaccion de tender una mano generosa y compasiva al infeliz que lejos de sus lares padece, sufre ó llora á impulsos del dolor, del despecho ó del coraje, ante la perspectiva pavorosa, siniestra y lúgubre de la muerte.

Mr. Guillermo Poole, perteneciente á la iglesia Anglicana, llega á los Padres de Gracia, carga sobre sus

hombros un pesado colchon, marcha con él á la enfermería, lo echa al suelo, lo mulle y coloca sobre él á un infeliz herido, trabajo á que se negó un *bendito* fraile que allí rezaba por el alma de los difuntos...

Cuanto á estas horas ocurria en nuestra ciudad ocurriendo estaba en el inmediato pueblo de Villafranca.

Los primeros heridos empezaron á llegar, conducidos en los caballos de la tropa, en las bestias de los caseríos y por sus propios piés, entre cinco y seis de la tarde. Despues fueron llegando hasta mas de trescientos, entre los que se hallaban los capitanes D. Juan Villalonga, D. Enrique Escalada y Lopez, D. Gregorio Obejas y Vallejo y D. José Gimeno y Fernandez, y los tenientes D. Luis Valenciano y Soriano y D. Joaquin Allué y Escudero y otros varios. Estos infelices, y sobre todo Villalonga, entraban en Villafranca gritando con voz ronca: *¡Viva la reina!*

Ocurrió allí lo que en Córdoba, esto és, que todos estaban desprevenidos; pero los capitanes y los oficiales fueron recibidos y auxiliados en las casas de D.ª Catalina Zamorano y Herrera, D.ª Josefa Zamorano y doña Maria Magdalena, don Mateo Garcia del Prado, don Rafael Jurado y Jurado, D. Francisco Molina, don Alfonso de Castro y Ayllon, D. Mateo Casasolariega, D. Fernando Cubero, y los sargentos, cabos y soldados, en otras partes. Los patrones, ya pobres ó ya ricos, salian á recibir los heridos, y como no habia sitio capaz para colocarlos, improvisaron dos hospitales, el uno en el edificio llamado de la Caridad, y el otro en la casa número tres, situada en la calle del Horno, propia de la honrada familia de los Zamoranos.

Allí, donde no habia mas que un solo médico, y este inhábil á causa de su edad y de sus achaques, quiso la buena suerte, que impulsado por los deberes de su

ministerio, no ménos que por los bellos sentimientos de su alma, se presentara el distinguido médico-círujano, fundador de la primera casa de socorros de esta ciudad, mi caro amigo D. Antonio Gimenez Serrano. Unido este á su compañero, el señor Latorre y Ardila, y rodeados ambos de las autoridades locales, de caballeros, señoras y señoritas, desplegó tan grande actividad y tan ferviente celo, que al fin pudo dominar, trabajando sin darse punto de reposo, á aquella tremenda é inesperada crísis. La causa de la humanidad, las autoridades y el vecindario encontraron en él, cuando ménos lo esperaban, el más poderoso de los auxiliares. No obstante esto, sus extraordinarios servicios, espontáneamente prestados, solo recibieron por recompensa la ingratitud y el olvido.

Fallecieron en Villafranca catorce heridos, y en Córdoba cincuenta y ocho.

Las autoridades de nuestra capital dispusieron, y así se verificó, que los jefes y oficiales fueran exhumados en bovedillas, los sargentos y cabos en sepulturas y los soldados en zanjas, pero todos con su correspondiente ataud, costeados por los fondos municipales. (1)

Hubo entre tanto, en Córdoba, otros sucesos que acrecentaron la general afliccion.

En efecto; al llegar mi telégrama, por el que advertia que los enemigos se corrian hácia la ciudad; que se redoblase la vigilancia en los vados; que se escalonasen fuerzas sobre la màrgen izquierda del Guadalquivir; que se hiciera en caso necesario una cortadura en la cabeza del puente de la Calahorra, y que se tuvíeran prevenidos trenes y máquinas encendidas para arrastrarlos, las autoridades todas esperimentaron una impresion de terror, que inmediatamente despues se trasmitió al vecindario. Todos se dispusieron desde entón-

(1) Apéndice 1.º

ces más y más á la defensa. Los voluntarios de la libertad, excepto los que se hallaban consagrados al servicio de los heridos, marcharon á incorporarse al ciudadano Perez del Alamo, y mas de dos mil hombres se escalonaron desde las alturas de los Barreros hasta la Puerta del Puente. Allí acudió tambien alguna guardia rural y civil y una seccion de caballería de línea. Los vecinos del Campo de la Verdad presentáronse con picos, azadas y hachas, y en breves momentos se practicó á la salida del puente un foso de dos metros de ancho y medio de profundidad, tras de el cual se habia formado un parapeto con carretas, palos y tablones.

Tomándose estaban estas medidas preventivas, cuando el teniente coronel, coronel graduado y mayor de plaza de Sevilla, D. Manuel Anguita y Calvo, se presentó con su ayudante Agudo y un asistente, para inspeccionar aquellos trabajos de defensa. Verificado este reconocimiento, se disponia á regresar á la ciudad, para ir á inspeccionar los vados, cuando los centinelas que estaban en la Puerta del Puente, le piden el *¡quién vive!* él les contesta y ellos le mandan hacer alto. Mas al salir á reconocerle, se le asusta el caballo, da un grande rebote, rompe la cadenilla de barbada, arranca impetuoso, lanza al ginete sobre los sillares de la puerta, y cae por la grupa del animal. Inmediatamente acuden en su auxilio, le levantan del suelo, le conducen á la inmediata casa, le tienden sobre un colchon y llaman á los médicos; pero trabajo inútil: el infeliz Anguita tenia fracturada toda la region frontal, y en el acto mismo de recibir aquella tremenda contusion con conmocion cerebral, quedó cadáver.

Los señores Agudo, Torres, Muñoz y un ayudante de Perez del Alamo, despues de dar noticia de ese desgraciado suceso al gobernador militar, y de entregarle una sortija, un reloj, unas cuantas monedas de plata y

cobre que le encontraron en los bolsillos y una maleta en el caballo del cadáver, fueron con guias y buzos á reconocer los vados. Al llegar al de Lope Garcia, varios individuos, bajo las órdenes del teniente de caballería, Algarra, á quien ya conoce el lector, pasan por la barca con el propósito de reconocer el terreno que se levanta sobre la márgen izquierda del Guadalquivir. Los voluntarios que allí estaban, les piden el *¡quién vive!* y no sabiendo qué responderles, porque se le olvidó el santo y seña, que era «San Pedro, San Pio y San Pablo,» salió del apuro contestándoles: *¡Arrieros con patatas!* El resultado de esta *feliz* ocurrencia fué, que los voluntarios le hicieron una nutrida descarga de fusilería, y que mientras que los *arrieros con patatas* repasaban á todo correr el Guadalquivir, produciendo una grande alarma en todas las fuerzas que custodiaban los vados, no ménos alarmado el ciudadano Perez del Alamo, envió con uno de á caballo á la ciudad el siguiente y lacónico parte: *¡Tiros confusion!*

¡Confusion y más que confusion introdujeron los unos y los otros en la consternada Córdoba!

No obstante estas horrendas y extraordinarias conturbaciones, es lo cierto que secundando, aunque en menos estension, á los vecinos de Córdoba, los de Alcolea, Villafranca, Carpio, Pedro Abad, Montoro y Villa del Rio, todos habian merecido bien de la causa de la humanidad y de la pátria; y que á través de tan benéficos actos filantrópicos, tan dignos de pasar á las generaciones futuras, descollaban sobre los mas extraordinarios los que á toda hora prestaba la muger, esa hermosa parte del género humano, este bellísimo ángel tutelar del hombre, esta encantadora beldad, nacida para derramar en el corazon de los desgraciados torrentes inagotables de ternura, de amor, de inspiracion, de sentimiento. Sin el auxilio de estas heroinas,

que, sobreponiéndose á todos los terrores, dulcificaban tantas y tan acerbas amarguras, ¿qué hubiera sido de los infelices de uno y otro campo que cayeron bajo el plomo ó el acero fratricida? Hemos visto su heróico proceder en todos los casos del grave conflicto, y hasta hubo mugeres, como D.ª Antonia Martinez y D.ª Damiana Moreno, católicas apostólicas y romanas, y como la ilustre condesa de Bark, perteneciente á la Iglesia Anglicana, que, impulsadas las unas y las otras por los mas bellisimos sentimientos de almas, despues de prestar dentro de Córdoba los mas eficacísimos auxilios á los heridos, se trasladaron al campo de batalla, y en él les restañaban la sangre que brotaba de sus heridas, y les daban agua y comestibles, y hacian, en fin, lo mismo de noche que de dia, cuanto les dictaba su ardiente celo y su caridad infinita.

Reciban pues todas nuestras benéficas paisanas, y en primer término la bella duquesa de Castiglioni y la ilustre condesa de Bark, el recuerdo sincero de mi más alto respeto y de mi más profunda consideracion.

Ni una sola persona, empero, entre las que contribuyeron á la grande obra de una manera activa, directa é indirecta, ni una sola mereció el más leve recuerdo de gratitud de los gobiernos que desde entónces hasta ahora han subido, cada cual por los medios que Dios sabe, á las elevadas regiones del poder supremo.

Baste á todas y cada una de ellas, como recompensa á sus heróicos servicios prestados, la satisfaccion interior, la paz del alma, el supremo bien que mora en la conciencia de las personas verdaderamente probas y honradas, despues de haber cumplido con los deberes impuestos por el honor, la razon, la humanidad y la justicia.

Córdoba demostró, pues, en presencia de tan grande infortunio, que todas sus clases políticas, sociales y

religiosas, sabian confundirse en el solo pensamiento, que, inspirado por los principios inmutables de la justicia, del derecho y de la moral universal, enseñan con el ejemplo de la palabra y de los actos el amor al prójimo, el respeto á la desgracia y la adhesion pura, sincera, activa é inmediata á los dolores y sufrimientos humanos.

Nuestra Córdoba enseñó al mundo todo lo mucho que puede un pueblo, que, ageno á los frios y descarnados egoismos, propios de los espíritus enfermizos, se inspira en los preceptos de su deber y de su derecho, orígen de toda caridad y de toda justicia, y fuente de todo lo que puede constituir el bienestar de la especie humana.

Habia esperimentado en tan pocas, como largas y trágicas horas, considerables alarmas capaces de perturbar á otro cualquiera pueblo ménos honrado, ménos sensato: alarma, cuando anuncié que se habia roto el fuego; alarma, cuando llegó el primer tren de heridos; alarma, cuando algunos de los oficiales isabelinos excitaron la indignacion de los revolucionarios; alarma, cuando previne que los enemigos se corrian al parecer hácia la ciudad; alarma, cuando despues de los ataques á ambos puentes se creyó que derrotados huíamos por las faldas de la sierra hácia Sevilla; alarma, cuando unas cuantas detonaciones de carabina, cuyos ecos repetidos y aumentados, bajaron por la canal del rio; alarma, cuando se recibió el lacónico é incomprensible parte *¡tiros confusion!* y alarma, por último, cuando á las cuatro de la mañana anuncié que se tocaba á diana y que se esperaba una gran batalla como la del dia anterior.

No se verifica, á pesar de estas rudas impresiones, ni un hurto, ni un robo, ni una riña, ni una disputa, nada que revele la mas leve delincuencia, ni aun si-

quiera turbe el justo dolor de los vivos ni el religioso respeto que se debe á los muertos....

¡Córdoba, pátria mia, cuna de mis recuerdos, madre de mi espíritu, bendita seas! Tus familias consternadas; abandonadas tus casas; sin jueces, sin esbirros, sin ejército; entregada á tu espontaneidad, habias dado y seguias dando pruebas seguras é indubitables de una abnegacion, de un patriotismo y de una acrisolada honradéz, que formará siempre una de las más preciosas páginas de tu brillante historia. Permite que el más humilde sin duda, pero de seguro el más cariñoso de tus hijos, te consigne esta efímera muestra de su eterna gratitud y del justo orgullo que le inspira el haber nacido en tu hermoso seno, abierto entónces á todos los actos heróicos y magnánimos. Sea este tu proceder ¡oh pátria querida! en todas las circunstancias adversas de la vida, y el Dios de las misericordias, que lee en el corazon de los hombres, como en el corazon de los pueblos, te colmará con todas sus bendiciones!...

Trasladémos otra vez la escena, pues, á su punto de partida, esto és, á los campos de la histórica Alcolea.

XLIV.

SUMARIO.

Conducta militar del Marqués de Novaliches.—Todavia no ha hablado el campeon de la reina y es justo oir sus descargos.—Nuestra ignorancia respecto al ejército real, heridas y curacion de los dos generales isabelinos, estado del grueso de sus tropas y su retirada.—Situacion de la vanguardia isabelina, su retirada, sus determinaciones y los actos del general Echavarría.—Avisos que recibe el jefe de la vanguardia real, sus órdenes, el guarda Mor, el toque de diana, el pan ensangrentado y el chocolate en un cencerro.—Contradicciones de Echavarría y su retirada.—Las confidencias de Pedro Aguilar Pozuelo, el entusiasmo de nuestras tropas y las órdenes del Duque de la Torre.—Habia algo que desgarraba el alma dentro y fuera de nuestras posiciones en Alcolea.—Profanaciones cadavéricas, se recogen heridos y se dá sepultura á los muertos.—Reconocimiento en el campo enemigo, se confirma la retirada del ejército real y las heridas de los generales Sartorius y Novaliches.—Entusiasmo en nuestras tropas y un telégrama á Córdoba.

Al volver la vista á los hechos que mas inmediatamente precedieron, acompañaron y siguieron á la memorable batalla de Alcolea, no es fácil esplicarse cómo el marqués de Novaliches, cómo todo un grande de primera clase de España, cómo todo un capitan general de los ejércitos, á quien debia suponérsele muy instruido en el arte de la guerra, pudo en tan pocos dias incurrir en tan graves desaciertos.

Si en vez de detenerse en la mañana del 21 con su Estado Mayor, con su caballería y sus dos batallones

de infantería del Príncipe entre Bailen y Menjivar, hubiera avanzado hasta el Carpio, donde se hallaba desde el dia anterior, el brillante batallon cazadores de Madrid, le hubiera sido muy fácil verificar, antes que el General Caballero de Rodas, su concentracion en la ciudad de Córdoba, punto estratégico que le facilitaba toda clase de recursos; pero lejos de comprender la alta importancia de este hecho, que sin duda hubiera levantado el espíritu de sus tropas, ordena que los cazadores de Madrid retrocedan hasta Menjívar, cuando ni se les habia hostilizado ni fuerzas habia para hostilizarles.

Este solo acto constituye á mi pobre entender un gravísimo error militar, digno de una severa censura; porque si el solo aviso de la llegada probable de una parte de su ejército vino á dar por resultado la huida instantánea de las tropas sublevadas, como asímismo la precipitada marcha de las autoridades revolucionarias, claro és que la ocupacion de la ciudad que le dejábamos abandonada, hubiera desconcertado á las tropas de Sevilla, cuyos generales, como ya sabe el lector, se negaron desde un principio, no solo á establecer su cuartel general en Cordoba, sí no hasta disponer el reconocimiento de vanguardia, que al fin verificó Caballero de Rodas, con el batallon cazadores de Simancas.

No obstante el abandono en que se hallaba Córdoba, el general Pavía invierte nada menos que siete dias en cavilaciones y detalles sin interés, cuando si hubiera obrado con el acierto, actividad, energía y decision que le aconsejaban las circunstancias, hubiérale sido fácil apoderarse de Alcolea, penetrar en Córdoba, marchar sobre Sevilla, y tal vez encerrar la sublevacion militar entre los muros de la heróica plaza de Cádiz.

Comunicadas las órdenes, empero, por el Ministerio de la Guerra, para que las tropas reales avanzaran sobre nosotros, Novaliches, que hacia cerca de dos

dias se hallaba con todo el grueso de su ejército casi á las vistas de Córdoba; que tenia espeditas sus comunicaciones por la carretera general, el ferro-carril y el telégrafo hasta los cerros de las Cumbres, prescinde de estos poderosos agentes de la guerra, y dispone que á las tres de la tarde del 27 salga el batallon cazadores de Madrid del Carpio, atraviese el Guadalquivir por su barca y se apodere de Villafranca; que á las cuatro y media de la tarde el brigadier Lacy, al frente de una seccion de caballería de Montesa y del primer batallon del regimiento infantería de Gerona, número 22, parta desde Montoro y por el puente del mismo nombre vaya á pernoctar tambien en Villafranca; que media hora despues inicien desde Villa del Rio igual movimiento de concentracion en el mismo pueblo los cazadores de Barcelona, y que á las nueve de la noche el segundo batallon del Príncipe y dos compañías de ingenieros, que se hallaban en el cuartel general, marchen en el ferro-carril por el Carpio para ocupar á última hora el puente de Alcolea, que durante siete dias habia estado en el más completo abandono.

Llega la madrugada del 27 al 28, y el capitan general Pavía, que aun le sobraba tiempo para corregir sus errores, lanza sobre Villafranca, á las tres de la madrugada, y desde Montoro, al general Echavarría con una seccion de caballería, un batallon del regimiento infantería del Príncipe y cuatro compañías de cazadores de Alcántara; á las siete ú ocho de la mañana, desde el Carpio, al batallon cazadores de Barbastro; á las diez ú once de la misma, desde las Cumbres, al brigadier Trillo, con los de Alva de Tormes, y despues de las tres de la tarde, desde la llanura de Pan-Gimenez, al coronel Andía con el primer batallon del regimiento del Príncipe.

No es necesario ser militar para comprender que

estas fuerzas divididas en tan numerosas fracciones, y separadas por un largo intérvalo del grueso de su ejército, y á una corta distancia del nuestro, debieron ser sucesivamente prisioneras ó destrozadas, tan luego como pasaron la barca de Villafranca ó el puente del Guadalmellato.

¡Desconocer además de esto, en el instante de obrar, y aunque antes lo habia estudiado, los caminos, las sendas y los vados que le facilitaban el paso; la verdadera situacion de nuestras posiciones defensivas; los obstáculos naturales y artificiales que las protegian; los puntos accesibles para su ataque; el número de nuestras tropas; la clase de sus armas y hasta el nombre de sus generales! ¡Iniciar á las tres menos cinco minutos de la tarde ataques parciales, sin combinacion, sin concierto, sin vida, perdiendo hombres y tiempo en operaciones estemporáneas, en amagos pueriles y en tentativas desastrosas, cuando antes de las seis de la mañana pudo haberse apoderado de Alcolea y poco despues presentarse á las vistas de Córdoba! ¡Emplear en presencia de sus enemigos todo un dia para ganar legua y media de terreno, y hacer fuego avanzando hasta colocar sus tropas al alcance de nuestra artillería, cuando con la suya pudo herirnos á larga distancia sin ser por la nuestra molestado! ¡Menospreciar los pasos del Guadalquivir y las alturas de la dehesilla de Leon, cuando lo uno y lo otro le aseguraba ventajas de la mas grande importancia! ¡Y para poner el remate á este cuadro desdichado, y sin ejemplo quizá en los anales de la historia militar, aguarda la venida de la noche, no para esperar los refuerzos, ni para dar descanso á sus tropas, ni para facilitarles provisiones de boca, ni para posesionarse de los puntos estratégicos, sino para lanzarse sobre un puente casi inespugnable defendido por un ejército numeroso, aguerrido y entusiasmado!.....

Los graves y transcendentales errores cometidos desde la tarde del 21 de Setiembre hasta la noche del 28 del mismo, pesaban y aun pesan, bajo el punto de vista militar, sobre la cabeza de D. Manuel Pavía y Lacy. Esto es así y no puede ser de otro modo; las ordenanzas generales para oficiales dicen, «que es mayor la falta cuanto mayor sea la graduacion del oficial que la cometiere», y si bien es cierto que brillaron por su impericia los jefes á quienes confió las principales operaciones militares, éslo tambien que en aquellas ordenanzas se añade, «que ningun oficial, sea de la graduacion que sea, podrá disculparse con la omision de sus inferiores etc. etc....»

Hay que tener en cuenta, empero, como circunstancia atenuante, que Novaliches ha visto los puentes de madera y de piedra sin cortaduras, sin trincheras, sin parapetos, sin obstáculos; que ha notado que nuestros fuegos de cañon disminuyen hasta caer en el desmayo; que le consta la llegada de Trillo á su extrema derecha; que carece de provisiones de boca para racionar á su ejército; que se vé apremiado para obtener una victoria; que se halla, por otra parte, lleno de inquietud, quizás por sus propios errores, acaso por las exigencias del Ministerio, y de seguro por el deseo de salvar á su reina, y entónces concibe un pensamiento atrevido, heróico hasta una sublime desesperacion. Comprendiendo el general Pavía que las circunstancias, á la hora en que esto acontecia, eran difíciles para su causa; que los obstáculos debian crecer por instantes; que los momentos eran contados, y que las ordenanzas generales del ejército dicen, «que todo oficial obrará en los lances que no le estén prevenidos con arreglo á su situacion, caso y objeto, tomando la resolucion más digna de su espíritu y honor» Pavía amaga un ataque sobre el puente de madera al mismo tiempo que se precipita

sobre el de piedra, creyendo tal vez que seria secundado, como debió serlo, por las numerosas tropas del Marqués de Fuente fiel. Obró, pues, mal? Es discutible. Ni se han publicado los partes oficiales de la batalla, ni se ha escrito sobre ella con exactitud y conciencia, ni ha hablado aún el general Pavía, y antes de condenarle, justo seria oir sus descargos.

No conocia yo entónces todos los pormenores que dejo enunciados, y sin embargo, me hallaba muy lejos de imputar solo al Marqués de Novaliches, leal servidor de una causa perdida, tan inmenso cúmulo de desaciertos, debidos en parte al Ministro de la Guerra, á los de su estado mayor, á los jefes y generales á quienes confió las principales operaciones, y á los partidarios de aquella podrida situacion, no ménos que la invencible fatalidad, que cobijaba á los gobiernos doctrinarios, á la reina Isabel, á su trono y dinastía.

Ignorábamos en aquella hora, empero, las vicisitudes porque habian pasado y pasando estaban las tropas que atacaron ambos puentes, como asimismo las de la vanguardia del general Echavarria, y voy á dar á conocer estos interesantes detalles, tal como pudo inquirirlos mi laboriosa é incansable solicitud.

Al llegar á la entrada del puente de piedra Novaliches, el general Sartorius que iba á su lado, recibió un casco de granada, que, despues de perforar la cruz de su caballo y la silla, le llevó, sin interesarle el hueso, un pedazo de carne de la parte media é interior del muslo derecho, lo que bastó para que el caballo y el ginete cayeran al suelo. Obediente un oficial á la órden de Novaliches, levantó al general Sartorius, que se hallaba entre un monton de muertos y heridos, le desciñó la espada, le desabrochó la levita, le recogió el ros, que se hallaba perforado por tres balazos, y con la ayuda de unos artilleros le llevan á la inmediata ca-

silla de peones camineros, situada en la carretera nueva que conduce al Carpio. Allí, donde ni aun siquiera habia botiquin, pero sí un gran número de heridos, y una gran confusion, presentóse al fin la sanidad militar, y empezó á prestarles todos los auxilios posibles.

Hecha la primera cura al general, y reconocido este por su antiguo amigo el señor Nogueras, coronel del regimiento de coraceros de la Reina, le hace conducir á uno de los carros del cuerpo, y tenderle en él sobre un colchon; mas como poco despues se oyera el silbido de una locomotora, los del regimiento la detienen, proponen la conduccion de Sartorius, acepta el partido el que la dirige, le suben al trén, le llevan á Villa del Rio y le dejan en poder de su hija y de su yerno.

Novaliches, una vez herido Sartorius, se precipitó sobre los nuestros, pero al llegar á la inmediacion del puente, recibe en la cara un casco de granada. La herida era grave, casi mortal, y el campeon de la reina se vuelve á sus ayudantes, dá órden para que el general Garcia de Paredes se encargue del mando de su ejército, y retrocede á su punto de partida. Al salir del puente, tuerce á su izquierda, y para que su desgracia no siembre el desaliento en sus filas, marcha por fuera de la carretera en direccion á Casa-Blanca. Aquí encuentra una sola camilla, y resistiendo Novaliches á las instancias de sus ayudantes, se niega á servirse de ella y á esperar á que se le haga la primera cura. Obstinado el general, continúa marchando á caballo; la hemorragia era abundantísima; el herido se debilitaba, y despues de haber empapado una porcion de pañuelos con su propia sangre, los tres oficiales que le acompañaban, Gamarra, Villamartin y Liborio, se aproximaron todo lo posible á su caballo para impedirle una caida.

Hizo la casualidad que tropezaran, en medio de la via-férrea, fuera ya del alcance de nuestros proyectiles,

un tren que allí se hallaba detenido. Los tres oficiales subieron al herido á un coche de primera, dióse al jefe del movimiento la órden de marcha, y entre diez y once de la noche llegaron á la estacion del Carpio.

Inmediatamente se presentaron en ella los médicos titulares Antunez y Latorre y Duroni.

La entrada en el coche donde se hallaba el marqués ofrecia al primer golpe de vista un espectáculo alta y profundamente conmovedor.

Novaliches estaba de pié y apoyado en una de las paredes del wagon: le cubria las mandíbulas un pañuelo blanco, cuyos extremos libres se ataban en la parte superior de la cabeza; su uniforme se hallaba empapado en sangre, y el suelo del coche cubierto por la misma hasta el punto de correr por el estribo, demostraba que sufria una herida, causa de aquella hemorragia abundantísima, que amagaba á cortar los manantiales de su vida. Despojado del apósito, y á beneficio del exámen superficial que las circunstancias permitian, los facultativos Torres y Antunez pudieron ver una estensa y grave herida, hecha por arma de fuego, de superficie muy irregular, con multitud de esquirlas huesosas, y que interesaba, á primera vista, todas las partes blandas, gran porcion del maxílar inferior, y la lengua, más allá de la abertura bucal, se descubría cubierta de un color negruzco y bastante destrozada.

La sangre fluia en gran cantidad al exterior, y en parte pasaba al tubo digestivo, lo que era muy molesto al ilustre paciente.

Invitado á que se quedase en el pueblo, para evitar de este modo los graves peligros á que se esponia, si continuaba su viaje hasta Madrid, no quiso aceptar. Tuvieron, por lo tanto, los médicos, que limitarse, á contener la hemorragia y á calmar la excitacion nerviosa que dominaba todo aquel vigoroso organismo.

No obstante, llamaba la atencion de los espectadores su gran fuerza de ánimo, pues á pesar de la sangre perdida y de los vivos é intensos dolores que indudablemente le aquejaban, trasmitia á un papel, que uno de de su ayudante le presentaba, con la mayor facilidad y á pulso, todas las instrucciones que le dictaban las circunstancias. La marcha no podia en manera alguna dilatarse. Preparáronle un expres, la máquina silba, arrancó el tren, y voló llevándose al hombre leal, duro, severo é inflexible, que en aquella misma hora, para él tan infortunada, constituia, á pesar de todo, la única salvadora esperanza del gobierno, de la reina, de su trono y de su dinastía.

Al alejarse el Marqués de Novaliches del teatro de su incomprensible hazaña, solo dejaba en pos de sí la confusion, el caos, la muerte. Los unos corrian hácia la derecha; los otros hácia la izquierda; los otros hácia el frente; no pocos á la ventura, todos esperaban órdenes y nadie sabia á lo que atenerse. ¡Oh, si en aquellos instantes les hubiera cargado con nuestra caballeria el invicto Duque de la Torre! Quizás sospecharon los isabelinos que esto estaba á punto de suceder, porque inmediatamente y con el mayor desórden retrocedieron hasta el cortijo de Pan-Gimenez, donde al ver que los nuestros no les iban al alcance, hicieron alto. Allí permanecieron hasta las nueve y media de la noche, y engrosadas sus filas con los dispersos y restablecida la confianza, emprendieron la marcha en órden escalonado y con alguna lentitud.

Llega en esa forma á las doce de la noche al paso á nivel, situado á una legua del puente de Alcolea, donde hacen un segundo descanso, en columnas paralelas; al lado izquierdo de la carretera la artillería y caballería, y á la derecha la infantería, cuya retaguardia se hallaba protegida por un batallon, y á más larga distancia,

por varios escuadrones en parejas destacadas. Tomados algunos instantes de reposo, volvió á proseguir su marcha el ejército real con direccion al inmediato pueblo del Carpio.

Oimos aquella madrugada una terrible explosion, cuyo formidable eco bajó rodando por la canal del Guadalquivir. ¿Qué era, pues, lo que sucedia? que al llegar los isabelinos al molino aceit ro de San Fernando, inmediato al paso á nivel del Carpio, se les incendió una caja de municiones, haciendo volar á los infelices artilleros que sobre ella cabalgaban. Todo era, como se vé, desastres para las tropas de la reina.

La vanguardia isabelina, empero, ¿qué era lo que entre tanto habia hecho? fuerza es tambien que yo lo diga.

Cuando despues de su ataque nocturno, verificado contra nuestra extrema izquierda, pero hecho sin oportunidad, sin acierto, sin pericia y sin vigor, Echavarría se quedó con sus batallones aplastado en el Juagalzar, hasta que á las diez ó diez y media de la noche, seguro ya de que nadie le perseguia, se rẽtiró con las mayores precauciones á las cimas de Ribera la Alta, dejando á su retaguardia fuerzas que custodiaran el puente y el vado del Guadalmellato, como asimismo los terrenos que se levantan sobre la márgen izquierda de este riachuelo.

Ribera la Alta, á través de la densa oscuridad, presentaba un espectáculo desgarrador: mientras los heridos, que, amontonados en las zahurdas de los puerros, esperan á que les toque el turno de su conducion, lanzaban horribles quejidos, arrancados por el dolor, la sed y las picadas de los chinchones, que en aquellas barracas se crian, y que se agarran al cuerpo humano como los resnos al cuerpo de los individuos de la raza asnar y canina, el hermano del guarda Mor, en

parigüelas, en bestias ó agarrados por los brazos, con la ayuda de paisanos y militares, se ocupaba en llevarlos al inmediato pueblo de Villafranca, por cuyas calles oscuras y solitarias entraban todavía dando vivas á la reina; la tropa llena de fatiga, rendida de hambre, ardiendo de sed, iba por compañías á la fuente del cortijo, llamada Fuente-Redonda, donde para que no cayesen enfermos, solo se les permitia tomar en el pilar una buchada de agua.

Al entrar Echavarría en el caserío de Ribera la Alta, cuyo pavimento se hallaba cubierto de sangre, retiraron de él los heridos á quienes allí se prestaban los posibles auxilios, y aunque le rodeaban algunos de sus jefes y oficiales, él con las manos cruzadas á la espalda, la mirada vaga ó centellante, el rostro pálido y descompuesto, y la exaltacion febril en el pecho, empezó á pasear de arriba á abajo con agitado paso en aquella pequeña estancia, exclamando alta y profundamente irritado:

—¡Vaya con Dios mi amigo el general Serrano! ¡Ah rebeldes! ¡rebeldes! Si yo hubiera tenido mas tropa.... pero ya se vé, me han doblado en el número, y si he tenido medios de defensa, me han faltado los necesarios para vencer. ¡Rebeldes! me habeis destrozado esta bizarra vanguardia, que se ha batido con incomparable heroismo; me habeis hecho más de medio batallon prisionero, y aun yo mismo he estado á punto de caer en sus manos. ¡Ah! ¡hubiera preferido cien veces la muerte á semejante vergüenza y humillacion! Luego me han llegado tan tarde los refuerzos... ¡qué desgracia! Esto ha sido una fatalidad, pero mañana ¡oh! mañana verán los traidores todo lo que pueden los leales al gobierno, al trono y á la dinastía... Sí, para mañana tendré refuerzos, víveres, cartuchos é instrucciones, y... ¡repito que ya lo verán los enemigos del reposo público, de la sociedad y de la ley!...—

Luego que Echavarría cumplió con los deberes que le imponia su cargo de general de division, y que pudo desahogar su alma con las esplosiones de su concentrada ira, pidió á Maria Antonia Guerrero y Lopez, muger del honrado guarda Guillermo Mor y Carro, cama para tomar un poco de reposo; pero como le manifestara que las sábanas se habian hecho pedazos para curar los heridos; que los colchones estaban ensangrentados, y que solo podia disponer de un capote y una almohada, le tendieron el uno y la otra en el suelo frente á la puerta del caserío, se ató luego un pañuelo blanco á la cabeza, y allí se dejó caer buscando un sueño que huia de sus ojos. Vivamente afectado por las emociones de aquel dia, y por los cuidados violentos del venidero, se agitaba de uno á otro lado con inquieta zozobra, sin que su ahogada respiracion le permitiera hallar el reposo que buscaba.

Al poco rato le llaman y le dicen que los que habian ido á pedir instrucciones al Marqués de Novaliches, se habian estraviado en el camino, y que corrian de arriba á abajo la orilla derecha del Guadalquivir, sin encontrar ninguno de los vados que les facilitase el paso. Echavarria irritado entónces se incorpora de súbito sobre el duro lecho, y dirigiéndose al guarda Guillermo Mor, que tan buenos y extraordinarios servicios les habia prestado él y su familia, le dice que bajo pena de la vida fuera á enseñar el vado á su tropa.

—Pero señor, le contestó con acento compungido el honrado guarda, ¿no ve V. E. que si me acerco á ellos á esta hora, al través de esa oscuridad y en medio de ese campo, me van á tomar por un enemigo y voy á ser fusilado? —

—Vaya V. inmediatamente á lo que le mando, y no olvide la pena en que incurre si no cumple mi órden pronto y con exactitud; mas al acercarse á donde es-

tén, les grita V. diciendo: ¡Falcon! y esto bastará para que le reciban como amigo.

Mor baja á la Ribera, se dirige hácia el vado y á sus primeros gritos de ¡Falcon! ¡Falcon! aparecen los que dirigidos por un inesperto guia se hallaban estraviados á causa de la densa oscuridad de la noche. Los ayudantes del general Echavarria, guiados ahora por Mor, encuentran el vadó, cruzan el Guadalquivir, corren por la llanura, tropiezan con los del general Garcia de Paredes, se hablan los unos y los otros y despues de darse á conocer los mútuos desastres que habian sufrido, los primeros por la sierra y los segundos por la llanura, comunican estos á aquellos la órden de retirada sobre las posiciones del Carpio.

Oida por Echavarría la diana que en Alcolea tocaban nuestras músicas y charangas, se levantó de su duro lecho y dispuso que en su campo se hiciera otro tanto, lo que no pudo de una manera satisfactoria verificarse, á causa de que sus músicos habian en gran parte desaparecido.

Luego que Echavarría se tomó con un poco de pan raido, para que no viera que se hallaba ensangrentado, medio bollo de chocolate hecho en una cencerrilla de metal, y servido lo uno y lo otro por la muger de Mor, dió órdenes para que los suyos salieran con una bandera blanca á recoger sus heridos, trabajo que ya nosotros nos habíamos tomado, respecto de los que se hallaban dentro y aún fuera de nuestras posiciones.

Cuando el general Echavarría esperaba confiado instrucciones, refuerzos y provisiones de boca y guerra, solo recibió la órden de reunir sus tropas, recoger los heridos menos graves, tomar la direccion de Villafranca, salvar el Guadalquivir por su barca é incorporarse al general Garcia de Paredes.

Ignorando, como he dicho repetidas veces, estos su-

cesos, y despues de enviar refuerzos á los vados, solo nos ocupábamos en ver, si á favor de los instrumentos ópticos se descubria por alguna parte el ejército real.

Tal era la situacion de las cosas, cuando al través de las opacas sombras, aparece en el extremo opuesto del puente un hombre que agitaba al aire su sombrero y daba vivas á la libertad y á los ejércitos liberales. Las avanzadas le detienen, pero él dice que tiene que ver al general en jefe, porque trae asunto de importancia que comunicarle. Se consulta entónces, y prévio permiso, se le permite llegar á la presencia del generalísimo.

—Yo soy, dijo, Pedro Aguilar Pozuelo, natural y vecino de Pedro Abad, y padre legítimo del soldado de la 6.ª compañía del 2.° batallon del regimiento infantería de Bailén, Juan Aguilar y Roldan, que afeita á su coronel, D. Joaquin Enriles, y soy tan liberal como mi hijo y mi hijo tan liberal como el que más...—

— Está bien, le respondieron, pero al grano, ¿qué es lo que V. trae?—

—Vaya, repuso, pues si á eso voy. Mi hijo, como tiene toda la confianza de su coronel, le dijo hace ya unos cuantos dias: «Señor, yo quisiera ir á pasar unos diitas al lado de mi padre.» «Irás, le contestó; pero vas á llevarte una carta para que la entregues en Córdoba á mi cuñado el coronel de caballería... y ¡cuida que ni la estravies ni la des á leer á nadie!» Mi chiquillo, que á la verdad no tiene pelo de tonto, entendió la cosa. Llega á Córdoba el dia 14 de los corrientes, entrega la carta, la lee el coronel, se pone pálido y luego le dice:— «¡Ahora mismo y sin decir á nadie que has estado aquí, ni mucho menos que me has visto, te vuelves á Sevilla!» Pero, que si quieres; mi chiquillo, que sin ofender á nadie, es más listo que Cardona, se vino al pueblo, porque tenia licencia para ello. Se mueve la cosa,

y yo que soy más que Riego, le dije entónces: *hijo mio, con los tuyos;* y enseguida se unió á su regimiento. Veo luego pasar por mi pueblo á Novaliches, y dije para mi capote: *pues tú á mí no me la das;* y me vine detrás. Pero al llegar á lo alto de las Cumbres me detienen, y entónces volví á decirme: *desde lo alto se ven los toros; y allí me quedé.* ¡Qué cosas! en fin, he visto toda la funcion, por supuesto rabiando de ira, á causa de que no podia estar yo con una escopeta y al lado de mi hijo. Despues del último fuego me entré en un chozo, situado á la bajada de las Cumbres, donde permanecí hasta las doce de la noche, en que desfilaron las últimas tropas de la reina, que por cierto deben estar ya muy cerca de Montoro...—

Aguilar Pozuelo sufre un largo interrogatorio de preguntas y respuestas, y de ellas resulta, segun lo que ha visto y oido, que en su ataque por ambos puentes los enemigos habian sufrido grandes pérdidas, y entre ellas la de dos generales; que estos partieron en un tren, llevándose consigo el parque de municiones de repuesto; que inmediatamente y con algun desórden retrocedieron hasta cerca del cortijo de Pan-Gimenez; que allí permanecieron hasta que se les unieron muchos de los estraviados; que á las once de la noche llegaron al paso á nivel, situado á una legua de Alcolea; que en él hicieron un descanso á uno y otro lado de la carretera; que continuaron su marcha en direccion al Carpio, y por último, que él se habia corrido por la llanura reconociéndola á su paso para venir á informar de lo que ocurria al general de los ejércitos liberales.

No habia duda; Aguilar Pozuelo, padre de un soldado de confianza del coronel de Bailén, decia la verdad, y despues de llevar al ánimo de todos el convencimiento de que en la llanura no hay más que muertos, heridos y algunos funcionarios de la sanidad mili-

tar, y que las tropas reales debian hallarse efectivamente en aquella hora entre el Carpio, Pedro Abad y Montoro, las válbulas del entusiasmo se desatan, los ros se arrojan violentamente al aire, las aclamaciones á la libertad y á los generales retumban en el espacio, los unos se dan la mano, los otros se estrechan entre los brazos, y todos brindan por el triunfo del ejército y la salvacion de la pátria.

Las músicas empezaron á tocar himnos patrióticos, y todos se entregaron alborozados á los transportes de una inmensa alegría.

Habia, empero, tras estas vertiginosas aclamaciones, algo grave, solemne, tétrico, sombrío, que helaba la sangre, contristaba el alma é incitaba á la piedad, al recogimiento, à la oracion.

Cadáveres sin brazos los unos, sin piernas los otros y horriblemente mutilados todos, era lo que por doquiera se hallaba en el campo de Alcolea.

Al entrar por el puente de piedra, desde su comienzo hasta su fin, se contemplaba una escena tan desgarradora, que la piel se cubria de frio sudor, las lágrimas se agolpaban á los ojos y el corazon se queria salir del pecho.

Hubo necesidad de empezar apagando el fuego que aun consumia el uniforme del yerto cadáver del malogrado y jóven capitan de estado mayor D. José Perez de Meca.

Todo aquello revestia un carácter profundamente conmovedor.

Veíase por doquiera la sangrienta huella de los héroes, que al recibir mortales heridas vacilaronantes de caer para no levantarse jamás, ó para arrastrarse lejos del fiero encono de sus propios hermanos: numerosos cadáveres diseminados por todas partes ó formando horribles montones: acá, un fracmento de crá-

neo; allá, un brazo; acullá, una pierna, restos sagrados que el hierro y el plomo habian separado de los cuerpos humanos; y como término de esta sacrílega matanza, bárbaro homenage rendido á las discordias civiles, habia parages en que se ofrecia á la turbada vista un pavimento, que, despues de haberse profusamente cubierto de preciosa española sangre, dejó que esta corriese por los canalones de piedra para que fuera á enrojecer las turvias aguas del caudaloso Guadalquivir.

Al frente, en la inmensa llanura que iluminaron las rojas llamaradas del voraz incendio, se encontraban por todas partes diseminados cadáveres, asfixiados los unos y los más de un modo horriblemente mutilados; más acá, en la orilla izquierda del rio, veíanse tambien á muchos infelices, que, antes ó despues de saciar su ardiente sed, habian exhalado allí mismo su último aliento, dejando, empero, sobre la movediza arena, sus cárdenos rostros azotados por las suaves olas del rio, y tanto á la derecha como á la izquierda de este parage, oíanse salir de entre el fondo de los manchones de los tarages, de las adelfas y de los juncos, estos ecos entrecortados que lanzaban almas conmovidas y dolientes: *¡madre mia! ¡socorro! ¡agua! ¡cuartel! ¡no matarme!...*

Fatigado y con el alma llena de inesplicable dolor, me dirigí á la extrema izquierda de nuestro ejército, es decir, al comienzo de aquella sierra donde tantas veces se habia peleado cuerpo á cuerpo; donde los disparos se habian verificado á quema-ropa; donde el empleo del arma blanca habia hecho un funesto papel, y donde más de seis cañonazos hicieron retumbar sus ecos terribles y espantosos.

Aquí, en el arroyo de la Buen-agua; en el puente del mismo nombre; en las tierras llamadas de Vaciatalegas; Mesa de enmedio, las Loberas y las canteras de Espinosa; en las cuestas y hondonadas, sobre las zar-

zas, tras de las jaras, de la robusta encina y del secular olivo, en todas y por todas partes solo se encontraba angustia, desolacion, sangre, esterminio, muerte.

Habia cadáveres sobre lo alto de las encinas; los habia en pié y agarrados á las zarzas; los habia con el papel del cartucho en los lábios; con un bocado de pan entre los dientes, y con los nudillos destrozados y las manos fuertemente cerradas y llenas de las yerbas y guijas que recogieron en el suelo luchando con las violentas convulsiones de la muerte: rígidos, con los lábios contraidos, con los ojos entreabiertos y con los cabellos erizados, espresaban la ardiente ira de la pelea y el acerbo dolor de la agonía.

Allí, en aquel campo silencioso, en aquella hora triste y serena, y ante el espectáculo respetuoso y sombrío de los muertos, mi alma esperimentaba un sentimiento alta y profundamente indescriptible, al recordar que pocas horas antes los habia visto rendidos de cansancio, ardiendo de sed, cubiertos de sudor y de polvo, pero llenos de animacion y de vida, correr los unos contra los otros al través de las mortíferas descargas, con la fé y el entusiasmo de los primitivos cristianos, que impávidos volaban al martirio para entrar en el augusto templo de la inmortalidad.

Los vivas á la reina y á la libertad, tantas veces repetidos por aquellas gargantas, habíanse ahogado en ellas para no resonar jamás.

¡Cuàntas muestras de valor, abnegacion, heroismo y hasta fiereza habian confirmado durante aquellos memorables combates el valeroso y proverbial carácter español!

Sensible, mas necesario es consignarlo, porque solo escribo para decir las verdades de que estoy poseido: muchos de aquellos cadáveres, muchísimos ¡qué vergüenza! ¡qué iniquidad! ¡qué infamia! se hallaban des-

pojados de sus ahorros, de una parte ó del todo de las prendas de sus uniformes y hasta de la ropa blanca. No conozco aun las sacrílegas manos que ejecutaron aquellas inícuas profanaciones, que hacian brotar de mi alma irritada todos los efectos de la más intensa y profunda indignacion. (1)

¡Infelices soldados! apenas arrancados del hogar doméstico, neófitos en el arte destructor de la guerra, agenos por regla general á las infamias de los hombres que se llaman de Estado, sin más ambicion inmediata que la de volver al regazo de sus padres, impelidos los unos por temor á las ordenanzas de los ejércitos, los otros por el amor á la libertad de los pueblos, y hermanos todos ante la moral de los hombres y la justicia de Dios, ¡quién os habia de haber dicho que mientras los ladrones de corbata blanca iban á extranjero suelo á gozar del fruto de sus rapiñas, vuestra inocente sangre había de regar los solitarios campos de Alcolea, y que vuestros cadáveres estaban destinados á la explotacion infame de fieras humanas sin corazon y sin entrañas, y que vuestros huesos serian abandonados por los que os llevamos al cruento sacrificio de la vida!... ¡Oh! siempre en todas partes el esterminio y la negra ingratitud!...

Cuando reflexioné acerca de este sangriento espectáculo, lo confieso, me sentí sobrecogido de un sentimiento invencible de piedad, y con el alma contristada me dije entónces con un gran escritor francés, «¿por qué ha de consistir el crímen más horrible y la gloria más grande en verter la sangre del hombre?»

(1) Olvidóseme decir á su debido tiempo, que al oscurecer del dia anterior, llegó á la estacion telegráfica un maestro armero, perteneciente á nuestro ejército, con un gran número de rewolvers, espadas, carteras de viaje y porta-monedas, correspondientes á los gefes y oficiales muertos ú heridos. No sé qué uso se haría de tales efectos.

Soy enemigo del esterminio jurídico, del esterminio guerrero y del esterminio popular, aunque, atendidos los tiempos y las circunstancias, creo algunas veces que quizás tuvo razon el sombrío convencional que dijo: *¡Cuanto más transpira el cuerpo social más sanidad adquiere!* como asimismo aquel otro que añadió. *¡Solo los muertos son los que no hablan!* La generalidad de los grandes, de los medianos y de los pequeños escritores han apreciado estas tremendas perturbaciones bajo un distinto criterio. Todo ha sido y es para ellos cuestion de forma: la muerte de un rey es un crímen inaudito, monstruoso, imperdonable en esta y en la otra vida, mientras que la ruina y la muerte de las naciones es un justo y merecido castigo de la providencia, ejecutado por la aleve mano de los déspotas. Alejandro, César, Pompeyo y Napoleon, han sido héroes dignos de la apoteósis; Washington, Porlier, Mina, Lacy, Empecinado, Espartero, Serrano y tantos otros luchando para elevar su pátria hasta la libertad é independencia, motejados fueron de rebeldes y traidores, y los pueblos, que abrumados por largos años de criminales infamias se alzan y castigan á sus opresores y tiranos, no pasan de la categoría de miserables ladrones y asesinos...

No sé esplicarme la causa; mas es lo cierto que, todo aquello que generalmente se llama, en el lenguaje vulgar de los hombres, *justicia de la tierra*, no ha sido ni es para mí otra cosa, que una hipocresía abrumadora que me ha impelido siempre al deseo de abandonar lo más pronto posible este mundo miserable y carnal, tan lleno de judas, de escribas, de fariseos, de miserias, de vergüenza y de crímenes. Si á pesar de este vehemente deseo, que me ha seguido y sigue como una cualidad congénita, inseparable, indivisible de mi ser, subsisto todavia sobre la haz de la tierra, es sin duda

porque Dios ha querido y quiere qur espíe más y más mis graves faltas.

Los cadáveres ensangrentados, á la vez que casi me inspiraban envidia, porque no me hallaba confundido entre sus horribles montones, me movian á un sentimiento de profunda y religiosa compasion. ¿Qué hacer, pues, en aquel instante? Lo que se habia hecho desde que empezó la catástrofe, esto es, que se recogieran los heridos, que se condujeran á Córdoba y que se empezara á dar ya sepultura á los muertos...

Izquierdo y Servert, que por órden del señor Duque de la Torre tueron al frente de nuestros escuadrones de caballería á practicar un escrupuloso reconocimiento en toda la estension de la llanura, regresaron luego corroborando las afirmaciones hechas, primero por Pedro Aguilar Pozuelo, despues por los espías que yo envié al enemigo campo, y luego por los de Echavarría, que con bandera blanca acercáronse á nosotros en busca de sus heridos: esto es, que los generales Novaliches y Sartorius estaban heridos, y las tropas reales y su vanguardia en retirada hácia la capital de España.

Conocido, pues, de una manera oficial, el desastre del ejércita isabelino, la cuestion, considerada bajo el punto de vista militar, estaba indudablemente resuelta á favor de los ejércitos liberales. Retirados los enemigos, fuera de combate su principal caudillo, diezmadas sus tropas, sin provisiones, sin amigos en el pais, sin prestigio en ninguna parte, en una palabra, sin la fuerza moral que constituye el nérvio y la vida de los ejércitos en campaña, ¿quién podia resucitar al nuevo Lázaro? Ni el heroismo tantas veces demostrado bastaba á rehabilitar su anterior espíritu. La tarea, breve por cierto, pero terrible, estaba ya terminada. Inmediatamente trasmití, á las diez de la mañana, á la Soberana Junta de Córdoba, el siguiente despacho telegráfico:

»Los enemigos han huido casi en dispersion, y los generales Pavía y Sartorius van heridos de gravedad: el primero en la cabeza y el segundo en una pierna. Las pérdidas de los enemigos son horribles. Ha sucumbido la infame tiranía que nos oprimia y deshonraba.»

Tal fué la segunda *buena nueva* que llevó la alegría y la confianza á las provincias andaluzas.

Respecto á los progresos de la revolucion, nada sabíamos, porque las comunicaciones telegráficas, cortadas por los enemigos y por nosotros, no podian suministrarnos ningun género de noticias. Sospechábamos, ¿pero qué? Mucho y nada. Formábamos juicios, y de deduccion en deduccion, el espíritu marchaba á tientas al través de una densa é impenetrable oscuridad; mas veánse ahora el estado en que se hallaba la opinion pública en Madrid, y los rápidos, extraordinarios y sorpren dentes sucesos á que dió lugar el triunfo de Alcolea.

XLV.

SUMARIO.

Inquietudes del Gobierno y sus adeptos.—La Junta de la calle de las Rejas y su Boletin revolucionario.—Telégramas alarmantísimos desde el Carpio á Madrid y desde Madrid á San Sebastian.—Primeras disposiciones del Ministerio Universal y magno consejo de generales en el palacio de Buenavista.—Sorprendente exposicion al Consejo de Guerra reunido, un trozo de las Memorias del Ministro universal y otro de una obra del Sr. Bermejo.—Nuevo telégrama desde el Carpio á Madrid y una curiosa conversacion telegráfica sobre los sucesos de Alcolea.—Lo que desde luego se supo en Madrid, la actitud de las Juntas revolucionarias, sus conferencias con los dos hermanos Concha, la resolucion enérgica de estos, la proclama del Marqués del Duero y lo que de ella se desprende.—La hoja suelta de las Juntas revolucionarias, sus interpretaciones, el vota-fuego del gobierno, la insurreccion de Madrid, la constitucion de sus Juntas y sus primeras proclamas al pueblo y al ejército.—Fuga de las autoridades, armamento del pueblo, reunion de las Juntas de Gobierno, telégramas á las provincias, adhesion al movimiento de todos los institutos del ejército, Carabineros, Guardia civil y Rural y destitucion de Isabel II y de toda su dinastía.—Sorpresa de Garcia de Paredes al recibir de Madrid un telégrama retrasado.

Inquietos, trémulos, azorados y miedosos se hallaban los poderes públicos y sus adeptos en la coronada villa, á causa de los progresos latentes que por momentos hacia la revolucion en España, no ménos que en vista de la actitud respetuosa del pueblo y de la que empezaron á tomar, apenas conocidos los sucesos de Cádiz, Sevilla y Córdoba, las ardientes publicaciones clandestinas.

La terrible Junta de la calle de las Rejas, que no se daba punto de reposo en combatir al gobierno, á la reina y su dinastía, inflamada más y más con los rápidos progresos que hacia la revolucion andaluza, hizo circular, en los instantes en que el gobierno gestionaba sin fruto, para haber de conseguir la abdicacion de D.ª Isabel en favor de su hijo Alfonso, un Boletin Revolucionario, cuyos principales párrafos presento à continuacion, para que se vea una vez más la tendencia única y directa de los centros populares:

»En la víspera del combate, antes de derramar, si es preciso, en aras de la Pátria hasta la última gota de nuestra sangre; en esta aurora de la libertad; entre la descomposicion total de lo antiguo, que todavia palpita, y la aparicion de lo nuevo que ya se entreve; antes además que el grandioso vértigo de la Revolucion se apodere de todos y á todos nos domine, necesario nos parece recordar y precisar la base de nuestra obra, la condicion suprema á que el pais deberá asirse para entregarse sin reparo á las ondas del porvenir.

»Cúmplese al fin el destino. Va á ser aplastada por un movimiento nacional la funesta raza de los Borbones, traida aquí á espaldas de la Nacion por una execrable intriga teocrático-palaciega; cimentada sobre la sangre y las ruinas de nuestras mas valientes provincias; sostenida merced á odiosas combinaciones ó *pactos de familia;* doblemente amnistiada en 1814 por Napoleon, en quien habia abdicado, y España, á quien habia vendido; todavia subsistente por un rasgo de sublime quijotismo de un pais á quien nadie habria persuadido en 1834, que en el purísimo seno de una niña anidase el alma de un tirano; obligada, al fin, á morir en medio de la indignacion y el horror universal, harto el Cielo sin duda de maldad tan grande, y despues de haber recogido benévolo el último voto de los mártires de la

Pátria y de la Libertad, de los moribundos de la guerra civil, de la guerra de la independencia, de la guerra de sucesion, los cuales todos, al exhalar el postrer suspiro, debieron tambien trasmitir á los aires su generosa maldicion contra los que asi aniquilaban la desolada y querida pátría.

»La Revolucion, la necesidad de un cambio radical y definitivo, ha penetrado al fin en todas las conciencias y en todas las esferas: en los progresistas como en los conservadores, en los radicales como en los doctrinarios, y aun en los absolutistas; en los industriales, en los militares, en los obreros, en los aristócratas, en los agricultores, en la Nacion entera; en esa Nacion, tan ardiente y constantemente invocada por nosotros en nuestros diversos manifiestos; en esa Nacion soberana de los hombres, de las instituciones y de los partidos, dueña como ninguna de sí misma en los dias de las grandes aflicciones populares; en esa Nacion que jamás, desde el inenarrable infortunio del Guadalete hasta las increibles humillaciones de Bayona, ha dejado de levantarse detrás, distinta y superior á las abyeciones oficiales; que solemne, magestuosa y resueltamente viene hoy, como en toda ocasion suprema para la vida de la Pátria, á reclamar el ejercicio de su gloriosa soberanía.

»Entiéndase bien: aspiramos á restituir á la Nacion su usurpada soberanía. Al alzarnos contra Isabel, no combatimos precisamente á una reina que se entrega de lleno y sin rubor á disipaciones y galanteos; no nos rebelamos tampoco solamente contra una estúpida superticion; ni siquiera tenemos ahora en cuenta su maldad é ingratitud para tratar á los que en otro tiempo tuvieron la magnanimidad de preferirla á sus émulos y rivales. Protestamos ante todo contra el último símbolo de una tradicion, contra el vástago postrero de

una raza que no cree que debe su poder sino al Cielo, de una raza en cuyo ánimo no son los ciudadanos de un pais sino inmensos rebaños de siervos; casta soberbia é impía para quien el principio de igualdad no es mas que un sueño insolente, el principio de Libertad una quimera sacrílega.

»No es esta para nosotros, ni lo será para la Nacion, una cuestion personal. Podria decirse que si la madre es perversa, el hijo, la hermana, el pariente, otro Borbon cualquiera, pudieran no serlo. Empero la cuestion altísima que hoy se debate con las armas en la mano es una cuestion mucho mas trascendental: es la cuestion del derecho popular contra el supuesto derecho tradicional; es la autonomía ó la soberanía de la Nacion contra la usurpacion borbónica; es el derecho de la razon contra la fuerza y el fanatismo; es el poder directo y permanente del Pueblo contra el dominio hereditario de los Borbones. Quedan, pues, escluidos del poder los Borbones, todos los Borbones, que mas ó menos pronto puedan alegar recuerdos de legitimidad. ¡Desgraciado, miserable el Pueblo si todavia no hubiese acabado de comprenderlo!»

La terrible Junta proseguia diciendo, que solo obrando de aquel modo podia ser libre el ciudadano; que cualesquiera que fuera la forma futura del poder, siquiera fueran las formas esplendorosas de una República, la que sucediera á la tenebrosa y tiránica dominacion de los Borbones, todo español tenia el deber de no considerar terminada é íntegra la Revolucion, si no encontraba inmune su honor, sagrada su conciencia, inviolable su pensamiento, santificado su trabajo, respetada su propiedad, libre y acatada su persona; que las formas se gastan y pasan; que los artificios y combinaciones políticas son de suyo progresivas y fugaces; que solo la libertad y la igualdad eran dignas de las

más enérgicas reclamaciones y que solo el derecho era inmortal.

Continuaba diciendo que «queria la expulsion completa, definitiva y perpétua de la familia Borbon; que aspiraba á provocar un fallo Nacional, una resolucion solemne del Pais, sobre el régimen que habia de sustituir al todavia existente, y que con tal decision y rapidéz tan grande, que, en Dios y en su conciencia declaraba enemigo público, reo de lesa Nacion y acreedor desde luego á un grave castigo á cualesquiera *que opusiere resistencia, reserva, ambigüedad siquiera, al proyecto de expulsar del país á la familia de Borbon en todas sus líneas y ramas*, y de apelar para *la reconstitucion política de España á la soberanía de la Nacion.*»

La terrible Junta terminaba con estas sus acostumbradas palabras:

«¡ABAJO LOS BORBONES!

»¡VIVA LA SOBERANIA DE LA NACION!!»

Los justos temores del gobierno acrecian, y con el corazon y la inteligencia se hallaba en Alcolea, esperando el desenlace de los sucesos en perspectiva, cuando entre una y dos de la madrugada recibió el Ministro Universal, D. José de la Concha, marqués de la Habana, los dos siguientes é importantísimos despachos telegráficos, el primero de D. Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches, y el segundo del general D. José Garcia de Paredes, capitan general de Granada, y encargado accidentalmente en el ejército real de Alcolea.

«Hé atacado las posiciones de los enemigos. El honor militar ha quedado muy alto. General en jefe, Pavía, gravemente herido, marcha á Madrid.»

»Hemos sido rechazados por ambos lados del rio. El general en jefe herido. Nos retiramos con el mayor órden del campo. Espero instrucciones.»

Tan graves parecieron al Ministro Universal estas noticias, que enseguida trasmitió al Marqués de Roncali, á la sazon Ministro de Estado, residente en la córte de San Sebastian, este notabilísimo despacho telegráfico, que acabó de consternar á la vacilante reina Isabel, decidida desde el dia antes á emigrar á la vecina Francia con su familia, su servidumbre, el padre Claret y su favorito Marfori.

»Madrid 29 de Setiembre de 1868, tres mañana.

»Tengo el sentimiento de anunciar á V. E. que nuestras tropas han sido rechazadas del puente de Alcolea, retirándose sobre el Carpio. General en jefe herido. Almería pronunciada. La columna del brigadier Namneti rechazada en Béjar. Parte de la provincia de Almería y otros puntos, pronunciados. Dificulto se contenga con esta noticia el general Gasset á la presencia de los buques que espera en el Grao. Situacion general gravísima.»

Al recibir el Ministro Universal los partes telegráficos de Pavía y Garcia de Paredes, y despues de haber trasmitido el que precede al Ministro de Estado, convocó inmediatamente para celebrar un Consejo de Guerra, al capitan general Marqués del Duero, general en jefe del ejército de Castilla la Nueva; al teniente general D. Francisco Mata y Alós, capitan general de Madrid; á los generales D. Eduardo Fernandez San Roman, D. Manuel Lassala, el Conde de Puñonrostro, don José Campuzano, D. Juan Zapatero y al Conde de la Cañada, directores generales de las armas é institutos del ejército, y tambien al gobernador civil de Madrid, señor Berriz, á causa del conocimiento que debia tener del estado de la poblacion.

Reunido el Consejo de guerra á las tres de la madrugada, esto és, á la hora misma en que telegrafió anuncio á la córte de San Sebastian, el Ministro Universal

espuso en él, segun dice en sus memorias, todos los partes y noticias que habia recibido del ejército; presentó la situacion general del pais, tal como aparecia en aquellos momentos, por consecuencia de los graves sucesos del dia, y por las disposiciones á que estos le habian obligado; añadió, que consideraba inevitable la retirada del ejército de Andalucia, porque la situacion creada por el movimiento de Cádiz, podia hacerse por instantes sumamente grande; que no creia deber ocultar que aumentaban las dificultades del gobierno, el propósito de retirarse á Francia los reyes, y el no ha ber recibido contestacion al telégrama que les mandó por conducto del Ministerio de Estado, á las dos de aquella misma tarde, rogándoles que no se ausentaran de España, y por último, concluyó diciendo á los generales, que los habia convocado para consultarles sobre lo que podia y debia hacerse aún en favor de la reina.

«Ni uno solo de los generales, continúa diciendo el Marqués de la Habana, presentó una consideracion que ofreciera la esperanza de que no se perdiera la causa que defendian, siendo general la creencia de que se necesitaria llegar á una transaccion con los que se habian puesto al frente del alzamiento, y evitar así á la capital los conflictos que amenazaban.

»Impresionados todos con la idea de que se ausentara de España la familia real, no parecian aspirar ya más que al mantenimiento del órden público, opinando porque no se exigiera al ejército otra mision que aquella en tales circunstancias, y creyéndose era posible en Madrid, si se decia en la *Gaceta* que el gobierno, contando con la lealtad y disciplina de la guarnicion, estaba decidido á sostener el órden. Alguno manifestó la conveniencia de conocer la situacion del ejército de Andalucía antes de tomar resolucion ninguna definitiva, y aconsejaba se comisionara persona autorizada,

que dirigiéndose á aquellas provincias se enterara circunstanciadamente de todo y diera cuenta al gobierno y á la reina. Los generales que más se detuvieron á examinar la cuestion bajo los dos puntos de vista, político y militar, creyeron que ante la indiferencia con que la nacion miraba la suerte de la dinastía reinante, allí donde no se mostraba hostil y se alzaba en armas, no debia fiarse mas que en el ejército para contener la revolucion, sin esperanza, empero, fundada, de sacar á salvo el trono de la reina, amenazado por una escuadra numerosa é invulnerable, y por una parte del mismo ejército, tan considerable, tan fuerte y tan bien organizado, como el que acababa de rechazar á las brillantes tropas del Marqués de Novaliches.

»Los generales manifestaron, prosigue diciendo el Marqués, que la mision del ejército debia circunscribirse á sostener el órden; que para conseguirlo se aconsejara á la reina hiciera cesar las hostilidades, transigiendo con los sublevados de Cádiz; que nadie creia se pudiera resistir con fortuna, hallándose ya en poder de los revolucionarios plazas tan fuertes como Cádiz, Cartagena, Ferrol, Santoña y otras, siendo tambien la base del alzamiento la marina de guerra, y que unos con más valor que otros, se inclinaban todos al camino de las transacciones, único en su concepto acertado, tanto más cuanto que se anunciaba la marcha de la reina, aun antes de conocerse el resultado de la accion del puente de Alcolea.

»No todos, por otra parte, añade el Marqués, se manifestaron penetrados de la solidéz de las fuerzas rechazadas en Andalucía, y de las que dentro de muy poco tendrian que combatir á los pronunciados en las demás provincias, cuando se observaba la actitud que iba tomando el alzamiento, y la indiferencia del pais; la mayoría de los discursos que se pronunciaron por los

generales allí presentes, se dirigió, pues, más que á sostener ideas de resistencia, que ninguno inició, á defender la conveniencia de una transaccion, que, dejando á salvo el honor del ejército, amparase la sociedad tan sériamente amenazada, y mantuviera los derechos é intereses dinásticos más caros á la nacion.

»Oida la opinion de todos los generales manifesté, dice, que consideraba como todos perdida la causa de la reina, aunque se hicieran los mayores sacrificios; que no creia debia prolongarse una lucha que solo habia de servir para producir grandes males á la pátria; que aunque preveia tambien que los sucesos podian precipitarse, no podia por mi parte autorizar, siendo Ministro de la reina, un acuerdo con los generales que habian proclamado su destitucion, y como era posible que este acuerdo se hiciera necesario para evitar graves conflictos á la capital, me resolveria á marchar á San Sebastian, para exponer á S. M. el estado de la nacion y hacer mi dimision; pero como Ministro de la Guerra tenia que mirar por la suerte del ejército de Andalucía, y que despues de enterarme de su estado iba á dar las órdenes necesarias para que se replegase sobre Madrid.»

Contra las precedentes afirmaciones del señor Marqués de la Habana, asegura el señor de Bermejo en su obra *La Estafeta de Palacio*, (página 963), que de la resolucion tomada por el Consejo de guerra, consistente en ganar el tiempo necesario para llegar á un arreglo aceptable para todos, lo mismo para los vencedores que para los vencidos, no se manifestó muy conforme el Marqués del Duero, aunque ocultaba su parecer; pero que no pudo refrenarse, y que levantados los consejeros y en tono de marcha, les reveló su deseo, que era el de entrar en trato al siguiente dia con el general Serrano y los demás señores que le habian acompaña-

do para el levantamiento, *aun cuando le parecia al mismo tiempo oportuno que en este arreglo no intervi-niera el general Prim, á quien debia descartarse, así como á su gente devota, á las cuales conceptuaba díscolas y perturbadoras.*

La verdad es, que tan podrido se hallaba el viejo alcázar de las instituciones, tan desacreditada la reina Isabel, su trono y su dinastía, que solo encontraron allí dos aisladas personalidades que pretendieran salvar, por medio del milagro de la resistencia, lo que ya hacia años estaba perdido en el concepto de todas las personas sensatas de España, de Europa y de América: el gobernador civil Berriz y el general Conde de la Cañada. ¡Triste suerte la de aquellas cosas y personas, que, despues del gran desastre ocurrido en Alcolea, solo podian disponer del apoyo de un modesto hombre civil y de un general poco conocido! Los demás, y en esto obraban con patriotismo, en vez de apelar á la efusion de sangre, que si á algo podia encaminarnos, era á los males sin cuento de una breve, pero cruenta guerra civil, echaron la espalda al sol que se eclipsaba, y fijando la vista en la hermosa region de Andalucía, dispusiéronse á saludar la nueva aurora que asomaba por los espléndidos horizontes del Mediodia.

Circulaba con profusion la precedente hoja de la terrible Junta, y no habia hecho mas que suspenderse el Consejo de guerra, cuando el Ministro Universal recibió el siguiente despacho telegráfico:

«En el Carpio el 29 de Setiembre, á las cuatro y media de la mañana.

»Llegada á este punto sin novedad. General Echavarría en retirada á Villafranca. Dificultad para retirar heridos. No puedo fijar las pérdidas: gradúo setecientas: deseo órdenes.»...

Visto este estado de las cosas, el general Concha,

conforme con el acuerdo tomado en el Consejo, y antes de tomar por sí una resolucion definitiva, que pudiera conducirle al logro de sus deseos, quiso cerciorarse de la situacion en que se hallaba el ejército de Andalucía, y al efecto telegrafió al jefe de la estacion del Carpio previniéndole diese inmediatamente aviso al general Paredes, para que bajase enseguida á contestar á las preguntas que deseaba hacerle: Informado de esto el señor García de Paredes, comisionó á su jefe de Estado Mayor, Gimenez de Sandoval, para que en su nombre respondiese á cuanto fuera preguntado, con cuyo motivo se entabló á las siete de la mañana el siguiente y curiosísimo diálogo telegráfico:

«Pregunta del Ministro de la Guerra. ¿A quién del ministerio ha escrito V. una carta?

Respuesta del general Sandoval. Solo he escrito carta á Artache.

P. ¿Cómo tienen Vds. colocadas las tropas en este momento?

R. Aquí ocho batallones, toda la caballería, artillería é ingenieros. Echavarría con seis y medio batallones sobre Villafranca (eran siete y medio batallones en el Carpio y siete y medio en Villafranca).

P. ¿Cómo queda el espíritu de las tropas?

R. Bueno.

P. ¿Qué fuerzas se calculan al general Serrano?

R. De diez y seis á diez y ocho batallones lo menos.

P. ¿Cuánta artillería?

R. Creo que de ocho á diez piezas lo menos. (Eran veinte).

P. ¿Ha habido algun brigadier ó jefe herido?

R. Brigadier ninguno, y Estéban, de Estado Mayor, herido, y Meca, de Estado Mayor, herido y en poder del enemigo (era muerto). Todavia no sé con exactitud respecto á más jefes. La pérdida en conjunto por la iz-

quierda del rio, corta para el fuego de cañon y las condiciones en que se dió el ataque, penetrando en el puente hasta más de su mitad, donde habia zanjas (no era cierto) en masa profunda. Las tropas se condujeron hasta aquel momento muy bien, despues se restableció pronto el órden y formacion de los rechazados. La retirada en escalones se verificó sin ser molestados, despues de permanecer más de una hora en las inmediaciones del puente. De la accion sostenida por Lacy primero y Echavarría despues, apenas hay detalles, pero como al principio eran solo tres batallones, y los demás llegaron separados á distintas horas, tuvieron siempre notable inferioridad, y no pudieron desalojar al enemigo, ni aun quebrantarle.

P. ¿Jugó toda nuestra artillería? ¿en qué número era la suya?

R. La nuestra jugó toda, y consumió su dotacion de municiones: la del enemigo creo yo no bajaba de doce piezas; pero hay quien cree que estaba todo el segundo regimiento montado. La nuestra jugó muy bien; pero la posicion del enemigo era muy cubierta, y nuestras granadas no reventaban (más reventaban en la sierra que en la campiña). La rebelde jugó con grande actividad y direccion, pero fuimos afortunados por el poco daño que nos causó. Parece que los jefes y oficiales de esta arma, los de Estado Mayor y otros institutos, asistieron. Mandaba en jefe el Duque de la Torre.

P. ¿Tienen Vds. mucho material de ferro-carril para trasportar tropas?

R. Aquí poco; falta carbon que ya se pidió por el inspector.

P. ¿Podrán sostener la retirada por la caballería, artillería y alguna infantería, cortando el ferro-carril para embarcarlas despues sucesivamente? Necesito aquí muy pronto tropas para sostener el órden. ¿Cuán-

tos batallones podrán enviarme hoy mismo? Mi pensamiento es tener aquí lo más pronto posible todas esas tropas. Esto es muy reservado.

R. Podrá hacerse la retirada aun mandando la mitad de la infantería, siempre que la tropa conserve su espíritu; pero el estado de todos los pueblos, el suceso de ayer y lo que los enemigos les hablarán, deben inspirar algun cuidado en esa larga marcha. Mientras no se incorpore ó quede en franquía Echavarría, solo parece prudente mandar hoy dos batallones, si viene material.

P. Sin contar con refuerzos ¿podrá sostener ese ejército la campaña?

R. Si la cuestion fuera solo militar, sí; mas la situacion tiene otro carácter, que puede un dia relajar el espíritu de las tropas

P. Está bien contestado. Envie V. hoy mismo dos batallones lo más pronto posible, y haga la retirada utilizando el camino de hierro, cortándolo para los enemigos. Los heridos que no puedan venir por ferro-carril pueden quedarse en esos hospitales. ¿Cómo está Conde Girgenti?

R. Está bueno; mostró gran valor y entusiasmo; su regimiento lo mismo.

Salude V. felicitándole, concluye diciendo el Ministro de la Guerra, por mí y el Marqués del Duero: salud y buena suerte......»

Terminado este largo é interesante diálogo, en el que se confiesa, por autoridades nada sospechosas por cierto, el poderoso y decisivo influjo del pueblo en aquellos memorables acontecimientos, lo cual era muy exacto, el Marqués de la Habana se abstuvo de volver á reunir el consejo de generales, y la razon fué muy sencilla.

Las Juntas revolucionarias de Madrid, que á la ver-

dad se hallaban mejor servidas que el gobierno, supieron antes que este el éxito de la batalla de Alcolea. No fué necesario más. Dispuestos como se hallaban todos desde dias atrás al ataque y á la defensa, convencidos del triunfo que habíamos obtenido, y de las ventajas que les daba el obrar con prontitud y acierto, la Junta republicana de Anton Martin se reunió instantáneamente en casa del ciudadano Juarizti, que habitaba en la calle de San Lorenzo, y en el acto mismo dióse la órden para que armados todos los adeptos, se situasen en los puntos de antemano convenidos.

Al mismo tiempo se nombró una comision, compuesta de los señores Rivero (D. Nicolás María), Chao, Figueras y Castrovido, para que se avistaran con la Junta coaligada y compuesta de los señores Cantero, Olózaga (D. José), Muñiz (D. Ricardo), Roberts (don Dionisio) y otros á fin de acordar el movimiento revolucionario y los medios de resistir á las tropas de Madrid, en el caso de que el gobierno se ostinara en sostener la situacion.

Reunida la comision republícana en casa del señor Moreno Benitez con la coaligada, pasaron juntas á ver á los señores Ministro de la Guerra y Capitan general, y aunque los hallaron dispuestos á someterse á las circunstancias, oyeron de su boca, sin embargo, que no consentirian en manera alguna la formacion de ninguna Junta.

Ignoro la respuesta que á esto diera la comision de ambas Juntas revolucionarias, pero se desprende del literal contesto de la siguiente notabilísima alocucion, escrita y dada á luz por el general D. Manuel Gutierrez de la Concha, Marqués del Duero, y general en jefe del ejército de Castilla la Nueva y Valencia:

«Madrileños:

»Ayer ha tenido lugar en el puente de Alcolea un

primer encuentro entre las tropas del Marqués de Novaliches y las del Duque de la Torre. Empeñadas ya tarde las fuerzas del Marqués de Novaliches han acampado en el mismo terreno en que combatieron.

»Madrileños: la guarnicion de esta capital, apoyada por los hombres honrados de todos los partidos, por todos los que quieren respeto á la propiedad y respeto á las personas, ha podido conservar el órden público hasta aquí sin molestar á nadie.

»Seguid todos prestando vuestro apoyo y manifestando vue-tra adhesion incesante á la conducta noble y serena de las tropas que tengo la honra de mandar; esperad con calma los sucesos que se desenvuelven en la Península, y la causa de la civilizacion y de la libertad ni peligrará, ni se manchará, por exceso alguno en el pueblo de la Metrópoli, que debe dar ejemplo á todos de cultura, y facilitar con su actitud firme y digna la solucion que mas convenga á la pátria y á los intereses de todos.

»Despues de lo que acabo de manifestaros, os aseguro que se conssrvará la tranquilidad pública.»

Claro es que despues de haber leido la precedente alocucion, complemento de las noticias que en aquella mañana agitaban al público, no hubo persona en Madrid que dejara de creer que los generales Concha se habian plícita ó implícitamente pronunciado. ¿Quiénes eran, por otra parte, *los hombres honrados de todos los partidos*, que, al decir del general del ejército de Castilla la Nueva y Valencia, apoyaban á la guarnicion de la capital? Esto se sabia por todos; mas por si acaso alguno lo ignoraba, se hizo público y notorio por medio de una hoja suelta, que circuló por todas partes, lo que á continuacion se expresa:

»Hoy por la mañana, se decia en ella, se han presentado á los generales Marqués del Duero y de la Ha-

bana los individuos de la Junta revolucionaria de Madrid, señores Madoz, Cantero, Roberts, Olózaga (D. José), Rivero (D. Nicolás) y otros nombres que no recordamos en este momento.

»Estos excitaron á los generales Concha, á que dadas las circunstancias resignaran el mando y no prolongasen una lucha completamente estéril, y que podia ser sangrienta. El Marqués de la Habana contestó, que mucho antes que la Junta se presentara, habia él dado su dimision.

»Los individuos de la Junta manifestaron su deseo de que el gobierno de Madrid se confiara á los generales Serrano y Prim, y los generales Concha contestaron que no tenian otra intencion sino conservar el órden para confiarlo á los vencedores, concluyendo por rogar á los individuos de la Junta que le ayudaran á la importante tarea de conservar la tranquilidad pública, para lo cual bastarían solo algunas horas, las necesarias para que llegaran á Madrid los caudillos de Cádiz y Sevilla.

»Con esto los individuos de la Junta, que vieron logrado su objeto, se retiraron satisfechos y dispuestos á coadyuvar á la empresa de que esta revolucion se consume sin que haya que verter lágrimas y sangre.»

La efervescencia revolucionaria rugia por todas partes, y la tierra temblaba bajo la planta de los isabelinos, porque desde antes que amaneciera el dia veinte y nueve, nadie ignoraba en Madrid ni aun en provincias, que el ejército real habia sido rechazado del puente de Alcolea; que el Marqués de Novaliches y el general Sartorius habian sido gravemente heridos; que el consejo de generales habia declarado que no era ya posible la resistencia; que el Marqués de la Habana, de acuerdo con la Junta Revolucionaria, iba enseguida á San Sebastian para dimitir su cargo en manos de la

reina; que ante los progresos de la revolucion no habia ya fuerza que resistiera ni poder que gobernase; que se esperaba de un momento á otro á los generales Serrano y Prim para que se encargasen del Gobierno, y por último, que solo se pensaba en ganar algun tiempo para ver de salvar los obstáculos tradicionales.

Ni aun siquiera ignoraban que el Ministro de la Guerra, en su deseo tal vez de evitar la efusion de sangre, y facilitar el triunfo más completo al héroe de Alcolea, despues de ordenar al general Garcia de Paredes dejara paso libre al señor Duque de la Torre, hizo trasmitir á los generales en jefe y con mando el siguiente é importantísimo despacho telegráfico:

»La situacion es gravísima. No puede contarse con el ejército de Andalucía. Lassaudalle abandonado por sus tropas. Los generales aquí reunidos consideran la situacion insostenible, y solo tratan de conservar el órden en esta capital. Los sucesos pueden precipitarse, y yo marcho á San Sebastian á hacer presente á su majestad la situacion del pais, y presentarle mi dimision. V. E. en su alto criterio juzgará lo que corresponda hacer segun considere la situacion de esos distritos y la general del pais.»

Imbecilidad hubiera sido el detenerse un momento más en dar comienzo á la demolicion pronta y eficáz del viejo alcázar de la tiranía, y gracias al impulso que supo darse á sí propio el pueblo de Madrid, que estaba ya en armas por todas partes, se constituyó á las nueve de la mañana una Junta Suprema Revolucionaria en la Casa Municipal, cuyo primer acto ostensible fué dar al público la siguiente proclama:

»Madrileños:

»La revolucion ha triunfado. Ya no existe el gobierno de D.ª Isabel de Borbon.

»El Presidente del Consejo de Ministros y el Minis-

tro de Marina han salido para San Sebastian á resignar sus puestos.

»Han sido llamados los generales Serrano y Prim, que llegarán mañana á Madrid.

»Queda el Marqués del Duero solamente encargado de conservar el órden. Todos estamos en conservarlo.

»Esperemos algunas horas, y mañana Madrid, gobernado por los caudillos de la revolucion, podrá entregarse al júbilo que embarga nuestros corazones, al vernos libres del vergonzoso yugo que nos oprimia.

»¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Viva la Marina! ¡Viva el ejército! ¡Abajo Isabel II con toda su dinastía!»

La Junta de la calle de las Rejas, compuesta de Amable Escalante, Facundo de los Rios y Portilla, Mariano Azara, José María Carrascon, Félix Pereda, Antonio Valles, Manuel Pallares, Ventura Pereda, Francisco Gimenez Guinea y Manuel Garcia y Garcia, mientras que los individuos de las otras Juntas conferenciaban con el capitan general y el Ministro de la Guerra, al mismo tiempo que armados situaban á los suyos entre la Villa, Puerta del Sol, Red de San Luis, Casa de la Moneda, Ministerio de Hacienda, Plaza de la Cebada y otros puntos, dirigieron al pueblo y al ejército las dos siguientes proclamas.

»Al Pueblo.

»Ciudadanos: Ha llegado el dia de la libertad. No màs servidumbre. No más tiranos. No màs Borbones. Ni una hora más; ni un instante más. No hostiliceis al ejército, que en estos momentos fraterniza con nosotros. Sed hasta el úttimo instante magnánimos como sois bravos. Pero sed tambien inexorables con los traidores que pospongan el servicio de la Nacion al de una familia infame. La Junta Revolucionaria vela por vosotros y por vuestros hijos: escuchadla en estas horas solemnes, y seguidla como está resuelta á seguiros y

á no sobrevivir, en caso adverso, al último de vosotros.

»¡Prudencia; fé; valor!

»¡Ciudadanos!

»¡Abajo los Borbones! ¡Viva la Soberanía de la Nacion!»

«Al Ejército.

»Soldados: hijos sois del pueblo: del pueblo salísteis: al pueblo habeis de volver. Perteneceis como todos y os debeis más que ninguno á la pátria. Soldados y oficiales del ejército español: quien os induzca en esta hora solemne y definitiva á hostilizar al pueblo, es un traidor; parricidas seríais llamados vosotros si le obedeciéseis. Fraternizad con el pueblo: sed unos con él en el dia de la libertad.

»¡Soldados!

»¡Abajo los Borbones! ¡Viva la Soberanía de la Nacion!»

La Junta democrática, dirigida por el audáz Amable Escalante, asalta el Ministerio de la Gobernacion, se apodera de sus dependencias y desde allí telegrafía á toda España anunciando el triunfo de la Revolucion y la fraternidad del pueblo y del ejército al grito de ¡abajo los Borbones!

Escalante, único militar que habia en la Junta democrática, dió órden para que las armas que habia en el Parque se distribuyesen entre el pueblo.

La Revolucion tomaba por instantes un carácter general, pero extraordinario, imponente, amenazador para los obstáculos tradicionales. Más de cuarenta mil hombres armados recorrian las calles en grupos más ó ménos numerosos, y sin embargo, ni un crímen, ni un delito, ni una falta venia á manchar aquel poderoso alzamiento. Al contrario, el vecindario se ocupaba en colgar los balcones, y desde luego se vieron calles enteras

adornadas con vistosas banderas y cortinas de diversos colores. Honrado entónces, como siempre, el pueblo español, hizo escribir en casi todas las calles de la capital estas elocuentes y significativas palabras; *¡Pena de muerte al ladron!*

Verificábase esta gran transformacion del pueblo, mientras el Ministro de la Guerra con el Gobernador civil, Berriz, llegaban á la estacion del Norte. El tren que debia conducirlos á San Sebastian no estaba preparado, porque nadie les prestaba ya obediencia, y los gritos subversivos de la gente que los rodeaba los tenia perplejos y amilanados. Los dependientes del ferrocarril, á la vista de lo que ocurria, les rogaban que se alejasen de la estacion, porque en ella corrian grave peligro.

La escolta de Guardia civil de caballería que esperaba al Ministro de la Guerra, llega al fin y ambas autoridades fueron custodiadas hasta el cuartel de la Montaña.

No creyéndose aquí seguro el Marqués de la Habana, escribió á su hermano el del Duero, para que entregase el mando al general Ros de Olano, despues de lo cual salió disfrazado por la puerta falsa del cuartel, y en compañía del señor Berriz se ocultó en la morada del señor Suñer, habitante en el barrio de Argüelles.

Tan rápido y poderoso era el ímpetu de la opinion pública, que segun decia la *Gaceta* oficial de los nuevos poderes, á las once de la mañana ya el general Concha se dirigia á los señores D. Joaquin Jovellar y D. Pascual Madoz, declarándoles que su hermano don José, corria á San Sebastian á depositar en manos de su Señora el poder que esta le habia otorgado; pero que reconociendo la imposibilidad de sostener un minuto más el antiguo órden de cosas, resignaba en los referidos señores el gobierno de Madrid.

Madoz y Jovellar recogieron desde luego el legado que el señor Concha les dejaba, atento sobre todo á que el pueblo de Madrid encontrase constantemente personas á quienes poder dirigir sus reclamaciones, espresar sus votos y encomendar su seguridad. Pero bien penetrados de que aquello era el principio de una época nueva, despues de tranquilizar al pueblo, entregáronse sin reserva al recto y generoso instinto de Madrid.

«Bien pronto reunióse en la casa de la Villa, decia un periódico, un número considerable de ciudadanos, como por maravilla ilesos de la tiranía anterior, ante quienes el señor Madoz, ya encargado del Gobierno civil de la provincia, depositaba el mando que del antiguo gobierno habia recibido, mientras el señor general Jovellar, constituido en el Gobierno militar, tomaba las disposiciones oportunas para precipitar la ya latente simpatía entre el ejército y el pueblo.

A sus comunes esfuerzos y á la sensatez, sagacidad y magnánimo corazon del pueblo de Madrid, debióse que bien pronto apareciese constituida una junta compuesta de los hombres que más se habian señalado en los últimos años en las defensas de las reclamaciones populares; que la capital ya del todo confiada en la salva-guardia del pueblo, apareciese como por encanto vestida de gala rebosando sus gentes con el ánimo visiblemente dilatado; que determinados cuerpos del ejército, á quienes las circunstancias habian colocado en una situacion excepcional, y seguramente lamentable, apareciesen confundidos en la fiesta universal; que los Borbones desaparecian al fin de aquel recinto entre las maldiciones, sí, pero tambien entre el regocijo general de los ciudadanos.»

La existencia de dos poderes revolucionarios era, á la vez que un escándalo, un conflicto. Temíase una co-

lision, funesta siempre para la causa del alzamiento; mas despues de conferenciar comisionados de ambas corporaciones, se acordó refundirse en una sola, que se constituyó en el Ministerio de la Gobernacion, con los ciudadanos cuyos nombres se espresan á continuacion:

Rivero (D. Nicolás Maria), Madoz, Escalante, Lorenzana, Figueras, Rios Portilla, Carrascon, Vega de Armijo, Azara, Rodriguez, Sorní, Pereda, Garcia, Moreno Benitez, Vallejo, Moreno, Robledo, Valles, Olózaga, Gimenez, Rojo Arias, Pereda, Chao, Fernandez de las Cuevas, Pallares, Ortiz de Pinedo, Ramos Calderon, Calvo Guatio, Abascal, Merelo, Juarizti, Garcia Lopez, Labrador, Garcia, Moraita, Muñiz, Cantero, Navarro Rodrigo, Carratalá y Orense.

Instalada ya esta Junta, nombró alcaldes de barrio, dió organizacion á la fuerza popular, estableció retenes y patrullas, juntas parroquiales y cuanto fué necesario para mantener el órden y garantir la seguridad de las personas y sus propiedades, y sobre todo, hizo conocer á las provincias sus resoluciones y propósitos políticos, manifestándoles, que el pueblo de Madrid acababa de dar el grito santo de libertad y abajo los Borbones; que el ejército sin excepcion de un solo hombre fraternizaba en todas partes con la revolucion; que el júbilo y la confianza eran universales; que la Junta salida allí del seno de la revolucion y compuesta de los tres elementos de la misma, acababa de acordar el armamento de la milicia nacional voluntaria; que la Junta se renovaría al dia siguiente por medio del sufragio universal, y por último, que rogaba á todos los españoles secundasen el grito de la que fué córte de los Borbones, y que desde entónces seria un santuario de la libertad.

Habian fraternizado desde luego todos los institutos del ejército, carabineros, Guardia civil y Rural con

los nuevos poderes revolucionariamente y en breves momentos creados.

Ignorando Garcia de Paredes, como lo ignorábamos nosotros, el gran suceso que se verificaba, dispuso que en la estacion de la via-férrea se preparase el material necesario y que enseguida saliese para Madrid el tren con un batallon de Astúrias y otro de Iberia, y con ellos los heridos que se hallaban en disposicion de marchar.

Al mismo tiempo dió órden para que todos los cuerpos se preparasen á la marcha, y al brigadier D. Zacarías de Albornoz y al comandante de ingenieros D. Andrés Cayuela para que recogiesen el parque sanitario, el repuesto de municiones y su personal, enviándolo todo por el ferro-carril, cuya via, como la telegráfica, debian ser inmediatamente inutilizadas por los operarios de las empresas y por los soldados del cuerpo de ingenieros.

Cuando Garcia de Paredes hubo tomado todas las medidas que se le prescribieron por el Ministro de la Guerra, y su ejército todo se hallaba ya dispuesto para la marcha, recibió un telégrama urgentísimo, cuya lectura le dejó alta y profundamente sorprendido.

Hé aquí el despacho telegráfico que agravó, como era natural, la situacion embarazosa del señor Garcia de Paredes.

«El Marqués del Duero al general en jefe accidental del ejército de Andalucía:

»Agitacion en Madrid. Dé V. paso franco al Duque de la Torre. El Ministro de la Guerra ha hecho dimision.»

Semejante despacho, recibido en el Carpio á las doce y media de la mañana, y comunicado á la misma hora al general Echavarria, que en el momento acababa de llegar á aquel pueblo, exacerbó los ánimos irri-

tados. Pero las circunstancias eran superiores á los hombres, y el general en jefe accidental, como todos sus subordinados, tuvieron que resignarse con lo que el destino les ordenaba. Garcia de Paredes, pues, dió contraórden, y los que á su retaguardia habian descompuesto las vias-férreas y telegráficas, viéronse precisados á recomponerlas, mientras que el ejército isabelino, lleno de ira é inclinado á la resistencia, proseguia su marcha con direccion á los cantones inmediatos.

La Junta de Madrid designó dos comisiones compuestas de individuos de su seno, para que fueran á llamar, la una al Marqués de los Castillejos, y la otra al Duque de la Torre.

Tal es el prodigio que á causa de la noticia de la derrota de Novaliches, se obró en las primeras horas de la mañana del 29 de Setiembre de 1868, aniversario de la muerte de Fernando VII, en la capital de España.

Réstame hablar ahora de nuestros últimos pasos en Alcolea y de nuestra entrada triunfal en Córdoba.

XLVI.

SUMARIO.

Lo que se hacia en Alcolea, la inercia de la administración militar, las hambres de los voluntarios é «isabelinos», la determinacion del Delegado y el gran guiso de carne en la estacion.—Llegada de la Junta de Córdoba al campamento, las felicitaciones al vencedor, las espresivas palabras de este y un oficio que expresa gratitud.—Las poesias de un militar y de un paisano, la descripcion de La Batalla y su impugnacion.—Orden general del dia 29 en Alcolea, entusiasmo de las tropas, generosas ofertas del Duque de la Torre, un oficio de la Junta de Córdoba y un propósito irrevocable.—Telégrama á Córdoba, romería al campamento, la bella Duquesa de Castiglioni, la Condesa de Bart, su esposo y otros muchos personajes.—Perez del Alamo en Alcolea, burlas de los conservadores, un sueño entre muertos, un breve diálogo con el generalísimo y la marcha á Córdoba.—Cómo se alcanza al cuartel general, se leen dos telégramas de Madrid y se empieza y continúa un curioso diálogo.—Aclamaciones al Duque de la Torre y al Representante y la caida de un asno.—Lo que pasa en el puente de Ahoga-Niños y un recibimiento magno.—Donde concluye lo trágico comienza lo bufo.

Agenos completamente á los maravillosos prodigios que se estaban realizando en la capital de España, nuestras preferentes ocupaciones en el campamento de Alcolea se reducian á recomponer las vias-férreas y telegráficas, á recoger y enviar á Córdoba los heridos y á dar sepultura á los cadáveres por todas partes diseminados. Ocupábanse con ardiente celo en estos importantísimos trabajos los empleados de la via-férrea, el jefe de los telégrafos de campaña señor Vida, los

ochenta y tantos voluntarios de Córdoba que habian pasado la noche en el campamento, la seccion qne en las primeras horas de la mañana me envió la Junta con D. Luis Gonzalez, una compañía de los de Perez del Alamo y las fuerzas que hasta entónces habian custodiado los pasos del Guadalquivir. Tambien abrian zanjas y daban sepultura á sus compañeros los soldados de nuestro ejército.

La administracion militar, entre tanto, no racionaba á nuestras tropas, y aunque sobre esto me queje al generalísimo, y al efecto dió este sus órdenes oportunas, ví que trascurria el tiempo y no se atendia á tan urgentísima necesidad. Doliéndome en el alma el ver estenuados de hambre á nuestros voluntarios, y sobre todo á los cazadores de Barbastro, de Madrid y de Barcelona, dispuse que en el acto mismo entrasen los ciudadanos Manuel Aguilar Ruiz, Rafael Biedma y otros en los wagones que me habia enviado la Junta de Córdoba, y que á mi presencia sacaran carne, tocino, pan y cántaros de vino, con lo que hice satisfacer con holgura á aquellas hambres tan grandes y estremadas.

Todavia me parece que los estoy viendo llegar en tumulto á la puerta trasera de la estacion telegráfica, y beber el vino con sed hidrópica y devorar á grandes bocados el pan caliente y el tocino crudo.

Nosotros, el Sr. D. Pedro Gomez Medeviela, del Estado Mayor, el telegrafista, Aguilar, Biedma y yo, aunque no tan hambrientos como aquellos, no por eso lo hicimos mal con una gran cazuela de magras de carne y arroz, con su correspondiente néctar montillano.

Tan luego como mis colegas recibieron el telégrama, por medio del cual les anuncié el resultado de la batalla, se presentaron en el campo de Alcolea. Iban todos vestidos de elegante y rigoroso luto, y los recibimos el señor Duque de la Torre y yo, despues de las

diez de la mañana, en la puerta de la casa del Capricho. Ni la Junta, ni el generalísimo, ni algunos espectadores, ni yo, nadie podia ocultar las gratas emociones que dominaban el ánimo. Allí, gracias á los graves errores de los caudillos de la reina, á la pericia y bravura de los nuestros, á la buena estrella, en fin, de la Revolucion española, habia sucumbido el bizarro ejército, que, apesar de hallarse en condiciones de sostener una reñida campaña, impidió con su retirada los sangrientos desastres de una guerra civil, dejando esparcidas por el campo de Alcolea las astillas de un trono secular que contaba ciento sesenta y ocho años de existencia.

Este suceso admirable y sorprendente, tan rápido como inesperado y tan grave como transcendental, llenaba los corazones de un inmenso entusiasmo.

La Junta Revolucionaria felicitó cordialmente al venturoso vencedor, y despues de esponerla este su gratitud en los términos más lisonjeros, les hizo la más cumplida, detallada y honrosa mencion de mi conducta en la batalla. «Vuestro representante, señores, añadió el vencedor, ha visto cuanto ha ocurrido, porque al mismo tiempo que ha estado en todos los sitios de peligro, desafiando con heróico valor la muerte, no se ha olvidado de los heridos, ni de las necesidades de la tropa, ni de los propósitos de los enemigos, ni de todo aquello que era útil al triunfo de la libertad. Estará lleno de fatiga, porque ha estado activo y enérgico en demasía, sin darse el más leve minuto de reposo. Le estoy altamente reconocido, y me hallo dispuesto á recompensar sus extraordinarios servicios.»

Al oir tales elogios mis colegas, ellos, que hasta entónces no se habian fijado lo que debieran en su amigo, compañero y delegado, invirtieron el órden de su frio proceder, haciéndome las más cordiales y entu-

siastas manifestaciones de adhesion y de gratitud; mas por mi parte recibí todo aquello como el que, despues de haber hecho cuanto cabia en la estension de sus fuerzas, corresponde á una elevada confianza, sin otra ambicion que la de contribuir al triunfo de una idea generosa y fecunda.

La Junta, despues de habernos reiterado, tanto al generalísimo como á mi, sus entusiastas enhorabuenas, se retiró satisfecha á la ciudad de Córdoba, y me dirigió un oficio que obra en mi poder, y cuyo literal contesto es el que á continuacion se expresa:

«Junta Revolucionaria de Córdoba.

»Esta Junta cumple con un grato deber despues de pasadas las difíciles circunstancias por que hemos atravesado, de significar á V. su gratitud, como vocal de la misma, no solo por la parte tan activa que tomó en los sucesos del 20 de Setiembre en que esta capital se rebeló contra el Gobierno que la opinion pública ha rechazado enérgicamente, sino por los importantes servicios que V. ha prestado á la causa Nacional en la memorable Batalla de Alcolea, donde merced á los heróicos esfuerzos de esclarecidos caudillos, y al valor de un ejército entusiasta, se reconquistó la libertad de la Pátria.

»Usted, como Vocal Representante de esta Junta en el Cuartel General, llenó su puesto tan dignamente, que el mismo general en jefe nos ha elogiado su conducta y sus servicios.

»Reciba V., pues, nuestro sincero pláceme por su proceder, y sirva esta comunicacion de testimonio irrecusable del aprecio con que la Junta le distingue por su reconocido amor á la causa de la libertad y del honor de la Pátria.»

Las musas saludaron al señor Duque de la Torre el 24 de Setiembre en Córdoba con un himno guerre-

ro, que circuló impreso, y en el que se leian, entre muchos otros, los siguientes versos:

»Mas qué ruido lejos suena,
Que se acerca, llega y crece
Y al par que el alma enajena
El corazon enardece?
Es el valiente Duque de la Torre
Que rompe de su cárcel los cerrojos
Y hácia los puertos de su pátria corre
Gritando ¡Libertad! Fieros enojos
Asaltan con pavor á los tiranos,
Al escuchar los ecos gaditanos
Que al son pujante del occeano hirviente
Responden como buenos ciudadanos
Irguiendo altivos la humillada frente.» (1)

Hubo otro poeta que me dedicó otro himno, que el dia 29 mismo circulaba impreso por Alcolea, y en el que se hallan las siguientes cuartetas:

»Ya el mortífero bronce con horrendo
Fragor entre la bruma centellea,
Dolor, y sangre, y muerte desparciendo
Por los célebres campos de Alcolea.

»¡Corred! sublime grito de venganza
El alma hiere, el corazon oprime.
¡Corred! que el noble lauro no le alcanza
Quien resignado entre cadenas gime.

»*O muerte ó libertad* sea vuestro lema,
No haya piedad para el tirano impío,
Y de los héroes la inmortal diadema
Coronará vuestro indomable brío.

»¡Sus, á las armas! mústio languidece
El àrbol que á los libres dió sus flores:

(1) Apéndice 2.°

Si con sangre traidora reverdece,
¿Qué esperais? *¡sus, á degollar traidores!*

. . . .

«Mas ¡no! ¡tened! los pueblos generosos
No manchan con horrores la victoria.
Tras el triunfo el perdon, y así gloriosos
Pasarán vuestros timbres á la historia.» (1)

Al mismo tiempo que circulaban por Alcolea las dos precedentes composiciones poéticas, circulaba tambien una sucinta reseña de la batalla que se habia dado en la noche anterior, escrita en la fonda Suiza de Córdoba, con presencia del despacho de las once de aquella noche, por los señores Rejano Tejada, Rodriguez Correa, y si no estoy equivocado, con la asistencia del señor Sagasta.

Decíase al terminar aquella sucinta reseña, que en los puntos de más peligro habíanse hallado, durante el fuego, entre muchos otros, los hombres civiles Lopez de Ayala, Candau, Alarcon, Asquerino, Rejano, Montilla, Correa, Leiva, Navarro Rodrigo, Bermudez, Quirós, Legonier, Susbielas, Pinillos, Roberts, De Blás, Zugasti y Ramirez de Arellano. Estas afirmaciones, que el viento de la publicidad llevó á toda España, á toda Europa y á toda América, no eran en manera alguna exactas. Lo que habia era lo que ya tengo expuesto, y aun debo añadir, en obsequio de la verdad, que á Rodriguez Correa le ví aquella tarde en la casa del Capricho ayudando á curar heridos, y que Merás fué en una ocasion con mi caballo á que se trasmitiera un despacho telegráfico del señor Duque de la Torre, pidiendo el inmediato envio de municiones. No faltaban, por lo demás, en el campo, centenares de hijos de Córdoba y de la provincia, que desde la respetuosa distancia que se les permitia, y resguardados con los olivos y las encinas,

(1) Apéndice 3.°

ó á cuerpo descubierto, observaban el drama que se estaba representando; pero ¡en la batalla y en los *sitios de más peligro!...* esto no era más que una *chanzoneta* que ciertamente merecia el privilegio de invencion, lo que no impidió que á muchos les valiera el *denuedo desplegado* en aquellos sangrientos combates, pomposos certificados, grandes cruces del órden civil y militar y excelentes posiciones oficiales.

Incomodado el escritor D. José Garay de Sarti, agregado en Alcolea en clase de segundo jefe á los telégrafos de campaña, á causa de los servicios que *graciosamente* se otorgaban en aquella hoja suelta, que al siguiente dia fué reproducida en un suplemento al periódico de Sevilla titulado *El Independiente*, cogió la pluma en el campamento mismo y les dijo bajo su firma, «que en su ligera reseña de los principales hechos ocurridos en aquella grande epopeya, cantada entónces con el mayor entusiasmo por todos los buenos liberales, no habia motivo para incurrir en inexactitudes, tratándose de una relacion tan breve y de acontecimiento tan grande; que su artículo en general estaba vaciado en el molde de la verdad; pero que cuando señalaba á los señores paisanos que acompañaron al cuartel general, y á quienes *vió en los sitios de más peligro*, padecia de una gravísima equivocacion, que le permitiria deshacer, en gracia de la verdad y de los mismos señores de que se ocupaba, toda vez que no aumentaba ni disminuia su prestigio la circunstancia de hallarse cerca ó lejos del peligro á que no tenian necesidad de exponerse; que el Sr. D. Francisco de Leiva, Vocal de la Junta de Córdoba y su Representante en el Cuartel general, aceptado por el señor Duque de la Torre con la mayor consideracion, fué el único á quien por el carácter de que estaba investido, se le permitió hallarse en los sitios de más peligro al lado de nuestro general

en jefe, cuyas órdenes cumplia en medio de los mayores riesgos con incansable actividad; que respecto á los demás, sin negarles sus vivísimos deseos de ser útiles á la buena causa, y aun de exponer sus vidas en su defensa, no fué la batalla de Alcolea la ocasion más propicia al cumplimiento de sus propósitos, por cuanto el señor Duque de la Torre prohibió espresamente que hubiese en el combate otros que los militares, y por consiguiente que los paisanos hubieron de retirarse á bastante distancia del sitio de la accion, en puntos elevados, desde donde sin probabilidades de peligro pudieran ver las peripecias del drama, y que únicamente el señor Navarro Rodrigo fué quien tuvo la desgracia de quedar herido levemente por un casco de granada estraviado en su direccion.»

No obstante los atentos ruegos del señor Garay de Sartí, *El Independiente* de Sevilla se abstuvo de insertar su comunicado, pero se dignó darle publicidad *El Diario de Córdoba*, sin que hasta ahora se haya atrevido nadie á desmentir aquellas negaciones. (1)

Alta y profundamente agradecido el señor Duque de la Torre á sus valerosas tropas, las agració, contra la opinion del general Caballero de Rodas, que no preveia bien de una esplendidez que habia de alcanzar, más tarde ó más temprano, á los militares que habian conspirado con el general Prim, con la siguiente

«Orden general del 29 de Setiembre de 1868 en Alcolea:

»Soldados:

»Ayer el enemigo atacó con encarnizamiento nuestras posiciones, y lo recibisteis con el denuedo y entusiasmo de soldados aguerridos, rechazando el ataque en toda la línea, cogiendo gran número de prisioneros y causándole pérdidas considerables al enemigo. Os doy

(1) Apéndice 4.°

gracias en nombre de la pátria, que sabrá apreciar vuestros heróicos esfuerzos en favor de la libertad y del órden, recompensándoos como mereceis. Continuad como hasta aquí, dignos de la noble bandera que hemos enarbolado y que sabremos hacer triunfar en cuantas ocasiones se presenten.

»Para premiar vuestro comportamiento en el dia de ayer, he resuelto que todo el ejército de operaciones reciba las recompensas siguientes:

»Artículo 1.° Doy gracias á todos los generales y jefes de brigada, reservándome recompensarles con arreglo á los especiales servicios que hayan prestado.

Art. 2.° Todos los jefes y oficiales, de coronel á abajo, recibirán el empleo inmediato los que tengan grado superior, y el grado los que no lo tengan, sin perjuicio de las recompensas á que se hayan hecho acreedores por sus hechos especiales, que constarán en las propuestas que se me harán al efecto.

»Art. 3.° Todos los cadetes recibirán el empleo de subtenientes y alféreces respectivamente.

»Art. 4.° Los sargentos primeros serán ascendidos al empleo inmediato y las demás clases obtendrán el ascenso á que se hayan hecho acreedoras, sin perjuicio de la rebaja que se concede á la clase de tropa.

»Art. 5.° Se concede á la clase de tropa dos años de rebaja, que se repartirán entre el tiempo del servicio activo y el de reserva.

»Art. 6.° Los jefes y oficiales heridos recibirán el empleo inmediato superior.

»Art. 7.° Los heridos de la clase de tropa recibirán la licencia absoluta, si la desean, ó además de la rebaja general, cruces pensionadas segun su comportamiento, á propuesta de los jefes respectivos.

»Art. 8.° Estas recompensas corresponderán á todos los institutos del ejército de mar y tierra conforme á sus reglamentos especiales.

Art. 9.° y último. Los que reciban con arreglo á los anteriores artículos grados superiores á sus empleos, podrán permutarlos por la cruz del mérito militar de la clase que les corresponda.

«Cuartel general de Alcolea á 29 de Setiembre de 1868.— El general en jefe, Serrano.»

La alegría ruidosa y espansiva de nuestro ejército era indescriptible, y el generalísimo no ménos entusiasmado se mostraba radiante de júbilo, porque despues de haber vencido á un enemigo poderoso por su número y su valor, vislumbraba un porvenir risueño para la pátria, al mismo tiempo que se hallaba en la aptitud de hacer el bien á sus tropas, á sus correligionarios, á sus buenos amigos y á cuantos le habian ayudado. Me echó la mano sobre el hombro y me dijo con toda la sinceridad de su alma, «que pensara en lo que pudiera convenirme, porque estaba resuelto á recompensar con holgura mis extraordinarios servicios.» Jamás, ó pocas veces al ménos, se le habrá presentado al hombre ocasion más propicia. ¿Qué le hubiera pedido en aquel instante de alegre y sincera espansion, que no me concediera? No se me ocultaba que mis ambiciones, caso de tenerlas en el sentido del medro personal, que ni las tenia entónces ni las tuve nunca, habrian sido inmediatamente satisfechas por el vencedor de Alcolea, que era la figura más agigantada de la Revolucion española; pero rehusé modestamente sus ofertas, cuando tenia yo en el bolsillo, con el nombramiento que me acreditaba como Delegado del poder supremo de la provincia, el siguiente oficio que original en mi poder conservo:

«*Junta Revolucionaria de Córdoba.*

»En atencion á los servicios que V. tiene prestados á la causa de la libertad, á la distincion con que se condujo el 20 en el glorioso alzamiento de esta capital y á

los demás méritos que tiene contraidos, esta Junta no solo ratifica á V. el nombramiento de comandante con que le agració la de Gobierno de 1854, sino que ha acordado proponer á V. al Excmo. Sr. General en jefe del ejército liberal, para el empleo de comandante de infantería.

»Esta Junta tiene el placer de comunicárselo así en testimonio de aprecio y de consideracion.

»Dios guarde á V. muchos años. Córdoba 20 de Setiembre de 1868.—El Presidente, Conde de Hornachuelos.—El Vice-presidente, Angel de Torres. Rafael Barroso.—Francisco Morillo.—Santiago Barba.—Francisco Portocarrero.—Manuel de Luna. El Vocal Secretario, Rafael Maria Gorrindo.

»Sr. D. Francisco de Leiva y Muñoz, Vocal de la Junta Revolucionaria de Córdoba.»

Nada de esto indiqué al señor Duque de la Torre, ni permití que la Junta, cual lo ofrecia en su oficio, le hiciera su proposicion, ni nada se me ocurrió pedirle, porque desde antes de aquellos sucesos, resuelto estaba, como lo habia estado siempre, á no participar, ni en poco ni en mucho, del botin que ofrecen todas las victorias. Espresé, sin embargo, mi gratitnd al general, y despues de pedirme que lo meditara, añadió, que en la prevision de una sorpresa, dejaria en Alcolea la artillería é infantería, y que nosotros marcharíamos á la capital. Convenida, pues, la hora de partir, telegrafié á la Junta Revolucionaria diciéndole «que á las dos de la tarde saldríamos de Alcolea el señor Duque de la Torre, su Estado Mayor y yo con toda la caballería, y que marchando por la carretera general entraríamos por la Puerta Nueva.»

Alcolea, en tanto que estas cosas pasaban, se asemejaba á un dia de féria de la Salud en Córdoba ó de la romería de San Isidro en Madrid. ¡Qué concurrencia!

¡qué animacion! ¡qué entusiasmo! La multitud que acudia, ya á pié, ya en caballerías ó ya en carruages, era inmensa. Ni desde que se reconstruyó su magnífico puente de piedra, ni desde que tuvo efecto la memorable Batalla de 1808, es bien seguro que Alcolea no se habia visto tan favorecida. Allí llegaban en tumulto hombres, mugeres y niños, y ni la presencia de nuestros soldados, jadeantes algunos, enfermos no pocos, fatigados muchos y anhelosos todos de soltar el fusil, volver á sus casas y abrazar á sus padres; ni el visible enojo de los jefes y oficiales, abrumados por nécios interrogatorios y serviles adulaciones; ni el sombrío y aterrador aspecto que ofrecia aquel campo cubierto de sangre, donde al mismo tiempo que aun se recogian heridos se seguia dando sepultura á los cadáveres, nada bastaba á enfrenar las multiplicadas imprudencias de muchos curiosos impertinentes.

Hízose necesario que el señor Duque de la Torre dispusiera que sin su permiso á nadie se permitiera entrar en el perímetro de nuestras posiciones.

No obstante, allí fueron por todos con aplauso recibidas, entre otras damas, la elegante y hermosa Duquesa de Castiglioni, tan conocida y apreciada en los círculos aristocráticos de Paris, y la ilustre Condesa de Bark con su esposo, luciendo ellas y él como muestra de simpatía por nuestro ejército, el distintivo encarnado con que habíamos combatido por el triunfo de la regeneracion y prosperidad de la pátria.

Habian penetrado tambien, y fueron bien recibidos, el coronel retirado de artillería, señor Marqués de la Motilla, Representante de la Junta de Sevilla, en el cuartel general de Alcolea; y Lopez de Ayala y Candau y Asquerino y Legonier y Alarcon y Rejano y Correa y Susbielas y Pinillo y Robert y Moreu y De Blas y Zugasti y Garijo Lara y Montilla y Quirós y Bermudez y

Ramirez de Arellano y Navarro Rodrigo y muchísimos otros que seria largo enumerar.

No habia sido posible, á través de esa especie de fiesta, ni dar sepultura á todos los muertos, ni recoger á todos los heridos, apesar que desde que se rompió el fuego, venian ocupándose en ese humanitario trabajo mas de ochenta voluntarios de Córdoba, otra seccion que por la mañana envió la Junta, el concurso de la fuerza que ocupó los vados, los escasos dependientes de la Sanidad militar y hasta los mismos soldados. En la necesidad de atender á esta piadosa obra, que duró mas de tres dias, á causa de que muchos muertos y heridos se hallaban ocultos en toda la estension de aquel terreno, el señor Duque de la Torre llamó por el telégrafo al ciudadano Perez del Alamo, con el doble objeto de espresarle su gratitud por los servicios que habia prestado, ocupando el puesto que le designaron, y con el de rogarle que se trasladara con su columna á los campos de Alcolea, para que se pusiera á practicar un reconocimiento en los escarpados montes circunvecinos. Inmediatamente se presentó Perez en el campamento, recibió con gratitud las espresivas felicitaciones del generalísimo, y despues de prestarse gustoso al nuevo servicio que se le exigia, regresó en el acto mismo á la ciudad de Córdoba, dejando á su espalda un semillero de murmuraciones.

Sí, porque la presencia del renombrado hijo de Loja, perseguido y perseguidor á la vez de la familia Narvaez, produjo en los hombres de ideas conservadoras una profunda sensacion, que á la verdad no partia, como en el Duque de la Torre, del noble sentimiento de la gratitud. Esto, bien mirado, bajo su punto de vista, era natural, porque el ciudadano Perez del Alamo, además de su arrogante apostura, de su poblada y luenga barba, de su cabeza tirada atrás, de su frente erguida,

desu rostro atezado, de su mirada centellante, realzado todo esto por su gran paletot, sus botas de montar hasta los muslos, sus rewolvers á la cintura, su espadon suspenso de colgantes historiados, se presentaba ostentando en su enorme sombrero chambergo una ancha cinta de seda con esta notable y notada inscripcion: *¡Viva la República Democrática!* Todo esto revestia, á juicio de los conservadores, tal carácter de gravedad, que á la presencia del ciudadano Perez del Alamo, se dirigian los unos significativas miradas, los otros se daban recíprocos codazos, y los más esclamaban con voz baja y temblona: *¡Si todos los revolucionarios fueran como este!... ¿eh?... ¡qué horror!...*

Lleno de disgustos y de cansancio, á la vez que dominado por un invencible sueño, dejé al Sr. Duque con el poeta Lopez de Ayala y me retiré tras de la estacion de la via-férrea. Allí, despues de encargar al negrito Miguel Cantos, que con las bridas del caballo en la mano permaneciera cerca de mí, y que si me quedaba dormido me despertase á las dos menos cuarto de la tarde, me eché como si fuera un mullido colchon, al pié de un secular olivo. Jamàs me habia sentido con mas necesidad de reposo, falto como de él me hallaba hacia ya tanto tiempo. Inmediatamente me quedé dormido; pero este sueño no podia ser tranquilo ni duradero; los graves cuidados que me rodeaban, la natural dureza del lecho por mí elegido, los rayos verticales de un sol abrasador que derretian todo mi ser, el contacto inmediato con cuerpos rígidos y estraños, y la fetidez que me penetraba por los órganos del olfato, hiciéronme despertar medio sobresaltado. Tenia á mi derecha un cadàver, á mi izquierda otro y dos mas á mis piés. Ignoro si creyeron darme un susto, ó si porque yo estaba empolvado y con manchas de sangre en el trage, me consideraron muerto. Me levanté, salí del círculo

que me trazaban los cadáveres, derramé la vista en mi derredor, y á tres metros de distancia y tendido en el suelo oí al negrito Miguel, quien con sus grandes lábios abiertos ostentaba su blanca dentadura, y con las bridas de mi caballo fuertemente amarradas á su mano izquierda, roncaba como un cachorro.

Al darle una voz despertó con sobresalto, y me dijo restregándose los ojos, *mire, señó, pedone, que ma renguio este sueño, madita la mae que lo guelva á ŗurí.*

Mientras que el negrito fué al arroyo del Guadalvarbo á darle agua al caballo, con órden de traérmelo enseguida, me dirigí á la casa del Capricho. Eran ya las dos y cuarto, y el generalísimo, que no queria marchar sin mí, me habia hecho buscar por todas partes: ¿pero cómo *demonios* me habian de encontrar entre los muertos? resucité á la hora y media, salí de entre ellos y ya estaba dispuesto. Oida esta disculpa por el Sr. Duque de la Torre, se echó á reir y despues me dijo:

— Señor Representante ¿qué opina V. que estará pasando ahora en España?—

—Creo que la represion del gobierno pugnará en todas partes por ahogar las aspiraciones de los pueblos, y que los pueblos estarán pugnando por ahogar la represion del gobierno. No lo sé; pero nuestros amigos están muy bien servidos por los funcionarios de los ferro-carriles y de los telégrafos, y despues de los sucesos de ayer y de la retirada del egército real, es posible que si la Revolucion no está ya triunfante en toda España, no puede tardar ya en estarlo. Esto, á mi entender, es un asunto concluido, y lo grave y trascendental empieza ahora, si es que las dictaduras militares se obstinan en cerrar el paso á la opinion, porque todo poder popular que se constituya, estoy seguro de ello, ha de estar de acuerdo con las proclamaciones de las Juntas de Gobierno de Córdoba y Sevilla.

— O yo me equivoco mucho, repuso el Sr. Duque, ó los cañonazos de ayer han resonado, no solo en el palacio de los reyes de España, sino en el de las Tullerias y en los de toda Europa; lo que es necesario, lo repito, que por parte de todos haya prudencia, abnegacion y patriotismo.—

Luego sacó el generalísimo el reloj, y como viera que eran las tres menos cuarto, y que mi caballo no parecia, no obstante que Torosio y otros voluntarios habian ido á buscarlo, quiso que tomara el de uno de los oficiales de la tropa; mas como yo no queria dejar atrás el mio, porque me inspiraba confianza y le habia tomado cariño, la marcha se retrasó hasta cerca ya de las cuatro, en cuya hora se dirigió hácia Córdoba, quedando yo en unirme al cuartel general.

Me llevaba más de media hora de delantera, cuando al fin me trageron el caballo. Nada podia importarme la distancia que nos separaba, porque mi brioso alazan corria como el pensamiento: monté, pues, en él, escapé y poco más allá del Monton me uní al generalísimo. Cabalgaba á su izquierda D. José Lopez, natural de Montilla, y director que fué más tarde del periódico titulado *El Puente de Alcolea*; á su derecha el ilustrado teniente coronel de artillería D. José Lopez Dominguez; doce ó catorce pasos á retaguardia el Estado Mayor; despues los regimientos de caballería, y á uno y otro lado de la carretera, entre los primeros y los segundos, una seccion de los voluntarios de Córdoba.

Al verme el generalísimo esperimentó una verdadera alegría; detuvo su caballo, y despues de decirme que hubiera sentido entrar sin mí en la capital, le ordenó al Sr. Lopez Dominguez, su sobrino, me entregase los dos telégramas que habia recibido; pero el teniente coronel no entendió bien á su tio, y sin entregarme los despachos, retrocedió con el montillano Lopez hasta

unirse al Estado Mayor. Yo estaba á la derecha del generalísimo, y comprendiendo que este no era mi sitio, fuí á colocarme al opuesto, y como me detuviera diciendo que allí estaba perfectamente bien, continuamos marchando. No habíamos andado diez metros, cuando se me acercó el Sr. Lopez, y por indicaciones de alguien del Estado Mayor, ó por un acto oficioso de su voluntad, me dijo al oido que me pasase á la izquierda del general, quien habiéndolo entendido, dijo á su vez y en voz alta, que estaba bien allí, pues, que nadie tenia derecho á disponer lo contrario.

Luego que leí los dos despachos, que por segunda órden del señor Duque me entregó su sobrino, D. José Lopez Dominguez, me pidió mi parecer el generalísimo, y correspondiendo á esta honrosa confianza,

—En primer término, le contesté, le piden á V. de órden del general Concha que marche inmediatamente á Madrid; mas yo creo que seria una temeridad, que sin ejército atravesara V. por entre las filas de los enemigos, tan reciente como está su derrota y tan enconados como deben estar sus espíritus; y en segundo lugar le llama á V. la Junta que se ha constituido en la capital de España, y aun dado caso de que el camino estuviera exento de peligros, siempre lo seria muy grave el que V. se presentase allí en los momentos de esfervescente demolicion. Acaso pudiera V. tomar, influido por sus amigos políticos, una actitud que le cerrase las puertas del porvenir. La historia enseña, la prudencia aconseja y la razon ordena, que la mision de V. consiste en llegar á Córdoba, organizar sus tropas, conciliarse con las de Novaliches y permanecer allí hasta que conozca la aspiracion general del pueblo español, por medio de sus públicas y ostensibles manifestaciones. —

—Vaya, vaya, con que es decir, repuso con sonrisa algo irónica, ¿que á juicio de V. debo permanecer indi-

ferente en Córdoba hasta que Prim entre en Madrid, le aclamen caudillo de la revolucion, le entreguen las riendas del Gobierno provisional del pais, y lo constituya todo á su imágen y semejanza? Antes me pondré con todas mis fuerzas á las órdenes del ilustre y probo Duque de la Victoria: bajo las de Prim, eso ¡nunca! ¡jamás! ¡jamás! ¿Qué dice V. á esto?—

—Lo que digo és, repuse, que á mi juicio incurre V. en un grave error. Ni á Prim le proclaman único caudillo de la Revolucion, ni mucho menos le entregan á él solo el gobierno del pais. Prim, por más que otra cosa parezca, no tiene hoy el prestigio que V. supone entre los hombres de inteligencia y accion, que han contribuido á impulsar este grande acontecimiento. Conocen sus muchas inconsecuencias políticas; saben que ha prescindido del pueblo, á quien no muestra el mejor afecto, y por último, que su tendencia clara y manifiesta no ha sido otra que la de apoderarse, por medio de una insurreccion militar del gobierno del pais, bajo el cetro de Isabel de Borbon ó de cualquiera otro rey, y bajo el hipócrita pretesto de que habia desenvainado su espada para salvar á nuestra pátria de los rápidos progresos de una revolucion social. Si V., pues, permanece en Córdoba, como en mil ochocientos cincuenta y cuatro permaneció Espartero en Zaragoza, y sin ambages ni rodeos deja que la voluntad nacional se cumpla, creo que tendrá V. de su parte el apoyo de este valiente ejército, de los pueblos y Juntas soberanas de la opulenta Andalucía y del pais en masa, en cuyo caso es incuestionable que el poder provisional viene necesaria y fatalmente á sus manos; pero si V., como me dijo ayer noche en el momento en que nos dirigíamos al puente de Alcolea, insiste en creer, ó lo que és mas peligroso aún, en intentar que las Juntas Revolucionarias que se hallan constituidas y las que se consti-

tuyan, se «conformen con los derechos y libertades que buenamente y sin trastornos puedan traerse al terreno de la práctica,» cuente V. desde luego con que se ha de encontrar frente á frente con el general Prím, pero robustecido con todas las fuerzas vivas é independientes que se han alzado contra el poder caido. La Revolucion ha proclamado las libertades inherentes á la personalidad humana, anteriores y superiores á toda ley, y su implantacion solo puede *trastornar* los privilegios é injusticias qne existen aún con mengua de los progresos de este siglo inmortal. —

— Si he de ser franco, Sr. Representante, le declaro á V. con toda ingenuidad, que estoy cansado de la vida política, y que si algo deseo es volver al seno del hogar y vivir tranquilo al lado de mi muger y de mis niños, á quienes amo con todas las veras de mi corazon. —

—Creo, le contesté, que hará V. muy bien si no está inspirado por los progresos modernos; pero que no debe V. intentarlo sin haber hecho antes, que, contra las aspiraciones de los que pretendan torcer la marcha racional de los sucesos, la voluntad de la Nacion sea cumplida. La vida es frágil y perecedera, mas la gloria de los caudillos que hacen la ventura de los pueblos es inmortal. Ahí tiene V. el envidiable ejemplo que descuella sobre todas las grandezas humanas en la noble, en la alta, en la inconmensurable figura del más grande hombre de los tiempos modernos: Washington.—

—¡Áh Wellington! ¿qué hizo el Fels-mariscal Wellington?—

—No me refiero al vencedor de la batalla de Waterloó, sino al ciudadano general Washington, esto es, al hombre grande sobre todos los grandes, que, despues de haber labrado la libertad é independencia de los Estados-Unidos, se retiró á vivir modestamente en

el seno del hogar doméstico. No estamos, empero, en aquel mundo jóven, ni las circunstancias son las mismas, ni es fácil que V., á pesar de sus deseos, se resigne á envainar su espada. Las circunstancias son más poderosas que los hombres, y no le dejarán á V. retirarse sus amigos, ni sus compromisos personales, ni la marcha de los sucesos. Es necesario, pues, que colocándose V. á la altura de su verdadera mision, deje á un lado todas sus afecciones de partido, y que á la faz de España, de Europa y del mundo sea imparcial y severo, para que los destinos del pueblo se realicen con libertad é independencia, y las generaciones presentes y futuras puedan saludarle como al salvador de la pátria.—

Mis palabras, dictadas por la sinceridad de mi alma, producian en la suya una viva sensacion; pero en su deseo de sondear mi pensamiento, se sirvió decirme despues de una leve pausa.

—Lo que hemos ofrecido en la bahía de Cádiz, por mi parte ha de ser fielmente cumplido, yo se lo prometo á V. Pero mañana, tal vez antes de que lleguemos á Córdoba, estoy seguro que desde Madrid habrán llamado á Espartero ó á Prim, y les habrán entregado al uno ó al otro, ó tal vez á los dos, las riendas del Gobierno provisional.—

—Insisto en creer, señor Duque, le contesté, que ni eso ha sucedido ni es facil que suceda. Prim, por los motivos que ligeramente le he expuesto, y Espartero, porque á pesar de sus grandes servicios á la pátria, ha permanecido muchos años insensible á los dolores del pueblo, y ni en las presentes circunstancias ha desenvainado la famosa espada de Luchana, y por último, porque despues de todo cuenta V. con el prestigio de la reciente existencia del más grande y prodigioso de los milagros.—

—¡Milagro! ¿á qué prodigioso milagro, señor Representante, se refiere V.?—

—Yo me refiero, señor Duque, á la batalla de ayer. Es la verdad, y no hay que darle vueltas, que si ese bizarro ejército no está tan mal dirigido, no es difícil adivinar lo que hubiera pasado; pero de seguro no estaríamos á estas horas victoriosos á la vista de Córdoba. Si he de hablar con franqueza, me reí interiormente ayer cuando le dijo V. al brigadier Lacy, que estaba completamente envuelto y que era nuestro prisionero de guerra, cosa que él creyó como dos y dos son cuatro, porque sin duda se hallaba enfermo del espíritu, del entendimiento, de la voluntad y hasta de los órganos de la vision. De otro modo ¿dónde, por quién, cómo se le podia considerar envuelto y prisionero, mientras que no se le cortase la retirada que la tenia libre y espedita, y bajo la proteccion de los cazadores de Barcelona que ocupaban la opuesta altura? Sea como quiera, lo he dicho y lo repito, tiene V. á su favor el milagro de Alcolea, ó lo que es lo mismo, el prestigio de la victoria, el mando de un numeroso y aguerrido ejército y las aclamaciones entusiastas de toda Andalucía. Hoy, por lo que ha caido ó acabará de caer á impulsos de esa batalla, de importancia relativa en una guerra de otra clase, ha de hacer que al señor Duque de la Torre se le reciba por los pueblos en estos instantes de efervescencia, como recibieron á Alejandro, á Anibal, á César, á Pompeyo, á Gustavo-Adolfo, á Turena, á Federico, á Eugenio de Saboya, á Napoleon ó á Espartero despues de sus respectivas victoriosas campañas. Si V., pues, sabe sacar partido de esta situacion, colocándose sobre las pequeñeces de los hombres políticos que aspiren á escalar el poder, sobreponiéndose á la voluntad esplícita y terminante del pais, manifestada en la prensa, en las reuniones públicas y en los comicios, el poder ven-

drá á V.; y despues... qué se yo... Teme V., sin embargo, que la Junta de Madrid llame á esos personages y les entregue las riendas del Gobierno provisional. Mas ¿quién es esa Junta para abrogarse faculta les que no tiene? Por ventura ¿nos hemos levantado contra el trono de Isabel para encontrarnos con otro trono más tirano y despótico? No se me oculta que los Centros populares de allí vienen trabajando, desde mucho tiempo atrás, para convertirse en una especie de poder central, por cuya ca sa no hemos tenido con ellos las mejores relaciones. ¡Entregar el Gobierno provisional del pais á esos ú otros personages! Ignoro con qué derecho, con qué razon y con qué justicia pudiera llevarse á cabo semejante usurpacion. Del mismo modo pudiera la Junta de Córdoba encargarle á V. la formacion de un gobierno:. todavia pudiera yo hacer más; pudiera proclamarle en presencia del inmenso pueblo que nos espera y del ejército que nos sigue otra cosa más alta, más popular, más lógica y que de seguro seria aceptada por todos los pueblos andaluces con universal entusiasmo.—

Algo sorprendido el generalísimo, me miró de hito en hito, y despues me dijo con acento que revelaba una estremada curiosidad:

—Y bien, ¿qué es eso que V. es capáz de proclamarme, y que segun V. habia de ser universalmente aceptado en Andalucia? —

—Ni más ni menos, Sr. Duque, que presidente de la República Española.—

—¡Vaya, hombre, vaya! Pues qué ¿cree V. que hay republicanos en España? —

— Lo que á mí me estraña, Sr. Duque, es que V. se estrañe; ya sabe V. que en tiempo de las comunidades de Castilla, quiso instituir esa forma de Gobierno, que de seguro hubiera salvado aquella situacion revolucio-

naria, el Obispo Acuña ya debe V. saber tambien lo que dijo Godoy en sus memorias acerca de los progresos que en su época hácia el partido republicano español, como así mismo debe V. conocer el espíritu que dominó en las córtes constituyentes de Cádiz. Pero lo que V. no puede ignorar ès, que el partido republicano fué el que prestó mas apoyo al gabinete de Mayo de 1843, del que V. formó parte como Ministro de la Guerra, y que republicanos eran tambien los que un mes despues le recibieron juramento en Sabadell, cuando le nombraron en Cataluña Ministro Universal. No és estraño, pues, señor Duque, que V. no conozca á los republicanos modernos, porque despues de los veinte y tantos diputados que en las Córtes Constituyentes del 54 votaron, primero contra la institucion del trono y despues contra la dinastía borbónica, á nadie se le ha permitido en España emitir libremente sus ideas; y de tal manera se ha mostrado en esta parte la tiranía de los gobiernos, que la sutíl sospecha de los fiscales de imprenta se ha ensañado contra los periódicos, folletos y libros que tendian más ó menos embozadamente á la defensa de esos principios. La propaganda, á pesar de todo, se ha hecho, y los mártires de nuestro partido han fecundizado con su sudor, con sus lágrimas y con su sangre el árbol de la república, que al calor de la naciente libertad ha de dar ahora su abundante y sabroso fruto.—

Nos interrumpian á cada paso los saludos y los vítores de las muchas personas que salian á recibirnos, y al terminar la cuesta de Rabanales, un grupo de ciudadanos, á cuyo frente cabalgaba en un rocin el señor de Peno, maestro barbero de la Puerta Nueva, victoreaba á la libertad, al señor Duque y á mí: pero el bueno del maestro, más entusiasmado que sus compañeros, saca el cuerpo del rocin, levanta una mano, agita al aire su

sombrero y grita con toda la fuerza de sus pulmones ¡viva el Duque de la Torre! pero al gritar otra vez *¡viva D. Francisco de Leiva!* el asno que llevaba entre las piernas se asombra, dá un repelon y vacia por el rabo al entusiasmado ginete, y le deja en el suelo panza arriba.

La risa surgió de nuestros lábios, y momentos despues, al cruzar el arroyo de Ahoga-niños, por el puente del mismo nombre, en medio de la carretera y sobre dos carretelas descubiertas, se levantaban agitando al aire los sombreros y los pañuelos y dando ruidosos vítores al Duque de la Torre, Lopez de Ayala, Rodriguez Correa, Rejano y otros cuantos más. Nos detuvimos allí, porque el generalísimo se acercó á las carretelas, donde los apretones de mano, las ruidosas protestas de amistad y las lisonjas cortesanas parecian pasar del entusiasmo al delirio de la adulacion. Las carretelas se nos adelantaron á todo correr; nosotros continuamos la marcha, y el señor Duque de la Torre me dijo luego:

—Vamos á ver, señor Representante, consultado el sufragio universal, y, hechas las elecciones de ayuntamientos, de diputaciones provinciales y de diputados á Córtes ¿qué cree V. que saldrá?—

—Creo que saldrá, o mejor dicho que sale, la república democrática; y creo más todavia: creo que si V. la proclamara esta tarde ó mañana, antes de pocas horas seria implantada en todo el pais, sin disgustos, sin trastornos y sin resistencia; porque despues de derribado un trono secular ¿qué puede entrar á sustituirlo en estos tiempos de libertad y de progreso? —

—La monarquía, repuso el Duque, pero la monarquía liberal, ilustrada y sin pandillas. Allí, en Alcolea, debió estar con nosotros un Infante de la sangre; pero circunstancias imprevistas lo han estorbado, y lo siento, porque á la verdad es un bellísimo sugeto; se hu-

biera alegrado de estar con nosotros, y esto le habria dado más prestigio en el pais. En fin, yo no sé qué acordará la Nacion reunida en Córtes Constituyentes. Isabel II, el Príncipe Alfonso... María Luisa Fernanda... quién sabe...—

—Si no se falsea la libertad de los ciudadanos, en el ejercicio de sus legítimos derechos, creo que ha de salir de las urnas electorales la república democrática; pero si esto no sucediera, tampoco sucederá el que las Córtes llamen al trono de España á esa señora, ni á ese Príncipe, ni á esa Infanta, ni á su marido Montpensier. Las Córtes, producto del sufragio universal, sino establecen el sistema republicano, crearán tal vez una monarquía democrática, para cuyo trono será probable que llame al soldado de fortuna que más se identifique con las ideas de revolucion proclamadas...

—Tal vez, repuso mirándome, puede que llamasen al Duque de la Victoria ó al Marqués de los Castillejos.—

—O acaso acaso, le respondí á mi vez, al Duque de la Torre, si como he dicho antes, sabe aprovecharse de las circunstancias, que ciertamente le son favorables. Por lo demás, la mision del partido republicano es muy sencilla: si es activo en la propaganda de sus doctrinas; si tiene la habilidad de aprovecharse de las faltas de los demás partidos, y si tiene la prudencia de saber esperar, su triunfo será seguro. Tardará más ó tardará menos, pero su bandera ha de tremolar triunfante á despecho de sus adversarios y á la faz del mundo.—

—Veo, señor Representante, que tiene V. mucha fé en el porvenir de sus ideas; pero es grande el número de los que piensan como V. en España? Creo que no, porque de otro modo, mucho tendríamos que hacer los partidarios de la monarquía para contrarestar el vuelo que en esta época habian de imprimir á la pública opinion.—

La conversacion giraba poco más ó menos dentro de ese círculo; los grupos de paisanos que tropezábamos de trecho en trecho nos victoreaban con entusiasmo; continuábamos la marcha como desde un principio, esto es, el señor Duque y yo solos, y diez pasos á retaguardia su Estado Mayor, y al entrar en el pedazo de carretera que empieza al terminar el olivar del Brosque, y que á una cortísima distancia desemboca en los campos de San Rafael y San Anton, la palabra huyó súbitamente del líbio. Qué ocurria? cosa de muchos siglos atrás no vista en Córdoba. Tenia por entónces nuestra ciudad unas cincuenta mil almas, habian afluido á ella las familias de los militares, los hombres políticos de los pueblos de la provincia, como asímismo muchísimos otros de las limítrofes, atraidos todos en espectacion del gran suceso; mas al conocer su desenlace, y que victoriosos llegábamos á las puertas de la capital, una masa inmensa, compacta é impenetrable de hombres, mugeres y niños salió á recibirnos, dejando la poblacion casi deshabitada. Al vislumbrarnos, un diluvio de sombreros, bastones, pañuelos y abanicos se agitaban al aire disputándose el honor de recibirnos con su primer saludo, á que seguia ese cavernoso, prolongado é indescriptible rumor que precede á las esplosiones entusiastas de las grandes muchedumbres. Llegamos al fin al frente de aquel inmenso gentío, y al gritar yo *¡viva el vencedor de Alcolea!* fuí secundado con un *¡viva!* tan enérgico, robusto y prolongado, que subió hasta la cima de las más altas montañas; y no se habia estinguido aún ese tremendo y ondulante eco, cuando le siguió el de otro *¡viva!* salido de entre la muchedumbre y por toda ella repetido, á mi humilde persona.

—¡Caramba, caramba, dijo entónces el Duque, veo que le quieren á V. mucho en este pais!—

La Junta de Gobierno, excepto el Conde de Hornachuelos, se nos presenta en este momento en una carretela descubierta. Todos sus individuos se levantan con los sombreros en la mano, nos saludan y victorean al vencedor, al ejército, al pueblo y á las libertades. Gorrindo, nuestro colega, á quien la naturaleza habia concedido una estatura colosal y un rostro extraordinariamente hermoso, pero manco del brazo y mano derecha y cojo del pié del mismo lado, salta, sin embargo, de la carretela, y encendido como la grana, con los ojos saliéndosele de sus órbitas, con las cejas enarcadas y con los carrillos hinchados, se presenta delante de nosotros, levanta las manos al cielo, se revuelve á todos lados, y girando con pasmosa rapidez sobre su talon útil, y con un vocejon que dominaba la muchedumbre, como dominaria los espantosos rugidos del Niágara, gritaba con toda la fuerza de sus robustos y tremebundos pulmones:

—¡Viva el vencedor de Alcolea! ¡Viva el ejército libre! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la libertad con todas sus legítimas emanaciones!—

El señor Duque de la Torre, que con la sonrisa en los lábios le seguia con la vista en todos sus estraños movimientos, se volvió á mí y me dijo á media voz:

—Señor Representante ¿tiene V. la bondad de decirme quién es ese hombre y si por ventura está ó no loco?—

—Ese hombre es, le contesté, D. Rafael Maria Gorrindo, rico comerciante de esta ciudad, jefe del partido progresista de la misma é individuo de la Suprema Junta de Gobierno; pero es impresionable, como lo somos casi todos los andaluces; ama la libertad á su modo, y entusiasmado por la victoria viene á tributar á V. y á las ideas que profesa un homenaje de gratitud y de estimacion.—

Reíase el Duque y yo tambien me reia del espectáculo que se ofrecia á nuestra contemplacion, cuando montados sobre magníficos caballos cordobeses se aproximaron á nosotros los Condes de Hornachuelos y del Robledo, el primero Gobernador civil y el segundo Alcalde popular de Córdoba. El primero se colocó á la izquierda del generalísimo, y por su mandato fué el segundo á colocarse á su derecha, pidiéndome tuviera la amabilidad de separarme.

—¡No, no! dijo el Duque de la Torre al advertirlo, el señor Representante está perfectamente bien el lugar que ocupa.—

Yo, que en vez de incomodarme me dió por reir, separé mi caballo, le dejé holgado sitio, y á las protestas del generalísimo, que no accedia gustoso al despojo, le contesté:

—Estoy perfectamente bien aquí ó en cualesquiera otra parte más lejana, porque despues de haber asistido al drama, no me inspira interés nada de lo que se relacione con la parte bufa que empieza.—

Quiso el del Robledo, despues de eso, retirarse á mi derecha, pero yo no lo consentí.

Necesitábamos marchar, porque despues de estas detenciones, empezó á oscurecer y algunas nubes que ocultaban el hermoso azul del cielo, á despedir una menuda llovizna que anunciaba otra mayor; pero el señor de Gorrindo que tambien entró en deseos de acompañarnos, permanecia delante de nosotros gritando con su torrente atronador:

—¡Venga un caballo! ¡yo quiero un caballo! ¡venga un caballo! ¡buscadme un caballo!—

Al ver el señor Duque de la Torre que aquello llevaba trazas de prolongarse y que era necesario marchar, mandó á uno del Estado Mayor que trajesen un caballo, y en el de un guardia civil montaron á Gorrin-

do, y colocado á la izquierda del Conde de Hornachuelos entramos en la capital.

Las aclamaciones del pueblo, entusiastas y repetidas en todas partes, debieron dejar satisfecho al señor Duque de la Torre, así como yo, en mi inmensa pequeñez, conservo en mi alma gratos recuerdos que jamás podrá borrar el olvido.

Al llegar á las puertas de la casa del Conde de Gavia, alojamiento del señor Duque de la Torre, le esperaban en ella una infinidad de hombres politicos de sus opiniones, y sin dejarle apearse del caballo, los unos le apretaban las manos, los otros las piernas y todos á la vez le aturdian con sus lisonjas, con sus gritos y aclamaciones.

Tratábase de ir á comer, pero como yo no tenia apetito, separé mi alazan de aquella Babel, le apreté las espuelas y desapareci de la escena.

XLVII.

SUMARIO.

Una cena espléndida.—Mi visita á las hermanas de la Caridad.—Llegada al edificio del gobierno civil, breves reflexiones sobre las aspiraciones del señor Duque de la Torre y de las personas que le rodeaban.—Juicios sobre los hombres civiles de las filas avanzadas.—Resolucion irrevocable, ejemplo de los grandes hombres y ligeras meditaciones sobre las grandezas de la tierra.—Un aviso, una conferencia con el generalísimo, sus generosas ofertas y las lisonjas de un escritor.—Mi despedida del señor Duque de la Torre, sorpresa de la Junta de Gobierno, consejos de mis colegas, una brillante alocucion al pueblo, juiciosas advertencias y demandas del Conde de Hornachuelos.—Nueva presentacion en el alojamiento del generalísimo, la actitud sospechosa de la concurrencia, mis indicaciones, la respuesta del Duque y mi retirada.—Las dos comisiones de la Junta de Madrid.—Qué habia hecho y donde estaba el marqués de los Castillejos.—Llegada al cuartel general de Córdoba de la primera de las comisiones.—Primera entrevista con el Duque de la Torre, graves sospechas de este general en jefe, desabrimiento mayúsculo.—Nueva entrevista de la Junta con el duque de la Torre, intransigencia de Caballero de Rodas, un telégrama del general Prim, rectificacion de los juicios erróneos y la conciliacion de los espiritus.—Visita á los hospitales de sangre y una espléndida revista á todas las tropas.

Los Condes de Gavia, padres políticos del capitan general segundo cabo de Granada Sr. de Enriquez y del gobernador civil de la provincia de Córdoba señor Conde de Hornachuelos, habian hecho preparar una espléndida cena para el generalísimo, su Estado Mayor, sus amigos y comensales.

No asisti á ese acto, por lo que no me es posible saber lo que allí pasó, aunque llegué á entender, que el júbilo resplandeció en todos los rostros, que los brindis

fueron frecuentes y entusiastas, que las lisonjas partian de todos los lábios, y que el generalísimo, al no verme allí, preguntó por mi humilde persona, hizo muchos elogios de mi conducta y dispuso que se me buscase en mi provisional alojamiento.

Los sugetos que recibieron ese encargo, ni me encontraron ni era fácil que me encontraran, porque al separarme en casa de los Condes del generalísimo, me dirigí, al través de la densa oscuridad y de la creciente lluvia, al parage donde se hallaban ciertas hijas de San Vicente de Paul, bajo cuya custódia dejé yo, forzado por las circunstancias, al marchar á Alcolea, un pedazo de mi vida y de mi alma. Rodeado de esas hermanas, llamadas de la Caridad, institucion digna de un sério estudio y concienzudo exámen, permanecí en su asilo hasta las once y media de la noche, hora en que me retiré á el edificio del Gobierno Superior Civil.

Habian ido á buscarme muchos sugetos, y todavia me esperaban no pocos, anhelosos todos de darme el primer abrazo, despues de mi regreso de uno de los hechos más grandes y transcendentales que registra la historia de Córdoba. Cambiaron, pues, los tiempos: si durante los dias de persecucion me ví en completo aislamiento, en los del triunfo me hallé abrumado bajo el peso sofocante de los abrazos, de las felicitaciones y de las inmoderadas y á veces temerarias exigencias. Ignoraba yo en aquel momento, uno de los más gratos de mi vida, los graves y continuados disgustos que me esperaban. Necesitaba, empero, tomar algun reposo, y me eché en la cama buscando un sueño, que, al mismo tiempo que me asaltaba con todo su poder, parecia huir de mis ojos, bajo la presion de amargos y funestos presentimientos.

La revolucion habia indudablemente triunfado en toda España, y esta sospecha, apesar de las escasas no-

ticias que teníamos acerca de lo que pasaba en el resto del pais, era un hecho que se confirmaba por el testimonio de la esperiencia, no ménos que por las más ligeras nociones de la crítica racional. ¿Qué saldrá, pues, de esa inmensa Babel? Al hecho de fuerza habian contribuido tres partidos, y el unionista, que por estar al frente del ejército, llevaba la mejor parte, pugnaba por separar al Duque de la Torre de la verdadera senda revolucionaria, sembrando en su alma el veneno sutíl de todos los temores y la ciega y desordenada ambicion que perdió á tantos hombres de Estado.

Vacilante, indeciso, desconfiado ¿qué hará, me decia yo, el vencedor de Alcolea? Habíase desde un principio mostrado, no obstante las exigencias de los suyos, fino y complaciente con las Supremas Juntas de Gobierno; respetuoso con la Reina Isabel II de Borbon; reservado acerca de la Infanta Maria Luisa Fernanda, y algo ávido de buscar en unas Córtes Constituyentes la voluntad de la Nacion. Si otra cosa sentia en su pecho ¿habia yo de penetrar en el santuario de su conciencia? Nada de esto: era necesario, pues, juzgar por los hechos externos, y estos hablaban muy alto á su favor. Es bien seguro, que sin su prudente veto, las Juntas de Gobierno de Sevilla y Córdoba hubieran sido disueltas, reorganizadas despues, con algunos progresistas, bajo la base de la union liberal, y declarada luego una guerra sin cuartel contra todos nosotros; pero estaba de nuestra parte el pueblo; habíamos tomado una iniciativa poderosa y enérgica, y habiamos dado una bandera clara, definida y concreta á la Revolucion, y el Duque, que sabia más y sentia mejor que sus aduladores, comprendió que una empresa tan impolítica solo podia traer en pos de sí el triunfo del gobierno y la proscripcion ó el patíbulo para los firmantes de las proclamas y manifiestos lanzados á la faz del mundo desde la bahía de Cádiz.

Hé ahí tal vez por qué, cerrando el oido á locas sugestiones, se dejó arrastrar por el derrotero que le trazamos, apesar de las contumaces exigencias de los que le rodeaban.

—Caballeros, nos habia dicho á su arribo á las ciudades de Sevilla y Córdoba, ustedes van más lejos de lo que yo creia, pero marchemos todos adelante, y que despues decida la voluntad nacional.—

No obstante esto, el triunfo podia hacerle variar de propósitos, y lo que se aconsejaba al Duque de la Torre, sobre todo, por el general Caballero de Rodas, era tan contrario á las aspiraciones verdaderamente revolucionarias, que hasta llegó el caso de exigirle con tenacidad insistente, le permitiera marchar con las tropas á Madrid, hacer pasar por las armas á D. Amable Escalante, general de todas las fuerzas populares, arrancar á estas las armas, devolverlas al Parque, destituir la Junta Revolucionaria, inutilizar al Marqués de los Castillejos, y poner al vencedor de Alcolea sobre el pináculo de la dictadura.

Los delirios reaccionarios de muchos de los hombres civiles y militares que nos rodeaban en Córdoba, no eran, por otra parte, mas tranquilizadores que la indiferencia, por no decir la enconada saña, que hasta última hora contra nosotros mostraba el general Prim. Y que este era la encarnacion viva de su partido, robustecido con los desertores de las filas democráticas, ¿quién podia ponerlo en duda? Nadie; mas esto con relacion á los partidos doctrinarios; que con respecto á muchos de los hombres de los avanzados, la mar...

Olvidar no podia que años antes de la catástrofe del veinte y dos de Junio, el patriarca Rivero, el catoniano Pí y Margall, y con ellos muchos otros renombrados demócratas, que despues han venido á ser republicanos, manifestaron que la cuestion revolucionaria no

era para ellos cuestion de forma, sino de esencia, esto és, que si de los movimientos que se proyectaban surgia un rey, que aceptara las libertades y derechos individuales, bien se podia prestar obediencia al trono de Isabel II, ó admitir un nuevo monarca sin ningun género de restricciones. La cosa estribaba, para los unos en una cuestion de esencia, y para los más en un cambio dinástico, á causa del ódio que los olozaguistas profesaban á la reina Isabel, y á causa de que los más no consideraban á los Borbones compatibles con los progresos modernos ni con ninguna de las nociones de la moral, de la razon y de la justicia.

Castelar, más franco, más esplícito, más terminante, apesar de su oposicion ostensible á los Borbones, habia más de una vez asegurado, como ya lo consigné en otro parage de esta obra, que él no era republicano; mas tenia los ojos puestos en la famitia real portuguesa, ó lo que és lo mismo, en el pensamiento de la union ibérica, por medio de un cambio dinástico, razon por la cual victoreó en las calles de Madrid á los representantes de la familia Braganza; y Becerra, Garcia Ruiz y otros muchos, que deseaban, como suele decirse, *sacar la tripa de mal año,* habian formado con armas y caballos, conturbando con sus miserables intrigas las filas democráticas, en las acaudilladas por el general Marqués de los Castillejos.

Hallábanse todos ó casi todos esos hombres en el extrangero, estudiando prácticamente, al parecer, las distintas formas de gobierno porque se regia Francia, Alemania, Bélgica, Suiza y otros paises. Ignoraba yo la parte que hubieran tomado en el último suceso y su actitud política á la vista de tan grande acontecimiento. Ni lo sabia, ni tampoco podia ignorar que en aquella, como en todas las revoluciones triunfantes, nunca faltan hombres de conciencia fácil, dispuestos á poner á

precio sus defecciones. Pero esto ¿qué me importaba? nada. Yo conservaba á través de los tiempos, de las ingratitudes y los desengaños, una fé invariable, firme é inestinguible en mis ideas, y considerándome con fuerza para entrar de lleno en nuevos y rudos combates, me decidí á apartarme de toda transaccion que se desviase del sueño dorado de toda mi vida: la República.

Confieso que al decidirme á proseguir nuevamente por ese escabroso camino, esto és, por el de las privaciones, el de los riesgos y peligros en que se había educado mi voluntad y endurecido mi cuerpo, y que entónces como otras veces los veian de una manera clara y distinta mis ojos, los adivinaba mi instinto y los descubria mi razon, me animaba un consuelo interior, algo vanidoso, si se quiere, pero justo, ante la severidad de mis principios, irrevocable ante las deliberaciones de mi conciencia, y santo ante los afectos desinteresados, cándidos, puros, pacientes y sinceros de mi alma.

La causa de todo ello era clara, evidente, tangible: no aspiraba, despues de haber correspondido en toda la estension de mis débiles fuerzas á la confianza que en mí se depositara, mas que á ver traducidas en hechos prácticos las doctrinas que durante toda mi vida habia proclamado. Es verdad que las sacudidas debian ser violentas, atendida la esfervescencia candente en que se hallaba el pais; la clase de obstáculos que nos rodeaban, y el arraigo de los inveterados vicios económicos, políticos, sociales y religiosos que era necesario remover. Mas ¿qué me importaban los resultados adversos, cuando nunca dejé de moverme por la presencia del peligro ni jamás dejé de lanzarme á ellos, tratándose de la defensa de mis principios, y siempre sin el ruin estímulo de la venganza, sin la sórdida avaricia de la riqueza, sin el interés de los empleos y sin la nécia vanidad de los títulos y honores?

Habíanme dado el ser unos padres desprendidos hasta la prodigalidad, y además de haberme educado en la práctica de esos sentimientos, que eran los mios propios, habíalos yo demostrado en repetidas ocasiones, renunciando siempre con generosidad pocas veces vista, sobre todo en los tiempos de especuladores sin conciencia y sin honor, á los buenos favores con que en más de una ocasion me brindára la fortuna, esta loca ó caprichosa dama que jamás me tuvo en olvido, ni aún en las más grandes adversidades. Tenia, por otra parte, en mucha estima, los nobles ejemplos que nos ofrecen los virtuosos filósofos de la antigüedad, como Licurgo, Sócrates, Zenon, Bias, Antharco y muchos otros, cuyo generoso desprendimiento debiera servir de modelo á los hombres de Estado de nuestros tiempos. Además de esto, sentia desde mi pequeñez y mi oscuridad una veneracion profunda hácia los Cincinatos, héroes de la abnegacion, de la virtud, del valor, de la sencillez y de la modestia, honra, prez y baluarte inespugnable de los mejores tiempos de la república romana.

Olvidar tampoco podia los ejemplos, para mí contagiosos, que me ofrecian aquellos hombres de la revolucion inglesa, aquellos, que despues de haber dominado en su pátria, al testar antes de subir las gradas del patíbulo, solo dejaban á sus mugeres é hijos los bienes de que podian disponer, es decir, su apellido y su breviario; ni los del gran hombre, Washington, el que con su valor, su constancia, su pericia, su humildad y su abnegacion marchó de victoria en victoria hasta establecer, no una familia de régia estirpe, ni una dictadura militar, soberbia y despótica, sino la libertad é independencia de los Estados Unidos, hoy asombro y admiracion del viejo mundo; ni la enseñanza de las águilas sombrías de la pavorosa convencion francesa, que

aunque pobres y modestos, inspirados en la santa causa del pueblo, reprimian con mano fuerte los poderosos esfuerzos de la tradicion, derrotaban los ejércitos coaligados de los tigres que se llamaban reyes, redactaban sus inmortales decretos sobre mesas de tosco pino, y despues de todo esto morian sin un asignado, á veces en sus respectivas camas, y casi siempre en la guillotina; é independientemente de todo esto, en fecha ménos remota y dentro de nuestro propio suelo, la historia de este siglo grande y magnífico nos enseña hasta donde rayaron los muchos grandes hombres de nuestra libertad é independencia, entre los que descuellan los extraordinarios caractéres de los Calatrava, de los Argüelles y de los Muñoz Torrero.

Tantas y tan grandes virtudes cívicas y morales debian encontrar pocos imitadores en la revolucion de Setiembre, explotada por los chillones y hambrientos revolucionarios de la víspera y del dia siguiente.

La conciencia, por lo que á mí hacia, estaba tranquila, y libre de toda ambicion interesada, y deseoso de servir la causa de la república, apartado de todo linage de transiciones, al fin se apoderó de mí el sueño, y al amanecer el nuevo dia, y cuando mi cuerpo empezaba á entrar en reposo, fuí despertado por mi ordenanza Camacho, quien me dijo que me buscaban con urgencia en casa del señor Conde de Gavia.

Incomodóme aquella molestia tan intempestiva, en el instante mismo en que más necesitaba del descanso. Mas al preguntar quién tan de mañana me buscaba, supe que era un recado del generalísimo, que me rogaba tuviese la bondad de personarme en seguida en su alojamiento. Hallábame alta y profundamente rendido; pero la calidad de la persona que me llamaba; el verdadero afecto que me habia inspirado, y las circunstancias especialísimas porque atravesábamos, fueron

motivos bastantes para que saltara de la cama, me vistiese con la celeridad del rayo, y sin perder ni aun el tiempo necesario para lavarme, acudiese al llamamiento.

Al verme entrar en su habitacion, me sale al encuentro, me echa un brazo sobre el hombro, y como ignoraba que apenas habia conciliado el sueño, me dijo con acento afectuoso y bromista:

— ¡Caramba, señor Representante, qué dormilon es V.! Bien es verdad, añadió, que antes de ayer y aun ayer mismo trabajó usted de una manera que ha debido llegar deseoso de descanso. Me ha sucedido lo mismo; pero desde las cinco de la mañana estoy despierto.—

—Yo tambien, le respondí, he dormido poco, quizás ménos que V.; mas he descansado algo, y á esta hora estoy dispuesto para todo lo que ocurrir pudiera.—

—Lo creo, repuso, y si lo he molestado tan de mañana, és, porque además de constarme que V. está siempre dispuesto á la fatiga, deseo ante todas cosas, que con franqueza y sin ningun género de rodeos, se sirva decirme lo que desea; pues por lo que á mí hace, dispuesto estoy á concederle un título, una gran cruz y una elevada posicion oficial, como recompensa á los grandes servicios que ha prestado á la pátria en los campos de Alcolea y á los que prestó al alzamiento de esta capital.—

—Bien poco es, señor Duque, relativamente á mis deseos, le respondí, lo que he podido hacer, lo mismo en Córdoba que en Alcolea, y esto lo declaro sin hipocresía y con toda la franqueza de mi alma, que no miente. pero me queda la satisfaccion de haber hecho todo lo que estaba al alcance de mis fuerzas...—

—No diga V. eso, señor Representante, que es demasiado modestia. Yo estoy bien informado, y me cons-

ta que sin la iniciativa de V., ni Córdoba se habria alzado, ni nosotros hubiéramos podido establecer en ella nuestro cuartel general, hecho que tan felices ventajas ha ofrecido al triunfo de nuestro ejército; y respecto al proceder de V. en los campos de Alcolea, testigo soy de sus oportunos telégramas, de sus provechosos reconocimientos, de sus saludables advertencias, de su esmerada solicitud con los heridos, de sus acertadas previsiones para con el ejercito, en una palabra, de su brillantísima conducta; y yo, como general en jefe de los ejércitos de Andalucía, no puedo permitir que esos servicios pasen sin la justa recompensa que le ofrezco en nombre de la pátria agradecida. —

Las palabras del Duque, á juzgar por su rostro radiante de alegría, por su acento sonoro y firme y por su ademán sencillo y franco, revelaban á mi corazon y á mi inteligencia, y no creia equivocarme, la sinceridad de que estaba poseido. No mentia: los sucesos le sonreian, y al hablarme en el apogeo de una nueva, y acaso inesperada fortuna, lo hacia con toda la efusion de su alma, por mas que esta se hallase algo preocupada por el torcedor de la incertidumbre, á causa del dudoso sesgo que pudieran tomar los negocios públicos en perspectiva. Pero hacia pocas horas que yo, olvidando antiguas ingratitudes, rancias calumnias, ódios inveterados y recias persecuciones, me habia trazado mi línea de conducta, y esta resolucion era para mí irrevocable. La oferta me imponia, sin embargo, el deber de la gratitud, á que siempre correspondió mi corazon: se la espresé así, negándome, empero, á recibir ningun género de recompensas.

No se me olvida aún la espresion de sorpresa que se retrató en su rostro, al escuchar de mis lábios la renuncia á unas ofertas, que, como más tarde dije en

cierto escrito que vió la luz pública, hubieran de seguro halagado la vanidad y tentado la ambicion de los más orgullosos cortesanos; pero obraba á la clara luz de mi razon y con la conciencia plena de lo que hacia, bien seguro de que no habia de tardar en recoger el negro fruto de mi abnegacion y patriotismo.

—Bien... bien, me contestó el señor Duque, si usted no quiere nada de lo que le ofrezco, en lo cual creo que no obra V. con mucho tacto, puesto que la vida es corta, los partidos son ingratos, estas ocasiones no se presentan todos los dias, y es necesario mirar adelante, vea V. pues si le acomoda alguna otra cosa, ya para sí ó ya para su familia, y dígamelo con franqueza, porque estoy dispuesto á complacerlo; mas reflexione V., reflexione...—

No sabiendo como dejar esta especie de capitulacion, en la que no se me ocultaba la justicia de las advertencias, le ofrecí, en mi deseo de poner termino á una plática que pudiera ser contagiosa, consultarlo con mis colegas, y reflexionar con la madurez que el caso requeria. Ibame á retirar cuando el señor Duque me detuvo diciéndome:

—Señor Representante, V. que es de ideas avanzadas, y que segun me ha dicho ha estado mucho tiempo en Madrid ¿conoció V. de cerca á D. Nicolás Maria Rivero?—

—Lo conozco tanto, cuanto que durante diez años, estuve desde Córdoba en correspondencia política con él, y por espacio de más de ocho años estuve viéndole con frecuencia en Madrid, escribí alguna que otra vez en su periódico, asistí á sus reuniones, estaba de acuerdo en sus trabajos, y muchas veces he comido en su mesa como amigos, como hermanos.—

—Y bien, ¿quiere V. decirme qué clase de hombre es? desearia conocer sus condiciones personales, sus ideas y sus propósitos.—

—Rivero, el constante defensor de los derechos individuales, es hombre de una vasta erudicion; es un buen orador forense y parlamentario; tiene un gran sentido práctico y un valor personal á toda prueba, y sus ideas políticas son republicanas, por cuya forma de gobierno votó, como debe V. recordar, en las Córtes Constituyentes del año 1854.—

—Me agradó ayer, repuso cambiando de conversacion, los juicios de V. acerca de las cosas y de los hombres, y si V. gusta que continuemos, añadió señalando al gabinete, puede V. pasar...—

Iba yo, en efecto, á pasar; pero en el instante mismo se presentó, acompañada de su hermosa hija, la amable Condesa de Gavia, quienes despues de saludarnos con su natural finura, tomaron asiento en un sofá. Lo sintió el Duque, porque á la verdad deseaba, á juzgar por sus palabras, que yo continuase la conversacion que sostuvimos desde Alcolea á Córdoba. Mas las exigencias de la educacion le forzaron, bien á su pesar, por cierto, á cumplir con los deberes del trato social. El señor Duque tomó asiento al lado de la niña y yo al de la mamá, cuya casa hacia años no visitaba. La conversacion versó sobre la batalla, el cansancio y otras cosas más indiferentes. Dejaba lucir el Duque su carácter ingénuo, viváz y chistoso, cuando uno de los escritores que seguian al cuartel general, jóven aun, mediano de cuerpo, moreno y con caladas gafas, entra y se detiene en medio de la estancia, y con apostura académica y entonacion enfática, dirige al vencedor de Alcolea las siguientes y testuales palabras:

—¡Salud al César de nuestros tiempos, en cuyas manos radican hoy los destinos del valeroso pueblo español!—

—¡Hombre, hombre, le interrumpió con viveza el Duque, no diga V. disparates!

—¡Y qué! repuso á su vez el escritor dando un paso atrás y colocándose en una actitud más cómica, ¿se cree que exagero? nada más lejos. He detestado siempre la adulacion; pero soy justo, y lo que yo digo ahora, está en la conciencia de todos; la prensa independiente lo pregonará, y la Europa civilizada, libre de pasiones aviesas, al conocer esos pasmosos acontecimientos, cuya fama ha de volar por todos los ámbitos del mundo, no podrá ménos de saludaros con gran respeto y veneracion profunda, porque lo que ha pasado, es un prodigio tan breve como pocas veces visto en la historia de los siglos.—

—Vamos, hombre, dijo con sonrisa interrumpiéndole el señor Duque, déjese V. de esas tonterías!...—

—La España, continuó diciendo el locuáz escritor, la España, esta pátria tan querida, aunque gemia en la miseria, en la esclavitud y en la abyeccion, pugnaba, sin embargo, por romper las cadenas que enfrenaban su libertad. Todo era inútil; pero llega la hora prefijada por la providencia, y nuestro invicto Duque, sale del ostracismo impuesto por los tiranos, y aclamado por la marina, el ejército y el pueblo, desenvaina su poderoso y brillante acero, llega victorioso á esta tierra de los grandes recuerdos, reconoce con ojo avizor el terreno, se fija en el nuevo desfiladero de la Tesalia, ó lo que és lo mismo, en las Termópilas andaluzas, las ocupa con sus valerosas tropas, espera allí á las numerosas de Jerges, y en vez de ser derrotado este Alcibiades de nuestros tiempos, derrota á su adversario, le hace gracia de la vida, y le permite marchar en desórden, dejando, empero, á su espalda, las dispersas astillas de un trono cien veces secular.

—Véase ahora, añadió respirando como quien suelta un enorme peso que le ahoga, si tengo razon para saludar entusiasmado al César de nuestros tiempos!...—

Ni el señor Duque, ni la Condesa, ni su hija ni yo, habíamos podido contener la sonrisa, que desde que dió comienzo á su discurso el escritor, empezó á asomar á nuestros respectivos lábios. Contenida, empero, aquella explosion de hilaridad, fué arrancada luego, más que por lo que habia dicho, que hasta cierto punto era cierto, por la entonacion, el gesto y el ademan con que lo expresó aquella figurilla medio trágica y medio bufa, que á falta de otros méritos, parecia que por estos procuraba abrirse camino en el laberinto de la Revolucion.

La llegada del Sr. López Dominguez, secretario particular del señor Duque, puso fin á aquella escena, en cuyo acto mismo me despedí, quedando en volver luego que terminara la sesion que debia celebrar la Junta de Gobierno.

Al saber mis colegas que el vencedor de Alcolea me acababa de ofrecer un título, una gran cruz y una gran posicion oficial, como recompensa á los servicios bue habia prestado, no pudieron contener la sorpresa que se apoderó de sus espíritus. «Y demócrata usted, dijo el Conde, ¿piensa V. admitir las dos cosas primeras?» «Ni aun la tercera tampoco, le contesté; mas si alguno de ustedes desea algo, pueden decirlo con franqueza, porque desde luego les será concedida, á causa de que el señor Duque está dispuesto á complacernos.»

La verdad es que habia entre mis colegas quien deseaba algo, y era justo que se les hubiese otorgado; pero como yo me obstinara en no admitir nada, á pesar de las reiteradas instancias que se me hacian, ninguno desplegó sus lábios, mas que para cooperar á que admitiera, cuando ménos, una condecoracion que conmemorase la batalla de Alcolea.

Terminado este asunto, cuyos detalles seria largo

enumerar, acordamos dirigir en el acto al vecindario cordobès, la siguiente alocucion:

«Cordobeses:

»Vuestros gloriosos y renombrados timbres jamás se han elevado á tan extraordinaria altura como en los dias de rigorosa prueba porque habeis atravesado.

»Con el heroismo de los pueblos libres os habeis conquistado un lugar predilecto en los anales de la historia contemporánea, y hoy, como ayer, podeis presentaros con orgullosa frente á la faz de la Nacion entera.

»Un puñado de vuestros hijos, con el indomable arrojo de la altivez española, se alzó de una manera denodada contra la funesta dominacion de una dinastía y de un Gobierno que le arrebataba sus mas preciosos derechos, á la sombra de la corrupcion más refinada é inícua de que puede darse ejemplo, ni aun en los paises de condiciones más repugnantes.

»Y á ese grito de guerra, y á esa actitud noble y digna, y á ese eco de dolor lanzado al puro viento de la Libertad por la heróica armada y por las ciudades de Cádiz, Sevilla y Córdoba, han respondido el ejército, el pueblo, la Nacion entera con el denuedo que habeis presenciado, viniendo á concluir jornada tan brillantísima en los campos cordobeses, donde desde ahora debe fructificar, con una lozanía inimitable, el árbol santo de las libertades públicas, por haber sido regado su suelo con la preciosísima sangre de nuestros más predilectos hijos, de nuestros más esforzados hermanos.

»¡Alcolea! ¡Alcolea! Ahí teneis un nombre inapreciable, que la historia recogerá en su más refulgente página, porque en él vá simbolizada una terrible epopeya, un hecho glorioso, una accion de imperecedero recuerdo. En ella las armas de la Pátria liberal hicieron humillar la cerviz á los últimos atrincheramientos del más descreido de los Gobiernos, de la dinastía más

vergonzosa, en el mismo sitio precisamente en que las bravas huestes cordobesas opusieron sus indomables pechos á la usurpadora metralla del coloso capitan del siglo.

»La jornada del dia 28, es una jornada de gloria en que Generales y Soldados han rivalizado en heroismo y en valor. Y esas condiciones han sido más relevantes, porque en vosotros, en vuestras virtuosas mugeres, en vuestras solícitas hermanas, en vuestras inocentes hijas, en la poblacion entera encontraban un asilo inespugnable de virtudes y de acendrado cariño.

»Y era de ver, en lo más recio del combate, cuando á nuestras murallas llegaban con sus lastimeros ayes las inocentes víctimas que ocasionaba la metralla enemiga, cómo todos os esforzábais por endulzar la desgracia, por mitigar los dolores. ¡Pueblo grande, agradecido y generoso, te has presentado á la respetable altura de tu nombre!

»Todos habeis rivalizado en entusiasmo, en virtudes, en cariño. Los Sacerdotes, con la sagrada investidura de su carácter, prodigaban á los moribundos los últimos auxilios de la Santa Religion de Cristo. Los hombres llevaban sobre sus brazos á los incapacitados heridos. El potentado y caudaloso ofrecia para el trasporte de aquellos desgraciados sus más ricas carretelas, sus trenes más ataviados. La respetable clase Médica, con su reconocida ciencia, se esforzaba, con solícito esmero, por arrebatar una víctima siquiera á las muchas que la muerte abocaba á sí con su fatídica llamada. Las mugeres de todas las posiciones, desde aquellas de la más privilegiada fortuna hasta las de situacion miserable y abatida, se apresuraban á confeccionar hilas, á hacer apósitos y vendajes, á ofrecer sus reducidas camas, sus alimentos y sus ropas, y hasta se dieron multitud de ejemplos de algunas que se despo-

jaron de las propias camisas con que cubrian sus cuerpos para restañar con ellas la preciosa sangre que vertieran las heridas causadas por la perfidia. Y el vecindario todo abrió sus puertas, iluminó sus casas, ofreció sus intereses, reiteró sus consideraciones, sus medicamentos y hasta disputaba con el mayor cariño la posesion de un herido con el mismo afan que denotar pudiera aquel que aspirase á la adquisicion de una prenda de inestimable valía En vuestra conducta noble y digna, habeis demostrado, cordobeses, que premiábais con gratitud cumplida los sacrificios que por la Libertad y por la Pátria hácia el Ejército, hábilmente mandado por los invictos generales Duque de la Torre, Caballero de Rodas, Izquierdo, Rey y demás Jefes, y que en vuestros pechos se anidaban los más puros sentimientos de hidalguía y de nobleza.

»Todos habeis merecido bien de la Pátria. La Junta, llena de contento, os rinde un justísimo tributo de gratitud por vuestro noble y desinteresado comportamiento, por la decidida ayuda que le habeis prestado en estos últimos dias de prueba, y por la notable emulacion de que habeis dado tan raro ejemplo; comparable solo con el ardor, con el arrojo y con la bravura del Ejército y de las huestes populares, que al mando de sus más simpáticos caudillos, han llenado su puesto como buenos.

»Cordobeses: habeis presentado un solemne mentís á vuestros detractores, que son los enemigos constantes de la Libertad. La honra, la vida y la propiedad agena se han visto garantidas por vuestra indisputable hidalguía. Conduciros siempre así, que esa es la mision civilizadora de todo pais culto y sensato, y procurad que vuestra conducta presente se refleje en la reconstitucion futura de este gran pueblo, digno de ocupar un lugar distinguidísimo entre las Naciones más caracterizadas del mundo.

»La Junta cumple con el más sagrado de sus deberes haciendo público el testimonio de su gratitud, y os ruega y suplica encarecidamente que le sigais prestando vuestro importante apoyo para obtener los resultados lisongeros que la revolucion se propone, sin que queden estériles los sacrificios hechos, la preciosa sangre vertida.

»Córdoba 30 de Setiembre de 1868.—El Conde de Hornachuelos, Presidente.—Angel de Torres, Vice-presidente. Francisco Sales Morillo.—Francisco de Leiva. —Francisco Portocarrero. Rafael Barroso.—Santiago Barba. Manuel de Luna.—El Vocal-Secretario, Rafael María Gorrindo.»

La Junta Municipal Revolucionaria, secundándonos, en su deseo de expresar tambien su gratitud al vecindario, no solo por su honrado proceder en los instantes de la Revolucion, más por su heróica conducta con los heridos de ambos ejércitos, hizo circular á su vez esta otra alocucion, que por su bella forma y por su verídico fondo, merece ser consignada para que pase á la posteridad.

Hé aquí, pues, el documento á que me refiero:

«Cordobeses:

»En estos solemnísimos momentos, á raiz de las circunstancias escepcionales porque nuestra ciudad ha pasado, la Junta Municipal faltaría á uno de sus más imprescindibles deberes si por un momento siquiera demorase el dirigiros su voz amiga en testimonio irrecusable de agradecimiento por la conducta sensata y patriótica que habeis observado durante los dias de prueba porque hemos atravesado, desde el en que se inauguró el glorioso alzamiento nacional.

»El pueblo de Córdoba, que por instinto se adhiere á toda causa noble y fecunda, ha sabido mostrarse en esta ocasion á la altura de sus tradiciones liberales y

caballerescas. Que no se permite proceder con tibieza cuando la voz mágica del patriotismo despierta su entusiasmo, ni obrar con indolencia cuando el sentimiento bendito de la caridad le demanda auxilios y consuelos para los que sufren.

»Ahí está, en corroboracion de este aserto, vuestra reciente sensata y patriótica conducta.

»La cordialísima recepcion que habeis hecho á los cuerpos todos del ejército liberal, y muy especialmente á sus ilustres caudillos, los bizarros generales Duque de la Torre, Caballero de Rodas, Izquierdo, Rey y demás jefes y oficiales, no puede menos de estimarse como un elocuente testimonio de vuestro acendrado amor á la causa del órden y de la libertad, y como un tributo de cariñosa gratitud á los valientes que á nuestros muros llegaban, dispuestos á verter su sangre generosa en defensa de aquella. Recibir á los soldados, como lo habeis hecho, como si fueran miembros de vuestras familias; partir con ellos vuestro pan y cederles vuestros propios lechos, rasgos son que avaloran el merecido concepto que siempre habeis gozado de francos y de generosos.

»Y si fuera necesario aducir otra prueba de vuestros hidalgos sentimientos, nos la suministraría la expontaneidad con que os habeis prestado, sin distincion de clases ni gerarquías, á velar con solícito cuidado por las vidas de los valerosos soldados que á nuestras murallas llegaban, en los momentos mismos del combate, trayendo grabado con su sangre el sello de su heroismo, ora confeccionando hilas para restañar esa misma sangre, ora ofreciendo con largueza apósitos y vendajes para las heridas, ó ya prestando el potentado sus carruajes para la más pronta conduccion de los heridos á los hospitales ó á las casas de los particulares, que se disputaban la triste honra de cuidarlos y de velar por ellos á la cabecera de sus lechos de dolor.

»Cumple á la imparcialidad de la Junta Municipal hacer especialísima mencion de la ilustrada clase Médica, cuyos servicios en esta ocasion traspasan los límites de la abnegacion, no permitiéndose descanso alguno y esforzándose con solicitud digna de almas templadas al calor del patriotismo, en disputar á la muerte las vidas de los bravos á quienes no respetara el plomo en el campo de batalla. No ha sido menos digna y desinteresada la conducta de los señores profesores de Farmacia, ofreciendo generosamente sus medicamentos para la curacion de aquellos, ni la de los ministros del Altar al apresurarse con un celo que les honra, á llevar, donde necesarios eran, los consuelos espirituales que brinda pródiga la Religion de Cristo.

»Y si á estos hechos, que realzan los timbres de vuestra hidalguía y nobleza, se añade la página brillante en que habeis consignado con caractéres indelebles vuestra nunca desmentida sensatez, conduciéndoos con plausible circunspeccion durante los azarosos dias de prueba que acaban de trascurrir, razon tendrá la Junta Municipal, no solo para ofreceros este solemne y público testimonio de su reconocimiento, sino lo que es más todavia, para envanecerse con vuestra representacion, harto difícil en el periodo revolucionario porque la nacion atraviesa.

»Cordobeses: Hoy os hablamos en nombre de la gratitud y del patriotismo, y esperamos que correspondereis, como hasta aquí, á nuestras levantadas escitaciones. La firmeza de vuestro carácter y la digna actitud que habeis sabido guardar en épocas difíciles, son para la Junta prenda segura de que le prestareis vuestro eficaz concurso para superar todo linage de obstáculos y facilitarle la más acertada gestion de los intereses que le han sido encomendados.

»Cordobeses: ¡Viva la soberanía nacional!

»Casas Consistoriales de Córdoba 3 de Octubre de 1868.—El Conde del Robledo, Presidente.—Juan Rodriguez Sanchez.—Nicolás Laborde.—Antonio Muñoz Gassin.—Antonio Lopez Zapata.—Angel Hidalgo del Riego.—Cristóbal Arenas.—Manuel Matilla.—Mariano Montilla.—Angel Osuna Garcia.—José Gonzalez de la Cruz.—Francisco Rodriguez.—Juan Velasco.—José Barrera. Miguel José Ruiz.—Alejandro del Castillo. —José Salcedo. Francisco Suarez Varela.—Victoriano Rivera.—Manuel S. Belmonte.—Manuel Gonzalez. Ildefonso Gonzalez de la Cruz. José Aguilar.—José Búrgos. Antonio Alvear.—Mariano Arroyo.—Francisco Vargas Machuca.—Manuel Ruiz Herrero.»

Tan luego como la Junta levantó su sesion, el Conde de Hornachuelos me llamó aparte; me preguntó si pensaba ver al generalísimo, y como le contestara afirmativamente, aconsejóme con grande insistencia, que dejase á un lado una generosidad que nadie me habia de agradecer; que era muy justo que recogiera el fruto de mis grandes servicios, lo cual no podia rebajarme en manera alguna, puesto que nadie me exigia la abdicacion de mis principios políticos, si aceptaba las ofertas del ilustre vencedor, y que si con él me marchaba á Madrid, tenia segura mi eleccion de Diputado á Córtes, sin necesidad de mezclarme en nada, y que ya que la fortuna me brindaba con favores que podrían asegurarme una pacífica y holgada vejez, me hallaba en el caso de cerrar los ojos y aceptar lo que de manera tan decorosa se me ofrecia.

No ignoraba yo nada de lo que me aseguraba el Conde de Hornachuelos: sabia perfectamente que mi generosidad habia de ser entónces, como lo habia sido antes, mal interpretada y nunca agradecida; más creador y sostenedor de la escuela democrática republicana cordobesa, ni podia ni queria faltar, dándola un mal ejem-

plo, á la pureza, sencillez y rectitud de sus costumbres tradicionales. Lo sacrificaba todo, no por tontería, como aún siguen diciendo republicanos de *pacotilla*, que solo aspiraban, han aspirado y aspiran á medrar con la política, sino por la severidad de mis creencias y por mi entrañable amor á la causa del pueblo; y me imponia este sacrificio, pocas veces visto en los presentes tiempos, aunque tenia bien fijo en mi memoria, que un hombre eminentemente sábio, había dicho cerca de dos mil años antes, Tácito, «que los beneficios son aceptos hasta el grado que se pueden satisfacer, porque excediendo mucho, en vez de gratitud, se pagan con ódio.»

Odios, envidias y maldades han sido hasta hoy, en que esto escribo, las semillas que he cosechado, despues de cuarenta y un años de largos y cruentos sacrificios.

Insistiendo yo en mi resolucion, y no encontrando medios hábiles para separarme de ella,

—Vea V., amigo Leiva, me dijo entónces el Conde, una cosa rara, y que á la verdad quisiera que se remediase: mi hija tiene la Grandeza de España, y yo, su mismo padre, carezco de ese honroso título. ¿No es cierto, amigo Leiva, que esto es chocante? quisiera... —

Cuando poco despues entré en el alojamiento del generalísimo, le acompañaban varios hombres civiles y militares, y entre estos últimos el general Caballero de Rodas. No sabia de lo que hablaban, aunque se dejaba sobre-entender, por cuanto de una discusion animada, se pasó súbitamente á otro asunto. Amable, sin embargo, el señor Duque de la Torre, me recibió afectuoso, me llamó aparte, me preguntó si admitia, y algo desabrido yo, á causa de lo que sospechaba, le contesté, que accediendo á los deseos de la Junta, admitiría en todo caso una condecoracion sencilla, pero militar, que conmemorase el hecho de Alcolea; mas que ten-

dria mucho gusto en que al Conde de Hornachuelos se le concediese la Grandeza de España.

— ¿Nada más? me dijo.— Nada más, repuse.—Pues serán ustedes complacidos, me contestó, y si varia usted de pensar y puedo serle útil, acuérdese que le tengo en grande estima.—

La discusion que á mi llegada allí se sostenia, á juzgar por la acalorada entonacion, por el aspecto exterior de los concurrentes, las anteriores tentativas contra los elementos populares, y el hecho notable de que en seguida voy á ocuparme, se referia sin duda á las crueles sospechas, insidiosos consejos y reaccionarias intrigas que condensaban la atmósfera que se respiraba en el cuartel general.

Con efecto, la Junta de Madrid nombró, como ya dije en otro lugar, dos comisiones de individuos de su seno, encargadas de llamar, la una al Marqués de los Castillejos y la otra al señor Duque de la Torre. Esta última, compuesta del general Espinar, Marqués de la Vega de Armijo, D. Estanislao Figueras, Lopez-Robert, Rojo Arias y otros, cuyos nombres no recuerdo, salió de Madrid en tren especial á las tres de la mañana del dia veintinueve al treinta, y la locomotora que los conducia estaba empavesada con banderas, guirnaldas y lemas y tambien con la siguiente inscripcion de: *¡abajo los Borbones!* La comision se detuvo en Getafe, á causa de haber sabido que en su estacion se hallaba el general Novaliches, pugnando contra el parecer de todas las personas que le rodeaban, por continuar su marcha hasta la capital de España. Habló la comision al Marqués de Novaliches con el respeto que la desgracia merece, y habiéndole persuadido á que no prosiguiese la marcha, retrocedieron con él hasta el inmediato pueblo de Pinto, donde fué alojado en casa del Sr. Aurioles. Rodeado de sus ayudantes, del médico

Lujan, del novelista Escrich, del comandante Rubin, del coronel Corbalan y otros, individuos de la Junta Revolucionaria de aquel pueblo. Novaliches fué objeto de las más cariñosas demostraciones, mientras que los comisionados de Madrid continuaron su marcha sin ningun género de tropiezo hasta llegar á Alcázar de San Juan. Aquí hallaron á los batallones de Astúrias é Iberia, que por órden del ex-Ministro de la Guerra se dirigian á Madrid, y los que, al observar el lema escrito en las banderas que ondeaban sobre la locomotora, se aconsejan los unos y los otros, se alarman todos, cojen tumultuariamente las armas, se colocan en actitud hostil, dan vítores á la reina, y se disponen á rasgar las enseñas y á sepultar en el polvo á la comision que las llevaba. Observado esto, el maquinista abre las válbulas de la locomotora, el tren arranca á escape y consiguen salvarse de los amotinados.

Al llegar á Villa del Rio emparejaron con un tren de heridos graves, pertenecientes al ejército isabelino. El general Espinar encargó al Sr. Figueras, que en nombre de la Junta se acercase al jefe militar y le observara, cuán peligroso y molesto era hacer el trayecto hasta Madrid, y cuánto más fácil era enganchar su tren á el de la comision y arrastrarle hasta Córdoba, donde desde luego serían todos muy bien acogidos. Oida la humanitaria pretension del Sr. Figueras, el jefe militar del tren, que lo era el coronel D. Pedro Estévan, contestó con arrogante altivez, *que ni él ni ninguno querian ir á Córdoba, pues que se hallaban dispuestos á sufrir todas las molestias que pudieran ocurrirles, antes de pernoctar en la ciudad rebelde.*

La comision prosigue su marcha, llega à las once de la noche á Córdoba, y al momento pasa á ver al Duque de la Torre, que estaba ya acostado, y la recibió en la cama. Al ver á los delegados de la Junta madrile-

ña, los increpó duramente diciéndoles, entre otras cosas desagradables, que habian ido á engañarle, mientras que el Marqués de los Castillejos iba á hacer su entrada triunfal en Madrid; y que si bien él se hallaba dispuesto á ceder el paso al Duque de la Victoria, jamás se decidiria á ser el segundo del general Prim, y que si este recibia la investidura de la Junta madrileña, él se retiraría á la vida privada.

Tan inmotivado recibimiento dió motivo á que la comision le contestara, protestando siempre de su sinceridad y buena fé, y hasta hubo quien le dijo que aquellas quejas revelaban celos infundados y una susceptibilidad personal, que si algo probaba plenamente, era el no hallarse á la altura de las circunstancias. Caballero de Rodas, que era sin duda el primero que inspiró y alimentaba esa sutil sospecha en el ánimo del Duque, y que asistía á esta entrevista, dudaba de los propósitos de la Junta de Madrid y de las protestas de toda la comision, en la que habia correligionarios políticos y amigos personales del Duque de la Torre, dejandó entrever sus encubiertas amenazas contra los poderes nuevamente creados, para en el caso en que la preferencia en la eleccion recayese á favor del Marqués de los Castillejos.

La cuestion se agriaba más y más, y aunque el Marqués de la Vega de Armijo empleaba el influjo de su amistad y de sus fundadas razones, ni el Duque ni Caballero de Rodas aflojaban en nada ni para nada en su actitud desconfiada y recelosa. No era posible en aquel momento conseguir una avenencia, preocupado como se hallaba el ánimo del generalísimo, á causa de las sugestiones insidiosas de algunos de los paisanos y militares que le rodeaban. y que en ódio al sesgo popular que llevaban los acontecimientos, pugnaban por separarle del camino que le trazaban las circunstan-

cias, en un todo de acuerdo con la prudencia, la equidad, la razon y la justicia. Querian precipitar al vencedor de Alcolea en el derrotero de una reaccion infame y peligrosa, y sin tener en cuenta que por este medio podian hundir al pais en un abismo de calamidades, no perdonaban medio alguno para llegar á este fin menguado y desastroso. La comision lo comprendió así, y aunque puesta en duda la fé de su palabra, y por lo tanto, heridos en su dignidad de hombres, se retiraron, quedando en volver, en obsequio á la paz, al siguiente dia, para ver si habian reformado los erróneos juicios.

Al dia siguiente se reunió la comision, y creyendo que durante el curso de la pasada noche habria desaparecido toda sospecha, dirigióse confiada al alojamiento del señor Duque de la Torre. Habíase, empero, equivocado: el generalísimo permanecia en la misma actitud que le dejaron. Inquieto, receloso y hasta sombrío, al ver la comision le repitió, con acerba amargura y con insistencia tenáz, las mismas ó parecidas quejas; y cuando los ánimos empezaban á exacerbarse y las palabras á rebatir cierta dureza agresiva, porque ninguno de los comisionados podia tolerar que se le supusiese instrumento de indignas maquinaciones, que era lo que más que nadie suponia y afirmaba Caballero de Rodas, llega un oficial de Estado Mayor y entrega un despacho telegráfico al señor Duque de la Torre: este lo abre, lo lee y ¡qué leccion! los aduladores quedaron corridos y avergonzados, porque el telégrama correspondia elocuentemente á las injuriosas sospechas que en su alma le habian hecho abrigar la refinada suspicacia, el concentrado ódio al pueblo y la adulacion mezquina y rastrera de algunos de los muchos que le rodeaban.

Prim, al mismo tiempo que rogaba al Duque que permitiera paso para Madrid á D. Práxedes Mateo Sa-

gasta y al general Nouvilas, le daba cuenta de una comision de la Junta de la capital de España, compuesta de D. Bernardo Garcia, D. Ricardo Muñiz, Moreno Benitez y otros que llevaban el encargo de conducirle, y sobre todos estos extremos terminaba pidiéndole consejos y órdenes.

Tal fué el telégrama de respeto y sumision espedido en Cartagena por el general Prim al general Serrano.

Al momento desapareció la seriedad grave y persistente del generalísimo de los ejércitos liberales, así como sus interesados y torpes consejeros tuvieron que cubrirse el rostro con ambas manos.

Habia estado el Duque desde que se terminó la batalla en un grave error, que lejos de alejarle del fondo de su alma como alejarse debe todo mal pensamiento, habia adquirido una consistencia firme y una proporcion colosal, sin que bastara á estorbar sus peligrosos progresos el consejo desinteresado y sin mácula de las personas á quienes nos consultó.

La luz de la verdad penetró al fin en las tinieblas de los espíritus, y el Duque de la Torre volvió á ser el hombre fino, amable y complaciente que todos conocemos.

Inmediatamente despues pasamos á visitar á los heridos que existian en los hospitales de sangre, y se organizó luego una gran parada á que asistieron todas las tropas vencedoras en el campo de Alcolea y los que se nos habian pasado.

Hemos visto los últimos pasos del generalísimo en el campamento, su entrada triunfal en Córdoba y las sospechas que le hicieran concebir los mal avenidos con la causa del pueblo, y es necesario que veamos ahora los últimos pasos dados en España por la ex-reina Isabel II, su entrada en Francia y sus propósitos y protestas.

XLVIII.

SUMARIO.

Juicios de Cárlos Rubio y opiniones del autor.—Resolucion del Duque de Sexto, su concierto con el banquero Salamanca, su marcha á San Sebastian, su entrevista con la reina, sus últimas palabras con el rey y su retirada del palacio.—Tentativas de Salamanca é irresolucion y temores de la reina.—Siniestras sospechas de Isabel II, su tentativa de escribir al caudillo de la Revolucion, qué podria decirle y su conferencia con el Conde de San Luis.—Nuevos temores de Isabel II y su entrevista con D. Alejandro de Castro.—Desfallecimiento de la reina. sus exigencias al Sr. Castillo y la mision á Alameda.—Noticias del corresponsal de un periódico francés, y breve juicio del autor de la historia del «Ultimo Borbon.»—Tentativa de la reina para promover la guerra civil y su merecido infortunio.—Los últimos pasos de Isabel en el territorio español, su entrada en Francia, su entrevista con Napoleon, sus gestiones para una intervencion extrangera, su llegada á Pau y su protesta.

«Los poderes más ciegos, ha dicho mi amigo y paisano D. Cárlos Rubio, en su *Historia de la filosofía de la revolucion*, en el momento en que se derrumban, tiene á veces una llamarada de lucidez; como los locos, en su última hora, recobran frecuentemente la razon.

Por desgracia, este reconocimiento de la vida real, y de su posicion respectiva, suele llegar muy tarde.

Algunos de ellos cuando sienten que su trono se hunde, procuran asirse, para no caer al abismo, al palo de la bandera de la libertad.

Otros desesperados amontonan error sobre error, y hacen del final de su reinado una especie de orgía, en que procuran aturdirse con sangre y placeres.

Francisco II procura en vano engañar á los pueblos con una constitucion cuando oye los clarines de las tropas de Garibaldi.

Isabel II no quiso ceder ni un momento, cuando no tenia en derredor suyo sino el vacío, y vivia en medio del pueblo, no como un árbol arraigado que puede desafiar los huracanes, sino como uno de esos torreones antiguos que el menor soplo del viento puede derribar.» (1)

Creo yo todavia, y es mucho creer, que si al estallar el alzamiento de Cádiz, Isabel II llama sin dilacion de ningun género, no al capitan general D. José de la Concha, sino á los generales Espartero, Serrano Dominguez y Prim, y despues de entregarles el poder, su abdicacion á favor del Príncipe Alfonso y la regencia de este durante su menor edad, dá otro manifiesto diciendo que era otra vez más víctima de una *larga série de lamentables errores*, tan candoroso es el pueblo español, que quizás quizás se hubieran salvado por entónces los intereses de la dinastía borbónica; pero altiva siempre, y más que nunca á la sazon, quiso resistir, quiso luchar y quiso vencer contra los rigores incontrastables de un destino que le era adverso, despreciando las severas lecciones de la historia y todos los consejos de la discrecion y de la prudencia.

La Revolucion de Setiembre iba dirigida, como hemos visto, no solo contra el trono, sino contra la dinastía, y tan persuadido de esto estaban sus partidarios, que no bien se tuvo noticia en Madrid del alzamiento de Cádiz, el Duque de Sexto y el Marqués de Salamanca, en sus deseos de salvar lo se que derrumbaba, convinieron en ir, el uno tras del otro, y ambos con igual propósito, á hacer presente á la reina el verdadero estado de las cosas, para que á su tiempo pudiera salvarse del abismo en que iba á ser sepultada.

(1) Apéndice V.

No creyendo el Duque de Sexto que debia perder tiempo, porque de la premura con que abdicara la reina, dependia á su entender la salvacion de los intereses dinásticos, sin esperar á que regresase á Madrid el nuevo Presidente del Consejo de Ministros, Concha, voló con la celeridad del rayo á San Sebastian, se dirigió en el acto de su llegada al palacio, manifestó á Oñate y San Gregorio el pensamiento que allí le conducia, y aprobado este por esos dos partidarios de la real familia, al mensajero de un designio tan voluntario como amistoso, se le franquearon las régias estancias, y al verse frente á frente de la reina le manifestó con respeto, pero con leal franqueza, los progresos de la revolucion iniciada en Cádiz, el espíritu cardinal que la alentaba, y la imperiosa necesidad en que se hallaba de abdicar, para salvar el trono de una segura derrota, en su hijo el Príncipe de Astúrias.

La proposicion mesurada y sincera del Duque de Sexto produjo en la reina Isabel una explosion de rugiente cólera, sin salir de un círculo de duras y violentas recriminaciones. En vano insistió el Duque en hacer notar á su reina y señora la verdadera situacion de las cosas, y por lo tanto, los graves riesgos que necesaria y fatalmente amagaban á su dinastía, porque ciega ante la luz de la evidencia, sorda á la voz severa de la verdad, y refractaria á todo linage de razonamientos, se obstinaba en no hacer, segun decia, lo que le proponia, ni ninguna otra cosa que fuera contraria al *prestigio y dignidad de su corona.* Creia, sin embargo, el de Sexto, apaciguar los arrebatos de ira que dominaban á su reina, para llevarla al camino de la prudencia; pero cuando esto estaba próximo á conseguirse, se presentó en medio de la escena el caballero Marfori. Selló sus lábios el Duque, y la reina, dejándole con el rey, se alejó con su favorito.

—Ya lo vés, Duque, dijo entónces el rey, ¡si pudiéramos vencer el enojo de Isabelita!....—

—No se puede perder el tiempo, señor, respondió el Duque, cuando la insurreccion crece por momentos.—

—Si pudiera buscarse un concierto de avenencia con Serrano y Prim!...—

—Imposible, señor, porque el tiempo urge, las pretensiones de S. M. serian desatendídas, el prestigio del trono caeria por el suelo, y á esta hora, en que todo está comprometido, no caben términos medios: al vado ó á la puente, esto és, la abdicacion ó el destronamiento.— (1)

Convencido el Duque de Sexto de la inutilidad de sus nuevos esfuerzos para salvar el trono y dinastía de su reina y señora, se retiró del provisional régio alcázar llevando en el alma la satisfaccion de haber procurado contribuir á hacer el bien, y la amargura que naturalmente debió sugerirle la cólera y desden con que fueran oidas sus saludables advertencias.

Salamanca, despues de haber conferenciado en Madrid, entre otros personages, con el nuevo presidente del Consejo de Ministros, Marqués de la Habana, voló á su vez á la córte de San Sebastian, donde se tropezó con el Duque de Sexto. Informado por este del resultado de sus gestiones, cerca de la reina Isabel y de su esposo, Salamanca insistió, sin embargo, en su propósito, y al hallarse frente á la señora, que aun todavia ocupaba el trono, la habló con la elocuencia aterradora que le inspiraban las circunstancias. Las palabras del poderoso banquero, dictadas por la razon y la justicia de que estaba poseido, no dejaban lugar á dudas é interpretaciones. O abdicar en el niño Alfonso y entregarse

(1) Bermejo. *Hestoria de la Interinidad.*

al Duque de la Victoria, ó irse al extrangero á esperar el inmediato destronamiento. La resistencia, á juicio del Marqués de Salamanca, era un absurdo que podia dar resultados negativos, por cuyo motivo su dilema era necesaria y fatalmente inexorable. Dicen que la reina, vacilante en vista de las palabras del banquero, le ofreció sobre tan grave asunto meditar, y que despues de haber conferenciando con las personas de su confianza, que á decir verdad no le aconsejaban el mejor partido, solia exclamar:

—Yo entregaria mi hijo á Espartero, quien haciendo uso de su prestigio ante las tropas, me lo proclamaria rey de España, ¿pero y si me lo envenenan? ¿y si me lo matan? ¿quién me responde de su vida?—

Las proclamas de la bahía de Cádiz llegaron en aquellos instantes á sus manos, y pasando por su mente antiguos y gratos recuerdos, se asegura que quiso coger la pluma y escribir al invicto Duque de la Torre, cuyas justas quejas habia desoido pocos meses antes, permitiendo que por dos veces consecutivas le empujaran al destierro, sin tener en cuenta sus eminentes servicios á la pátria, su alta gerarquía en la milicia, su elevado puesto en el Senado, lo mucho que le debió en 1856 y en 1866, la justísima causa que defendia, y el pasado mismos que tal vez se proponia invocar en su carta.

Desistió, empero, de su propósito; mas apenada por su situacion, parece que llamó al Conde de San Luis, presidente á la sazon de aquel congreso de *viajeros de tercera clase*, para que la ilustrara con sus consejos. Sartorius, que se hallaba enfermo en Zaraus, accedió al llamamiento, y entre el ex-ministro moderado y la reina Isabel tuvo lugar, segun oí decir á persona de confianza, el siguiente ó parecido diálogo, de cuya completa exactitud no respondo:

—Es indispensable, señora, de todo punto indispensable, le dijo el Conde de San Luis, que Marfori salga inmediatamente para el extrangero, y que no vuelva à cruzar los dinteles de nuestro real palacio.—

—¡Cómo! le interrumpió diciendo la reina. ¡Alejar á Marfori! ¡Nunca, nunca! Marfori és uno de nuestros más leales servidores, y permanecerá á nuestro lado mal que pese á quien pese. Yo puedo distinguir con mis afectos personales, y sin que nadie venga á mezclarse en ello, á quien lo tenga por conveniente. ¡No faltaba más sino que yo no pueda hacer lo que hace cualquiera de las damas de mi reino!...—

—Al tener el honor de ser consultado por V. M., repuso el Conde de San Luis, incurriria yo en actos indignos de mi carácter, si no me hiciera eco de las exigencias de la opinion pública, aconsejando lo que la prudencia exige y la razon reclama, para conciliar los intereses generales de la pátria con los del trono y dinastía de V. M. Lo que haga una dama cualesquiera de vuestro reino, podrá caer bajo el dominio de un pueblo, ser objeto de amargas censuras, ofender la moral del vecindario, y cuando más alterar la paz de una familia; pero lo que justa ó injustamente se atribuya á la reina de España, no puede menos de afectar de un modo directo, activo é inmediato los intereses generales de esta nacion heróica, que en todas las épocas de su historia se ha rebelado pública y ostensiblemente contra los favoritos de sus reyes.—

—¿Es decir que tú tambien, repuso la reina, te haces eco de las hablillas de los enemigos de mi corona y de mi dinastía?—

—Lejos de ello, señora, creo ser intérprete de la opinion general, á quien és necesario imponer silencio con un acto de pública reparacion.—

—Y bien, repuso la reina, caso de que yo accedie-

se á eso ¿qué és lo que tú crees que yo debo hacer despues?—

—Lo que V. M. debe hacer despues, enseguida, sin perder un instante, és disponer un tren expres. y acompañada de S. A. R. el Príncipe D. Alfonso, presentarse en Alcolea al pueblo y á las tropas sublevadas.—

—¡Ay! ¡presentarme yo á los rebeldes! Jamás. ¿Quieres tú que me atropellen, ó lo que és más probable, que asesinen á mi hijo y despues á mí?—

—No hay en este pais, contestó el Conde, un solo español, que, al ver que se le presenta su reina, y que se le presenta sin los aparatos de la fuerza material, se atreva á hacer armas contra una señora y un niño, que indefensos se confian á su proverbial hidalguía y á su nunca desmentida lealtad. Conozco el carácter de nuestra heróica nacion, y respondo con mi cabeza, señora, que si V. M. y su augusto hijo me siguen hasta Alcolea, no tardamos en regresar á Madrid con todo el ejército reunido y entre las más entusiastas aclamaciones de los pueblos.—

—Todo lo que me exiges, repuso la reina, es tan imposible, que antes de sucumbir á ello prefiero irme al extrangero y renunciar á mi pátria.—

El pacientísimo rey consorte, D. Francisco de Asis Maria de Borbon y Borbon, que hasta entónces no habia pronunciado una sola palabra, parece que levantó su vocecilla de falsete y dijo en uno de sus arranques de femenil enojo: «Dices bien, Isabelita, vámonos de España y dejemos á estos canallas de españoles.»

Isabel II, que á decir verdad tenia mucho más corazon que su abuelo Cárlos IV y que su padre Fernando VII, quiso en los primeros dias de la revolucion presentarse en Madrid, y fué necesario el consejo y casi el mandato de los dos hermanos generales Concha para que se resignase á permanecer en San Sebastian. Los

equipages de su familia y servidumbre estaban en la estacion de la via-férrea, y ella misma, contra su voluntad y mordiéndose de ira los puños, se volvió más de una vez desde el tren por no incurrir en el desagrado de su Ministro de la Guerra. Pero despues de la actitud sospechosa de este, y de la alarmantísima y creciente importancia de los sucesos, no se atrevia á hacer un viaje que consideraba, con sobrada razon, erizado de muy graves escollos.

Tenia ya ménos miedo á Serrano y á Prim, que á los Marqueses de la Habana y el Duero, porque le habian impedido la ida á Madrid, pretestando, sin ser cierto, que la via-férrea estaba inutilizada, y porque creia, y no se equivocaba, que no eran agenos al asunto de la abdicacion. Y tan persuadida estaba de ello la reina, que al presentársela en San Sebastian D. Alejandro de Castro, diciéndola que habiéndole llamado el Marqués de la Habana, para que despues de jurar en manos de la soberana, fuera inmediatamente á Madrid, para que sin demora de ningun género se encargase de uno de los ministerios. Isabel II le recibió con graves demostraciones de indignacion.

La palabra *traidores*, que salia á cada instante de los lábios de la reina, generalizándola hasta los hermanos Concha, ofendieron de tal manera al Sr. de Castro, que sin apartarse del respeto y consideracion que debia á su soberana, la hizo entender, que no debia olvidar que tal vez en aquel momento, habria hombres que estarian derramando su sangre al grito de *¡viva la reina!* que él mismo, aunque enfermo, habia volado á sacrificarse por su servicio; pero que si esto se desconocia, sino se le consideraba útil para salvar á su pátria, iba á postrarse en el lecho que habia abandonado, para buscar en él el alivio que reclamaban sus padecimientos. Castro hizo un saludo, y ya se retiraba, cuan-

do la reina le detuvo, diciéndole: «Bien; jura y márchate á Madrid.»

No cesaban de llegar á San Sebastian noticias alarmantes, y amedrentada más y más D.ª Isabel de Borbon y Borbon, llamó al jefe de los ingenieros, que lo era D. Isidro Maria del Castillo, el cual la habia seguido desde Lequeitio, y con el acento propio de quien paza gradual y visiblemente de la altanera arrogancia á la humillacion y al abatimiento, le habla de esta manera:

—Castillo, tú serás el custódio de mis hijos y de mi persona. ¿No és cierto? yo me entrego confiada á tu generosidad.—

—Nosotros somos pocos, le contestó el brigadier Castillo, pero no dude V. M. de una oficialidad compuesta de nobles caballeros y de unos soldados que jamás se indisciplinaron. - (1)

La reina le pidió entónces un oficial de su confianza, para que, con instrucciones contra el Marqués de la Habana fuera á entregarlas con la mayor reserva al de Novaliches. Recayó la eleccion en el teniente coronel de ingenieros D. Federico Alameda; mas para que su marcha no inspirase recelos, la oficialidad del batallon fué invitada á cenar con la reina, y cuando todos estaban sentados á la mesa, Isabel II se dirigió al teniente coronel y le dijo:

—Alameda ¿qué tienes? si no estoy equivocada creo verte tan taciturno...—

—Señora, repuso el interrogado, lo que tengo es grave: he recibido la triste noticia de que mi madre se está muriendo. —

—Pide una licencia, le contestó la reina, y vé á cumplir con ese sagrado deber. —

—Señora, repuso Alameda, en estas circunstancias és poco decoroso el pedir licencias.—

(1) No habia llegado aun el 3 de Enero de 1873.

Pues yo te la doy, y te mando que vayas á ver á tu madre y permanecer á su lado el tiempo que quieras. —(1)

Alameda salió disfrazado de San Sebastian con sus misteriosas instrucciones, pero cuando tropezó al marqués de Novaliches, ya regresaba este con la grave herida que recibió en el Puente de Alcolea.

No habia ya medio posible de salvacion ni para la madre, ni para el hijo, ni para la dinastía. Todo estaba perdido: al mismo tiempo que los emigrados entraban en San Sebastian, llegaban unos tras los otros los telégramas de Madrid, anunciando el triunfo de Alcolea, el alzamiento del pueblo y el ejército y la destitucion de los Borbones. La altanera reina Isabel, aquella que se burló de Espartero vivo y de Odonnell muerto, aquella que gozaba cuando hería con sus sangrientos epígramas á sus mas fieles servidores, aquella que pisoteó las libertades y derechos del pueblo que le consagró sus tesoros y su sangre, al verse abandonada de todo el mundo, sin pueblo, sin ejército, sin marina, sin amigos, viendo además de esto lucir sobre su cuello la terrible cuchilla de la Justicia popular irritada, ¿qué podia hacer esa infeliz y obcecada muger en tan críticas y azarosas circunstancias?

Cuenta un periódico francés que en la madrugada del 29, y despues de la llegada de los últimos despachos, se produjo en la casa de San Sebastian un movimiento inusitado.

«No era la victoria, dice el periódico á que me refiero, pero era evidentemente una esperanza. Los cortesanos afluyen de nuevo á la puerta del salon real.

«Hé aquí lo que pasó. La reina habia sabido por el telégrafo que su causa no tenía esperanza, que Novaliches venia vencido y herido á Madrid Al ver estos

(1) Bermejo. *Estafnta de Palacio.*

despachos, tuvo una idea luminosa, su espíritu se transfiguró, y todo el mundo creyó su victoria.

La reina abandonó el salon, se retiró á su cuarto que dá al patio y escribió.....

«¿A quién podria escribir? Concha, vacilante, Novaliches, vencido, Pezuela, impotente, Serrano, hostil. Escribía al Duque de la Victoria.....

«Tú que has salvado la dinastía, tú la salvarás todavía esta vez. Para mi no quiero nada, yo no soy nada. Pero hé aquí el príncipe de Astúrias; le arrojo en tus brazos, á tí te lo confío. Lo que has hecho por mí harás por él.»

«La carta era espresiva, conmovedora. La Reina triunfaba. Era preciso decidir al príncipe de Astúrias á ir á Logroño. Se le condujo ante su madre; ella le comunicó la resolucion que las circunstancias le imponian. Pero el niño príncipe, que no sabe todavia lo que es el trono, y no veia mas que á su madre, de quien no queria separarse, se puso á llorar, arrojándose en los brazos de Isabel.

«Esto fué un nuevo golpe dramático. La Reina conmovida rompió convulsivamente la carta que tenia aun en la mano: agitada, pálida, llevó consigo á su hijo como si ella misma hubiera querido protegerle su separacion....»

¡Que dificil seria adivinar los pensamientos que en esos críticos y supremos instantes agitaban su corazon de Señora, de madre y de Reina!

«Capaz era esta infame y desvergonzada muger, dice el autor de la historia de *El Ultimo Borbon*, de acudir en aquel supremo momento á la influencia y prestigio del insigne hombre público que terminó la guerra carlista, asegurándole la corona y contra quién ya conspiraba entónces su madre y aprendia ella á esgrimir su malvada lengua; capáz era de llamar á Espartero

despues de haberle pagado con una sentencia de muerte el respeto que guardó á su corona en 1840, cuando la pudiera ceñir; despues de haberle pagado en desprecios, en risas, en sátiras y en pullas la salvacion que le debia en 1854; pero Doña Isabel sabia ya que Espartero estaba completamente desengañado; que se lo habia manifestado varias veces; que estaba resuelto á mirar que la dinastía se perdiese, y por esto sin duda abandonó aquel propósito....»

Isabel II, cuyo corazon ardia en los deseos de mantener la guerra civil en su pátria, llama á los diputados forales Aguirre y Mascarúa, republicano el primero y carlista el segundo; más como estos al ver á la reina alta y profundamente conmovida, se anticiparan á preguntarla que noticias habia.

—¿A quién, respondió ella, habeis encontrado en las antesalas de esta morada?—

—No hemos encontrado, Señora, le contestaron los forales, á persona alguna.—

—Pues esas antesalas y estos salones desiertos hace muchos dias, y más desiertos hoy que me veo rodeada de peligros, os dicen que nada bueno tengo que esperar de ninguna parte, como vosotros no hagais un llamamiento á los tercios vascongados, para que vengan á proteger mi persona, mi trono y mi dinastía.—

—Nosotros, Señora, contestó el republicano Aguirre, no podemos decretar el armamento de nuestros tercios, porque este es un derecho que corresponde á las Juntas generales, y ya se ve que ni aun siquiera hay tiempo material para convocarlas; mas lo que nosotros podemos hacer es garantizar la seguridad de su persona y de su familia mientras que permanezca dentro de los límites de este territorio.—(1)

¡Infeliz y desdichada muger! arrojada por el grosero egoismo de un partido político entre los brazos de

(1) Bermejo. *Estafeta de Palacio.*

un hombre á quien tal vez no amaba su corazon; arrojada por cortesanos impúdicos al abismo de escandalosas liviandades; jefe reconocida de banderías corrompidas y corruptoras; símbolo de instituciones contrarias al espíritu del siglo; cabeza de una familia odiada y proscripta en Europa; editora responsable de los más graves errores que registra la historia contemporánea; abandonada por todos los que se les prosternaron en el apogeo de su fortuna; sola en el momento de su mayor infortunio, y, ciega y obcecada, antes de ceder, preferia la lucha, y en la imposibilidad de sostenerla, el extrangero suelo, para ir á purgar las iniquidades de sus perversos consejeros y las consecuencias precisas é ineludibles de su tardío arrepentimiento!....

Veamos ahora como describe el corresponsal de un periódico de la vecina Francia los últimos momentos de la reina, su familia y servidumbre, dentro del territorio español.

«Acabo de asistir, decia, á un espectáculo conmovedor; despues de haber presenciado durante trece dias la agonía de una monarquía, he sido hoy testigo de su muerte.

»Paseábame á media noche por la desierta playa en compañía de un amigo mio, y contemplábamos la humilde casa que ha sido la última morada de esta reina, á quien no ha mucho pertenecian espléndidos palacios, suntuosos castillos, jardines los más vastos y parques los más umbrosos: el Pardo, el Retiro, la Casa de campo, el Escorial, Aranjuez, San Ildefonso etc.

»Sabíamos nosotros que allí, detrás de aquellas sombrías ventanas, en aquella casa construida para montar en ella una gran fonda española, y sepultada en una inmensa sala que se convertirá en comedor dentro de poco, Isabel de Borbon, destituida por su pueblo y su ejército, que fraternizan hoy, disponia su marcha y

fijaba la hora de su partida. La vela fúnebre ha durado hasta hoy: yo me he retirado de aquel sitio cuando he sabido que el tren del destierro se pondria en marcha á las diez de la mañana.

»A las nueve y media de la mañana tomaba yo un punto de observacion, contra un pilar pegado casi al wagon real. Dos compañías de ingenieros forman la carrera: una compañía de alabarderos que escoltará á los desterrados hasta la frontera, se acomoda en los wagones que les han destinado: varios curiosos aparecen en la puerta de la estacion, adornada aún de las guirnaldas que habian sido tegidas para las tres falsas partidas de que ya he hablado en mis anteriores. Estas pobres guirnaldas están mústias ya. Hoy no hay director, ni inspectores con trajes de gala, ni cortesanos cubiertos de cruces y bordados.

»Hé aquí al padre Claret! Su cara repugnante ha tomado un aspecto adecuado á las circunstancias; podria tomársele por el sacerdote que acompaña al reo. Pasa entre los grupos dispuesto á dar la bendicion á quien la desea; pero no encuentra donde colocarla: nadie la quiere... Marfori se presenta y dirige la palabra á algunas señoras, y á su alrededor se forma un círculo significativo. Se aleja. Debiera no haber venido; quizás lo conoce y no volverá. Suenan las diez: la locomotora se prepara para marchar, esta vez hácia Francia, y silba lanzando torbellinos de humo.

»La aguja del reloj de la estacion señala las diez y cinco minutos. Se oye el redoble de un tambor: un oficial manda á los soldados presentar las armas; todas las cabezas se levantan: ella és!

»En efecto: el padre Claret abre la marcha y sube el primero en el wagon real, la reina le sigue; sus ojos chispean y su mirada es vaga. El rey, el infante D. Sebastian y su esposa suben por órden la escalera del su-

plicio: el jóven príncipe de Astúrias les sigue; este niño está profundamente triste y comprende su situacion; pero las tres infantitas rien y se divierten; parece que están encantadas de hacer un viaje. A pesar suyo se siente uno conmovido viendo consumarse un acto de reparacion y ejecutarse la justa sentencia de un pueblo oprimido durante tanto tiempo.

»La reina y el rey van resignados; pero como atontados; sus ojos interrogan á la muda muchedumbre, que la contemplan, como si esperaran de ella un movimiento para detener á la familia real de España. Algunos rostros se enternecen. De repente, con estupefaccion suma se vé á Marfori entrar insolentemente en el wagon real é instalarse en él. Este último reto á la opinion pública hiela los generosos sentimientos de piedad que se habian manifestado: aquellos que se conmovieron se indignan, y un murmullo de disgusto se deja oir; el rey vuelve la cabeza y enjuga una lágrima, la reina turbada se acerca al padre Claret: este toma la mano de la reina y la dice: *¡Animo, hija mia, ánimo!*

»El jefe del movimiento dá la señal, de partida y en medio de un sepulcral silencio, parte la locomotora arrastrando el fúnebre cortejo de la reina destronada; se lleva consigo á Marfori y al padre Claret, los dos principales enterradores de su dinastía. En este momento la música del cuerpo de ingenieros hace oir á la reina por última vez los ecos de la marcha real.»

¡No puede darse leccion mas severa, pero ni tampoco más justa! ¡Cuándo aprenderán los poderosos de la tierra! Nunca quizá. Isabel II no tuvo para nada en cuenta los egemplos de la historia, ni los que habia visto en el espejo de su família, ni los que habian pasado por ella misma, durante el largo periodo de su espinoso reinado. Si cedió en 1854 al rigor de las circunstancias, bien pronto pagó con ingratitud á los que

entónces, como en Junio de 1866, como en todas las crísis revolucionarias, la salvaron de una segura ruina. Hasta el último instante la hemos visto en España pugnar por sostener la guerra civil, y todavia es necesario que la veamos hacer su último esfuerzo al poner su planta en el territorio francés.

La Opinion Nacional,» periódico de Paris, espresaba en las siguientes líneas la entrada en Francia de esa obcecada muger.

«Es la una y media. La reina se encuentra en la estacion de San Juan de Luz. En el mismo momento el Emperador y la Emperatriz llegan á la de Biarritz. La Emperatriz se dirije á la marquesa de Javalquinto y habla con ella un rato. El Emperador se pasea solo en el anden de la estacion con la cabeza baja y profundamente reflexivo. De pronto llama á un Chanvelan y hace dirigir á la reina un despacho preguntándole si piensa seguir inmediatamente á Pau ó detenerse en Biarritz.

«Por la ocasion y por la forma, la pregunta de este despacho implica la respuesta. La reina responde, en efecto, que vá directamente á Pau.

«El tetégrafo anuncia la salida de San Juan de Luz del tren especial en que viene la ex-reina de España, y poco despues entra este en la estacion de Biarritz. Isabel de Borbon sale del coche-salon en que viene y se asoma á la barandilla; Marfori aparece enseguida vestido de etiqueta («fasteux») y luciendo sobre su trage negro la banda de la gran cruz de Carlos III.

«En el momento en que el Emperador se adelanta para dar la mano á la reina, pasa el tren «expres» de Paris á España detenido hasta entónces para dejar espedita la via en que viene Isabel de Borbon, y salen de aquel, más insultante para la ex-reina, y sobre todo, para Marfori, gritos en que se oye esta esclamacion, in-

comprensible para mí: *¡Fuera Isabel! ¡fuera ese pelapollos!*

«Al oir estos gritos, el Emperador hizo un movimiento hácia atrás, un movimiento de sorpresa, que dominó pronto, y abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la Reina, que bajó del coche con el rey, sus hijos, los personages de su comitiva, el padre Claret y el «inimitable» (sic) Marfori.

«Despues de estrechar la mano del Emperador y de abrazar á la Emperatriz, estos, la Reina y el rey que fueron de España, entraron en unas de las salas de espera de los viageros de primera clase, cuyas puertas permanecian abiertas. Nadie, sin embargo, entró en ellas, por respeto á los soberanos de Francia. Delante de la puerta de entrada se colocaron en filas los altos dignatarios de ambos paises, y detrás los curiosos y los corresponsales de periódicos, que observamos con ojo escrudiñador la fisonomía de los soberanos, sin oir nada, aunque adivinando mucho.

«La entrevista duró veinte minutos. Al fin la reina hizo un movimiento para dirigirse hácia la puerta. Entónces un general español que se hallaba á mi lado dijo: «No nos queda mas que marchar» (nous n' avons plus gir á marches.) Esta frase revelaba que en aquel momento habian quedado completamente frustradas las últimas esperanzas, las esperanzas de apoyo que se habian fundado hasta entónces en el auxilio del gobierno francés.

«La despedida fué corta, silenciosa, lúgubre; el Emperador estaba impasible, la Emperatriz apenas podia contener las lágrimas, y el príncipe imperial parecia asombrado de esta escena. La reina se esforzaba en bano en sonreir, el princesillo se agita para ocultar sus impresiones, y la comitiva régia parecia consternada. Sube al coche la reina. síguenla el rey y el príncipe

de Astúrias, á quien abraza el emperador y á los demás hijos de Isabel de Borbon.

«En este momento, la reina que se hallaba en las galerías del coche-salon sola con el conde de Espeleta, esclama en español «¡Ay que no he dado un beso á la Emperatriz!» y hace un movimiento como para bajar; pero la Emperatriz se adelanta á él, sube á la galería diciendo tambien en español. «Subo á recibirlo» sube, en efecto, y presenta su megilla á la reina, quien la abraza, pero la Emperatriz se retira enseguida, de suerte que cuando la reina vá á besarla en la otra megilla, solo encuentra el vacío.

»El general Castelnau, un Chambelan y un ayudante de órdenes que han venido desde la frontera española con los ex-reyes, se despiden entónces de estos. Isabel de Borbon les dice en francés: «Gracias señores»: son las últimas palabras que se pronuncian, y aquellos señores bajan del wagon y ván á colocarse en torno del Emperador.

»Entónces presencié el mas triste espectáculo que se puede imaginar y cuyo recuerdo conservo indeleble. El Emperador se halla de pié y con la cabeza descubierta, á dos pasos del wagon; la Emperatriz está á su derecha con los ojos preñados de lágrimas, y á la derecha de su madre el príncipe imperial que parece conmovido y absorto de lo que vé. En el salon real se mantienen de pié el rey y su comitiva: la reina se halla en la galería, que acaba de cerrar un empleado de la Casa imperial, y ante ellos, rojo, casi amoratado y lloroso, el conde de Ezpeleta.

»Los dependientes del ferro-carril cierran las portezuelas de los wagones del tren real, que tarda en partir cuatro minutos, durante los cuales todos los circunstantes guardan el más profundo silencio, sin hacer mas que mirarse con aire lúgubre y fisonomías consternadas.

»En ningun entierro de cuantos hé presenciado, ha sido mas profuudo el dolor de los asistentes. Era este, en efecto, el convoy fúnebre de una monarquía dos veces secular que acababa de exalar su último suspiro en la estacion de Biarritz. Dáse al fin la señal de partida, el tren se pone en movimiento, los circunstantes se inclinan, y todo está acabado para Isabel de Borbon y su familia.»

Isabel de Borbon, empero, llegó con su tamilia á Pau. No habia encontrado en el Emperador, que yá presentía quizá su próxima caida, á causa del inmenso estremecimiento del pueblo Español, el apoyo que encontró su padre en las bayonetas del Duque de Angulema. Los tiempos habian cambiado. Pero le quedaba el recurso de protestar y protestó á la faz del mundo ¡qué blasfemia! en nombre de la lealtad, de la justicia, del progreso, del derecho y de la religion contra el acontecimiento más grande y magnífico que registra la historia de las naciones.

Hé aquí ahora la protesta que Isabel II dirigió desde el palacio de Paul el mismo dia 30 de Setiembre de 1868 á los

«Españoles:

«Una conspiracion de que apenas hay ejemplo en pueblo alguno de Europa, acaba de venir á España en los errores de la anarquía. Fuerzas de mar y tierra que la nacion generosamente fomentaba, y cuyos servicios hé recompensado con placer, olvidando tradiciones gloriosas y rompiendo sagrados juramentos, se revuelven contra la pátria y traen sobre ella dias de luto y desolacion. El grito de los rebeldes lanzado en la bahía de Cádiz, y repetido en varias provincias por una parte del ejército, resuena en el corazon de la mayoría inmensa de los españoles como el ruido precursor de una tempestad en que peligran los intereses

de la religion, los fueros de la legitimidad y del derecho, la independencia y el honor de España.

»La triste série de defecciones, los actos de inverosímil deslealtad que en breve espacio de tiempo se han consumado, mas todavía afligen mi altivez española que ofenden mi dignidad de reina: que no cabe ni aun en el delirio de los mayores enemigos de la autoridad, la idea de que el poder público, que tan alto tiene su orígen se confiera, y modifique y suprima por ministerio de la fuerza material: por el influjo ciego de los batallones seducidos.

«Si las ciudades y los pueblos, cediendo á la primera violenta impresion, se someten por el instante al yugo de los insurrectos, bien pronto el sentimiento público, herido en lo que tiene de mas noble y característico, se despertará, mostrando al mundo que son por merced del cielo, muy pasageros en España los eclipses de la razon y de la honra.

»En tanto que llega ese momento, como reina legítima de España, prévio exámen y maduro consejo, he estimado conveniente buscar en los dominios de mi augusto aliado la seguridad necesaria para proceder en tan difícil ocasion, como cumple á mi calidad real, y al deber en que estoy de trasmitir ilesos á mis hijos mis derechos, amparados por la ley, reconocidos y jurados por la Nacion, robustecidos al calor de treinta y cinco años de sacrificios, de vicisitudes y de cariño.

»Al poner mis piés en tierra extrangera, vueltos siempre el corazon y los ojos á la que és mi pátria, y la pátria de mis hijos, me apresuro á formular la protesta esplícita y solemne, ante Dios y los hombres, de que la fuerza mayor á quien obedezco, saliendo de mi reino, en nada perjudica, atenúa ni compromete la integridad de mis derechos, ni podrán afectarles en modo alguno los actos del gobierno revolucionario, y ménos

áun los acuerdos de las asambleas que habrán de formarse necesariamente al impulso de los furores demagógicos, con manifiesta coaccion de las conciencias y de las voluntades.

»Por la fé religiosa y por la independencia de España, sostuvieron nuestros mayores larga y venturosa lucha. Por enlazar con lo grande y generoso de los siglos pasados lo verdaderamente bueno y fecundo de los tiempos modernos, ha trabajado sin tregua la generacion presente. La revolucion, enemiga de las tradiciones y del progreso legítimo, combate todos los principios que constituyen la fuerza viva, el espíritu, el vigor de la nacionalidad española, la libertad en toda su estension y en todas sus manifestaciones, atacando la unidad católica y la monarquia y el ejercicio legal de todos los poderes, perturba la familia, destruye la santidad de los hogares y mata la virtud y el patriotismo.

»Si creeis que la corona de España, llevada por una reina que ha tenido la fortuna de unir su nombre á la regeneracion política y social del Estado, és el símbolo de aquellos principios tutelares, permaneced fieles, como lo espero, á vuestros juramentos y creencias; dejad pasar, como una calamidad, el vértigo revolucionario en que hoy se agitan la ingratitud, la falsía y la ambicion, y vivid seguros de que procuraré mantener incólume, aun en la desgracia, ese símbolo, fuera del cual, no hay para España ni un recuerdo que la halague ni una esperanza que la alivie.

»La soberbia insensata de unos pocos, conmueve y trastorna por el momento la nacion entera; produce la confusion en los ánimos y la anarquía en la sociedad.

»Ni aun para esos pocos hay ódio en mi corazon. Con el contacto de tan mezquino sentimiento, el de ternura vivísima que me inspiran los leales que han espuesto su vida y derramado su sangre en defensa del

trono y del órden público, y los españoles todos que asisten con dolor y con espanto al espectáculo de una insurreccion triunfante, paréntesis aflictivo en el curso de nuestra civilizacion, perderia sin duda gran parte de su intensidad.

»En la noble tierra desde donde hoy os dirijo mi voz, en todas partes, sobrellevaré sin abatimiento el infortunio de mi amada España, que és mi propio infortunio.

»Si no me alentase entre otros ilustres ejemplos, el del soberano más respetable y magnánimo, rodeado tambien de tribulaciones y amarguras, diérame fuerzas la confianza que pongo en la lealtad de mis súbditos, en la justicia de mi causa, y sobre todo, en el poder de Aquel en cuya mano está la suerte de los imperios.

»La monarquía de quince siglos de luchas, de victorias, de patriotismo y de grandeza, no ha de perderse en quince dias de perjurios, de sobornos y de traiciones.

»Tengamos fé en el porvenir: la gloria del pueblo español siempre fuè la de sus reyes; las desdichas de los reyes siempre se reflejan en el pueblo.

»En la recta y patriótica mision de mantener el derecho, la legitimidad y el honor, vuestro espíritu y vuestros esfuerzos, se encontrarán siempre con la decision enérgica y el amor maternal de vuestra reina

»Isabel.

»Palacio de Pau 30 de Setiembre de 1868.»

Cumpliendo las autoridades revolucionarias con su más estricto deber, permitieron, como era justo, la publicidad de esa protesta, que los adeptos mismos de Isabel la han rechazado, al pretender ocupar el trono que la restauracion ha puesto á disposicion de su hijo el príncipe D. Alfonso. Ni era posible otra cosa, dada la historia, aun velada, de D.ª Isabel II. Las generaciones

futuras, más imparciales y severas que la presente, han de fallar sobre la revolucion, sobre sus caudillos y sobre la señora que ocupó el trono de España.

Los sucesos no hubieran podido correr con más extraordinaria y pasmosa rapidez, sin los poderosos agentes del vapor y de la electricidad, aunque para impulsarlos se hubieran reunido todos los huracanes del universo. ¡Qué simultaneidad tan admirable, tan sorprendente, tan asombrosa! Imposible parece que á un tiempo mismo y en tan dilatadas zonas se hubieran realizado tan insólitos acontecimientos.

Triunfante, empero, en todas y por todas partes la bandera revolucionaria, declarado vacante el trono de la España, estigmatizados todos los Borbones, alejada de nuestro territorio Isabel II, su familia, sus favoritos y sus gobernantes, ¿dónde estaba y qué hacia entre tanto el valeroso ejército real, que por caducas y podridas instituciones peleó con heróico valor en los campos de Alcolea?

Hé ahí lo que voy á dar á conocer, porque sus últimos pasos y decisiones, llenos del más vivo interés, dignos los unos y los otros de ser conocidos, vienen á ser en el terreno material el complemento de nuestra poderosa y gigante revolucion.

XLIX.

SUMARIO.

Espiritu de las tropas isabelinas y resolucion de los cazadores de Alcántara y del regimiento caballería de Montesa.—Primeras disposiciones de García de Paredes y su respuesta á un telégrama del Duque de la Torre.—Llegada de Lopez de Ayala al cuartel general de Andújar, reunion de generales, discurso del poeta y acuerdo tomado.—Marcha de Lopez de Ayala, su llegada á Villa del Rio, su entrevista con Echevarría, espíritu y exigencias de este, la reunion de un consejo de guerra y la inutilidad de los esfuerzos de nuestro mensajero.—Regreso á Córdoba de Lopez de Ayala é instrucciones instantáneas del Duque de la Torre.—Nuevo consejo de guerra en Villa del Rio y acuerdo tomado en él por iniciativa de Echevarría.—Otro consejo de guerra en Andújar, un acuerdo unánime y la alegría general de aquel ejército.—Una carta intempestiva de Echevarría y un acuerdo retrospectivo en Andújar.—Coincidencias singulares y una resolucion heróica de Caballero de Rodas.—La comision de Villa del Rio ante el Duque de la Torre, discurso del brigadier Trillo, respuesta del generalísimo, palabras del Sr. Bermejo, protestas del poeta mensajero y del general Izquierdo, generosidad del vencedor de Alcolea y un convenio decisivo.—Las tropas de Novaliches quedan unidas á las del señor Duque de la Torre.

No eran ni podian ser ya lo que habian sido pocas horas antes las valerosas tropas que pelearon en Alcolea. Los lazos de la disciplina empezaron á relajarse, porque las auras puras de la libertad, egerciendo su mágico influjo, debilitó constancia de unas tropas, que, sugetas por el cumplimiento de un mal entendido deber, habian llegado en la pelea hasta el delirio de la más sublime desesperacion. Así es que, aparte de los batallones que sostuvieron aquellos diversos, pero ru-

dos y heróicos combates, merecedores de eterna memoria, la mayoría de los isabelinos estaban dispuestos, sin conocer aún el rápido desenlace de los sucesos, á secundar el grande acontecimiento.

Tan cierto es esto, que al amanecer del 30 de Setiembre, las cuatro compañías de cazadores de Alcántara, que bajo las órdenes de su comandante, señor de Sainz Izquierdo, encargadas por Echevarría de la custódia de sus heridos, presentáronse con una bandera blanca al compás del himno de Riego, y dando vivas á la libertad, en nuestras posiciones de Alcolea. Habian hecho mal, abandonando un depósito sagrado; pero el patriotismo las llamaba, y delegando su mision en el filantrópico vecindario de Villafranca, acudieron al llamamiento; y no habian transcurrido muchas horas de esto, cuando el coronel del regimiento caballería de Montesa, D. José Gutierrez, al ver que Echevarría salia del Carpio con direccion á Villa del Rio, contramarchó con sus escuadrones, y victoreando la libertad llegó tambien á nuestro campamento.

Si, pues, al verse esas dos fuerzas fuera del alcance inmediato de sus generales corrieron espontáneamente á unírsenos, lo que hubieran hecho la mayoría de las restantes en igualdad de circunstancias, puede deducirse de las tentativas de rebelion que en el mismo dia osaron darse á luz en los inmediatos cantones; pero veamos como se realiza el sueño dorado del Duque de la Torre, esto es, la union de los dos ejércitos.

Garcia de Paredes telegrafió en la noche del 29 al general Echevarría, para que al amanecer del dia siguiente saliera del Carpio con todas las fuerzas de su mando y pernoctara en Villa del Rio, donde él le esperaría, y que el brigadier Albornoz, despues de enviar los heridos á Madrid, como se lo tenia prevenido, adelantase su marcha, llevando consigo el parque sanita-

rio, el repuesto de municiones y todo el personal administrativo y de sanidad militar. Tomadas estas medidas, y dispuesto á situarse en Andújar, ordenó que el general Vega saliese con la caballería á las nueve de la mañana del treinta; à las nueve y media la artillería é infantería, y á las once él mismo al frente de su Estado Mayor. Al llegar á la estacion del ferro carril de aquella ciudad, recibió un telégrama del Duque de la Torre, fechado en Córdoba, rogándole se detuviese allí hasta recibir un enviado suyo que llevaba encargo de conferenciar con él, sobre asuntos interesantes á la pátria y á las fuerzas que mandaba, á lo que contestó con otro despacho telegráfico diciéndole, que en aquella ciudad esperaba instrucciones.

Ya bien entrada la noche del 30, se anunció al general Garcia de Paredes la llegada del enviado del Duque de la Torre, que lo era D. Adelardo Lopez de Ayala.

Oidas las primeras indicaciones de ese mensagero, y no queriendo el general isabelino echar sobre sí toda la responsabilidad de un acto de tanta trascendencia, convocó á su casa á los generales Vega é Inclán y Jimenez de Sandoval, para que presentes emitiesen sus respectivos juicios en el delicado asunto de que iba á tratarse.

Reunidos á hora bastante avanzada de la noche, el poeta exhibió una carta del Sr. Duque de la Torre, en la que se exigia al general en gefe del egército real, que se pusiera á sus órdenes con las tropos de su mando, si deseaba dar á la pátria el bello espectáculo de ver unidos á todos sus hijos. La carta se leyó más de una vez, y en apoyo de su contenido dijo el Sr. Lopez de Ayala, que los vehementes deseos de su representado, el señor Duque de la Torre, eran los de que acabasen las hostilidades entre los dos egércitos hermanos; que era

necesario evitar á todo trance un derramamiento inútil de española sangre, puesto buc todo el pais obedecía al movimiento iniciado en Cádiz, y que si se habian de impedir los estravíos de la revolucion y afianzar la paz pública bajo sólidas bases, en tanto que se organizaba un gobierno, era de todo punto indispensable que se uniesen las dos fuerzas para mantener dentro de *un justo límite* el equilibrio político y social de la Nacion....

Los generales Paredes, Vega y Sandovál usaron respectivamente de la palabra, y despues de un largo y detenido debate, en que divagaban por espacios dilatados, á causa de no haber gobierno constituido y de ignorar si la reina Isabel se habia alejado de los dominios españoles, tomaron al fin, apremiados por las exigencias del mensajero, no ménos que por los peligros á que se hallaban espuestos, si se prolongaba su actitud aislada, el siguiente acuerdo:

«Que si el general Serrano, á quien en el postrer telégrama recibido del gobierno, se mandaba facilitarle el paso para Madrid, dirigiese una comunicacion al general en gefe accidental Sr. Garcia de Paredes, asegurando con la respetabilidad de su elevado carácter y gerarquía, que S. M. la reina se habia ausentado de España con su real familia, sin dejar gobierno alguno que la representase, y del que pudiera recibir las instrucciones correspondientes para arreglar su ulterior conducta, y que todo el país se hallaba adherido al alzamiento de Cádiz, quedarian á sus órdenes aquellas tropas, para ponerlas despues á disposicion del gobierno que legítimamente se constituyese en la nacion, y del que por entónces se le podia suponer único representante en Andalucía.»

La minuta de la comunicacion con que el Duque de la Torre debia dirigirse al general Garcia de Paredes se redactó de comun acuerdo en la siguiente forma:

«Vacante el trono por la voluntad nacional y por la ausencia de la Reina y toda su real familia; no existiendo hoy gobierno de quien V. E. pueda recibir órdenes, como capitan general y en gefe del egército de Andalucía, he determinado que se encargue en mi nombre del mando de esas tropas el general (tal) para ponerlas á disposicion del gobierno que legítimamente se constituya.»

Combínose además de esto, pero solo por meras indicaciones, en los siguientes estremos:

«1.° Que debia constar en la comunicacion de una manera clara y precisa que el Duque de la Torre se hallaba á la cabeza del movimiento.

»2.° Que personalmente debia asistir al convenio, ó delegar su autoridad en otro general que lo representara en Andújar, para formalizar la trasmision del mando y dar destino á los cuerpos del egército.

»3.° Que los generales del egército isabelino debian quedar desde luego en situacion de cuartel.

»4.° Que á su A. R. el conde de Girgenti se le permitiría retirarse de España á la disolucion del ejército; y

»5.° Que no habiéndose hallado presente el general Echevarría, acantonado con su division en Villa del Rio, á su regreso el Sr. Lopez de Ayala deberia detenerse para informarle de todo lo ocurrido, dejándole, empero, en libertad de accion, para que obrase segun le dictara su conciencia.»

La paz iba á realizarse por entero, sin necesidad de mas efusion de sangre, y este suceso aceptable á los ojos de todos, dadas las circunstancias estraordinarias en que se hallaba el pais, llenaba de júbilo los corazones. Sandoval, de acuerdo con sus compañeros, y en su deseo de obviar dificultades, que acaso pudiera ofrecer la intransigencia del gefe de la vanguardia, es-

cribió y puso en manos del Sr. Lopez de Ayala la siguiente carta:

«Sr. D. José Ignacio de Echevarría. -Muy Sr. mio: En las circunstancias que nos hallamos, y que todos sus incidentes útiles sabrá Vd. ya, ha escrito el Duque de la Torre á nuestro amigo y gefe actual Paredes, pidiéndole se ponga á sus órdenes con las tropas. Hemos tenido, como era consiguiente, una prolongadísima conversacion, sin poder hallar la fórmula por la cual, sin faltar á nuestros deberes militares, hiciéramos dejacion del mando. El Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala le enterará de lo que hemos acordado Paredes, Vega y yo, y tienen por objeto estos renglones el enterarle á Vd. para que en su vista diga y adopte la línea de conducta que mejor le parezca en el dificultoso trance en que estamos. Mañana, es decir, dentro de algunas horas, es regular que vuelva á escribirle para enviarle unos papeles y cartas que hay aquí para varios de sus batallones. De Vd. afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M., Crispin X. de Sandovál.»

Provisto de esos documentos, Lopez de Ayala se dirige á Villa del Rio, y al amanecer del dia siguiente 1.° de Octubre, y en compañía de su amigo, el conocido escritor Sr. de Alarcon, se avista con el general D. José Ignacio de Echevarría, y le entrega la carta de que era portador. Informado de todo el gefe de la vanguardia isabelina, procuró ocultar, aunque no pudo, la primera impresion de sorpresa y de disgusto que le causara el ver que sin su asistencia se hubiese tomado semejante acuerdo. Pero el hecho era exacto, y esto le colocaba, á su pesar, en una situacion alta y profundamente comprometida. Veíase solo, él, ¡que prisionero habia desertado de nuestras filas, aprovechándose de la confianza que inspiró su palabra empeñada!

No ignoraba, además de eso, que á su espalda se

hallaba nuestro egército; que casi á su vista se revelaron las compañías de Alcántara y los escuadrones de Montesa; que entre su tropa misma germinaban los deseos de rebelion; que el pueblo en que se hallaba acantonado le era hostil; que el Alcalde constitucional del mismo, conminado por la Junta Suprema de Córdoba, para que solo prestase obediencia á las autoridades revolucionarias, no se atrevia á prestarle ninguna clase de apoyo; que á su frente se encontraba el grueso de su egército, cuyos generales, obrando con mesurada prudencia, entraban en el terreno de honrosas capitulaciones; que carecia hasta del pan necesario para alimentar su vanguardia, y por último, que la España entera estaba en armas contra todo lo que habia existido. Quiso, no obstante, separarse de la línea de conducta seguida por el ejército de que formó parte, y al efecto rogó al Sr. Lopez de Ayala le diese tiempo para convocar á los brigadieres Lacy y Trillo y al coronel Golfin, para que informados estos de lo que ocurria, pudieran resolver de comun acuerdo.

Reunidos en consejo los precedentes personages, empezó diciendo el Sr. Lopez de Ayala, que los generales Garcia de Paredes y Ximenez de Sandovál y Vega é Inclán, habian convenido, como constaba en documentos que obraba en su poder, entregar el mando del egército, y que lo habian prometido así, bajo su palabra de honor, si el capitan general, Sr. Duque de la Torre, les enviaba con un general, que se encargase de las tropas, una comunicacion, cuya minuta que enseguida leyó, era la que ya conocen nuestros lectores y que comienza con las palabras *vacante el trono ...*

Echevarría, aturdido por la lectura del papel, y no atreviéndose á dar crédito á lo que oian sus oidos y veian sus ojos, pidió una copia literal al parlamentario Ayala, quien si al principio se negó á complacerle, accedió al fin á la demanda.

«No admitimos, dijo entónces como fuera de sí Echevarría, la frase de que el *Trono está vacante*, por que una parte del pueblo y del ejército lo hayan así tumultuosamente declarado, ó por el simple hecho de que S. M. y su real familia esten fuera del reino, lo que tenemos obligacion y derecho de no creer. Hemos derramado nuestra sangre el dia 28, y sin faltar á nuestra conciencia y á nuestros principios militares, no podemos olvidar tan pronto lo que hemos defendido en Alcolea.»

Lopez de Ayala, comprendiendo que esta obcecacion podia hacer que corriera mas sangre española, y sobre todo, que se retardase el deseo mas vivo y dominante del Duque, esto es, la unificacion de los dos ejércitos, palanca poderosa destinada á suprimir obstáculos, apeló á su elocuencia y esforzó sus razones; más aunque pretendió separar á su auditorio de su temeraria resolucion, haciéndole ver, que si persistian en no adherirse á lo concertado en Andújar, podian dar un dia de amargura á la pátria, solo consiguió en último resultado que Echevarría le contestara, que consultaría su opinion con el general Paredes; que al mismo tiempo necesitaba esplorar el espíritu de sus tropas; que á este efecto iba á reunir un consejo de guerra, y que de todo ello daria cuenta al Sr. Duque de la Torre.

Convencido Lopez de Ayala de la inutilidad de sus esfuerzos de inteligencia, y de que nunca con mas razon podia decirse *¡el tiempo es oro!* se subió en el tren especial que le acompañaba, voló á Córdoba, informó al Duque, y Caballero de Rodas con instrucciones terminantes, arrancó como un rayo con direccion á Andújar.

Echevarría, entre tanto, informaba al Consejo, que inmediatamente convocó, de lo que ocurría, y despues

de una larga discusion, en que no faltaban juicios de prudencia, se acordó por unanimidad ¡cosa rara! *rechazar la idea de que habia vacado el trono...*

Hé aquí ahora la curiosísima acta que se levantó y que fué firmada por el general y gefes que habian asistido.

«En la Villa del Rio á 1.° de Octubre de 1868, reunidos los señores general D. José Ignacio de Echevarría, brigadier D. Miguel Trillo Figueroa, brigadier D. Mariano Lacy, coronel del regimiento infantería del Príncipe, D. Manuel Andía, teniente coronel primer gefe del primer batallon de Gerona, D. Angel Carmona y Navajas, teniente coronel del batallon cazadores de Madrid, D. Francisco Mayens y Más, (y por hallarse este enfermo el coronel D. Ricardo Sanchez Osorio,) el teniente coronel del batallon cazadoresde Barcelona, D. Pablo del Pozo y Alvarez, el teniente coronel del batallon cazadores de Barbastro núm. 4, D. Faustino Armijo é Ibañez, el teniente coronel de cazadores de Alba de Tórmes, D. Joaquin Rodriguez Espina, el comandante del regimiento caballería de Montesa, D. Ramon Fernandez Pidal, y el coronel graduado teniente coronel de Estado Mayor, D. Luis Fernandez Golfin, y habiéndoles manifestado el Sr. General Echevarría la situacion de las cosas y lo resuelto por el Excmo. Sr. General en gefe interino, con acuerdo de los señores generales reunidos en su cuartel general de Andújar, despues de una detenida discucion, se convino por unanimidad en lo siguiente, indicado por el señor general Echevarría, á saber:

«1.° Enviar dos parlamentarios al Sr. Duque de la Torre para manifestarle declare solemnemente y por escrito, si se halla dispuesto á sostenener el trono de la reina Doña Isabel II y su dinastía, en cuyo caso toda la division acantonada en Villa del Rio, se pondrá desde

luego á sus inmediatas órdenes y obrará como se le ordene por S. E.

«2.° Que en el caso de que el Excmo. Sr. Duque de la Torre no acceda á la anterior proposicion, las fuerzas espresadas exigen una capitulacion honrosa, cuyas condiciones se fijen por los comisionados que S. E. nombre para conferenciar con los parlamentarios que de aqui vayan con las instrucciones correspondientes.

«3.° Se autorizan á los comisionados para obtener cuanto sea favorable á las tropas establecidas aqui, y si posible, fuese á las de Andújar; y

«4.° Que si contra lo que puede esperarse, el Excmo. Sr. Duque de la Torre negase toda concesion, los comisionados puedan proponer la entrega á discrecion de estas fuerzas.»

Hecha la eleccion resultaron elegidos los señores brigadier Trillo, coronel Golfin y teniente coronel Espina.

Firmada que fué por todos los allí reunidos la precedente acta, dirigiéronse Trillo y sus dos compañeros á la estacion del ferro-carril, y con tan buena fortuna, que aprovechándose de un tren de material, que en aquel momento se dirigía á Córdoba, se instalaron, á falta de otro coche, en un furgon, y emprendieron su marcha.

Al mismo tiempo que en Villa del Rio se verificaba, bajo la presidencia de Echevarría, el consejo de Guerra que dejó trascrito, el general Garcia de Paredes, de acuerdo con los generales Vega y Sandovál, deseoso de hacer la luz en sus actos, y de buscar la aprobacion de su conducta, convocó á su alojamiento á los brigadieres y gefes de los cuerpos de su cjército, y cuando los tubo reunidos, les hizo una detallada mencion del estado en que el pais se encontraba, segun las no-

licias oficiales que á cada paso estaba recibiendo. Les espuso luego cuanto existia acerca de la mision del señor Lopez de Ayala, como así mismo la resolucion que en vista de todo habian tomado en fuerza de las circunstancias, en obsequio á la paz pública y en beneficio del ejército. Vega y Sandoval, compartiendo noblemente la responsabilidad del acto con su gefe, amigo y compañero, esplicaron más y más las palabras y los conceptos, y habiendo pedido una discusion ámplia y libre, para que todos y cada uno de los presentes espresara su sentir, ya en pró ó ya en contra, no solo fué unánimemente aprobado, sino que felicitaron cordialmente á sus autores por tan acertado patriótico pensamiento.

Conmovido el general Paredes. por el voto de confianza que acababa de merecer su conducta, manifestó al Consejo que, grande era el infortunio en que se hallaban, pero que despues de todo era un inmenso consuelo para él, viejo soldado, el considerar que el bizarro Marqués de Novaliches le entregó una falange de hombres tan valientes como caballeros y leales á la reina.

«Yo procuraré, parece que dijo, que se salve el honor del ejército; por lo demás, no quiero que este suceso quede ignorado, y para que esto no suceda pido á todos y cada uno de vosotros, que se haga entender lo ocurrido à sus respectivos oficiales, que se les encargue el sosten de la disciplina, á fin de terminar la obra con la misma honra que la hemos empezado, y pueda yo decir al Duque de la Torre: *os entrego un ejército que no se ha sublevado; cuando lo mezcleis con el de Alcolea, comparad.*»

Habíase levantade la sesion, y la alegría resplandecia en todos los semblantes, á causa de ver despejados ya los opacos horizontes, cuando llegó á turbar el júbilo de todos la siguiente notable carta:

«Excmo. Sr. D. José García de Paredes, general en jefe interino del ejército de Andalucía, Granada y Extremadura.

»Villa del Rio 1.° de Octubre de 1868.

»Muy señor mio y mi respetable jefe: D. Adelardo Lopez de Ayala me ha entregado la carta que con fecha de hoy me dirige el general D. Crispin G. de Sandovál, jefe de Estado Mayor general del ejército, haciéndome saber lo que el Duque de la Torre ha escrito á V. E., pidiéndole se ponga á sus órdenes con las tropas, lo que despues de una larguísima conferencia han acordado V. E. y los generales Sandovál y Vega, y manifestándome, por último, que en vista de todo diga yo y adopte la línea de conducta que me parezca, en el dificultoso trance en que nos encontramos.

»En el acto he reunido á los brigadieres D. Miguel Trillo de Figueroa y D. Mariano Lacy, y al coronel don Luis Fernandez Golfin, de Estado Mayor de estas fuerzas. Se han impuesto de todo y han asistido á la conferencia celebrada aquí con el mencionado Sr. Lopez de Ayala.

»La gravedad de las circunstancias és un estímulo poderosísimo para que yo y los citados jefes, animados todos de iguales sentimientos, hablemos á V. E. con absoluta sinceridad. VV. EE. y nosotros hemos cumplido como leales soldados, y nuestro proceder debe ser consecuente con la conducta que hemos seguido hasta aquí. Nada hubiera conducido tánto á conseguirlo como la celebracion de un consejo de generales en que se hubiera adoptado una resolucion unánime y aceptable para todos. Desgraciadamente los sucesos se han precipitado, y esto no és ya posible desde que el señor Lopez de Ayala es portador de un acuerdo tomado por VV. EE. y afianzado bajo su palabra de honor. Este acuerdo establece un principio en que nosotros no po-

demos estar conformes para suscribirlo. Aun cuando fuese cierta la salida de España de S. M. y la real familia, de lo que no tenemos más noticias que la aseveracion del Sr. Lopez de Ayala, este hecho no podria ser suficiente para que nosotros adoptemos un partido que descansa en la declaracion de hallarse *vacante el trono.*

»No se halla á nuestro alcance destruir ni borrar lo hecho por V. E.; como nuestro jefe, nos deja en libertad de obrar y hemos creido lo más conveniente celebrar aquí un Consejo con todos los jefes de los cuerpos que están á mis órdenes; voy á reunirlo y cuanto antes daré á V. E. conocimiento de su resultado.

»El coronel del regimiento caballería de Montesa, D. José Gutierrez, y el comandante de las cuatro compañías de Alcántara, D. N. Sainz Izquierdo, que quedaron á mi retaguardia en custódia de los heridos, no podrán asistir á él, porque, en lugar de obedecer mis órdenes, para venir aquí, se dirigieron con sus cuerpos á Córdoba, para ponerse á las del Duque de la Torre. Soy de V. E. con la mayor consideracion suyo afectísimo y atento subordinado y seguro servidor Q. S. M. B., José Ignacio de Echavarría.»

Ante la lectura de esa carta, el anciano Garcia de Paredes retrocedió espantado de su misma obra. Habia merecido su conducta la aprobacion esplícita, terminante y entusiasta de todos los generales y jefes de los cuerpos de su ejército, hasta el estremo de espresarles alta y profundamente su gratitud y contento. Mas apesar de esos actos espontáneos, que ciertamente ennoblecian sus canas, porque eran la espresion de la prudencia y el patriotismo, en vista de la actitud del jefe de su vanguardia, ayudante de campo del rey, y acaso de la del bizarro coronel de húsares, Conde de Girgenti y yerno de la reina destronada, desiste de su propósito, empeñada como estaba su palabra de honor, y saltan-

do por encima de toda clase de consideraciones, hace, que Ximenez de Sandovál corra á Villa del Rio y se ponga de acuerdo con el jefe de su vanguardia.

Sandovál y Echavarría se reunen y hablan acerca del asunto; aprueba el primero la conducta del segundo; retorna luego á la ciudad de Andújar é informa á su general en jefe; celebra un nuevo consejo de guerra, y despues dirigen un despacho telegráfico al Duque de la Torre diciéndole... *¡que no podia verificarse lo estipulado con Lopez de Ayala!...*

Ocurria entre tanto, que, en la estacion de la via-férrea de Villafranca se reunieron casualmente el tren especial que conducia al general Caballero de Rodas y el de material que conducia al brigadier Trillo y sus compañeros. Caballero, portador de la comunicacion convenida con el Sr. Lopez de Ayala, iba á tomar el mando del ejército isabelino, y Trillo, portador del acta levantada en Villa del Rio, iba á parlamentar con el Duque de la Torre la sumision de la vanguardia, bajo las declaraciones que ya conoce el lector, és decir, que no estaba *vacante el trono...*

Trillo, despues de dar á leer las instrucciones que llevaba al general Caballero de Rodas, le rogó regresara con él al cuartel general de Córdoba, por si en vista de aquel documento y de las razones que tenia que alegar en su apoyo, se dignaba modificar sus acuerdos el señor Duque de la Torre; pero el general revolucionario cerró el oido á las súplicas del isabelino, y atento solo al cumplimiento de su deber, voló á la ciudad de Andújar, en cuya estacion encontró á su llegada á los generales del ejército real.

Caballero de Rodas les entregó el oficio de que era portador, y en su virtud mandó que inmediatamente se le pusiesen á sus órdenes las tropas. García de Paredes, que acababa de celebrar el consejo y de telegra-

fiar el resultado al Duque de la Torre, le manifestó la imposibilidad en que se hallaba de obedecerle, á causa de que se habia anulado lo que se estipuló con el señor Lopez de Ayala. Esta contradiccion, que desde Villafranca iba recelando Caballero de Rodas, exacerbó su natural irritabilidad, y despues de una larga série de razones, espuestas con más ó ménos calor, el general revolucionario, con la ira en los ojos, el fuego en la palabra y la indignacion en el alma, dió un violento puñetazo sobre la mesa y dijo:

—¡Vengo, á virtud de un convenio y de una palabra de honor empeñada, á que no faltan jamás los caballeros, á entregarme en el mando de este ejército, porque así me lo ordena mi general en jefe, el señor Duque de la Torre, y lo que este ordena y manda se obedece y cumple, ó......! —

No hubo réplica: Caballero de Rodas se entregó, pues, en el mando del ejército real, acantonado en la ciudad de Andújar, y en seguida empezó á diseminar los cuerpos de tropa, dándoles distintas direcciones.

Tales eran las cosas que se verificaban en la ciudad de Andújar, mientras que en la de Córdoba, presentada la comision de Villa del Rio al Duque de la Torre, el presidente de aquella, Sr. Trillo, se espresaba, segun el Sr. Bermejo, en los siguientes términos:

»Excmo. Sr.:

»El general Echavarría, jefe de la division de vanguardia del ejército que mandaba el desgraciado Marqués de Novaliches, nos envia á V. E. para proponerle una capitulacion. Se trata, señor, de tropas que no han sido vencidas; pero á las cuales la fatalidad obligó á retirarse y tomar la defensiva; de tropas que conservan todavía la conciencia de su fuerza. Esta consideracion, y la generosidad nunca desmentida de V. E., halagan mi esperanza de conseguirla con honrosas condiciones.

»Despues de un dia y de una noche de angustiosa impaciencia, se presentó en nuestro cuartel general esta mañana D. Adelardo Lopez de Ayala, parlamentario de V. E. Nos dió conocimiento de su entrevista con el general en gefe interino de nuestro egército y de la resolucion adoptada, y nos leyó la minuta aprobada como base de la cap tulacion, entregando á mi gefe una carta del general Sandoval, en que se nos dejaba en libertad de obrar.

»Grande fué nuestra sorpresa al saber que el general Paredes habia prescindido de su vanguardia al tomar resolucion tan estrema; pero nuestra admiracion no tuvo límites al considerar que el móvil principal de su conducta estribaba en suponer *vacante el Trono.*

»Nosotros, Excmo. Sr., no podemos aceptar semejante idea, ni olvidar tan pronto el principio porque hemos combatido en Alcolea. Nosotros, que consideramos á la soberanía nacional como base y orígen de todos los poderes de la tierra; que reconocemos á cada pueblo el derecho de elegirse la forma de gobierno, tenemos, sin embargo, la conviccion profunda, de que esta no puede hacerse sino por medio de una representacion nacional constituida legalmente, y no podemos transigir con la suposicion siquiera de que el *trono esté vacante.*

»Este es el unánime pensamiento de toda la vanguardia, y por consiguiente, la primera base de la capitulacion que proponemos á V. E., consiste en que declare terminantemente bajo su firma, que no ha desenvainado su espada para derribar el Trono, sino que simplemente viene á buscar la voluntad nacional en un congreso.

»Sin esta declaracion no puede entregarse sin honra la vanguardia; pero con ella yo aseguro á V. E. que

desde su general hasta el último soldado le seguiremos. Buscaremos con V. E. la voluntad nacional, pero permaneciendo el Trono hasta que el voto popular legalmente expresado decida de su suerte.

»Con esta condicion, Excmo. Sr., el general Echavarría se halla dispuesto á entregar á V. E. el mando de sus tropas, que se mantienen en la más perfecta disciplina. V. E. es hoy tal vez la única esperanza de la pátria; la suerte lo ha querido y la providencia acaso lo ha decretado. Los antecedentes de V. E. son una garantía para lo venidero de este desgraciado pais, y yo espero confiadamente en que, fiel á su pasado, escuchará los ruegos de esa division, castigada del egército en el sangriento choque de Alcolea, y que al recibirle entre sus tropas no la obligará á bajar los ojos avergonzada de su conducta.»

Tal es el discurso que el Sr. Bermejo, escritor de opiniones moderadas, pone en lábios del brigadier Trillo, moderado tambien, protegido del difunto general Narvaez y servidor de todos los gobiernos tiránicos que se venian sucediendo en España. Y es de notar que los doctrinarios españoles, como los doctrinarios de todas partes, que viven apretando todos los resortes de la opresion, ó lo que es lo mismo, en constante rebelion contra el sentimiento público, luego que aparece una Revolucion triunfante, se presentan ante ella declarando que la *soberanía nacional es la base y orígen de todos los poderes de la tierra, y que reconocen en las naciones el derecho de elegir su forma de gobierno,* esto és, que en el poder son despóticos, y en los dias de la victoria popular se convierten en republicanos, que ostentan los principios cardinales de nuestra escuela.

No asistí á esa conferencia, pero las palabras que el Sr. Bermejo pone en boca del representante de la vanguardia isabelina, me consta que son, con corta di-

ferencia, las mismas que por sus lábios vertiera, así como es exacto tambien que su oracion, por sus frases, por su tono y por su ademan, si á algo se reducia era á una plegaria lacrimosa, á un canto de sirena seductora, dirigido todo al corazon, más que á la inteligencia del Júpiter tonante del egército cordobés, quien le respondió en los sigaientes términos:

«Señor Brigadier:

»Yo acepto con mucho gusto los sentimientos que revelan el general Echavarria y la division que manda; pero no puedo ligar mi porvenir á una declaracion que está en abierta hostilidad con las manifestaciones del pueblo y del egército. Yo he querido entrañablemente á la reina, y admirado en muchas ocasiones la magnanimidad de sus sentimientos; nadie se acercó á esa señora con más consideracion ni más respeto, aun en los momentos en que me ví obligado por la fuerza de las circunstancias á darle enérgicos consejos; pero nadie tampoco ha deplorado tanto los excesos políticos á que la condujeron sus últimos gobiernos. Yo no he venido, no, á derribar el trono; no he desnudado la espada para eso, sino que, fiel á mis antecedentes, y rindiendo un tributo de consecuencia á mis compromisos políticos, vengo buscando el voto popular, que en definitiva, ha de resolver las cuestiones iniciadas en Cádiz.»

No obstante las caballerosas manifestaciones del vencedor de Alcolea, cuyo corazon estaba abierto á la generosidad y al olvido, el brigadier Trillo de Figueroa insistió en lo de *trono vacante* con una tenacidad, que sin la benevolencia espansiva del Duque de la Torre, hubiera rayado en temeraria, hasta que al fin abrió los ojos á la luz de la verdad, y recordando la crítica y difícil situacion en que habia dejado su vanguardia, y en que las instrucciones que llevaba le podian conducir al estremo de rendirse á discrecion, volvió á rogar...

Es cierto que el Sr. Bermejo disculpa esas plegarias, porque al escribir sobre eso no sabia que en el momento mismo en que se verificaba la conferencia en Córdoba, ya se habia encargado en el mando de las tropas de Garcia de Paredes el general Caballero de Rodas. De otro modo, estoy seguro de ello, no hubiera dicho á renglon seguido:

«—¡Olvidó (Trillo) por un momento que no capitulaba en nombre de una sola division! ¡Si hubiera sabido los últimos sucesos del cuartel general de Andújar, y abrigado la conciencia de que capitulaba en nombre del ejército entero! ¡Oh...! entónces... acaso renace la pelea, que és Trillo hombre de mucho corazon...»

No niego el valor personal de Trillo, porque aunque no desenvainó su espada en los campos de Alcolea, le tuve frente á frente la mañana del 22 de Junio de 1866 en la calle de la Bola de Madrid; pero lo cierto és que, si como se deduce de las declaraciones del Sr. Bermejo, eran sus ruegos dictados por la imperiosa necesidad, lo és tambien que fueron tantos y tan estremados, que movido á compasion el señor Duque de la Torre, le prometió, en un espontáneo arranque de sublime generosidad, que buscaria una fórmula que conciliase los deseos de la vanguardia con los compromisos que él tenia adquiridos, y que haria estensiva al ejército de Novaliches la gracia general que habia otorgado á las tropas de su mando.

Trillo, reconocido á tan grande é inesperada merced, mostróse altamente reconocido al Duque de la Torre, exigiéndole al mismo tiempo, que al general Echavarría y á él se les escluyese de la gracia general otorgada, y que las bases de la capitulacion se estendiesen á todo el ejército del Marqués de Novaliches, á cuya última exigencia accedió gustoso el vencedor de Alcolea.

Llamado Lopez de Ayala para que con arreglo al precedente acuerdo redactase las bases de la nueva capitulacion, se reanudó un acalorado debate, en el que el poeta, oponiéndose resueltamente á las concesiones hechas, afirmó, que lo que bastaba para dar fin á tan enojoso asunto, no era una capitulacion formal, sino una simple comunicacion; pero los parlamentarios de Villa del Rio, que se consideraron lastimados con las palabras del poeta, defienden con calor el acuerdo del Duque, y viendo éste que el debate se agriaba tomando formas acerbas, quiso cortarle; y firme en su resolucion, dispuso que los Sres. Ayala y Golfin, poniéndose de acuerdo, redactasen en el acto la minuta de comunicacion.

Obedientes á la órden del Duque, Lopez de Ayala y Golfin, se ponen de acuerdo y redactan el siguiente documento:

«Excmo. Sr.:

»Hé tenido el mayor gusto al recibir á nombre de V. E. y de las fuerzas que manda, á los parlamentarios brigadier D. Miguel Trillo y coroneles D. Luis Golfin y D. Joaquin Rodriguez Espina, los cuales me han hecho exacta relacion de los sentimientos patrióticos y estricta disciplina que animan á V. E. y á las tropas que manda.

»Seria prejuzgar una cuestion que ha de resolver el sufragio universal, á que hemos apelado, y que yo aceptaré, sin manifestar, por mi parte, si la voluntad nacional será ó no que reine en España Isabel II; pero sí puedo asegurar espontáneamente á V. E., para que lo haga saber á las tropas de su mando, y és que nada han desmerecido á mis ojos ni á los del pais, y en mi deseo de hermanar el ejército, les concedo la misma gracia general otorgada á las de su inmediato mando, cuya concesion estiendo á todo el ejército que manda-

ba el capitan general Marqués de Novaliches. Estos principios y concesiones se hallan de acuerdo con mis propósitos, que no son ni pueden ser otros que los de unificar al ejército y empeñarle en el sostenimiento del órden, base y fundamento de la verdadera libertad.

»Lo que traslado á V. E. para su conocimiento, esperando que así V. E. como las tropas de su inmediato mando, aceptarán las condiciones que se espresan en el preinserto escrito.»

Terminada esa comunicacion, y en el instante en que se iba á leer por sus autores, para ver si entre ellos habia, como hubo, completa uniformidad, llega el general Izquierdo, aplica el oido, escucha y despues de enterarse levanta la voz y con su acento duro, áspero y desentonado rechaza enérgicamente unas exigencias que califica de absurdas, censurando la generosidad del Duque de la Torre. Este que lo oye, le reconviene, pero él, que no creia justa aquella determinacion, y que ciertamente no lo era, se espresó en los siguientes términos:

— Sí señor, mi general, yo me cortaría la mano antes de poner mi firma en esas capitulaciones, porque lejos de exigir lo que no debe concedérseles, están en el caso de obedecer lo que se les mande, ó resignarse á sufrir la suerte de los vencidos. Quiénes son, sinó, esos Echavarría y esos Lacy para venir á pedirnos la revocacion de lo que ha destruido el ejército y el pueblo? esto és lo mismo que venir á exigirnos una declaracion de que ha obrado mal ese mismo pueblo y ese mismo ejército! Y como si esto no fuera bastante, se concede á los vencidos lo mismo que á los vencedores... —

— No está presente el brigadier Trillo, mi general, dijo entónces el coronel Espina, pero yo que conozco su carácter, en su nombre y en el nuestro pido á vuecencia retire esas comunicaciones, si al firmarlas ha

de causar perturbacion entre las tropas de su mando.

Las palabras del general Izquierdo debieron hacer fuerza en el ánimo del Duque, cuando á pesar de su elevado carácter gerárquico en la milicia, cogió la pluma sin darse por entendido de sus justas quejas, y firmó con ánimo resuelto aquellas comunicaciones.

Al recibirlas el coronel Golfin, lastimado como se hallaba, á causa de las quejas del general Izquierdo, las devolvió al señor Duque de la Torre, rogándole, que para evitar disgustos las rasgase; pero el generalísimo de los ejércitos liberales, que estaba firme en sus propósitos, entregó los pliegos al brigadier Trillo, diciéndole, que viese en su nombre al príncipe Girgenti y le manifestara, que podia marchar tranquilo, porque pondría á su disposicion en Cádiz, en Valencia ó Barcelona un buque de guerra y fuerza de la guardia civil para que fuera custodiado por el camino; que manifestase al general Garcia de Paredes, que siendo su deseo el de romper por su propia mano la comunicacion convenida en Andújar con el Sr. Lopez de Ayala, y llevada por el general Caballero de Rodas, se la entregase á su paso por la estacion de la via férrea á la siguiente mañana, y por último, que despues de hacer presente sus respetos á los jefes y oficiales de las tropas de vanguardia que existian en Villa del Rio, se le entregase el mando de las mismas al coronel D. Manuel Andía.

Los parlamentarios, conducidos en un tren especial, que se les facilitó por órden del Sr. Duque de la Torre, llegan á las tres de la mañana á Villa del Rio, entrega á Echavarría el brigadier Trillo la comunicacion de que era portador, le informa de las cuestiones suscitadas en el cuartel general de Córdoba, y de sus esfuerzos hechos para que se retirasen las palabras de *trono vacante*, y á las cinco y media emprenden la marcha para Andújar, despues de entregar el mando

y despedirse de la vanguardia por medio de la siguiente órden general

«Soldados: Voy á separarme de vosotros; mas antes de hacerlo tengo que cumplir el último deber que mi posicion me impone.

«Os he visto tan heróicamente bravos en el combate, como serenos y subordinados en las críticas circunstancias que nos han rodeado.

«En ellas os aseguré siempre que, perseverando en vuestra noble conducta, os haríais dignos del aprecio y admiracion de todo el pais, y creo lo habeis conseguido.

«Dejo interinamente á vuestro frente al coronel D. Manuel Andía, como el jefe mas caracterizado de los cuerpos de la division.

«Seguid á sus órdenes y despues á la de los generales que hayan de mandaros con a estricta disciplina que os distingue.

«Ella asegura el regreso á vuestras familias, la paz y la prosperidad á nuestra querida pátria, y será un timbre de que podreis siempre vanagloriaros.

«El recuerdo de haberos mandado será el que mas enorgullecerá en todo tiempo á vuestro general.—Echavarría.»

Caballero de Rodas se hallaba encargado de hecho en el mando del ejército de Andújar, mas como consecuencia de las últimas generosas concesiones hechas por el Duque de la Torre, en el cuartel general de esta ciudad de Córdoba, Garcia de Paredes dió la siguiente órden general:

«Soldados:

«En presencia de la situacion actual del pais y en la absoluta imposibilidad de continuar llenando la mision que me estaba confiada, he considerado lo mas conveniente á los intereses generales del Estado, en

las circunstancias en que se halla el ejército, aceptar cuanto me manifiesta el Sr. Excmo. Sr. Capitan General del Ejército, Duque de la Torre, en la siguiente comunicacion, que me ha dirigido:

«Excmo. Sr. he tenido el mayor gusto al recibir, á nombre de V. E. y de las fuerzas que manda, á los parlamentarios brigadier D. Miguel Trillo y coroneles D. Luis Goltin y D. Joaquin Rodriguez Espina, los cuales me han hecho exacta relacion de los sentimientos patrióticos y estricta disciplina que animan á V. E. y á las tropas de su mando. Sería prejuzgar una cuestion que ha de resolver el sufragio universal, á que hemos apelado, y que yo aceptaré, sin manifestar, por mi parte, si la voluntad Nacional será ó no que reine en España Isabel II; pero sí puedo asegurar espontáneamente á V. E., para que lo haga saber á las tropas de su mando, y es que nada han desmerecido á mis ojos ni á los del pais, y en mi deseo de hermanar el ejército les concedo la misma gracia general otorgada á las de su inmediato mando, cuya concesion estiendo á todo el ejército que mandaba el Capitan General Marqués de Novaliches. Estos principios y concesiones se hallan de acuerdo con mis propósitos, que no son ni pueden ser otros que los de unificar al ejército y empeñarle en el sostenimiento del órden, base y fundamento de la verdadera libertad.—Lo que traslado á V. E. para su conocimiento, esperando que así V. E. como las tropas de su inmediato mando, aceptarán las condiciones que se espresan en el preinserto escrito.»

»Al separarme de vosotros, Sres. Generales, (decia Garcia de Paredes) jefes, oficiales y soldados, despues de terminar las operaciones de esta corta, pero penosa campaña, es mi primer deber daros las gracias por la subordinacion, disciplina y valor que tan valerosamente habeis demostrado, y en que confio continuareis en

adelante, para que se mantengan los cuerpos en el mas brillante estado en que hoy se hallan, lo que así en la desgracia como en la fortuna les hará dignos del aprecio de vuestros compañeros de armas y del aplauso del pais. Os saluda por última vez, con el dolor de dejaros y la satisfaccion de haberos mandado, vuestro general en gefe accidental, José Maria Paredes.»

Véase como en menos de veinte y cuatro horas, gracias á la actividad de los beligerantes y á los prodigios del vapor y de la electricidad, hubo muchas capitulaciones y órdenes generales, varias entregas de mando, un diluvio de comunicaciones verbales, manuscritas y telegráficas, consejos de guerra, actas, marchas, contramarchas y otros hechos curiosos y sorprendentes.

Habíase realizado, pues, en cuanto era posible, el sueño dorado del Duque, esto és, la unidad de los dos ejércitos: faltábale algo más para completarlo, pero este algo se verifica en seguida, como se verá en el siguiente y último artículo de esta obra.

L.

SUMARIO.

Nuevo espíritu de Córdoba y marcha de las tropas.—El Duque de la Torre en la estacion de la via-férrea de Córdoba, un suceso inesperado, marcha a la capital de España, lo que se llevaba el tren especial.—Llegada á Andújar, el beso de una madre, gran recibimiento y almuerzo bajo un tinglado.—Conferencia del Duque de la Torre con los generales isabelinos, rotura del convenio hecho con Lopez de Ayala, medidas tomadas sobre la suerte de Girgenti y despues de un aviso una delicada mision confiada al republicano Figueras.—Aspecto físico y moral del Príncipe Conde de Girgenti y los motivos que causaban la alteracion de su ánimo.—Entrevista de Figueras con el Príncipe, las exigencias temerarias de este y la resolucion de que convencido el Príncipe, marcha con Figueras, llegan á Elvas y se despiden.—Lo que hicieron los republicanos Figueras y Aguirre, el uno con el Príncipe y el otro con la reina destronada.—Pretensiones temerarias de Caballero de Rodas, negativas del Duque de la Torre y conducta de aquel.—Entrada triunfal del Duque de la Torre en Madrid á la que siguió la del general Prim. Constitucion del nuevo gobierno.—Cuatro palabras para concluir esta obra.

Córdoba, que desde la mañana del 20 de Setiembre, en medio de un profundo respeto que jamás faltó á las personas, á las propiedades, á los templos ni á ninguna otra consideracion esterior, empezó á ser un foco hirviente de conturbaciones revolucionarias, producido por los aprestos de guerra, el ruido de las campanas, de las bandas de música, de los clarines y de las cajas, del rodar de los cañones, del galopar de los caballos y de la marcha de las tropas, volvia otra vez, no á su habitual reposo, más sí á otro género de vida, has

ta entónces desconocida, á causa de la actitud que tomaban los hombres de los diversos partidos, dispuestos á apoderarse de la gestion de los negocios públicos.

Iba cesando el estrépito de las armas, porque las tropas vencedoras en Alcolea, en virtud de las órdenes de su generalísimo, habian empezado á tomar distintas direcciones.

Al marcar el reloj de la Catedral las ocho de la mañana del dia dos de Octubre, hallábase ya en la estacion de la vía-férrea de Córdoba el Duque de la Torre, rodeado de varios generales, del teniente coronel Lopez Dominguez, del comandante Mantilla, de los tenientes de navío Luanco, Moreno y Hedijer, de los comisionados de la Junta de Madrid, Figueras, Espinar, Roberts, Rojo Arias y Vega de Armijo; de los hombres políticos Sagásta, Lopez de Ayala, Rejano, Correa, Navarro Rodrigo y otros, y de la mayoría de los individuos de la Junta de Córdoba. Cuando los empleados de la empresa avisaron que ya estaba dispuesto el tren *exprés*, todos los que debian marchar empezaron á ocupar los coches, en cuyo acto se acerca un gefe de alta graduacion al señor Duque de la Torre, y apretándole la mano derecha y con voz alta y robusta le dice:

—¡No me olvide V. mi general, no me olvide V!—

—Cuente V., señor general, le respondió el Duque, que le tengo y le tendré bien presente.

—¡Sí mi. general, repitió, no me olvide V., que no me olvide V!...

Nada conforme el Duque de la Torre con esos reiterados encargos, retiró con fuerza la mano que sin duda le molestaba, y con la vivacidad vehemente de su carácter le respondió:—¡Hombre! ¿cómo le hé de olvidar? ¡no faltaba otra cosa! ha estado V. trece dias á mi lado y me ha dado V. trece mil disgustos!...—

La máquina silvó y arrancó el tren con direccion á la capital de España, llevándose al ilustre vencedor de la batalla de Alcolea, que era entónces una firme garantía de la Revolucion, como es hoy una esperanza de lo que vendrá, á pesar de todos los pesares, dispuesto ábarrer todas las inmundicias políticas y sociales que inficionan la atmósfera pestilencial en que respiramos.

Al llegar el tren *exprés* á la estacion de la vía férrea de Andújar, el invicto Duque recibió cariñosos besos de su buena madre, que allí le esperaba en compañía de la familia, allegados y amigos, y de los generales Caballero de Rodas, Garcia de Paredes, Ximenez de Saudoval, Vega é Inclan, brigadier Cuadros y otros cuantos hombres civiles y militares. Los sentimientos del Duque de la Torre eran tan generosamente espansivos, que al hablarle los generales del egército del marqués de Novaliches de las capitulaciones acordadas con el poeta Lopez de Ayala, agarró los originales y los redujo á pequeños fragmentos, para que de ellos no quedase ni la más insignificante reminiscencia. Despues de esto y de haberse ocupado de la suerte del Príncipe Conde de Girgenti, que se hallaba en la casa de un título de Andújar, invitó á todos á disfrutar del magnífico almuerzo que su madre le tenia dispuesto, bajo el tinglado de aquella estacion de la vía-férrea.

Terminado el almuerzo, los brindis, el café, las copas y los cigarros, el Duque, despues de rogar á Figueras que se estubiera á la vista, porque tenia que hablarle de un asunto de importancia, se puso á conferenciar con los generales isabelinos. Figueras le esperó largo rato sin perderle de vista, pero viendo que la conferencia del Duque con aquellos generales habia terminado, y que apesar de esto no le buscaba, se fué

al tren y se colocó en el wagon en que habia ido desde Córdoba. Momentos despues fué el mismo Duque á buscarlo y le dijo, que deseando el Príncipe de Girgenti ir al extrangero, pero acompañado de una sola persona decente y digna, le rogaba se encargase de la mision de conducirle hasta la frontera que él designára, para lo cual pondria en sus manos comunicaciones para que todas las autoridades del trénsito le auxiliaran en lo que hubiese menester.

Figueras, el futuro Presidente del Gobierno de la República española, declinó este honroso encargo diciéndole, que á su lado tenia oficiales generales muy distinguidos y personas muy caracterizadas, que podrian llenar satisfactoriamente aquella comision. Pero el Duque insistió mas y mas en su demanda, aseguràndole, que solo él tenia probabilidades de llegar felizmente al término del encargo que le interesaba, porque negándose el Príncipe á ser custodiado por egército ó por Guardia civil, se necesitaba del prestigio de su nombre para este grave caso, y por último, concluyó diciéndole que era un favor especial que Francisco Serrano pedia á Estanislao Figueras.

Oidas esas palabras de cariñoso afecto y de absoluta confianza, nada tuvo que objetar el ilustre Repúblico: se comprometió desde luego á llenar fielmente la delicada mision que se le confiaba, para lo cual el brigadier Cuadros lo presentó al Príncipe de Girgenti, que se hallaba alojado en la casa de un título de Andújar, cuyo nombre no recuerdo.

Figueras vió por la vez primera á Cayetano Maria Federico de Borbon, Príncipe y Conde de Girgenti, hermano de Francisco II, destronado rey de Nápoles, esposo de la infanta Maria Isabel Francisca y yerno de la destronada reina de España Isabel II de Borbon: Cayetano Maria Federico era un jóven de veinte y dos á

veinte y tres años de edad, mediano de estatura, rehecho de carnes, moreno claro, ojos grandes, rasgados y espresivos, noble porte, aire marcial y varonil y simpática figura. Ni en su aspecto ni en sus modales, ni en su modestia, ni en su bizarria se parecia á los Borbones. Vestia terno de lanilla gris oscura, corbata negra, reloj de plata con cadena de acero, sombrero hongo negro y capote militar con las insignias de coronel.

Las facciones del jóven conde de Girgenti se hallaban visible y profundamente alteradas, á causa de las violentas emociones que sin duda sufria su alma en aquella tremenda crísis porque atravesaba su familia, otra vez mas perseguida y proscripta. Esto, despues de los sucesos ocurridos, era natural. Hacia pocas horas que Echavarría, Lacy y Trillo, estos tres personages funestos á la causa del trono de Isabel, no solo por lo que hicieron en Alcolea, sino por lo que dejaron de hacer, habian estado á visitarle, y despues de darle cuenta detallada de los diversos combates sostenidos en la estrema derecha de su egército, de las ocurrencias de Andújar, de Villa del Rio y del cuartel General de Córdoba, acerca de la cuestion de *trono vacante* y de las bases de la capitulacion obtenida por los parlamentarios, manifestáronle el encargo que llevaban para él de parte del Sr. Duque de la Torre.

Al oir el Príncipe la esposicion de los generosos sentimientos que respecto de él manifestaba el generalísimo de los egércitos liberales, y que en su nombre le hicieran presentes los adalides de la ex-reina, se incorporó en la cama, y con profunda y visible indignacion les respondió diciendo, que lejos de querer escolta de Guardia civil y *barco de guerra*, deseaba marchar por donde lo creyera oportuno. Objetáronle los graves riesgos á que se esponia, si por acaso marchaba solo por medio de un pais que no le era conocido y que se ha-

llaba en armas contra todo lo que hasta entónces habia existido, y la ofensa que su negativa inferia al generoso vencedor que con paternal solicitud velaba por su salvacion. Entónces les contestó despues de un breve silencio, que si el Sr. Duque de la Torre le obligaba á marchar acompañado, le designase al menos una persona decente y digna, y hé ahí por qué causa apeló el generalísimo de los egércitos liberales al merecido prestigio y proverbial honradez del republicano Figueras.

Dirigióse en el acto Figueras al alojamiento del Príncipe, quien al verle se puso de pié, y aunque anegado en una melancolía desgarradora, se mostró fino, cariñoso y atento. Girgenti solo chapurreaba en términos casi ininteligibles el español, y esto dificultaba su trato con las personas que le rodeaban. Pero poseia el Húngaro, el Polaco, el Ruso, y con suma perfeccion el Francés, y como este último idioma lo poseia tambien y del mismo modo el Sr. de Figueras, pudieron desde luego entenderse, sin necesidad de la intervencion de uno de los ayudantes que le servia de intérprete.

Terminados los cumplidos que impone la urbanidad y cortesía, empezose á tratar allí mismo del proyectado viage; mas al saber el Príncipe las instrucciones al efecto recibidas, contestó á Figueras, que antes de poner sus piés en un buque de guerra español, preferia correr todos los riesgos, incluso el de la vida, y que su deseo era el de ir á Valencia á embarcarse en uno de los vapores de la marina mercante española ó estrangera. Figueras le obgetó que el trayecto era muy largo; que iban á una ciudad populosa excitada por el último movimiento; que quizás tendrian que permanecer en ella algunos dias por falta de embarcacion, y que era necesario, por todas y cada una de estas causas, elegir otro punto mas cercano y menos herizado de peligrosas dificultades.

Viendo que apesar de todo esto insistia resueltamente en su idea el ex coronel de Húsares de Pavía, Figueras se dirigió con él y con su ayudante á la estacion de la via férrea; llamó allí aparte á los generales Vega y Paredes y al brigadier Cuadros, y despues de informarles de su invencible tenacidad en ir por Valencia, les dijo que si sucedia alguna desgracia ellos debian dar testimonio de que él se oponia al itinerario del Príncipe, y que desde luego declinaba toda responsabilidad para el caso de un suceso desgraciado. Penetrados aquellos señores de la importancia que entrañaban semejantes advertencias, acercáronse al Conde de Girgenti, habláronle con todo el interés que les inspiraba su suerte, y despues de una entrevista de pocos momentos, el mismo jóven coronel de Pavía llamó al Sr. de Figueras y le manifestó que estaba dispuesto á seguir el camino que le indicase.

Figueras, árbitro ya en el asunto, resolvió entonces ir á Manzanares en el tren ómnibus que debia pasar aquel mismo dia por Andújar, tomar en aquella estacion otro tren especial y dirigirse en él á Elvas, en la frontera portuguesa.

La casualidad hizo que pocos momentos despues llegase el tren ómnibus que esperaban; subieron á un wagon de mercancías el conde de Girgenti, un ayudante suyo, capitan de caballería, el Sr. Figueras y un amigo de este que quiso acompañarle, llamado D. Julian Ascencio. Tendido Girgenti en el banco que formaba la perrera del wagon, y con la cabeza oculta en su capote militar, se llevó durmiendo desde Andújar hasta Manzanares. Llegados á este punto, el gefe de la estacion organizó un tren especial que les condujo á Ciudad-Real, desde donde el gefe del movimimiento de su línea-férrea, Sr. Walter, les condujo á Elvas, á cuyo pueblo llegaron sin ningun tropiezo á las dos de la madrugada del dia cuatro de Octubre.

Nada ó poco comunicativo el Príncipe de Girgenti, durante la marcha mostró siempre la misma gravedad, seca y dura, pero digna y respetuosa. Una vez en el terreno portuguès, y en el momento de separarse de sus acompañantes, se quebrantó su natural entereza; estrechó entre sus brazos al republicano Figueras; le dió las mas espresivas gracias por el favor que le habia otorgado, y enternecido entónces dejó caer algunas làgrimas que le rodaron por las mejillas.

Hé ahí los decretos inescrutables de la providencia, mas grandes que los Príncipes, que los Reyes, que los Emperadores, que los Papas y que los pueblos.

Aguirre, mi amigo y correligionario Aguirre, acompaña en su aislamiento á la Reina Isabel II hasta dejarla dentro de las fronteras francesas, y Figueras, mi amigo y correligionario Figueras, acompaña al yerno de esa misma Reina hasta dejarle dentro del territorio portugués: el uno y el otro abandonando sus quehaceres y esponiéndose á graves peligros, se adhieren en la hora del mas grande infortunio á la familia real proscrípta, protegiéndola con el prestigio de sus respectivos nombres.....

¡Con cuanta razon dicen las gentes infames y chillonas que los republicanos, los verdaderos republicanos, son enemigos de la sociedad y de la familia, y hombres *sin religion y sin ley, incendiarios, ladrones y asesinos*! Hubieran hecho otro tanto, en igualdad de circunstancias, con nuestros correligionarios? Creo por el contrario, que los hubieran fusilado. Dejo á un lado, pues, las suposiciones, y continúo la esposicion de los hechos consumados.

Cuando con su numeroso acompañamiento llegó á la estacion de Madrid el ilustre vencedor de Alcolea, despues de haber sido objeto de una gran ovacion en Aranjuez y de haber abrazado en Pinto al marqués de

Novaliches, la capital de España ofrecia un espectáculo magnífico y grandioso. Hallábase todo el pueblo armado; el ejército se habia adherido á la revolucion triunfante; los Borbones destronados y proscriptos por los nuevos poderes civiles y militares, por todos los hombres de ideas entonces conservadoras, y, ¡quién lo creyera! hasta por los periódicos «Las Novedades,» «La Iberia,» «El Diario Español,» «La Nacion,» «La Política,» «El Eco Nacional,» «El Imparcial,» «El Universal,» «El Cascabel» y «Gil Blas,» quienes de comun acuerdo habian dirigido un manifiesto á los madrileños, felicitándoles y felicitándose por el triunfo de la libertad y la caida del trono y de su dinastía. Todas las tropas de la guarnicion y las fuerzas populares armadas y organizadas, despues de haber pasado una gran revista desfilaban por delante de la puerta del Congreso de diputados, ocupada por la Junta Soberana de Gobierno. Las calles y plazas se hallaban adornadas con arcos de triunfo y gallardetes, y los edificios públicos y privados con vistosas colgaduras. *¡Abajo los Borbones!* era el grito general del pueblo, del ejército y de las autoridades. Terminada la gran revista, y en los momentos en que llegaba el vencedor de Alcolea, la estacion de la vía-férrea se hallaba ocupada por la Junta, los generales, las comisiones del pueblo, del ejército, de la prensa, de los estudiantes, de todas las corporaciones, y hasta la esperaban cantando los himnos de Riego y de Garibaldi los italianos que residian en la ex-coronada villa, á cuyo frente se hallaban los grandes artistas Tamberlik, Rossi y otros menos notables del teatro de la Opera.

Al descubrir al invicto vencedor de Alcolea, dice un autor imparcial, *fué un delirio, un verdadero frenesí el que se apoderó de la multitud.*

Ignoro qué sentirian en presencia de esa primera

recepcion, otorgada al duque de la Torre, los que en el estrangero, en Cádiz, en Sevilla, y sobre todo, en Córdoba, habian pugnado por apartarle de la senda del patriotismo, y por ahogar los bellos sentimientos de su corazon, para convertir su espada y su prestigio en favor de una bandería raquítica, mezquina, criminal; pero lo que me consta es, que aquel fogoso é inconsciente personaje que primero en Córdoba, despues en Andújar, y mas tarde en Pinto, pedia al vencedor permiso para ir á fusilar á Escalante, recoger las armas al pueblo, devolverlas á la maestranza, destituir á la Junta, y proclamar á Montpensier, aquel, al encontrarse con tan magnífico espectáculo en la estacion de la vía férrea, se entró con sus ayudantes en un coche Simon, y fué á ocultarse en su casa situada en la calle real del Barquillo.

Al entrar el vencedor de Alcolea por la ex-coronada villa, le precedian multitud de voluntarios de la libertad con vistosas banderas que agitaban al aire libre, y las tripulaciones de los buques de guerra de la vahía de Cádiz; le acompañaban sus ayudantes y los hombres civiles Sagasta, Lopez de Ayala, Vega de Armijo, Lopez Roberts, Espinar y muchos otros; seguian en pos de su caballo entre otros generales, Serrano Bedoya, el coronel Lopez Dominguez, los ayudantes de estos y la escolta de caballería de guardia civil y de línea que nos siguió en la batalla de Alcolea; tras esta comitiva marchaba la Junta de Gobierno en los carruages del Congreso, y por último, cerraba la comitiva un sin número de coches ocupados por hombres políticos, y por los italianos Tamberlik, Rossi y sus demás paisanos cantando en coro los himnos de Riego y Garibaldi.

Todos se esforzaban por ver y abrazar al invicto vencedor, y los vivas repetidos y aumentados á la soberanía del pueblo, á la libertad y á los caudillos de la

Revolucion, retumbaban en el espacio con soberbia y terrible magestad, contrastando admirablemente con los pañuelos, abanicos, sombreros y banderas que por las calles, ventanas y balcones se agitaban en vistosa confusion.

Llegada la comitiva á la puerta del Sol, subió el general al balcon principal del Ministerio de la Gobernacion, y despues de saludar el pueblo con entusiastas vivas al vencedor, le habló este con voz pausada y magestuosa en la siguiente manera:

«Madrileños:

«La revolucion ha triunfado por el patriotismo de la marina, por el esfuerzo del ejército, por el civismo y por la sensatez del pueblo, y sobre todo, por el auxilio de la providencia. El alzamiento nacional era justo y el Todopoderoso ha prestado fuerza á nuestros bravos para vencer á los tiranos que nos oprimian.

«La revolucion no ha dado mas que el primer paso. Para consolidarla definitivamente, para que dé todos los resultados que nos debemos prometer, son precisos grandes sacrificios, grandes virtudes. El amor propio, las tendencias egoistas, el esclusivismo de cualquier género, nos serian fatales.

«Dejémonos guiar por el sacrosanto amor á la pátria, inspirémonos en el recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones nacionales, tengamos presente que España es el pueblo de San Quintin, de 1808, de 1854, y á poco que pongamos de nuestra parte, cambiaremos por completo la faz de este generoso pais, digno de mejor suerte.

«Nosotros indicaremos el sendero de la libertad. Seguidlo vosotros con firmeza, pero marchando siempre con sensatéz y sin apartarnos un ápice de la obediencia de las leyes.

«Nosotros seremos los primeros á respetarlas. Si

vosotros las acatais y las reverenciais, cada cual cumplirá con su deber, la confianza será recíproca, y la Europa verá que este pueblo, á quien se decia tan degradado, puede dar lecciones de patriotismo y de grandeza á todos los pueblos del mundo.

«No olvideis que la libertad tiene por complemento el orden. Eslabonados ambos principios, hacen imposible la tiranía de arriba y la tiranía de abajo.

«Yo os prometo que los derechos individuales serán escrupulosamente respetados ,y que todas las reformas, todos los intereses económicos, administrativos y políticos serán atendidos é impulsados con igual ahinco, con idéntica energia por los que representamos el movimiento revolucionario.

«Todos los patriotas de buena fé debemos asociarnos, y en la esfera del gobierno habeis de ver hombres tan inteligentes, tan provos y animados de tales sentimientos en favor vuestro, que no podreis menos de ayudarlos y de aplaudirlos.»

Hé ahí como el vencedor de Alcolea, desoyendo al fin las sugestiones insidiosas de hombres obcecados, vino á colocarse á la altura de su verdadera mision.

Luego sustituyó al Duque de la Torre el señor don Nicolás Maria Rivero, quien dijo al pueblo entusiasmado:

«Ciudadanos:

«La Revolucion que hemos llevado á cabo es el hecho más grande de nuestra historia. Gloria eterna al pueblo y al ejército español: fraternizad el uno con el otro, como yo lo hago con el vencedor de Alcolea!» Y despues de darle un abrazo continuó diciendo: «ciu-dadanos ¡viva el pueblo!»

Tras de esos y otros discursos pronunciados al pueblo madrileño, el vencedor de Alcolea, à propues-

ta de aquella Junta de Gobierno, aceptó la siguiente declaracion de derechos:

«Sufragio Universal.

«Libertad de cultos.

«Libertad de enseñanza.

«Libertad de reunion y asociacion pacífica.

«Libertad de imprenta, sin legislacion especial.

«Descentralizacion administrativa que devuelva la autonomía al Municipio y á la provincia.

«Juicio por Jurado en materia criminal.

«Unidad de fuero en todos los ramos de la administracion de justicia.

«Inamovilidad judicial.»

Hecha por el Duque la aceptacion de esas libertades y derechos, la Junta interina de Madrid dió á luz en la tarde del mismo dia tres de Octubre el siguiente acuerdo:

«Consumada felizmente la gloriosa revolucion que se inició en Cádiz, y llegado el caso de organizar la Administracion pública, esta Junta Revolucionaria de Madrid encomienda al capitan general del ejército, D. Francisco Serrano, Duque de la Torre, la formacion de un ministerio provisional, que se encargue de la gobernacion del Estado hasta la reunion de las Córtes Constituyentes.»

Al dia siguiente, cuatro de Octubre, apareció en la Gaceta oficial la aceptacion del Vencedor, al encargo que le habia hecho la Junta madrileña, como así mismo aparecieron varios decretos haciendo nombramientos para el ministerio de la Guerra y concediendo varios ascensos para los militares que se distinguieron en Alcolea.

Hecho un dia despues, (el 5 de Octubre) el escrutinio de la eleccion, que por sufragio universal se habia verificado en Madrid, resultó elegida la siguiente Junta de Gobierno:

Presidente, D. Joaquin Aguirre. – Vicepresidentes, D. Nicolás Maria Rivero y el Marqués de la Vega de Armijo.—Secretarios, D. Inocente Ortiz y Cosado.—D. Telesforo Montejo.—D. Felipe Picatoste.—D. Francisco Salmeron y Alonso.—Diputados, D. Gregorio de las Porras.—D. Cárlos Rubio.—D. Eduardo Martin de la Cámara.—D. Práxedes Mateo de Sagasta. Don Francisco García Lopez.—D. Laureano Figuerola.—D. Vicente Rodriguez.—D. Fermin Arias.—D. Pedro Martinez Luna.—D. Francisco de Paula Montemar.—D. Manuel Cantero.—D. Nicolás de Soto.—D. Pascual Mádoz.—D. José Olózaga.—D. José Cristóbal Sorní. D. Juan Sierra.—D. Julian Lopez Andino.—D. Baltasar Mata.—D. Camilo Laorga.—D. Juan Fernandez Albert y D. Juan Antonio Gonzalez.—

Como se vé, ni uno solo de los individuos de la Junta de la calle de las Rejas, que tan buenos servicios habian prestado á la causa de la revolucion, fué elegido para la nueva Junta de Madrid. ¡Qué ingratos, ó mejor dicho, qué ignorantes suelen ser los pueblos!

La solucion que en aquellos dias se puso, como suele decirse, sobre el tapete, fué la creacion de una regencia trina, con autoridad para nombrar ministros hasta la reunion de las constituyentes, y compuesta del Sr. Duque de la Torre, del marqués de los Castillejos y del célebre hombre de la *salve*. Dióse cuenta á estos dos últimos por medio del telégrafo, pidiéndoles al mismo tiempo su inmediata presentacion en Madrid, para que manifestaran si deseaban ó no aceptar el puesto que les ofrecian. Prim, que se hallaba en Cataluña, avisó que enseguida se pondría en camino, y Olózaga, que se hallaba en Paris, anunció que tardaría algunos dias en presentarse. No quería el Duque de la Torre tomar medida alguna, mientras que no se le

asociaran los dos compañeros que le tenian designados; mas al presentársele el marqués de los Castillejos, el caudillo de la Revolucion andaluza organizó el gobierno provisional de la siguiente manera:

Presidencia sin cartera, Duque de la Torre.—Ministro de la Guerra, Marqués de los Castillejos.—Ministro de Estado, D. Juan Alvarez Lorenzana.—Ministro de Gracia y Justicia, D. Antonio Romero Ortiz.—Ministro de Hacienda, D. Laureano Figuerola.—Ministro de la Gobernacion D. Práxedes Mateo de Sagasta.—Ministro de Fomento, D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Ministro de Marina, D. Juan Bautista Topete.—Ministro de Ultramar, D. Adelardo Lopez de Ayala.

La Junta Central de Madrid, á quien por acuerdo de Serrano y de Prim, se sometió la aprobacion del precedente ministerio, lo aprobó, ofreciéndole su más firme apoyo, como se lo ofrecieron tambien todas ó casi todas las demás Juntas españolas, por medio de astutas, violentas é insolentes imposiciones.

Habiamos derrocado un trono secular y proscripto su dinastía, por que se le acusaba de despótico, inmoral y tiránico, y en los primeros albores del triunfo se levanta del seno de una improvisada democracia otro trono más despótico, más inmoral y más tiránico, abrogánse en nombre de la libertad y de los derechos individuales, el egercicio cabal y absoluto de la soberanía de la Nacion... ¿Quien era, pues, ni un Aguirre, ni un Madoz, ni un Rivero, ni un Picatoste, nombrados interinamente cuando no habia peligro por un pueblo insurreccionado, para imponernos un gobierno provisional, por respetables, respetadas y dignas que sus personas fueron? Esto correspondia en todo caso, no á la Junta de Madrid, espresion de un determinado número de sufragios, sino á todas las juntas españolas ó á sus representantes reunidos con poderes al efecto otorgados.

Y no se diga que la situacion creada ofrecia peligros, porque sabida cosa era que no habia *bárbaros á las puertas de Roma*. Al contrario, al saberse, con la celeridad espresiva del telégrafo, el triunfo de Alcolea, Aragon, Valencia, Navarra, Cataluña, Valladolid, todas las capitales españolas, con sus respectivas guarniciones, secundaron como un solo hombre á sus queridas hermanas, las hermosas y opulentas provincias andaluzas; la reina destronada, su familia, sus cortesanos y sus favoritos habian caido bajo la inmensa pesadumbre de su irreparable descrédito y entre las maldiciones unánimes de nuestras ciudades, de nuestros pueblos y hasta de nuestros villorros, y la marina y todos los institutos del ejército se hallaban al servicio de la triunfante Revolucion.

Si no amagaba, pues, ningun genero de peligros; si habia tiempo para proceder, dentro de las conveniencias revolucionarias, con la equidad y la justicia que exigian las circunstancias; si la misma conducta observada en 1840, en 1843 y en 1854 ahogaron en flor el espíritu que dió vida á aquellos acontecimientos; si las Juntas en Setiembre de 1868 creadas se ocupaban como la de Sevilla, Córdoba, Málaga y muchas otras en dar un golpe de gracia, en sus respectivas localidades, al móustruo tradicional, satisfaciendo las necesidades de nuestro siglo, y si esto estaba en la conciencia del pais, ¿por qué causa la mayoría de la Junta interina de Madrid nos imponia con tanta prisa un gobierno que no era la espresion de la voluntad nacional, pidiendo al mismo tiempo la disolucion de todos los Centros Populares? ¡Ah! porque á los que nada habian hecho por la revolucion les faltaba tiempo para explotarla, y porque otros creyeron asegurar el triunfo de los derechos individuales haciéndolos aceptar al vencedor de Alcolea, cuando espontáneamente él, sobreponiéndose á intere-

sados consejeros, los acababa de proclamar desde el edificio del ministerio de la Gobernacion.

La figura más alta en aquellas circunstancias, era sin contradiccion de ningun género la del señor Duque de la Torre, porque además de haberse captado con su proceder caballeroso el aprecio y estimacion de las provincias andaluzas, y porque además de tener en su abono el merecido prestigio que le daba el triunfo de Alcolea, que habia dado muerte á toda esperanza de una desastrosa guerra civil, contaba con el decidido apoyo de los valerosos ejércitos liberales y con los no ménos valerosos ejércitos isabelinos, convenidos los unos y los otros en prestarle abediencia hasta que se organizara un gobierno provisional. ¿Qué prisa habia, pues, en organizar un poder, que, en vez de dirigir el movimiento revolucionario, le ahogaba destituyendo á las Juntas Soberanas en el instante mismo en que demólian el viejo alcázar de todas las hipocresías, de todas las supersticiones, de todas las vergüenzas y de todas las ignominias, en beneficio de las buenas doctrinas, del ornato y de la salubridad de los pueblos? El Duque de la Torre, solo ó bien asociado de Prim y Olózaga, justo era que permaneciera al frente del pais, como garantía del triunfo de la Revolucion, en tanto que las Juntas satisfacian las necesidades locales, y por medio de la palabra escrita y hablada se desarrollaba el sentimiento revolucionario, y se preparaba el espiritu nacional antes de llevarle al gran acto de elegir sus municipios, sus diputaciones provinciales y sus diputados para las córtes constituyentes.

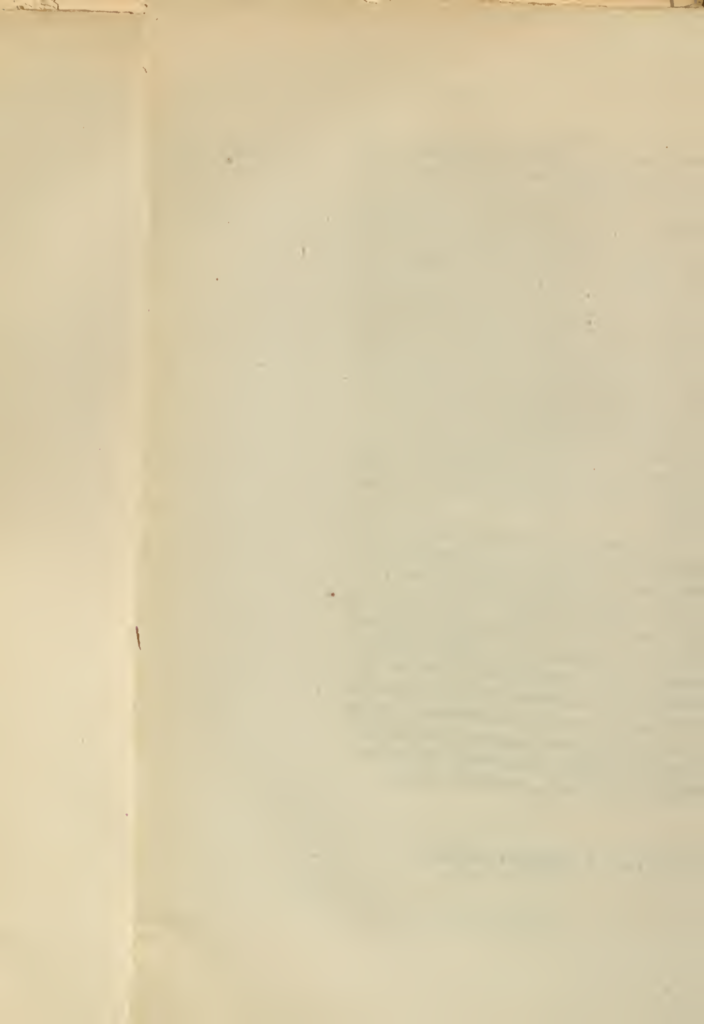
No se hizo nada de esto, sino que por el contrario, disueltas fueron las Juntas, y á las ricas provincias andaluzas, que tan eminentes servicios habian prestado, se les envió las tropas vencidas en Alcolea, y bajo la egida de autoridades despóticas, se las hizo víctimas de

arbitrariedades, prisiones, procesos escandalosos, apaleamientos en masa, sangrientas escenas, inícuos asesinatos, injusticias, violencias é infamias más ruines que las perpetradas por las corrompidas y corruptoras instituciones que derrocamos en los campos de Alcolea.

Obligado, empero, por circunstancias independientes de mi voluntad, á dar remate á este mal pergeñado trabajo, que tantos y tan grandes sinsabores me cuesta, ni aun siquiera me detengo á reasumir los hechos expuestos, á través de insuperables obstáculos y de infinitos peligros, que difícilmente podrá calcular el lector, sin conocer á fondo la índole de esta localidad, el espíritu represivo de estos tiempos, la mezquina legislacion de imprenta, las reales órdenes reservadas sobre la materia, y las diversas tentativas que se han puesto en juego para hacerme desistir de mi irrevocable propósito.

No por verme precisado á terminar esta obra en la presente página, renuncio al deseo de reasumir los hechos y deducir las consecuencias, ni el de descorrer el denso velo que oculta las escenas más escandalosas, más inícuas, más atroces, más infames, en fin, que amenguando el prestigio de la revolucion española, osaron darse á luz en el seno de las provincias andaluzas, á través de un progresivo, odioso y repugnante bandolerismo político y social: deseo vivísimo de mi corazon que he de satisfacer al presentar, Dios mediante, ante la conciencia pública, otro trabajo que títularé: «Interinidad de la Revolucion Española de 1868.»

FIN DE LA PRESENTE OBRA.



APENDICE.

I.

Doy la siguiente noticia, por el grande interés que encierra para las familias de los que se hallan sepultados en nuestros cementerios. ¡Ojalá se hubiera hecho otro tanto con los que reposan en los campos de Alcolea!

Relacion de los individuos procedentes de la batalla de Alcolea que fallecieron unos al regreso á esta ciudad y otros en los hospitales de sangre destinados á su curacion.

Nombres de los cadáveres.	Clases y cuerpos.	Se inhumaron.			Cementerio.	Localidad.	Número.
D. José Anguita.........	Coronel E. M. Plaza Sevilla.......	Set.	28	68	S.R.el	Bov.a	5.ª 61
» José Perez Meca.....	Comte. cab. capitan de E. M.. ..	»	»	»	»	»	5.ª 60
» Pedro Paez...........	Capitan 2.ª comp. cazd. Simancas.	Octbe	1.º	»	»	»	5.ª 66
» Juan Ant.º Alcántara.	Id. regto. infta. Bailén, núm. 24.	»	15	»	»	»	5.ª 69
» Ricardo Fernandez..	Alférez de cazadores dr Madrid...	Set.	29	»	»	»	5.ª 63
» Francisco de Lara...	Id. de Tarifa id. hijo comandante.	»	»	»	»	»	5.ª 62
» Prudencio Sanchez..	Sargento 1.º regimiento infantería de Bailén, 1.ª compañía.........	Octbe	11	»	Salud	Sep.ra	8.º 68
Manuel Perez............	Id. 2.º id. de Valencia 4.ª id....	»	1.º	»	»	»	4º 105
Francisco Garcia	Id. cazads. de Tarifa 7.ª comp...	»	»	»	»		
Francisco Manro........	Guardia civil infantería 5.ª comp.	»	5	»	»	»	4º 106
Juan Sanchez............	Cabo 2.º 8.ª c.ª cazds. Madrid..	»	26	»	»	Zanja.	
Francisco Gamiz........	Soldado cazds. Bailén 4.ª comp. .	»	2	»	»	»	
Juan Solis Diaz...... ..	Id. id. de Barcelona 2.ª id.......	»	»	»	»	»	
Francisco Garcia........	Id. id. de Valencia 3.ª id.........	»	5	»	»	»	
Juan Luna...............	Id. id. de Barbastro 7.ª id.......	..	6	»	»	»	
Florencio Melero........	Id. infta. de Cantábria 1.ª id.....	»	»	»	»	»	
Pedro Venteño...........	Id. cazadores de Barcelona........	»	7	»	»	»	
José Garijo Rcdriguez.	Id. id. id..................	»	8	»	»	»	
‑sé Perez................	Id. id. de Segorbe 6.ª compañía.	»	»	»	»	»	
‑an Quevedo...........	Id. id. de id. 3.ª id..............	»	»	»	»	»	
‑into Lopez...........	Id. regto. infta. de Bailén 6.ª id.	»	11	»	»	»	

Nombres de los cadáveres.	Clases y cuerpos.	Se inhumaron.			Cementerio.	Localidad.	Número.
Vicente Melendo.........	Id. id. id. de Cantábria 4.ª id....	Octbe	12	68	Salud	Zanja.	
José Ruiz Ligero........	Id. del 2.° id. id. Bailén 4.ª id...	»	»	»	»	»	
Miguel García Marin....	Id. id. id. Cantábria 6.ª id.......	»	14	»	»	»	
Francisco Martinez.....	Id. cazds. de Segorbe 5.ª id......	»	»	»	»	»	
Manuel Gascon..........	Corneta id. Barbastro 5.ª id......	»	19	»	»	»	
Manuel Villa.............	Soldado regto. inf. Bailén 5.ª id..	»	»	»	»	»	
Jorge Salas..............	Id. id. id. de Barcelona 4.ª id...	»	18	»	»	»	
Francisco Villa..........	Id. id. id. de Valencia 4.ª id......	»	19	»	»	»	
Martin Bueno Martinez.	Id. id. id. Bailén 1.ª id. 2.° btn	»	»	»	»	»	
Càndido Chaves Martos.	Id batln. aczds. Segorbe 6.ª com.ª	»	»	»	»	»	
Alonso Olalla............	Id. id. id. Tarifa 2.ª id...........	»	»	»	»	»	
Manual Fernandez y Fernandez................	Id. id. id. Madrid 7.ª id...........	»	»	»	»	»	
Manuel Martinez Espada.	Id. regto. infta. Bailén 5.ª id.....	»	21	»	»	»	
Manuel Diañes...........	Id. batn. czds. Barbastro 4.ª id..	»	29	»	»	»	
Estévan Leal..	Id. regto. infta. Bailén 5.ª id. 1.er batallon...........................	»	27	»	»	»	
Manuel Parejo Reyes...	Id. btllon. 1.° id. id. 6.ª comp..	»	»	»	»	»	
Francisco Leon.........	Id. id. id. id. 1.ª id.............	»	29	»	»	»	
Antonio Obejo Nuñez...	Id. id. cazds. Tarifa 7.ª id.......	»	31	»	»	»	
Diego García............	Id. regto. infta. Bailén 1.ª id.....	Nove	9	»	»	»	
Miguel Gomez Barrionuevo..................	Id. id. id. Aragon 2.ª id..........	»	11	»	»	»	
Salvador Iglesias.......	Id. 7.° batallon 5.ª comp. á pié.	»	»	»	»	»	
Juan Fran.° Hernandez.	Corneta regto. Bailén 5.ª comp...	»	»	»	»	»	
Bernardino Pedro.......	Soldado batallon eazds. Segorbe 6.ª id............................	»	»	»	»	»	
Julian García............	Id. id. id. Barcelona 8.ª id.......	Dic.e	9	»	»	»	
Crispin Cabanillas......	Id. regto. infta. Inmemorial número 1.° 5.ª id....................	»	19	»	»	»	
Plácido Fernandez......		Ene.°	69	8	»	»	
		»	»	19	»	»	

En ambos cementerios se inhumaron once cadáveres más, cuyos nombres, así como los cuerpos á que pertenecieron, se ignoran. solo se sabe que eran los de un alférez, un sargento, un cabo y ocho soldados. Resulta, pues, que fueron inhumados en los dos cementerios de Córdoba:

Coronel.	1	Suma anterior.	11
Comandante. . . .	1	Cabos.	2
Capitanes.. . . .	2	Cornetas.	2
Alféreces.	3	Guardia civil. . . .	1
Sargentos. . . .	4	Soldados.	42
Suma. .	11	Total de cadáveres.	58

En Villafranca se inhumaron diez y siete entre oficiales y soldados, pertenecientes á las tropas isabelinas. A D. Luis Medrano y Valenciano, muerto de resultas de sus heridas, le hicieron unos pomposos funerales, á que asistió casi todo el vecindario de Villafranca. Los Sres D. Eduardo Terroba, Colmenares, Villalonga, Soprani, Navarro y Villeslada, Carrillo y Albornóz fueron trasladados á Madrid, donde algunos de ellos fallecieron.

Tambien murieron muchos otros en los hospitales de Sevilla, en casa de sus patrones y en las suyas propias.

Hay en los terrenos de la casa del Capricho cerca de treinta grandes sepulturas, y las hay tambien sobre la márgen izquierda del Guadalquivir. A la entrada del puente de piedra, sobre la izquierda, existe una sepultura que contiene 76 cadáveres: sobre esta huesa ¡qué profanacion! han abierto el camino para que el ganado baje á beber al rio. ¿Cuándo se encargará la piedad de los hombres de recoger estos restos mortales y colocarlos como es justo que se coloquen?

Siendo Gobernador civil de esta provincia el señor Conde de Torres-Cabrera, influí con él para que, recogidos todos aquellos restos mortales, se les diese colocacion en un modesto monumento. Ofrecióme el Conde contribuir á este pensamiento como autoridad y como caballero; pero nada se hizo á causa de haber dejado el puesto oficial que ocupaba y de haber caido yo enfermo. Insisto, pues, en hacer un llamamiento á las actuales autoridades, para que en nombre de la humanidad y por la honra de Córdoba, se procure recoger esos restos mortales, cuyas sepulturas han sido y son profanadas por las bestias y por los hombres.

II.

Hé aquí la composicion que el 24 de Setiembre dió á luz en Córdoba su antor el subteniente del batallon de cazadores de Segorbe D. Vicente Palazon y Sanchez:

PAZ, HONOR, INDEPENDENCIA Y ORDEN.

Al ilustre é invicto Duque de la Torre.

¡Basta ya de silencio tan cobarde!...
¡Acabe el luto ya, cese ya el llanto!...
¡La sangre libre que en las venas arde
Cumpliendo fiel con el deber más santo,
Sufrir no puede y el silencio rompe;
Por mas tiempo callar fuera ya mengua,
Que el noble sentimiento se corrompe
Si no le dá publicidad la lengua.
¡Levantad del sarcófago sagrado
Guzmanez y Pelayos y Torrijos,
Y contemplad á vuestro pueblo amado
Vil y cobardemente degradado
Por sus infames y bastardos hijos!
¿Qué se hizo del honor? qué de los bravos
Que no doblaban su cerviz al yugo?
Mi corazon taladran férreos clavos
Al ver los hombres cual redil de esclavos
Amarrados al pié de sus verdugos.
¡Oh! si pudiera levantar la frente
Del sepulcro en que yace Maldonado!
Al ver la mezquindad de esta ruin gente,
En el polvo se hundiera de repente
De su pátria y su ser avergonzado!
Aun humea la sangre de Padilla!
Aun la sangre de Riego el campo baña!
Aun relumbra la bárbara cuchilla!
¡Cobardes! que no lavan tal mancilla,
Hijos no son de la invencible España!

No basta, no, á borrar de llanto un rio
La ignominia y baldon de sus blasones,
Hace falta valor, audacia y brio
Para arrojar el despotismo impío
A la asombrada faz de las naciones.
De este modo diría el mundo entero
Que los hijos de España no han perdido
Su histórico valer, su antiguo fuero,
Mas ¡ay! que lloran bajo el yugo fiero
Como rameras por su honor vendido.
¿Y es este el pueblo cuya antigua historia
Es la epopeya de la estirpe humana?
¿Es este el pueblo de inmortal memoria
Que supo ahogar en un raudal de gloria
La raza infiel y la altivez romana?
Ya siento retronar en torno mio
Cien y cien voces que responden ¡No!
Y ese ¡No! que retumba en el vacío
La tumba de mil héroes lo exhaló.
Mas qué ruido lejos suena,
Que se acerca, llega y crece
Y al par que el alma enajena
El corazon enardece?
Es el valiente Duque de la Torre,
Que rompe de su cárcel los cerrojos,
Y hácia los puertos de su pátria corre
Gritando ¡Libertad! Fieros enojos
Asaltan con pavor á los tiranos,
Al escuchar los ecos gaditanos
Que al son pujante del occeano hirviente
Responden como buenos ciudadanos
Irguiendo altivos la humillada frente.
La Marina española
Heróica siempre, en sus empresas grande,
La bandera enarbola
De Pátria y Libertad; y al punto mismo
La voz de sus cañones retumbando
Corre á decir al fiero despotismo
Que la hora de su fin está sonando.
¡Hurra, pueblo del Cid! ¡Hurra! y si avanzas
Levantando entusiasta la bandera
De *Paz*, *Honor*, *Independencia y Orden*,

No permitas jamás que las venganzas,
Siempre mezquinas en la humana esfera,
Dentro del pecho leal hoy se desborden.
Que esos magnates, detractores viles,
De la querida dignidad de España,
No son mas que una turba de reptiles
Grande en el crímen, y al valor estraña.
Desprecio nada mas por ellos sienta
El corazon que generoso os guía:
Sin honra el enemigo se presenta
Y declararle guerra le honraría.
Seguid la senda que trazada os tiene
El Duque de la Torre allá en Sevilla,
Que ella es la sola que seguir conviene
Para gloria y orgullo de Castilla.
Imitad el valor y la constancia
Del General Izquierdo y de Topete.
¡Españoles! seguid con arrogancia
La empresa que el ejército acomete.
¡Viva la Libertad! las poblaciones
Gritan ardientes con gigante estruendo
Y á ese grito despiertan las naciones,
Y contemplan á España sacudiendo
El yugo criminal de las pasiones.
Ya no es esa la España envilecida,
Dirán los extrangeros al mirarnos:
España vuelve á ser libre y temida
Y haremos á la Europa respetarnos,
Porque España otra vez vuelve á la vida.
¡Gloria al invicto general Serrano,
Que hoy regenera nuestra pátria amada
Derechos concediendo al ciudadano
Al restaurar la ley ayer hollada!
¡Gloria al pueblo español! Gloria al Soldado
Que empuñando sus armas sin enconos,
Con sola su actitud hoy ha probado,
Que pasará por cima de los tronos
Si fuese por los tronos despreciado.

III.

Hé aquí la otra composicion, debida al Sr. D. José Garay de Sarti, que en la tarde del 29 de Setiembre circuló en el campamento de Alcolea:

RECUERDOS DE LA TIRANIA.

CANTO PATRIÓTICO
Á LOS LIBERALES ESPAÑOLES.

DEDICADO

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE LEIVA,

Vocal representante de la Junta revolucionaria cerca del Cuartel general de los ejércitos nacionales en Alcolea.

¡Sus á las armas! el clarin sonoro
¡A las armas! repite y raudo el viento
Lleva en sus alas al empíreo coro,
De la ofendida pátria el hondo acento.
Del enemigo bronce la metralla,
Muerte y desolacion derrama impía.
¡Güay, si el furor reconcentrado estalla
Que arde en el seno de la pátria mia!
¡Güay del cobarde bárbaro asesino
Que á tiránico yugo la condena!
¡Mas no será: furioso torbellino
En el espacio rebramando truena!
¿Oís? es el leon que airado ruje
Al brusco despertar: su justa saña
Fermenta por do quier: sorda recruje
A su mortal amago la montaña.
¡No mas humillacion! la noble frente
Que erguísteis á la luz de ignotos soles,
¿Al yugo abatireis vil é insolente
De negra esclavitud? Nunca, españoles!
Nunca en tanto que el suelo generoso
Hierro potente en sus entrañas guarde;

¡Nunca! ¿lo veis? mi pátria es un coloso:
¡Ay del que huir á su furor retarde!
Ya el mortífero bronce con horrendo
Fragor entre la bruma centellea,
Dolor, y sangre, y muerte desparciendo
Por los célebres campos de Alcolea.
¡Corred! sublime grito de venganza
El alma hiere, el corazon oprime.
¡Corred! que el noble lauro no le alcanza
Quien resignado entre cadenas gime.
O muerte ó libertad sea vuestro lema,
No haya piedad para el tirano impío,
Y de los héroes la inmortal diadema
Coronará vuestro indomable brio.
¡Sus, á las armas! mústio languidece
El árbol que á los libres dió sus flores:
Si con sangre traidora reverdece,
¿Qué esperais? *¡sus, á degollar traidores!*

. . . .

Mas ¡no! ¡tened! los pueblos generosos
No manchan con horrores la victoria.
Tras el triunfo el perdon, y así gloriosos
Pasarán vuestros timbres á la historia.

IV.

Sr. Director de *El Diario de Córdoba*.

Muy señor mio y de mi consideracion: ruego á usted se sirva dar cabida en su apreciable periódico á las siguientes líneas que con esta fecha dirijo al director de *El Independiente* de Sevilla.

Soy de V. afectísimo seguro servidor Q. B. S. M., José Garay de Sarti. - Octubre 2 del 68.

Sr. Director de *El Independiente* de Sevilla.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: en el tercer suplemento de Córdoba correspondiente al dia 30 de Setiembre último, publica V. con el título «Batalla del Puente de Alcolea» una ligera reseña de los principales hechos ocurridos en aquella gran epopeya

que hoy cantan todos los buenos liberales de España. Pocos motivos hay para incurrir en inexactitudes, tratándose de una relacion tan breve y de acontecimiento tan grande; así és que su artículo en general está vaciado en el molde de la verdad. Sin embargo, cuando señala V. á los señores *paisanos* que acompañaron al cuartel general y á *quienes vió en los sitios de más peligro*, padece V. una gravísima equivocacion que me permitiré deshacer en gracia de la verdad y de los mismos señores que se nombran en dicho artículo, toda vez que no aumenta ni disminuye su prestigio la circunstancia de hallarse cerca ó lejos del peligro á que no tenian necesidad de exponerse.

El Sr. D. Francisco de Leiva, Vocal de la Junta revolucionaria de Córdoba y su representante en el cuartel general, aceptado por el señor Duque de la Torre con la mayor consideracion, fué el único á quien por el carácter de que estaba investido se permitió hallarse en los sitios de más peligro al lado del mismo general en jefe, cuyas órdenes recibia y cumplia en medio de los mayores riesgos con incansable actividad.

Respecto á los demás señores paisanos, sin que sea dado el negar sus vivísimos deseos de ser útiles á la buena causa y aun exponer sus vidas en su defensa, no fué la Batalla de Alcolea la ocasion más propicia al cumplimiento de sus propósitos; por cuanto el señor Duque de la Torre prohibió espresamente que hubiese en el combate otros que los militares, y por consiguiente los paisanos hubieron de retirarse á bastante distancia del sitio de la accion, en puntos elevados, desde donde sin probabilidades de peligro pudieron ver las peripecias del drama. Unicamente el Sr. Navarro fué quien tuvo la desgracia de quedar herido levemente por un casco de granada estraviado en su direccion.

Tal és la verdad del párrafo á que hago referencia, y espero de la rectitud de V., Sr. Director, se sirva dar publicidad á estas líneas, como rectificacion que agradecerán las personas todas á quienes se nombren en el mencionado artículo.

Soy de V. con la mayor consideracion afectísimo S. S. Q. B. S. M., José Garay de Sarti.

V.

Al ocuparme en la página 154 del primer tomo de esta obra del insigne cordobés D. Cárlos Rubio y Coell, muerto ha pocos años en el Hospital general de Madrid, decia yó:

«Los ingratos que vivo le abandonaron, muerto le hicieron unas pomposas exéquias. Su cádaver yace, pues, en Madrid. Más ¿por qué no viene á Córdoba, su pátria? Cuando ménos ¿por qué la calle que lleva el nombre del Baño, donde nació nuestro compatriota, no se le sustituye con el de Cárlos Rubio? Si esto hiciera el ilustrado actual Alcalde, que trabaja por dejar recuerdos á la posteridad, la posteridad se lo agradeceria, y hoy mismo todos los que aman las glorias de nuestra querida Córdoba.»

Hice llamar la atencion de mi antiguo y particular amigo, el entónces Alcalde Presidente de nuestro Municipio, Don Bartolomé Belmonte y Cárdenas, y aun le hablé sobre el asunto con el interés que me inspira todo lo que á la honra de Córdoba concierne, y la antigua calle del Baño de San Pedro lleva yá el de calle de «Cárlos Rubio.»

Doy en nombre de Córdoba y de sus ilustres hijos las más sinceras y espresivas gracias al Sr. Belmonte y á sus compañeros por su patriótico proceder.

La municipalidad del año de 1869, en su última sesion, que tuve el honor de presidir, acordó por unanimidad, en vista de las razones por mí espuestas, que á la calle de Jesus-Crucificado se le pusiese el nombre y apellido de *Francisco de Leiva y Aguilar*, sábio Doctor médico y singular escritor científico y literario del siglo XVII, é hijo nativo de esta ciudad. Tres dias despues dejó su puesto aquel Municipio, y su acuerdo no pudo ser traducido en hecho.

Ahora bien ¿por qué el actual Alcalde, D. Juan Rodriguez Sanchez, no llama á la vista estos antecedentes, é influye para que aquel acuerdo se cumpla? La corporacion que preside estaria propicia, y Córdoba veria á otro de sus predilectos hijos honrado como se merece

Tanto más natural es esto, cuanto que el actual Municipio, por uno de sus más patrióticos acuerdos, ha creado una seccion especial, en la que se gestiona sin levantar mano para reunir los retratos, las biografías y las obras de los antiguos y modernos escritores cordobeses.

¡Loor eterno, pues, á los que honran á sus compatriotas ilustres, estimulando de una manera tan digna á los ingenios presentes y venideros!

INDICE

LIBRO TERCERO.

Batalla y triunfo de Alcolea.—Union de los dos ejércitos beligerantes.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

APÉNDICE.

NOTA DEL AUTOR.

Los errores, no solo ortográficos sino de concepto, que se hallan en esta edicion, no se anotan porque podrá suplirlos la buena inteligencia del lector. Son menos, sin embargo, como notará el que lea, que en el primero y segundo tomo de esta obra.